

LEO HUBERMAN

LOS BIENES TERRENALES DEL HOMBRE

Historia de la Riqueza de las Naciones



EDITORIAL NUESTRO TIEMPO

LEO HUBERMAN

LOS BIENES TERRENALES DEL HOMBRE

Historia de la Riqueza de las Naciones



EDITORIAL
NUESTRO TIEMPO, S. A.

Colección: TEORÍA E HISTORIA

© Editorial Nuestro Tiempo, S. A.

Ave. Copilco 300
Locales 6 y 7
México 20, D. F.

ISBN-968-427-011-9

Primera edición en inglés, 1936
Primera edición de Editorial Nuestro Tiempo, 1975
Segunda edición de Editorial Nuestro Tiempo, 1976
Tercera edición de Editorial Nuestro Tiempo, 1976
Cuarta edición de Editorial Nuestro Tiempo, 1977
Quinta edición de Editorial Nuestro Tiempo, 1977
Sexta edición de Editorial Nuestro Tiempo, 1977
Séptima edición de Editorial Nuestro tiempo, 1977
Octava edición de Editorial Nuestro Tiempo, 1978
Novena edición de Editorial Nuestro Tiempo, 1979
Décima edición de Editorial Nuestro Tiempo, 1979
Décima primera edición de Editorial Nuestro Tiempo, 1980
Décima segunda edición de Editorial Nuestro Tiempo, 1980
Décima tercera edición de Editorial Nuestro Tiempo, 1980
Décima cuarta edición de Editorial Nuestro Tiempo, 1980
Décima quinta edición de Editorial Nuestro Tiempo, 1981.
Décima sexta edición de Editorial Nuestro Tiempo, 1981.
Décima septima edición de Editorial Nuestro Tiempo, 1982.
Décima octava edición de Editorial Nuestro Tiempo. 1982.
Décima novena edición de Editorial Nuestro Tiempo. 1983

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

MAN'S WORLDLY GOODS.
Primera edición 1936.
Monthly Review Press, INC.

Traductor: Gerardo Dávila

CONTENIDO

Presentación 7
Prefacio 9

PRIMERA PARTE

DEL FEUDALISMO AL CAPITALISMO

I. Clérigos, guerreros y trabajadores 13
II. Aparece el comerciante 28
III. Vamos a la ciudad 40
IV. Nuevas ideas por viejas ideas 52
V. El campesino se libera 59
VI. "Y ningún extraño trabajará..." 72
VII. Ahí viene el Rey 90
VIII. El hombre rico 107
IX. Pobre, mendigo, ladrón... 123
X. Se necesita ayuda hasta de niños de dos años 137
XI. Oro, grandeza y gloria 148
XII. ¡Dejádnos hacer! 165
XIII. "El viejo orden cambia..." 180

SEGUNDA PARTE

DEL CAPITALISMO A...?

XIV. ¿De dónde vino el dinero? 195
XV. La revolución en la industria, la agricultura y los transportes 213
XV. "La semilla que tu siembres, otro la cosechará..." 218
XVII. ¿Leyes naturales? ¿de quién? 242
XVIII. ¡Proletarios del mundo, uníos...! 262
XIX. "Si yo pudiese, anexaría los planetas..." 288
XX. El eslabón más débil 319
XXI. Rusia tiene un plan 336
XXII. ¿Renunciarán al azúcar? 363

PRESENTACIÓN

El libro que ofrecemos al lector es ya una obra clásica en la literatura sobre el tema, una obra que se ha traducido a varios idiomas y publicado en español, en sucesivas ediciones, en Argentina, Chile, Colombia, Cuba, México y otros países. Tanto por haber suscrito el contrato correspondiente con Montlhy Review Press como porque así lo deseaba su autor, Nuestro Tiempo debió haber publicado Los Bienes Terrenales del Hombre desde hace varios años; pero estando en circulación otras ediciones —más de una, por cierto, ilegalmente— pese a tener los derechos de reproducción asegurados preferimos esperar a que tales ediciones se agotaran.

Aun las más áridas cuestiones teóricas se examinan en este libro con sencillez y amenidad y se presentan, no como formas abstractas y rígidas, desprovistas de contenido real, sino como expresiones cambiantes del desarrollo de la sociedad, de la dialéctica misma de la Historia y de las luchas que en ella libran los hombres, como componentes de clases sociales antagónicas. El ensayo cubre desde la transición del feudalismo al capitalismo hasta el imperialismo y los inicios del socialismo, y lo hace desde una perspectiva marxista que permite apreciar la íntima relación que suele haber entre la teoría y la práctica, entre el pensamiento y los procesos históricos que la engendran y hacen posible.

Leo Huberman, además de saber escribir con claridad supo vivir con honradez. Durante años trabajó en el seno del movimiento obrero norteamericano, fue profesor, autor de varios libros y coeditor, con Paul M. Sweezy, desde su fundación, en 1949, de la revista Monthly Review.

Huberman murió en París, en 1968, unos meses después de haber estado en Cuba, cuya revolución siguió de cerca desde 1959. Al publicar Los Bienes Terrenales del Hombre, *rendimos homenaje al luchador, al intelectual honesto, al amigo y camarada que siempre simpatizó con las mejores causas de los pueblos latinoamericanos.*

EDITORIAL NUESTRO TIEMPO

PREFACIO

Este libro tiene un doble propósito. Es una tentativa para explicar la historia con la teoría económica y la teoría económica con la historia. Esta paridad es importante y necesaria. La enseñanza de la historia sufre cuando se presta poca atención a su aspecto económico; la teoría económica es monótona cuando se la separa de su fondo histórico. La "ciencia triste" seguirá siéndolo mientras se la enseñe y se la estudie en un vacío histórico. La Ley de Renta de Ricardo es, en sí, difícil y pesada. Pero colocadla en su contexto histórico, vedla como una batalla entre el terrateniente y el industrial en la Inglaterra de principios del siglo XIX, y se hará excitante y llena de significación.

Este libro no aspira a abarcarlo todo. Ni es una historia de la economía, ni es una historia del pensamiento económico, sino una parte de ambas. Aspira a explicar, en términos del desarrollo de las instituciones económicas, por qué ciertas doctrinas surgieron en un momento determinado, cómo tuvieron su origen en la misma contextura de la vida social y cómo se desarrollaron, fueron modificadas y finalmente desechadas cuando el diseño de esta contextura fue cambiado.

Deseo expresar mi sincera gratitud a las siguientes personas: mi esposa que me ayudó de muchas maneras; el Dr. Meyer Schapiro, por la lectura crítica del manuscrito y las sugestiones estimulantes que me hizo; Miss Sybil May y Mr. Michael Ross, por su constante consejo y crítica constructiva, que me evitaron muchos errores de

juicio y de hechos. Y estoy en deuda especial con Miss Jane Tabrisky, cuya cuidadosa investigación y amplio conocimiento en el campo de la historia y en el de la economía fueron preciosa ayuda. Sin la asistencia de todos, este libro no hubiera podido ser escrito.

LEO HUBERMAN

PRIMERA PARTE

DEL FEUDALISMO AL CAPITALISMO

CAPITULO I

CLERIGOS, GUERREROS Y TRABAJADORES

Los directores de las primeras películas de cine a menudo hacían cosas extrañas. Una de las más curiosas era su costumbre de llevar a la pantalla gentes que tomaban un automóvil e iban a cualquier parte sin pagar al chofer. Paseaban por la ciudad, se divertían, o iban a un centro de negocios, y ahí terminaba todo. No había que pagar. Igual pasaba en los libros de la Edad Media, en los que por páginas y páginas, caballeros y damas, con armaduras brillantes o trajes suntuosos, vivían entre torneos y juegos. Siempre residían en castillos espléndidos, y comían y bebían a su gusto. Pero alguien tenía que pagar por todo ello, porque los árboles no dan armaduras, y los alimentos que produce la tierra tienen que ser plantados y cultivados. Y así como uno tiene que pagar por un paseo en taxi, alguien en el siglo décimo o duodécimo tenía que pagar por las diversiones y las cosas buenas de que los caballeros y damas disfrutaban. Y alguien también tenía que proveer los alimentos y los vestidos para los sacerdotes y clérigos que oraban mientras los caballeros combatían. Además de estos clérigos y guerreros, en la Edad Media existía otro grupo: el de los trabajadores. Porque la sociedad feudal consistía de estas tres clases, clérigos, guerreros y trabajadores, con esta última al servicio de las dos primeras, la eclesiástica y la militar. Así lo entendió por lo menos una persona que vivió en aquella época, y que lo comentó en esta forma:

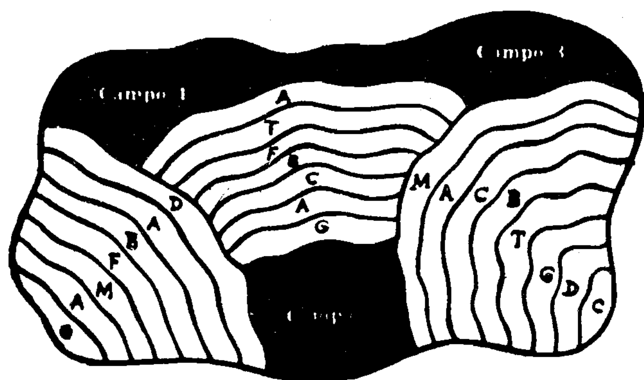
"Para el caballero y el clérigo,
Ha de vivir quien hace el trabajo".

¿Qué clase de trabajo era aquél? ¿En fábricas o en talleres? No, porque éstos no existían. Era un trabajo en la tierra, cosechar alimentos o cuidar ovejas para obtener lana destinada a los trajes. Era un trabajo agrícola, pero tan diferente del actual que apenas podríamos reconocerlo. La mayor parte de las tierras de cultivo de la Europa central y occidental estaban divididas en zonas conocidas como "feudos". Un "feudo" estaba formado simplemente por una aldea y varios centenares de acres de tierra laborable en torno, en que los aldeanos trabajaban. En el borde de la tierra laborable había habitualmente una faja de terreno consistente en praderas, yermo, bosques y pastos. Los "feudos" variaban en algunos lugares en tamaño, organización y relaciones entre sus pueblos, pero sus características principales eran algo semejantes.

Cada propiedad feudal tenía un señor. Comúnmente se dijo del período feudal que "no había señor sin tierra, ni tierra sin señor". Cualquiera probablemente ha visto grabados de la casa de un señor medieval. Es siempre fácil reconocer ésta, porque lo mismo si es un castillo que una casa de campo grande, siempre está fortificada. En esta residencia fortificada el señor del feudo vivía (o a menudo sólo estaba de visita, pues solía poseer varias, y había casos en que poseía centenares) con su familia, sus sirvientes y sus auxiliares, nombrados para administrar la hacienda.

Los pastos, praderas, bosques y yermos eran usados en común, pero la tierra cultivable estaba dividida en dos partes. Una, usualmente un tercio del total, pertenecía al señor y era llamada su "heredad". La otra parte estaba en manos de los arrendatarios, que hacían el trabajo agrario. Un aspecto curioso del sistema feudal era que la

tierra de los agricultores no formaban una sola pieza, sino estaba cortada en franjas, como indica el diagrama.



Obsérvese que la tierra del arrendatario (A) se extendía por tres campos y estaba dividida en franjas, ninguna de las cuales era inmediata a la otra. La del arrendatario (B), lo mismo, y todas las demás. En los primeros tiempos del sistema feudal lo mismo ocurría a la tierra de la heredad, del señor. También estaba dividida en franjas mezcladas, pero en años posteriores tendió a convertirse en una sola gran pieza.

El cultivo por franjas fue típico del período feudal. Evidentemente se malgastaba mucho y después de unos cuantos siglos se le abandonó completamente. En nuestros días hemos aprendido bastante sobre la rotación de cosechas y los fertilizantes, y las cien maneras de obtener más del suelo que lo que obtenían los agricultores feudales. La gran mejora actual es el cambio del sistema de dos campos al de tres campos. Aunque en la época feudal no se había aprendido que aunque las cosechas deben seguirse unas a otras, de modo que el suelo no se agote.

sabían que plantar la misma cosecha todos los años era malo y por ello trasladaban sus siembras anualmente de un campo a otro. Así un año la cosecha de alimentos, trigo o centeno, podía estar en el Campo I, con la cebada en el campo II, mientras el campo III permanecía en barbecho, o sea descansando un año. La explotación en los tres campos se efectuaba así:

	1er. año	*2º año*	*3er. año*
Campo I	Trigo	Cebada	En barbecho
Campo II	Cebada	En barbecho	Trigo
Campo III	En barbecho	Trigo	Cebada

Estos, entonces, eran dos importantes aspectos del sistema feudal. Uno que la tierra laborable estaba dividida en dos partes: una perteneciente al señor y cultivada sólo para su beneficio y la otra dividida entre los numerosos arrendatarios. Y el otro, que la tierra era cultivada no en campos compactos, como lo hacemos hoy, sino por el método de las franjas dispersas. Había una tercera característica marcada: los arrendatarios trabajaban no sólo su propia pertenenencia, sino también la heredad del señor.

El campesino vivía en una choza del tipo más miserable. Trabajando mucho y duramente en sus franjas de tierra (que en conjunto representaban de 15 a 30 acres en Inglaterra y de 40 a 50 en Francia) se las arreglaba para arrancar una existencia miserable de la tierra. Pudiera haber subsistido mejor, a no ser por el hecho de que cada semana, dos o tres días, tenía que trabajar en la tierra del Señor, sin paga. Y no era éste el único servicio que había de prestar. Cuando surgía una urgencia, como las que acontecían en la época de la cosecha, tenía que trabajar primero en la heredad del señor. Estos días extra eran adicionales a los servicios de trabajo. No era eso todo. Nunca se planteó la cuestión en cuanto a qué tierra era la más importante. La del señor tenía que ser arada

primero, sembrada primero y cosechada primero. Y los períodos de urgencia se sumaban al servicio normal de trabajo. ¿Una tormenta amenazaba arruinar las siembras? Pues era el grano del señor el que había de ser salvado primero. ¿Llegaba el momento de la cosecha y ésta tenía que ser reunida rápidamente? Pues el campesino debía dejar su campo propio, para acudir al del señor. ¿Quedaba algo que pudiera ser llevado al pequeño mercado local? Pues eran el grano y el vino del señor que debía ser llevado primero al mercado por el campesino. ¿Necesitaba reparación un camino o un puente? Pues el campesino debía abandonar su trabajo propio, para hacerla. ¿Necesitaba el campesino que su trigo fuese al molino o sus uvas a la prensa del lagar? Podía llevarlos, pero había de ser al molino o a la prensa del señor, donde tenía que pagar por el servicio. No había casi límites para lo que el señor podría imponer al campesino. Según un observador del siglo XII, el hombre del campo "nunca bebe el fruto de su viña, ni prueba un pedazo de buen alimento. Es bastante feliz si puede disfrutar de su pan negro y de algo de su mantequilla y de su queso..."

"Si tiene un ganso o una gallina gorda,
O pan de harina blanca en su arcón,
Es su señor quien debe disfrutarlos".

¿Era entonces el campesino un esclavo? En realidad, la mayoría de los arrendatarios eran llamados siervos que viene del latín "servus", que significa "el esclavo". Pero no eran esclavos en el sentido que nosotros damos a esta palabra. Aunque hubiese habido periódicos en la Edad Media, no se habría encontrado en sus páginas un anuncio como el aparecido en el *Charleston Courier* el 12 de abril de 1828 "...oferta de venta consistente en un cocinero de unos 35 años de edad, su hija de unos 14 y su hijo de unos 8. *El lote será vendido completo o por separado, como convenga al comprador*".

Esta dispersión de una familia de negros esclavos a voluntad del comprador no habría ocurrido a una familia de siervos. Estos tenían el derecho de mantener su familia unida, fuese cual fuese la voluntad del Señor del feudo. El esclavo era una propiedad que podía ser vendida o comprada dondequiera y en cualquier tiempo, pero el siervo no podía ser vendido aparte de su tierra. Su señor podía transferir la posesión del feudo a otro, pero eso simplemente significaba que el siervo tenía un nuevo Señor y se quedaba en su pedazo de tierra. Era una diferencia importante, porque daba al siervo una clase de seguridad que el esclavo nunca tuvo. Por mal que se le tratase, el siervo poseía familia, un hogar y el uso de alguna tierra. Y porque los siervos gozaban de seguridad a menudo ocurría que una persona que era libre, pero que estaba arruinada, por una razón u otra, y carecía de hogar, de tierra y de alimentos, "se ofrecía a sí misma (a un señor, como siervo) con una cuerda al cuello y un penique sobre su cabeza".

Hubo varios grados de servidumbre, pero ha sido difícil a los historiadores precisar todas las diferencias entre las diversas clases. Hubo los "siervos de la gleba", permanentemente unidos a la casa del señor y que trabajaban en sus campos todo el tiempo, no sólo dos o tres días a la semana. Los hubo muy pobres, llamados "bordars" (de la palabra borde o límite) que disponían de dos o tres acres de tierra en el borde de la aldea y "colonos" que ni aun tierra poseían, sino sólo un casucho, y los que podían trabajar para el señor como jornaleros, a cambio del alimento.

Hubo también los villanos que, al parecer, eran siervos con más libertades personales y económicas. Estaban más adelantados en el camino de la independencia que los siervos de la gleba, y tenían más privilegios y menos deberes para con el señor. Otra importante diferencia era que sus deberes eran más definidos que los de los siervos de la gleba. Era una gran ventaja porque los villanos sabían

cuál era su posición en todo momento. No se les podía hacer más demandas aunque al señor se le antoje. Algunos villanos estaban exentos de las "urgencias" y sólo prestaban el servicio regular de trabajo. Otros ni prestaban éste, pero pagaban al Señor con una parte de su cosecha. Otros, en cambio, pagaban en dinero. Esta costumbre se desarrolló con los años, y más tarde llegó a ser muy importante.

Algunos villanos estaban tan bien como si fueran hombres libres y podían ser capaces de arrendar parte de la heredad del Señor, además de sus propias tierras. Los había que fueron propietarios independientes y que nunca prestaron servicio del trabajo, sino simplemente pagaron un impuesto a su Señor. Tenencia de libertos, villanos y siervos de la gleba era diferente, en dos diversos niveles. Pero es difícil fijar exactamente cuál era cuál y exactamente la posición de cada clase.

Ninguna descripción del sistema feudal puede ser estrictamente correcta, porque las condiciones variaban en los distintos lugares. Sin embargo, podemos estar acertados sobre algunos puntos fundamentales del trabajo no libre del período feudal.

Los campesinos fueron más o menos dependientes. Los señores creían que los campesinos existían solamente para el beneficio de los señores. Nunca la cuestión de la igualdad entre el señor y el siervo fue tomada en consideración. El siervo trabajaba la tierra y el señor explotaba al siervo. Hasta donde concernía al señor había poca diferencia entre el siervo y el ganado de su "heredad". Baste saber que en el siglo XI un campesino francés estaba valorado en 38 (*sou*: sous un centavo francés), y un caballo en cien sous. Así como el señor podía preocuparse por la pérdida de uno de sus bueyes, porque los necesitaba para trabajar en su tierra, podía preocuparse por la pérdida de uno de sus siervos, ganado humano que necesitaba igualmente. Por esto mismo el siervo no podía ser vendido fuera de su tierra, ni podía dejarla. Su posesión era lla-

mada "tenencia" (del latín "tenere", tener). Pero en Derecho, huir y ser capturado, podía ser castigado severamente y era indiscutible que habría de volver. En los documentos de la Corte del Feudo de Bradford, de 1349 a 1358, se conserva este extracto: "Está probado que Alice, hija de William Childyong, esclava del Lord, reside en York, y por consiguiente que sea arrestada".

Porque el señor no quería perder a ninguno de sus trabajadores, hubo disposiciones de que los siervos o sus hijos no podían casarse fuera de la "heredad", excepto con permiso especial. Cuando un siervo moría, su heredero directo podía heredar la tierra pagando un impuesto. Hay un caso típico en los mismos documentos judiciales citados antes: "Robert, hijo de Roger, hijo de Richard, quien poseía un *toft* y ocho acres de tierra aquí, ha muerto. Y por ello John, su hermano y heredero, toma esas tierras para retenerlas para sí y sus herederos, según la costumbre del feudo... y paga al Señor 3 chelines como multa de entrada".

En esta cita las palabras "según la costumbre del feudo" son importantes. Ellas constituyen una manera de entender la organización feudal. La "costumbre del feudo" significaba lo que las leyes aprobadas por el gobierno de un país o una ciudad en estos tiempos. La costumbre en el período feudal tenía la fuerza que tienen las leyes en el siglo xx. No había en la Edad Media un gobierno fuerte que pudiera hacerse cargo de todo. Toda la organización se basaba en un sistema de obligaciones mutuas y de servicios, desde lo más alto a lo más bajo. La posesión de la tierra no significaba que usted pudiera hacer con ella lo que le viniese en ganas, como puede hacerlo hoy. La posesión implicaba determinadas obligaciones, que debían ser cumplidas. De lo contrario, se le podía quitar la tierra. Los servicios que el siervo debía al señor y los que el señor debía al siervo —por ejemplo, protección en caso de guerra— eran todos convenidos y cumplidos según la costumbre. Ocurría, por supuesto, que la costumbre era

a veces violada, como las leyes lo son hoy. Una riña entre dos siervos era resuelta en la corte del señor, según la costumbre. Y una riña entre el siervo y el señor era natural que fuese decidida en favor de éste, ya que era juez en la disputa. No obstante, hay casos conocidos en que un señor que violó la costumbre con mucha frecuencia fue llamado al orden por su superior. Esto ocurría particularmente en Inglaterra, donde los campesinos podían ser oídos en la corte del Rey.

¿Qué acontecía en el caso de una disputa entre el señor de un feudo y otro? La respuesta a esta pregunta es la pista de otro hecho interesante sobre la organización feudal. El señor de un feudo, como el siervo, no *poseía* la tierra, sino que era el arrendatario de otro señor de más jerarquía. El siervo, villano o liberto "ocupaba" la tierra dada por el señor del feudo, que a su vez la "tenía" en nombre de un conde, que a su turno la había "recibido" de un duque, como éste del rey. En ocasiones se iba más lejos, pues el rey la tenía dada por otro rey. Esta serie de señoríos queda bien expuesta en el siguiente extracto de los archivos de una corte de justicia inglesa, en 1279: "Roger de St. Germain ocupa una 'messuage' (unidad agraria) de Robert de Bedford, en el servicio de pagar tres peniques al supradicho Robert, de quien la ocupa y de pagar seis peniques a Richard Hylchester, en lugar del mencionado Robert, quien ocupa la tierra. Y el mencionado Richard ocupa en nombre de Alan de Chartres, al que paga dos peniques anuales, y éste a William the Butler, y el mismo William a lord Gilbert de Neville, y el mismo Gilbert a lady Devorguilla de Balliol, y Devorguilla al rey de Escocia, y el mismo rey al rey de Inglaterra".

Esto no significa, por supuesto, que esta unidad de tierra fuese la única que Alan, o William, o Gilbert, etc. "poseía". En lo absoluto. El feudo en sí podía ser la única propiedad que poseyera un caballero o una parte pequeña de un gran dominio, a su vez porción de un *fief*, o gran

extensión de tierra. Algunos nobles eran dueños de unos pocos feudos, otros de varios dominios y otros tenían cierto número de "fiefs" en diferentes lugares. En Inglaterra, por ejemplo, un rico barón poseía propiedades que estaban formados por 790 tenencias. En Italia unos pocos grandes señores eran los amos de más de diez mil feudos. El rey, quien nominalmente era el propietario de toda la tierra, era dueño de vastos estados en todo el país. Los que los ocupaban en nombre del rey, directamente, lo mismo si eran nobles que hombres libres ordinarios, recibían el nombre de terratenientes en jefe.

Al correr de los tiempos, las grandes propiedades tendieron a romperse en otras más pequeñas, bajo la autoridad de más y más nobles, de una categoría u otra. ¿Por qué? Simplemente porque cada señor se vio en la necesidad de tener tantos vasallos como podía y la única manera de hacerlo era entregar parte de sus tierras.

Hoy son necesarios tierra, fábricas, minas, ferrocarriles, buques y maquinaria de todas clases para producir los artículos que consumimos y que digamos que un hombre es rico o no, depende de cuanto posea de aquéllos. Pero en los siglos feudales la tierra producía prácticamente todos los productos que se necesitaban y por ello la tierra y sólo la tierra, era la llave de la fortuna de un hombre. La medida de la riqueza de cualquiera estaba determinada entonces sólo por una cosa, la cantidad de tierra que poseía. Naturalmente había una continua lucha por la tierra. Por ello no debe sorprendernos que el período feudal fuese un período guerrero. Para ganar las guerras, lo mejor era atraer al lado propio al mayor número de combatientes que fuese posible y la manera de hacerlo era pagarlos, obteniendo la promesa de ayuda cuando se les necesitase. Lo que se daba era una concesión de tierra. En un antiguo documento francés de 1200, leemos que "Yo, Thiebault, conde palatino de Troyes, hago saber a los presentes y a los que vendrán que he dado en disfrute a Jocelyn d'Avalon y a sus herederos el feudo nombrado

Gillencourt... El mismo Jocelyn, a cuenta de esto, ha venido a ser mi vasallo".

Como vasallo del conde, probablemente se esperaba que Jocelyn, entre otras cosas, prestara servicios militares al señor. Quizá tenía que suministrar cierto número de hombres, plenamente armados y equipados, por un número especificado de días. El servicio militar en Inglaterra y Francia usualmente consistía en cuarenta días bajo las armas, pero el contrato podía ser por una mitad del tiempo, o por una cuarta parte, etc. En el año 1272 el rey de Francia estaba en guerra, por lo cual llamó a sus arrendatarios *militares* al ejército real. Algunos acudieron y sirvieron su tiempo, pero otros enviaron sustitutos. "Reginald Trihan, caballero, se presentó en persona y fue (al ejército). William de Coynéres, caballero, envió por él a Thomas Chocquet, por diez días. John de Chanteleu, caballero, se presentó declarando que debía 10 días por sí y que él también se presentaba por Godardus de Godardville, caballero, quien debía 40 días".

Los príncipes y nobles que tenían tierras en pago por servicios militares, las concedían, a su vez, a otros en condiciones semejantes. Los derechos que se retenían y las obligaciones en que se incurrían variaban considerablemente, pero en general, eran los mismos en el Occidente y parte de la Europa central. Los arrendatarios no podían disponer de la tierra exactamente como quisiesen, pues habían de tener el consentimiento de su señor y pagar ciertos derechos, si la transferían a alguien. Así como el heredero de un terreno de un siervo tenía que pagar un impuesto al señor del feudo al tomar posesión de su herencia, el heredero de un señor feudal tenía que pagar un derecho al Señor de su Señor. Si un arrendatario fallecía y su heredero era menor de edad, entonces el señor tenía el control de la propiedad hasta que el heredero alcanzase la mayoría de edad. Teóricamente, se admitía que el heredero menor de edad pudiera no estar capacitado para afrontar los deberes que imponía la posesión

de la tierra y por ello su señor se hacía cargo, hasta que fuese mayor. Y mientras se guardaba cuantos ingresos hubiera.

Las herederas tenían que obtener el consentimiento del señor para casarse. En *1221 la condesa de Nevers* reconoció el hecho: "Yo, Matilda, condesa de Nevers, hago saber a cuantos vieren la presente carta, que he jurado sobre los santos evangelios a mi queridísimo señor, Felipe, por la gracia de Dios ilustre rey de Francia, que le prestaré buenos y fieles servicios contra todos los hombres y mujeres vivientes, y que no me casaré sin su voluntad y su gracia".

Si una viuda quería volver a casarse, tenía que pagar una multa a su señor, como muestra este documento inglés de 1316, referente a la viuda de un arrendatario en jefe: "El rey, a todos... etc., saludos. Sabed que por una multa de 100 chelines pagada por Joan, que fue esposa de Simon Darches, fallecido, hemos dado licencia a la mencionada Joan para que pueda casarse con quien quiera, siempre que él nos haya prestado fidelidad".

Por otra parte, si una viuda no deseaba volver a casarse, tenía que pagar por *no* ser obligada a hacerlo, a voluntad de su señor. "Alicia, condesa de Warwick, da cuenta de mil libras y diez *palfrey* (unidad monetaria), para que se le permita permanecer viuda cuanto tiempo le plazca y no ser obligada por el rey a casarse".

Estas eran algunas de las obligaciones que un vasallo debía a su *señor*, en pago por la tierra y la protección que recibía. Había otras. Si el señor estaba secuestrado por un enemigo, se entendía que sus vasallos ayudarían a pagar su rescate. Cuando el hijo del señor era hecho caballero, la costumbre era que recibiese una "ayuda" de los vasallos, que quizá fuese pagar los gastos de las fiestas de celebración. En 1254 un hombre nombrado Baldwin se opuso a esa contribución porque, alegó, el rey, cuyo hijo iba a ser armado caballero, no era su señor inmediato. Y con este argumento ganó el caso, según el English Ex-

chequer Rolls: "Se hace saber al sheriff de Worcester, que si Baldwin de Frivill no es arrendatario del rey "in cápite" (en jefe) sino de Alexander de Abetot, y Alexander de William de Beauchamp, y William del obispo de Worcester, y el obispo del rey 'in cápite', como dice el mismo Baldwin, entonces el dicho Baldwin debe ser dejado en paz de la imposición hecha a él para ayudar a hacer caballero al hijo del rey".

Obsérvese que entre Baldwin y el rey existía la acostumbrada serie de señores. Y que uno de ellos era el obispo de Worcester. Un hecho importante, porque muestra que la Iglesia era parte y porción de este sistema feudal. En algunos sentidos, no era tan importante como el hombre en la cúspide, el rey, pero en otros lo era mucho más. La Iglesia era una organización que se extendía sobre todo el mundo cristiano. Y era más poderosa, más extensa, más antigua y continua que cualquier Corona. Esta era una Edad religiosa y la Iglesia, por supuesto, tenía un tremendo poder espiritual y prestigio. Pero además, tenía la riqueza en la única forma que existía en ese tiempo, la tierra. La Iglesia era el mayor terrateniente de la época feudal. Los hombres preocupados por la clase de vida que habían hecho y querían asegurarse que irían a la diestra de Dios, antes de morir daban tierras a la Iglesia; quienes sabían que la Iglesia realizaba una buena obra cuidando a los enfermos y a los pobres, y querían cooperar en esa labor, daban tierras a la Iglesia; algunos nobles y reyes crearon la costumbre de que cuando ganaban una guerra y se apoderaban de las tierras del enemigo vencido, dar parte de éstas a la Iglesia; de ésta y otras maneras la Iglesia acrecentó sus tierras, hasta que llegó a ser dueña de una tercera parte a la mitad de toda la tierra en Europa Occidental.

Obispos y abates ocuparon sus lugares en la estructura feudal, como los condes y duques. Veamos esta concesión de un feudo al obispo de Beauvais en 1167: "Yo, Luis, por la gracia de Dios, rey de los franceses, hago saber a

todos los presentes, así como a los ausentes, que en Mante, y en nuestra presencia, el conde Henry de Champagne, concedió el feudo de Savigny a Bartholomew, obispo de Beauvais, y a sus sucesores. Y por ese feudo el mencionado obispo ha hecho promesa y compromiso por un caballero, justicia y servicios al conde Henry y también convenido que los obispos que le sucedan, harán lo mismo".

Y así como recibía tierras de un señor, la Iglesia actuaba como señor a su vez. "El abate Fauritius también ha concedido a Robert, hijo de William Mauduit, la tierra de cuatro fincas en Weston... que serán ocupadas como un feudo. Y en pago él hará este servicio: cuando la iglesia de Abingdon efectúe su servicio de caballero, él hará la mitad del servicio de caballero para la misma Iglesia".

En los inicios del feudalismo, la Iglesia había sido un elemento progresista, activo. Había preservado buena parte de la cultura del Imperio Romano. Estimuló la enseñanza y estableció escuelas. Ayudó a los pobres, cuidó a los niños sin hogar en sus orfelinatos y fundó hospitales para los enfermos. En general, los señores eclesiásticos (la Iglesia), administraron sus propiedades mejor y obtuvieron más de sus tierras que la nobleza.

Pero el cuadro tenía otro lado. Mientras los nobles dividían sus dominios para atraerse partidarios, la Iglesia adquiría más y más tierras. Una razón para que a los sacerdotes se les prohibiese el matrimonio, era simplemente que los jefes de la Iglesia no querían perder ninguna de las tierras de ésta, mediante las herencias de los hijos de sus funcionarios. La Iglesia también aumentó sus propiedades mediante el "diezmo", que era un impuesto del diez por ciento sobre los ingresos de todos. Un famoso historiador ha dicho: "El diezmo constituía un impuesto agrario, un impuesto sobre los ingresos y un impuesto de muerte más oneroso que cualquier otro conocido en los tiempos modernos. No sólo estaban los agricultores y villanos obligados a entregar una décima parte de cuanto producían... Diezmos de lana incluían hasta las plumas

de los gansos; y hasta la misma hierba que aquéllos cortaban al borde de los caminos tenían que pagar su impuesto; y el agricultor que deducía los gastos de trabajo antes de "diezmar" sus cosechas, se condenaba a sí mismo al infierno".

Al hacerse la Iglesia enormemente rica, su economía tendió a contrapesar su importancia espiritual. Muchos historiadores discuten que, como terrateniente, no fue mejor, y en algunos casos fue mucho peor que los señores laicos. "Tan grande fue la opresión de sus siervos por el Capítulo de Nuestra Señora de París, en el reinado de San Luis, que la Reina Blanche lo reconvino *con toda humildad,* replicando los monjes que *ellos podían matar de hambre a sus siervos, como quisieran*".

Algunos creen que su obra caritativa fue sobrestimada. Admiten el hecho de que la Iglesia ayudó a los pobres y a los enfermos. Pero señalan que era el más rico y más poderoso terrateniente de la Edad Media y arguyen que en proporción a lo que pudo hacer con su tremenda riqueza, no hizo ni aún lo que la nobleza. Mientras suplicaba y demandaba ayuda de los ricos para su obra de caridad, tuvo buen cuidado de no drenar muy profundamente en sus propios recursos. También estos críticos de la Iglesia dicen que si ésta no hubiera explotado a sus siervos tan duramente, si no hubiera sacado tanto del paisanaje, hubiese habido menos necesidad de tanta caridad.

La Iglesia y la nobleza eran las clases gobernantes. Se apoderaron de la tierra, y el Poder que era ésta fue suyo. La Iglesia dio ayuda espiritual y la nobleza protección militar y se cobraron esto de las clases campesinas en trabajo. El profesor Boissonnade, un buen historiador del período, lo resumió en estas palabras: "El sistema feudal descansaba sobre una organización que, a cambio de protección, que a menudo fue ilusoria, puso la clase trabajadora a merced de las clases ociosas y dio la tierra no a quienes la cultivaban, sino a los que pudieron apoderarse de ella".

CAPITULO II

APARECE EL COMERCIANTE

En nuestros tiempos muy pocos ricos guardan cofres llenos de oro o plata. Las gentes con dinero no necesitan retenerlo. Lo que necesitan es que ese dinero trabaje para ellas y por eso buscan maneras reproductivas de invertirlo, es decir, lugares en que rinda más y tenga el más alto interés. Ese dinero puede participar en negocios, o comprar acciones en una compañía de acero, o adquirir Bonos del Gobierno, o hacer otras muchas cosas. Actualmente hay mil y un medios de usar la riqueza para obtener más riqueza.

Pero en el primer período de la Edad Media no existían esas posibilidades para las gentes con dinero. Eran muy pocos los que lo tenían, pero los pocos que lo tenían, también tenían muy poco en qué usarlo. La Iglesia poseía cofres repletos de oro y plata, que conservaba en cajas fuertes o dedicaba a comprar ornamentos para los altares. Era la suya una gran fortuna, pero un capital ocioso, que no trabajaba continuamente, como las fortunas de hoy. No se podía utilizar el dinero de la Iglesia para crear más riqueza, porque no había salida para éste. Algo semejante ocurría con el dinero de los nobles. Todo lo que llegaba a sus manos, producto de impuestos o multas, no podía ser invertido en empresas de negocio, porque había muy poco negocio. Todo el capital de los clérigos y los guerreros era inactivo, fijo, inmóvil, improductivo.

Pero, ¿no se necesitaba dinero cada día para comprar? No, porque no se compraba casi nada. Quizá un poco de

sal o algún hierro. Lo restante, prácticamente todo el alimento y las ropas que el pueblo necesitaba, era obtenido en el feudo. En la primitiva sociedad feudal, la vida económica se desarrollaba con muy poco uso del dinero. Era una economía de consumo en la que cada aldea feudal prácticamente se bastaba a sí misma. Si alguien le pregunta cuánto ha pagado por su nuevo abrigo, hay cien probabilidades contra una que su respuesta será en términos de pesos y centavos. Pero la misma pregunta en el primer período de la Edad Media, sólo encontraría esta réplica: "Lo hice yo mismo". El siervo y su familia producían sus propios alimentos y con sus manos construían cuanto mueble necesitaban. El señor del feudo pronto agregó a su servidumbre los siervos que eran buenos artesanos, para que hicieran cuanto él necesitaba. Por eso la aldea feudal prácticamente se abastecía a sí misma. Producía y consumía todo lo que requería.

Por supuesto que había algún intercambio de artículos. Tal vez no se dispusiera de la suficiente lana para hacer el abrigo, o tal vez nadie de la familia tuviese habilidad o tiempo para hacerlo. En ese caso la respuesta a la pregunta sobre el costo de la prenda hubiera sido: "Pagué cinco galones de vino". Esta transacción probablemente se habría efectuado en el mercado semanal en las afueras de un monasterio o castillo, o en una población próxima. Esos mercados estaban bajo el control del obispo o del señor, y era allí donde todo sobrante de productos de los siervos o artesanos, o el sobrante del siervo, podía canjearse. Pero teniendo aquel comercio un nivel muy limitado, no había motivos para fabricar en mayor escala. Se cultiva o fabrica más de lo que se necesita personalmente, sólo cuando hay una demanda sostenida. Cuando ésta falta, no hay estímulo para la producción. Por consiguiente, el tráfico en los mercados semanales nunca fue grande y siempre fue local. Otro obstáculo, que se fue haciendo mayor, era la mala condición de los caminos, que eran muy estrechos, accidentados, fangosos y generalmente

inadecuados para viajar. Y además, frecuentados por dos clases de ladrones: los bandidos y los señores feudales que detenían a los comerciantes y les hacían pagar derechos por transitar por aquellos abominables senderos. El derecho de peaje del señor era una práctica tan corriente, que "cuando Odo de Tours, en el siglo XI, construyó un puente sobre el Loire y permitió el cruce libre, su conducta dejó asombrados a todos". Había otras dificultades para el comercio. El dinero era escaso y distinto en diferentes lugares. Los pesos y las medidas también variaban de un lugar a otro. El transporte de mercancías a gran distancia en estas circunstancias era molesto, peligroso, difícil y demasiado costoso. Por todas estas razones, el tráfico en estos mercados feudales locales fue pequeño.

Pero no lo fue siempre. Vino un tiempo en que creció y creció hasta afectar profundamente la vida de la Edad Media. El siglo XI vio al comercio hacer grandes adelantos. El siglo XII vio cómo éste transformaba a la Europa Occidental.

Las Cruzadas le dieron un gran ímpetu. Decenas de miles de europeos cruzaron el continente, por tierra y mar, para arrebatarle la Tierra Santa a los musulmanes. Como necesitaban abastecimiento a todo lo largo de la ruta, les acompañaban comercintes para proveer sus necesidades. Esos Cruzados que regresaron de su jornada al Oriente trajeron de allá un apetito por las ropas y las comidas extrañas y lujosas que habían conocido y disfrutado. Su demanda creó un mercado para esas cosas. Además, hubo un gran aumento de la población después del siglo X y esa población adicional requería alimentos adicionales. Muchas de las nuevas generaciones eran gentes sin tierra que vieron en las Cruzadas una oportunidad para mejorar su posición en la vida. A menudo guerras fronterizas contra los musulmanes en el Mediterráneo o contra las tribus del Este de Europa, fueron dignificadas con el nombre de Cruzadas, cuando en realidad sólo eran campañas para el saqueo o para conseguir tierras. La Iglesia dio a estas

expediciones de merodeo un velo de respetabilidad, haciéndolas aparecer como destinadas a propagar el Evangelio o exterminar a los enemigos de la Fe, o a defender la Tierra Santa.

Hubo peregrinajes a la Tierra Santa desde los primeros tiempos (34 en los siglos ocho, nueve y diez y 117 en el once). El deseo de rescatar a la Tierra Santa era genuino y fue apoyado por muchos que no tenían interés en ello. Pero la verdadera fuerza del movimiento de las Cruzadas y la energía con que fue realizado se basó principalmente en las ventajas que ciertos grupos podían ganar.

El primero, la Iglesia. Esta tenía, indiscutiblemente, un honrado motivo religioso y también se daba cuenta de que vivía en una edad bélica, de lo cual surgió la idea de desviar las violentas pasiones de los guerreros hacia otros países que podían ser cristianizados si aquéllos resultaban victoriosos. El Papa Urbano II fue a Clermont, en Francia, en el 1095. En una llanura abierta, porque no había edificio lo bastante grande para cobijar a cuantos querían escucharle, pidió a sus oyentes iniciar una Cruzada, con estas palabras, según el Fulcher de Chartres, quien estaba presente: "Que aquellos acostumbrados hasta ahora a luchar en guerras perversas contra los fieles, luchen ahora contra el infiel... Que aquellos que hasta ahora han sido salteadores, que desde ahora sean soldados... Que aquellos que antes pelearon contra sus hermanos y familiares, que ahora lo hagan contra los bárbaros, como deben... Que aquellos que anteriormente han sido mercenarios de baja paga, ganen ahora recompensas eternas..." La Iglesia quería extender su poder, porque mientras mayor fuese el área de la Cristiandad, más grande sería el poder y la riqueza de la Iglesia.

El segundo, la Iglesia y el Imperio Bizantinos, con su capital en Constantinopla, muy cerca del centro del poderío musulmán en Asia. Mientras la Iglesia Romana vio en las Cruzadas una oportunidad para extender su poder, la

Iglesia Bizantina vio en ellas el medio de contener el avance musulmán en su propio territorio.

El tercero, los nobles y caballeros que buscaban el botín o tenían deudas y sus hijos jóvenes, con poca herencia o ninguna, que veían en las Cruzadas una ocasión para adquirir tierras y riquezas.

Y el cuarto, las ciudades italianas de Venecia, Génova y Pisa. Venecia siempre fue una ciudad comercial como lo sería cualquier ciudad construida en un grupo de islas. Si las calles son canales, debe esperarse que los habitantes se consideren en su casa lo mismo en un barco que en tierra. Así era con los venecianos. Venecia estaba idealmente situada en una época en que todo el tráfico importante era con el Oriente, con el Mediterráneo como salida. Una ojeada a un mapa es suficiente para mostrarnos por qué Venecia y las otras ciudades italianas llegaron a ser tan grandes centros comerciales. Pero lo que ningún mapa mostraría pero que era cierto, es que Venecia quedó unida a Constantinopla y al Oriente después que Europa Occidental rompió con éstos. Y como Constantinopla había sido por algunos años la principal ciudad del Mediterráneo, esto fue una ventaja más. Significaba que las especias, sedas, muselinas, drogas y alfombras orientales serían llevadas a Europa por los venecianos, que disponían de la ruta interna. Y porque eran primordialmente ciudades comerciales, Venecia, Génova y Pisa querían privilegios especiales de tráfico con las poblaciones a lo largo de la costa del Asia Menor. En éstas vivían los odiados musulmanes, los enemigos de Cristo. Pero ¿importaba eso a los venecianos? En lo absoluto. Las ciudades comerciales italianas veían en las Cruzadas una oportunidad para obtener ventajas también comerciales. Hasta el punto de que la Tercera Cruzada no tuvo por objeto la recuperación de la Tierra Santa, sino la adquisición de beneficios comerciales para las ciudades de Italia. Los cruzados dejaron a un lado Jerusalén, por las poblaciones comerciales costeras.

La Cuarta Cruzada comenzó en 1201. Esta vez Venecia tuvo la parte más importante y más provechosa. Villehardouin fue uno de los seis embajadores que le pidieron ayuda al Dogo veneciano para lograr ayuda en el transporte de los cruzados. Y dice de un convenio concertado en marzo de ese año:

"Sire, venimos a Ud. en nombre de los nobles barones de Francia que han tomado la Cruz... Ellos le ruegan, por el amor de Dios, que les suministre transportes y buques de guerra".

"¿En qué condiciones?", preguntó el Dogo.

"En las condiciones que Ud. pueda proponer o aconsejar, si ellos pueden cumplirlas", replicó el emisario.

"Nosotros suministraremos "huissiers" (barcos que tenían una puerta, llamada "huis", en la popa, que se abría para que embarcasen los caballos) para transportar 4,500 caballos y 9,000 escuderos, y buques para 4,500 caballeros y 20 mil soldados de infantería. El convenio incluirá suministrar la alimentación para todos los caballos y hombres, por nueve meses. Será lo menos que hagamos, siempre que se nos pague cuatro marcos por caballo y dos marcos por hombre.

"Y todavía haremos más: añadiremos cincuenta galeras armadas, por el amor de Dios. A condición de que mientras nuestra alianza dure, en toda conquista de tierra o dinero que hagamos, por mar o tierra, una mitad será para nosotros y otra para Uds...

"El emisario dijo entonces: Sire, estamos dispuestos a concertar este convenio..."

Puede apreciarse en el documento, que mientras los venecianos estaban dispuestos a ayudar a la Cruzada "por el amor de Dios", no dejaban que este gran amor los cegase hasta el punto de renunciar a una notable participación en el botín. Eran grandes hombres de negocio. Desde el punto de vista de la religión, los resultados de las Cruzadas tuvieron poca vida, pues los musulmanes recuperaron el reino de Jerusalén. Desde el punto de vista

comercial, sin embargo, los resultados de las Cruzadas fueron de tremenda importancia. Porque los cruzados ayudaron a despertar a la Europa Occidental de su sueño feudal, desparramando clérigos, guerreros, trabajadores y una creciente clase de comerciantes por todo el continente; aumentaron la demanda de artículos extranjeros; arrebataron de las manos musulmanas la ruta del Mediterráneo e hicieron de ella otra vez la gran vía de tráfico entre el Este y el Oeste que había sido en los tiempos antiguos.

Si los siglos XI y XII presenciaron una resurrección del comercio en el Mediterráneo, en el Sur, vieron también un gran despertar de las posibilidades comerciales en los mares del Norte. En esas aguas se revivió el comercio. Por primera vez fueron realmente activos.

En el Mar del Norte y en el Báltico los barcos iban de un lugar a otro recogiendo pescado, maderas, sebo, pieles y cueros. Un centro de este tráfico de los mares septentrionales fue la ciudad de Brujas, en Flandes. Así como Venecia, en el Sur, era el contacto de Europa con el Oriente, Brujas era el contacto con el mundo ruso-escandinavo. Sólo faltaba que los dos centros encontrasen un punto de reunión, donde los productos pesados del Norte pudieran ser más fácilmente cambiados por los más costosos y lujosos del Oriente. Como el comercio, cuando tiene un buen principio, crece como una bola de nieve cuesta abajo, no pasó mucho tiempo sin que se encontrara ese centro de intercambio. Los comerciantes que llevaban los artículos nórdicos se reunieron con los que habían cruzado los Alpes, desde el Sur, en la planicie de la Champagne. Pronto hubo grandes ferias en numerosas ciudades, y las más importantes en Lagny, Provins, Bar-sur-Aube y Troyes. (Si alguna vez hemos pensado en que por qué usamos las pesas "troy", ahora queda aclarado. El sistema de pesas usado en Troyes, en las grandes ferias de hace siglos, es el origen del actual).

Hoy el comercio es constante, en torno a nosotros. Nuestros medios de transporte son tan perfectos, que artículos del fin del mundo afluyen a nuestras grandes ciudades y sólo se necesita ir a una tienda y allí escoger lo que se desee. Pero en las centurias XII y XIII, como hemos visto, los medios de transporte no estaban tan desarrollados. Ni había una perenne demanda de artículos, dondequiera, que garantizase una venta diaria todo el año en las tiendas. De aquí que muchas poblaciones no pudieran tener un comercio permanente. Las ferias periódicas en Inglaterra, Francia, Bélgica, Alemania e Italia eran un paso adelante hacia un comercio con carácter de permanencia. Lugares que en el pasado dependían del mercado semanal para satisfacer sus necesidades más simples, ahora comprobaron que éste era inadecuado para afrontar las crecientes oportunidades comerciales. Poix, en Francia, fue uno de esos lugares. Pidió al rey permiso para establecer un mercado semanal y dos ferias anuales. He aquí parte de la carta real sobre ello: "Hemos recibido la humilde súplica de nuestro querido y bien amado Jehan de Créquy, señor de Canaples y de Poix, informándonos que dicha aldea y los arrabales de Poix están situados en un buen y fértil país y que dicha aldea y arrabales están bien construidos y tienen casas, pueblo, comerciantes, habitantes y otros, y también que por allí pasan y repasan muchos comerciantes y mercancías del país alrededor y de otras partes, y que es requisito y necesario tener allí dos ferias cada año y un mercado cada semana... Por cuya razón... hemos creado, ordenado y establecido para la dicha aldea de Poix... dos ferias cada año y un mercado cada semana". Realmente, las más importantes ferias de Champagne estaban arregladas de modo que duraban todo el año; cuando terminaba una, comenzaba la otra. Los comerciantes se trasladaban, con sus mercancías de una a otra.

Merece notarse la diferencia entre los mercados locales semanales de los principios de la Edad Media y las gran-

des ferias de los siglos del XII al XV. Los mercados eran pequeños, negociando con artículos locales, en su mayoría agrícolas. Las ferias, en cambio, eran enormes, traficándose en *ellas con productos* al por mayor, que procedían de todo el mundo. La feria era el centro distribuidor donde grandes comerciantes, que se distinguían de los buhoneros errantes y de los artesanos de la localidad, compraban y vendían los artículos extranjeros que venían del Este y el Oeste, del Norte y del Sur.

Veamos esta proclama de 1349, concerniente a las ferias de Champagne: "Todas las compañías de comerciantes y comerciantes individuales, italianos, transalpinos, florentinos, milaneses, genoveses, venecianos, alemanes, provenzales y de otros países, que no son de nuestro reino, si desean traficar aquí y disfrutar de los privilegios y buenas costumbres de dichas ferias... vendrán, estarán y partirán, ellos, sus mercancías y sus guías, en el salvoconducto de las ferias, en las cuales Nosotros les tomamos y recibimos, junto con sus mercaderías y géneros, sin estar expuestos a arresto, confiscación o molestia alguna, a no ser por los guardias de dichas ferias..."

Obsérvese que además de invitar a los comerciantes de todas partes a visitar las ferias, el gobernante de Champagne les ofrece salvoconducto para ir o volver de las ferias—. Es fácil imaginar la *importancia* de esto en una época en que los caminos estaban infestados de ladrones. A menudo también los traficantes que se dirigían a las ferias estaban exentos de los irritantes derechos y portazgos demandados por los señores feudales. Todo esto era arreglado por el señor de la provincia donde se celebraba la feria. ¿Qué ocurría si un grupo de comerciantes era atacado por los ladrones en el camino? Pues entonces los comerciantes de esa provincia, en cuyo suelo se había efectuado el asalto, no podían participar en las ferias. Esto era, ciertamente, un terrible castigo porque significaba que el comercio de esa localidad quedaba paralizado.

Pero ¿por qué el señor de la población donde la feria

tenía su asiento se tomaba la riesgosa molestia de hacer todos estos arreglos? Simplemente porque la feria traía riqueza a su dominio y a él personalmente. Los comerciantes que hacían negocios en aquélla le pagaban por el privilegio. Había un impuesto por entrada y por salida y otro por el almacenaje de los artículos. Había otro por las ventas, y otro llamado de "casilla". No había oposición a esas tasas, porque eran bien conocidas, fijas y no muy exorbitantes.

Las ferias eran tan grandes, que los guardias ordinarios de la población no eran suficientes. Por ello tenían su propia policía, guardias especiales, y tribunales. Cuando surgía una disputa, quedaba a cargo de los policías de la feria y era resuelta por la Corte de ésta. Todo estaba cuidadoso y eficientemente organizado. El programa era usualmente el mismo. Después de unos días de preparación, en los cuales se desempaquetaban las mercancías, se armaban las casillas, se pagaba y se resolvían diversos detalles, la gran feria abría sus puertas. Mientras docenas de entretenimientos divertían al pueblo, que iba de una casilla en otra, las ventas se sucedían. Aunque se vendían artículos de todas clases todo el tiempo, se dedicaba ciertos días para traficar con determinadas clases de mercaderías, como telas, cueros y pieles.

De un documento fechado en 1429, acerca de la feria de Lille, sabemos otra importante característica de estos grandes centros comerciales: "...al dicho Jean de Lanstais nosotros, por nuestra gracia especial, concedemos y acordamos... que en cualquier lugar en el dicho mercado de nuestra ciudad de Lille o dondequiera que se haya efectuado cambio de moneda, él puede establecer, ocupar y emplear un contador y un cambio de moneda por el tiempo que nos plazca a nosotros, por lo que nos pagará cada año, mediante nuestro síndico en Lille, la suma de veinte libras "parisian."

Estos "cambiadores" de moneda eran una parte tan importante de la feria, que así como había días especial-

mente dedicados a la venta de telas y cueros, los días finales eran dedicados a las operaciones con moneda. Las ferias eran así importantes no sólo por el comercio, sino también por las transacciones financieras que se hacían en ellas. En el centro de la feria, en la Corte del cambio de dinero, las diversas variedades de monedas eran pesadas, evaluadas y canjeadas; se negociaban préstamos; se pagaban deudas antiguas; se honraban las cartas de crédito; y circulaban libremente las letras de cambio. Aquí estaban los banqueros de la época, realizando negociaciones financieras de tremendo alcance. Unidos todos, disponían de vastos recursos. Sus operaciones cubrían negocios que se extendían por todo el continente, de Londres a Levante. Entre sus clientes había papas y emperadores, reyes y príncipes, repúblicas y ciudades. De tal consecuencia fueron sus actividades, que traficar con dinero se hizo una profesión especializada.

Este hecho es importante porque prueba cómo el desarrollo del comercio causó un cambio en la vieja economía natural, en la que la vida se desenvolvía prácticamente sin el empleo del dinero. Había desventajas en el sistema de trueque de la primitiva Edad Media. Parecía simple cambiar cinco galones de vino por un abrigo, y sin embargo no lo era. Ud. tenía que buscar una persona que tuviese lo que Ud. necesitaba y necesitase lo que Ud. tuviera. Pero se introdujo el dinero como medio de cambio ¿y qué ocurrió? Pues que el dinero es aceptable a todos, no importa lo que necesiten, porque puede ser cambiado en cualquier momento y por cualquier cosa. Al usarse generalmente el dinero, no se tiene que andar con los cinco galones de vino hasta encontrar a alguien que necesite vino y disponga de un abrigo para el canje. No todo lo que se requiere es vender el vino, recibiendo dinero y con este dinero comprar el abrigo. Lo que fue simple transacción se convierte en transacción doble, mediante la introducción del dinero, además de que se ahorra tiempo y energía. De esa manera el uso del dinero hace el cambio

de artículos más fácil y el comercio tiene gran estímulo. Su crecimiento, a su vez, reacciona en la extensión de las transacciones monetarias. Después del siglo XII, la economía de Ningún Mercado se convierte en la economía de Muchos Mercados. Y con el auge del tráfico comercial, la economía natural del feudo, que se bastaba a sí misma en la Baja Edad Media, se transformó en la economía del dinero en un mundo de comercio en expansión.

CAPITULO III

VAMOS A LA CIUDAD

Al convertirse en una ancha corriente el hasta entonces comercio irregular, todas las pequeñas manifestaciones de la vida agrícola e industrial y del mismo comercio, recibieron impulso y florecieron. Uno de los más importantes efectos del aumento del comercio, fue el crecimiento de las ciudades.

Por supuesto que existían algunos pueblos antes del auge comercial. Eran los centros militares y judiciales del país, donde actuaban las Cortes del rey y había cierto movimiento. Eran realmente poblaciones rurales, sin especiales privilegios ni sede de gobierno que las distinguiese unas de otras. Pero las nuevas ciudades que surgieron del creciente comercio, o las antiguas que tomaron nueva vida bajo su estímulo, adquirieron un carácter diferente.

Si las ciudades crecen en los lugares donde el comercio se expande rápidamente, en la Edad Media buscaríamos estas ciudades en desarrollo en Italia y en los Países Bajos. Ahí es precisamente donde primero las encontraríamos. En plena expansión el comercio, la mayoría de las poblaciones comenzaban a formarse allí donde se reunían dos caminos o en la desembocadura de un río o donde la inclinación de la tierra era más favorable. Esos eran los lugares que los comerciantes más buscaban. Además en tales lugares había habitualmente una catedral, o un sector fortificado llamado "burgo", el cual daría protección en caso de peligro. Los mercaderes ambulantes que descansaban entre largas jornadas o esperaban que un río congelado se

deshelase, o un camino cubierto por el fango se hiciera transitable otra vez, naturalmente se detenían cerca de las murallas de la fortaleza o a la sombra de la catedral. Como cada vez se reunían más comerciantes allí, se creó el "fauburg" o "fuera del burgo". No pasó mucho tiempo sin que el "fauburg" se hiciese más importante que el mismo burgo. Pronto los comerciantes que vivían en él, deseando protección, construyeron alrededor de su población muros protectores, que probablemente se asemejaban a las empalizadas de los colonos norteamericanos. Las viejas murallas ya no eran necesarias y se desplomaron. El antiguo burgo no se expandió, sino que fue absorbido por el más reciente fauburg, donde "pasaban cosas". El pueblo comenzó a abandonar las aldeas feudales para iniciar una nueva vida en estas poblaciones cada vez más activas. La expansión comercial significaba trabajo para más gente. Y ésta acudió en su busca a los nuevos centros.

Digamos ahora que no *sabemos* que lo antes dicho sea cierto. Todo es simplemente la especulación de algunos historiadores, particularmente Mr. Henri Pirenne, cuya colección de datos para probar lo que era la existencia en las ciudades de la Edad Media y cómo se desarrollaron éstas, es tan fascinante como cualquier novela policiaca. Una de las pruebas más evidentes de que el comerciante y el residente en una ciudad eran uno y el mismo, es el hecho de que en los principios del siglo XII la palabra "mercator", que significaba comerciante o mercader y la palabra "burgensis", que significaba uno que vivía en la ciudad (burgo), eran usadas indistintamente.

Si se recuerda cómo se fundó la sociedad feudal, se verá que la expansión del comercio que llevó al crecimiento de las ciudades habitadas principalmente por una creciente clase de mercaderes, seguramente iba a conducir a un conflicto. Toda la atmósfera del feudalismo era de confinamiento, mientras toda la atmósfera de la actividad comercial en la ciudad, era de libertad. La tierra de las poblaciones pertenecía a los señores feudales, a los obispos,

a los nobles, a los reyes. Los lores (Señores Feudales) al principio no veían las tierras de las ciudades de modo diferente a como veían las otras tierras. Y esperaban cobrar derechos y gabelas, disfrutar monopolios, fijar impuestos y servicios de trabajo y controlar los tribunales de justicia como siempre lo hicieron en sus haciendas feudales. Pero esto no podía ocurrir en las poblaciones. Todo aquello era feudal, esto es: basado en la propiedad de la tierra y los implementos de trabajo. Y todo esto tenía que cambiar, en lo que a las ciudades concernía. Las regulaciones y la justicia feudales habían sido fijadas por la costumbre y era difícil alterarlas. Pero el tráfico comercial es por naturaleza activo, desea cambiar y se impacienta ante las barreras. No se adaptaba a la rígida armazón feudal. La vida en las ciudades era muy distinta de la vida en los feudos y habrían de crear nuevas formas.

Al menos los comerciantes así lo creían. Y las ideas en estos comerciantes emprendedores pronto se tradujeron en acción. Ya habían aprendido la lección de que la unión hace la fuerza. Cuando viajaban por los caminos se unían para defenderse contra los bandoleros y cuando viajaban por mar se unían contra los piratas. Igualmente, cuando negociaban en mercados y ferias, se unían para hacer mejor ganancia con sus recursos aumentados. Ahora, enfrentados a las restricciones feudales que limitaban su actividad, se unieron en asociaciones llamadas "guilds" (gremios) o "hanses" (uniones mercantiles), cuyo objeto era ganar para las ciudades la libertad necesaria para su constante expansión. Allí donde lograban lo que querían sin lucha, quedaban contentos. Y allí donde tenían que pelear para conseguirlo, peleaban.

¿Exactamente qué querían? ¿Cuáles eran las demandas de los comerciantes en las nuevas ciudades? ¿Dónde el mundo en evolución que representaban chocó con el viejo mundo feudal?

Los habitantes de la ciudad querían libertad, libertad para ir y venir como y adonde gustasen. Un viejo prover-

bio alemán, bueno para toda Europa occidental, "Stadtluft march frei" (El aire de la ciudad hace libre al hombre), demuestra que ellos tenían lo que deseaban. Tan cierto era el proverbio, que muchas Cartas de Privilegio de Ciudades, de los siglos XII y XIII, contenían una cláusula semejante a ésta concedida a la ciudad de Lorris por el rey Luis VII, en 1155: "Todo el que haya residido un año y un día en la parroquia de Lorris, sin que se le haya reclamado nada allí y que no haya rehusado exponer su caso ante nosotros o nuestro preboste, podrá vivir allí libremente y sin molestias". Si Lorris y otras ciudades hubieran conocido nuestra técnica de propaganda en las carreteras, pudieran haber puesto en las de aquella época un anuncio como éste:



Pero la gente quería más que su propia libertad. Quería la libertad de la tierra. La costumbre feudal de poseer la "tenencia" legal de la tierra de fulano-más-cual, quien a su turno la tenía de fulano-más-cual, no le agradaba. Y es que la gente consideraba tierra y casas desde un ángulo muy diferente al del terrateniente feudal. Los "burgueses" sabían que podían necesitar súbitamente dinero en efectivo para un negocio y pensaban que hipotecar o vender su propiedad era una manera de obtenerlo sin tener que pedir permiso a una serie de señores. La misma Carta de Privilegios de Lorris lo expresaba en muy pocas palabras: "Todo burgués que desee vender su propiedad tendrá el privilegio de hacerlo". Baste recordar el sistema de tierras

que se describe en el Capítulo I, para darse cuenta de lo que los cambios en el comercio y el auge de las ciudades significaba para él.

Además la gente de las ciudades quería hacer las leyes por sí misma, tener sus propios tribunales. Se oponían a las lentas Cortes del feudo, designadas para actuar en una comunidad estática y sin la menor capacidad para afrontar los nuevos problemas que surgían en la activa población comercial. Por ejemplo, ¿qué sabía el señor de un feudo sobre hipotecas, de una carta de crédito o de negocios en general? Nada. Y de cualquier manera, si entendía de estas cosas, era seguro que usaría su conocimiento y su posición para ventaja propia y no en interés del hombre de la ciudad. Por ello la gente de la ciudad quería establecer sus tribunales preparados para solucionar "sus" problemas en interés propio. También querían tener su propio código criminal. Mantener el orden y la paz en la pequeña aldea feudal no tenía comparación con mantenerlos en la ciudad creciente, de mucha más riqueza y de población cada vez mayor. La gente de la ciudad conocía el problema, en la misma proporción que el Señor Feudal lo desconocía. Y así pues quería su "paz ciudadana".

La gente de la ciudad quería fijar los impuestos a su manera y así lo hacía. Se oponía a la multiplicidad de derechos feudales, pagos, ayudas, multas, en conjunto irritante y que en el mundo cambiante de la ciudad sólo eran una molestia. Quería hacer negocios y así tendió a abolir las tasas de todas clases que los obstaculizaran. Si no pudieron abolirlos completamente, lograron modificarlos de un modo u otro, hasta hacerlos menos objetables.

El control de las ciudades no fue cedido inmediatamente, sino poco a poco. Primero el Señor vendió algunos de sus derechos sobre el burgo a sus residentes; después vendió otros y la entrega continuó así, hasta que la ciudad prácticamente se hizo independiente. Esto es lo que aparentemente ocurrió en la ciudad alemana de Dortmund.

En 1241 el conde de Dortmund vendió a los ciudadanos algunos de sus derechos feudales allí:

"Yo, Conrad, conde de Dortmund, y mi esposa Giseltrude y todos nuestros herederos legítimos, vendemos a los burgueses y ciudad de Dortmund nuestra casa situada cerca de la plaza del mercado.. la cual dejamos a ellos completamente en perpetuidad, junto con los derechos que recibimos del Sacro Romano Imperio en el matadero y en los bancos de zapateros, y el horno y en la casa que está sobre la del tribunal, por el precio de dos "denarii" por el matadero y también dos "denarii" por los bancos de zapatero y por el horno y la casa sobre la del tribunal una libra de pimienta, que nos serán pagados anualmente".

Ochenta años más tarde otro conde Conrad vendió por una renta anual "al Consejo y ciudadanos de Dortmund y a su exclusivo señorío, la mitad del condado de Dortmund", la cual incluía los tribunales, tasas, derechos e impuestos y todo dentro de las murallas, exceptuando la casa condal, sus siervos personales y la Capilla de San Martín.

Puede suponerse que los obispos feudales y los señores vieron que se estaban efectuando cambios sociales de gran importancia. Puede suponerse que algunos de ellos se dieron cuenta de que no podían colocarse en el camino de esas fuerzas históricas. En unos casos ocurrió así, en otros no. Los hubo lo bastante inteligentes para sentir lo que acontecía, sacaron el mejor partido posible de ello y salieron bien al final. Pero no siempre todo pasó pacíficamente. A través de la historia los que estaban en el Poder, bien instalados en éste, siempre usaron todos los medios para retener lo que poseían. Un perro siempre pelea por su hueso. Y en muchos casos los señores feudales y los obispos (particularmente los obispos) clavaron sus dientes en el hueso y no dejaron arrebatárselo, hasta que los obligó la violencia de la gente de las ciudades. En algunos no sólo era cuestión de mantener sus antiguos privilegios,

solamente por los beneficios que recibían. Pero como a menudo pasa en la historia, muchos que estaban bien, honradamente creían que a menos que todo siguiese como hasta entonces, el orden social se derrumbaría. Y como la gente de las ciudades no lo entendía así, muchas ciudades ganaron su libertad sólo después de que la violencia había estallado. Esto parece probar la verdad de la declaración del magistrado Oliver Wendell Holmes, de que "cuando las diferencias tienen suficiente alcance, matamos al otro hombre antes que dejarle que se imponga".

En realidad la gente de las ciudades, combatiendo bajo la dirección de los gremios o corporaciones de comerciantes, no fueron revolucionarios en el sentido que nosotros damos a la palabra. No luchaban para derrocar a sus señores, sino meramente para conseguir de ellos que suavizasen algunas de las obsoletas prácticas feudales que eran un obstáculo o impedimento para la expansión del comercio. No escribieron, como los revolucionarios norteamericanos, que "todos los hombres son creados libres e iguales". Nada de eso. "La libertad personal en sí no fue reclamada como un derecho natural. Se la buscó solamente por las ventajas que implicaba. Esto es tan cierto que en Arras, por ejemplo, los comerciantes pretendieron que se les clasificase como siervos del Monasterio de St. Vast, sólo para disfrutar de la exención de las gabelas del mercado que se había concedido a éstos".

Las ciudades querían libertad de toda interferencia en su expansión y después de varios siglos lo lograron. El grado de libertad variaba considerablemente y por ello mismo es difícil presentar un cuadro completo de los derechos y libertades y de la organización de la ciudad medieval, tan completo como el del feudo. Hubo ciudades totalmente independientes, como las ciudades-repúblicas de Italia y Flandes; hubo comunas libres con diversos grados de independencia; y hubo poblaciones que pudieron arrebatar algunos privilegios a sus señores feudales, pero que en alguna medida quedaron bajo su control.

Mas cualesquiera que fuesen los derechos de las ciudades, sus habitantes tenían en su poder la Carta que los confirmaba, lo cual ayudaría a impedir disputas si el Señor o sus agentes olvidaban esos derechos. He aquí el principio de una Carta dada por el conde de Ponthieu a la ciudad de Abbeville en 1184. En la primera línea el conde expone una razón de que la gente "ciudadana" apreciase tanto sus Cartas y las guardase cuidadosamente bajo triple llave, hasta el punto de que a veces las inscribían con letras de oro en los muros de la Casa Consistorial o de una iglesia: "Como lo que está escrito queda más fácilmente en la memoria del hombre, yo, Jean, conde de Ponthieu, hago saber a todos los presentes y venideros, que mi abuelo, el conde Guillaume Talvas, habiendo vendido a los burgueses de Abbeville el derecho a tener una comuna y no teniendo los burgueses una copia auténtica de la venta, les he concedido el derecho a tener una comuna y a mantenerla a perpetuidad".

Ciento ochenta y seis años más tarde, en 1370, los ciudadanos de Abbeville al parecer tenían un nuevo señor: el rey de Francia. Evidentemente el movimiento para la libertad de la ciudad había progresado rápidamente en los años intermedios entre las dos fechas, porque el rey, en una orden a sus funcionarios, va mucho más lejos en sus promesas: "Nosotros les hemos dado y concedido ciertos privilegios, por los cuales aparece (inter alia), (entre otras cosas), que nunca por la razón u ocasión que pueda ser, impondremos, multaremos o pondremos en nuestra dicha población de Abbeville, ni en ninguna otra del condado de Ponthieu, impuestos o subsidios de ninguna clase, si no es en beneficio de dichas poblaciones y a su petición... por cuya razón nosotros, considerando el verdadero amor y la obediencia que nos han demostrado los dichos peticionarios, os ordenamos que permitáis a todos los burgueses, habitantes de dicha ciudad, traficar, vender y comprar, traer y tomar a través de todas las poblaciones, regiones y límites del dicho condado, sal y otras

mercancías de cualquier clase, sin obligarlos a pagarnos a nosotros y nuestros hombres y oficiales cualquier tasa de sal, demandas, exacciones, impuestos o subsidios..."

Esta exención de un impuesto que el rey de Francia les concedió en el documento reproducido, era sólo uno de los privilegios por los cuales luchaban los comerciantes. En la pugna por la libertad de la ciudad, los comerciantes asumieron la vanguardia. Eran el grupo más poderoso en las ciudades y ganaron para sus gremios o "hanses" toda clase de privilegios. Los gremios comerciales a menudo ejercían un monopolio sobre el tráfico al por mayor en las ciudades. El que no era miembro del gremio comercial, estaba fuera de toda posibilidad cuando se trataba de negociar. En 1280, por ejemplo, en Newcastle, Inglaterra, un tal Richard se quejó al rey de que diez vellones de lana de su propiedad habían sido incautados por varios comerciantes. Pedía que se los devolvieran. El rey llamó a los comerciantes y les preguntó por qué habían procedido así. Contestaron, en su defensa, que el rey Enrique III les había concedido qué "los burgueses de dicha ciudad podían tener un gremio comercial en el suburbio, con todas las libertades y derechos de aduanas pertenecientes al gremio..." Al insistir el monarca qué libertades pertenecían a dicho gremio, replicaron que ninguna, "a menos que se considerase como libertad del gremio cortar palos para vender en el mercado o población, cortar carne o pescado, comprar cuero fresco, comprar lana por vellones...", Richard evidentemente no era miembro del gremio, el cual tenía la exclusividad para traficar en vellón de lana.

En Southampton, al parecer, los que no eran miembros podían comprar artículos, pero la organización de los comerciantes tenía la primera oportunidad para hacerlo, "y ningún habitante o extraño podía hacer ofertas o comprar ninguna clase de mercancía que llegase a la ciudad, antes que los burgueses del gremio comercial, mientras un miembro de éste estuviese presente y deseara

hacer una oferta o comprar el artículo. Y si alguien desobedeciera esto y fuese declarado culpable, lo que comprase sería decomisado en beneficio del rey."

Así como los gremios trataban de mantener a los que no fuesen sus miembros fuera de los negocios locales, igualmente se esforzaban, con éxito, en mantener a los comerciantes extranjeros fuera de toda operación en su provincia comercial. Su gran finalidad era tener el completo control del mercado. Cualquier artículo que entrase o saliese de la ciudad había de pasar por sus manos. La competencia de afuera tenía que ser eliminada. Los precios de los productos eran determinados por el gremio. En todas las etapas, el gremio había de jugar el principal papel. El control del mercado iba a ser su monopolio exclusivo.

Es obvio que con objeto de ejercer ese poder y para obtener ese monopolio del comercio en las diversas ciudades, los gremios tenían que estar a "bien" con las autoridades. Y lo estaban. Como eran las personas más importantes de la ciudad, los comerciantes influían mucho sobre quienes habían de ser los funcionarios locales. En algunos lugares esos funcionarios estaban bajo su influencia; en otros, ellos mismos eran los funcionarios; y en algunos pocos la ley estipulaba que solamente los miembros del gremio comercial podían desempeñar funciones en el gobierno de la ciudad. Esto era raro, pero que ocurría de vez en cuando está probado por las regulaciones de la población de Preston, Inglaterra, promulgadas en 1328": "...todos los señores burgueses por orden de la Corte, que están fuera del gremio comercial, nunca serán alcaldes ni jueces ni sargentos; sólo podrán serlo los burgueses cuyo nombre aparezca inscrito en el gremio comercial último; pues el rey da la libertad a los burgueses que pertenecen al gremio y a ningún otro".

Los gremios comerciales estaban tan ansiosos de obtener privilegios monopolísticos y vigilaban de tal manera sus derechos, que mantenían la disciplina de sus miem-

bros por una serie de reglas que todos tenían que obedecer. Ser miembro del gremio significaba ciertas ventajas, pero sólo se podía ser miembro acatando cuidadosamente las reglas de la asociación. Reglas que eran muchas y estrictas. Por violarlas, se era expulsado del gremio completamente o castigado por otros medios. Un método, especialmente interesante para nosotros, era el empleado por un gremio en Chester, Inglaterra, hace más de trescientos años. En 1614 la compañía de Mercers and Ironmongers, de Chester, después de comprobar que T. Aldersley había infringido sus reglas, le ordenó cerrar su tienda. El sancionado se negó. "Entonces, día por día, dos (de la compañía) estuvieron paseándose todo el día delante de dicha tienda, prohibiendo e inhibiendo a todos los que venían a dicha tienda a comprar artículos allí y deteniendo a los que iban a comprar algo en ella"

Es seguro que Mr. Aldersley no pudo poner fin a este *picketing* (hacer "piquetes") obteniendo un interdicto contra ello, al estilo del siglo xx, porque el gremio era demasiado poderoso. Además los gremios tenían mucho poder, no sólo en su localidad particular sino también en regiones lejanas. Lo cual consiguieron mediante su vieja táctica de unirse. La famosa Liga Hanseática, de Alemania, es un ejemplo destacado de la unión de "hanses" separados, en una potente organización. La Liga tenía casas de comercio que eran a un tiempo fortaleza y almacenes, extendiéndose desde Holanda a Rusia. Tan poderosa llegó a ser, pues en el apogeo de su fuerza controlaba más de cien ciudades y poblaciones, que prácticamente monopolizó el tráfico de Europa septentrional con el resto del mundo. Fue un Estado en sí, que concertó tratados comerciales, protegió su flota mercante con sus propios barcos de guerra, limpió los mares del Norte de piratas, y tuvo sus asambleas gubernamentales, que hicieron sus leyes particulares.

Los derechos que los comerciantes y ciudades ganaban, reflejaron la creciente importancia del comercio como

fuente de riqueza. Y la posición de los comerciantes en las ciudades reflejaba la creciente importancia de la riqueza medida en dinero contrapuesta a la riqueza valorada en tierras.

En el primer período feudal, la tierra sola era la medida de la riqueza de un hombre. Después de la expansión del comercio apareció una nueva clase de riqueza, la del dinero. En aquel período feudal el dinero había sido inactivo, fijo, sin movimiento; ahora se hizo activo, vivo, flúido. En el feudalismo los clérigos y los guerreros que poseían la tierra estaban en un extremo de la escala social, viviendo a expensas del trabajo de los siervos, quienes estaban en el otro extremo del orden social. Ahora un nuevo grupo apareció: la clase media, que subsistía de otra manera, comprando y vendiendo. En el período feudal la posesión de la tierra, única fuente de riqueza trajo al clero y a la nobleza el poder para gobernar Después, la posesión del dinero, nueva fuente de riqueza dio una participación en el gobierno a la ascendente clase media.

CAPITULO IV

NUEVAS IDEAS POR VIEJAS IDEAS

La mayoría de los negocios se hacen hoy con dinero prestado, sobre el cual se paga interés. Si la United States Steel Company desea comprar otra empresa de acero que ha estado compitiendo con ella, probablemente tomaría en préstamo el dinero. Y podría hacerlo emitiendo bonos, que sólo son simplemente promesas de devolver, con intereses, la suma que el comprador preste. Cuando el propietario de una tienda necesita adquirir nuevos equipos para ésta, muy costosos, se dirige al Banco para obtener, prestado, el dinero, sobre el que abona un interés. El agricultor que quiere comprar una tierra inmediata a su propiedad, toma una hipoteca sobre su finca para conseguir el dinero. La hipoteca es sencillamente un empréstito sobre el cual el agricultor paga un interés anual. Estamos tan acostumbrados al pago de intereses por los fondos que usamos, en préstamo, que nos parece una cosa "natural", que siempre existió.

Pero no es así. Hubo una época cuando era considerado una grave ofensa cargar interés por el uso del dinero. En los comienzos de la Edad Media hubo un poder que prohibió prestar dinero con interés. Un poder cuya palabra era ley para toda la Cristiandad: la Iglesia. Afirmaba que hacerlo era usura y que la usura era PECADO, en letras mayúsculas, porque así se expresaba en aquellos días todo pronunciamiento de la Iglesia. Y un pronunciamiento, que amenaza con la condenación a quienes lo violaran, era particularmente importante. En los tiem-

pos feudales, la influencia de la Iglesia en la mente del pueblo era mucho mayor que hoy. Pero no sólo la Iglesia veía con enojo la usura. Los gobiernos de las ciudades y más tarde los de los Estados, dictaron leyes contra ella. Una "Ley contra la Usura" aprobada en Inglaterra decía: "...como la usura es, por la palabra de Dios, completamente prohibida, como un vicio odiosísimo y detestable... nadie, por ningún modo o medio, prestará, dará o entregará ninguna suma de dinero, con finalidad de usura, aumento, lucro, ganancia o interés, recibido o por recibir, so pena de confiscación de la suma así prestada, como también de la obtenida y también so pena de prisión". Esta ley refleja lo que la mayoría del pueblo de la Edad Media pensaba sobre la usura. Se convenía que ésta era mala. Pero ¿por qué? ¿Cómo se había desarrollado esta actitud hacia tomar dinero a interés o crédito? Para contestar esta pregunta, debemos volver a las relaciones en la sociedad feudal.

En esa sociedad donde el comercio era pequeño y la ocasión de invertir dinero para hacer ganancias prácticamente no existía, si un hombre necesitaba un préstamo, era seguro que lo buscaba no para enriquecerse, sino porque tenía que vivir. Tomaba prestado simplemente porque alguna desgracia lo abrumaba. Quizá se le había muerto la vaca, o la sequía había arruinado su cosecha. Estaba en situación difícil y necesitaba ayuda. El concepto medieval era que en tales circunstancias la persona que le auxiliaba no iba a sacar provecho de su infortunio. El buen cristiano socorre a su vecino sin idea de lucrar. Si se presta un saco de harina a alguien, se debe esperar la devolución del saco de harina y nada más. Si se toma más del saco que se prestó, se está defraudando al prójimo, lo cual no es justo.

La Iglesia enseñaba lo que había de bueno y de malo en *todas* las actividades del hombre. La norma de lo bueno y lo malo para las actividades religiosas humanas no era diferente de la norma para sus actividades sociales o,

más importante aún, de la norma para sus actividades económicas. Las reglas de la Iglesia para lo bueno y lo malo fueron las mismas para todas.

Actualmente, una persona podría hacerle algo a un extraño, en una operación de negocio, que no haría a un amigo o a un vecino. Tenemos para los negocios normas distintas de las que tenemos para otras actividades. Por eso un fabricante hace cuanto puede para poner fuera de combate a su competidor. Venderá más barato, se lanzará a una guerra comercial, logrará rebajas especiales para su empresa e intentará cuanto sea posible para acorralar a sus rivales. Estas actividades arruinarán al contrario y el fabricante lo sabe, pero sigue adelante porque "el negocio es el negocio". Y sin embargo, esa misma persona no permitiría, ni por un minuto, que el amigo o el vecino se muriese de hambre. Esto de tener una norma para lo económico y otra para las acciones de otro orden, era contrario a las enseñanzas de la Iglesia en la Edad Media. Y entonces lo que la Iglesia enseñaba era, en general, lo que la mayoría del pueblo creía.

Y la Iglesia enseñaba que si lo que era bueno para el bolsillo de un hombre era malo para su alma, su bien espiritual estaba primero. "¿De qué le vale a un hombre ganar el mundo entero y perder su alma?" Si se gana más de lo debido en cualquier transacción, eso es a expensas de otro, y eso es malo. Santo Tomás de Aquino, el más grande de los pensadores religiosos de la Edad Media, condenó la "codicia por la ganancia". Aunque se admitía de mala gana que el comercio era útil, a los comerciantes les fue negado el derecho de obtener de una transacción cualquiera más de lo debido.

Los eclesiásticos de la Edad Media hubiesen denunciado severamente al intermediario, quien siglos más tarde llegó a ser, según la definición de Disraeli, "el hombre que engaña a una parte y despoja a la otra". El concepto moderno de que todo negocio es legítimo mientras uno se pueda salir con la suya, no era parte del pensamiento

medieval. El hombre de negocios de hoy, que con éxito compra por poco y vende por mucho, habría sido condenado dos veces en la Edad Media. Por desempeñar un servicio público necesario, el comerciante merecía una recompensa equitativa, pero nada más.

Tampoco se consideraba ético acumular más dinero que el que se necesitaba para subsistir. La Biblia era muy clara en este punto: "Es más fácil que un camello pase por el ojo de una aguja, que un rico entre en el reino de los cielos".

Un escritor de la época se expresaba así: "El que tiene bastante para sastisfacer sus necesidades y sin embargo, trabaja incesantemente para adquirir riquezas, bien con objeto de obtener una más alta posición social o para tener tanto que pueda vivir sin trabajar, o para que sus hijos puedan ser hombres ricos o importantes, ése es incitado por una condenable avaricia, sensualidad y orgullo".

Las gentes que estaban acostumbradas a las normas de una economía natural, simplemente las aplicaron a la nueva economía en que se veían envueltas. Así el que prestaba a un hombre cien libras esterlinas, sólo tenía el derecho moral a reclamar que se le devolviese cien libras. Si se cargaba interés por el uso del dinero, entonces se estaba vendiendo tiempo de trabajo, lo cual nadie podía hacer. Porque el tiempo pertenece a Dios y nadie tiene derecho a venderlo.

Además, prestar dinero para recibir después no sólo el principal, sino también un interés fijo, significaba que el prestamista podía vivir sin trabajar, lo cual era pecado. (En el Medioevo se tenía también el concepto de que los clérigos y los guerreros "trabajaban" en los puestos que ocupaban y para los que estaban capacitados). Contestar que el dinero trabajaba por uno, sólo hubiera encolerizado a los eclesiásticos. Ellos hubieran replicado que el dinero era estéril y no podía producir nada. Y la Iglesia diría que percibir intereses era definitivamente malo.

Todo eso es lo que se decía. Pero una cosa es lo que se

decía y otra lo que se *hacía*. Aunque los obispos y los reyes promulgaron leyes contra los intereses, estuvieron siempre entre los primeros en violar sus propias leyes. Hacían y concedían préstamos con interés, en los mismos momentos en que perseguían a los otros usureros. Los judíos, que en general fueron pequeños prestamistas cargando intereses enormes, porque los riesgos eran grandes, fueron odiados y despreciados dondequiera, por ser usureros; los banqueros italianos prestaban grandes sumas de dinero, con un tremendo volumen de negocios; y más aún, cuando el interés de sus préstamos no era pagado, fue el Papa mismo quien los cobraba amenazando a los deudores con castigos espirituales. ¡Pero a pesar del hecho de que ella era uno de los mayores pecadores, la Iglesia continuaba denunciando a los usureros!

Fácilmente puede verse que la doctrina de la perversidad de la usura, tendía a constreñir el estilo de trabajo del nuevo grupo comercial, que deseaba hacer negocios en Europa, cuyo comercio se expandía. Y se hizo un verdadero impedimento cuando el dinero comenzaba a jugar una parte cada vez más importante en la vida económica.

La nueva clase media no guardaba su dinero en cajas fuertes. (Esto era un hábito del período feudal, cuando había pocos lugares donde invertir el dinero). El nuevo grupo comercial podía emplear todo el dinero que cayese en sus manos, y más. Para apoyar cualquier negocio, extender su campo de operaciones de modo que aumentasen sus ganancias, el comerciante necesitaba más dinero. ¿Dónde podría encontrarlo? Le era posible dirigirse a los judíos prestamistas, como Antonio, el Mercader de Venecia, se dirigió a Shylock, el judío. O a los grandes comerciantes algunos de los cuales habían dejado de traficar en mercancías para traficar en dinero —y quienes eran los grandes banqueros de la época. Pero eso no era fácil, Interponiéndose en el camino estaba la ley de la Iglesia, prohibiendo prestar dinero con interés a los banqueros y prestamistas.

¿Qué aconteció cuando la doctrina de la Iglesia, propia para una economía ya vieja, chocó con la histórica fuerza representada por la creciente clase de los comerciantes? Pues fue la doctrina la que cedió. No inmediatamente, por supuesto, sino lentamente, poco a poco, mediante nuevas reglas que decían como antes, "la usura es un pecado, *pero* en ciertas circunstancias..." y "aunque es un pecado ejercer la usura, *sin embargo*, en casos especiales..."

Los casos especiales que aminoraban la doctrina de la usura, arrojaban mucha luz. Si el banquero B prestaba dinero al comerciante M, era pecaminoso para él cargar interés por el préstamo. Al menos esa había sido la posición de la Iglesia. Pero, alegaba ahora la misma Iglesia: ya que el comerciante M iba a utilizar el dinero que tomó en préstamo del banquero B, en una aventura comercial en la que todo el dinero podía perderse, entonces era justo que M devolviese a B no sólo lo que tomó prestado, sino un extra para pagar a B el riesgo que había corrido.

O bien, si el banquero B hubiese guardado el dinero, en vez de prestarlo al comerciante M, él pudiera haberlo usado para hacer ganancias; por consiguiente, era justo para él pedir al comerciante M que le devolviese una cantidad extra, para pagarle por no haber usado el dinero él mismo.

En ésta y otras formas la molesta doctrina sobre la de la usura fue modificada para afrontar las cambiantes condiciones. Es significativo que Charles Dumoulin, abogado francés que escribió en el siglo XVI, presentara "una práctica comercial diaria" como parte de una apelación para la legalización de "la usura moderada y aceptable". He aquí su argumento: "La práctica comercial diaria muestra que la utilidad del empleo de una considerable suma de dinero no es pequeña... No vale decir que el dinero no fructifica por sí mismo, pues tampoco los campos fructifican por sí mismos sin gastos, trabajo y la industria del hombre... El dinero, igualmente, aun cuando tenga

que ser devuelto después de un plazo, rinde mientras tanto un producto considerable a través de la industria humana... Y a veces priva al acreedor de tanto como recibe el deudor. Por consiguiente, odiar, condenar y castigar a la usura, es apropiado cuando se trata de la usura excesiva e irrazonable, no de la usura moderada y aceptable".

De esa manera la doctrina de la usura, de la Iglesia, fue desapareciendo y "la práctica comercial de cada día" se impuso. Las creencias, leyes, medios de convivencia, relaciones personales, todo fue modificado al entrar la sociedad en una nueva fase de desarrollo.

CAPITULO V

EL CAMPESINO SE LIBERA

Uno de los más importantes cambios ocurrió en la situación del campesino. Mientras la sociedad feudal permaneció estática, con las relaciones entre el amo y el siervo fijadas por la tradición, fue prácticamente imposible para el campesino mejorar su condición. Estaba sujeto por una camisa de fuerza económica. Pero el aumento del comercio, la introducción de la economía del dinero y el auge de las ciudades le trajeron los medios para cortar los lazos que le mantenían tan estrechamente atado.

Cuando surgieron las ciudades cuyos habitantes dieron todo o la mayor parte de su tiempo al comercio y la industria, ellos tenían que abastecerse de los alimentos que procedían del campo. Vino entonces una división del trabajo entre la ciudad y el campo. Una vez se centró en la producción de artículos industriales y en el comercio y la otra en la producción de artículos agrícolas para abastecer el creciente mercado que representaban los que ya no podían producir sus propios alimentos. A través de la historia, la extensión del mercado ha sido siempre un tremendo incentivo para el aumento de la producción. Pero ¿cómo puede desarrollarse la agricultura? Hay dos maneras. Una es mediante el desarrollo intensivo, o sea, obtener más de la tierra mediante un empleo más amplio de los abonos, mejores métodos de arar y una labor más científica en general. La otra, poniendo en cultivo áreas que no lo estuvieron antes. Los dos métodos fueron aplicados ahora.

Al igual que los pioneros de los Estados Unidos, que cuando buscaban el modo de mejorar su posición pusieron sus ojos en las tierras vírgenes del Oeste, el ambicioso campesinado de la Europa occidental del siglo XII miró hacia las tierras abandonadas que los rodeaban, como medio de escapar a la opresión. Un escritor alemán, a fines de la centuria, escribió sobre esto: "Los pobres y los campesinos son oprimidos por la avaricia y la rapiña de los poderosos y arrastrados a juicios injustos. Este azote del mal fuerza a muchos a vender su patrimonio y emigrar a tierras distantes..."

Pero, en los Estados Unidos, los pioneros tenían ante sí, para establecerse, prácticamente todo un continente. Y ¿dónde este oprimido campesinado europeo del siglo XII podría encontrar tierras? Es un hecho asombroso, pero cierto, que en aquel entonces sólo la mitad de Francia, un tercio de Alemania y un quinto de Inglaterra estaban cultivados. El resto del territorio eran foresta, pantano y yermo. Rodeando la pequeña región cultivada estaba la zona mayor, sin cultivo alguno y abierta a la colonización. La Europa del siglo XII tenía su frontera como la tenía la América del siglo XVII. Y el reto del yermo, del pantano y de la foresta fue aceptado por el campesino trabajador "atraído por el señuelo de la independencia y la propiedad... Miles de pioneros vinieron para preparar el camino para la labor de arado y azada, quemando malezas y maniguas y vegetación parásita, limpiando los bosques con el hacha y desarraigando troncos, con el pico". De ese modo, Europa tuvo su "marcha hacia el Oeste" cinco siglos antes de que los norteamericanos tuviesen la suya. Cuando los pioneros de los Estados Unidos descargaron sus hachas sobre los árboles de nuestro Oeste, en los siglos XVII, XVIII y XIX, escucharon los ecos de lo que sus ascendientes europeos habían hecho, quinientos años antes, en circunstancias semejantes. Y, lo mismo que los pioneros de Norteamérica, transformaron un desierto en un país de granja, los pioneros de Europa secaron los pan-

tanos, construyeron diques para impedir que el mar robase tierras, aclararon la foresta y convirtieron los terrenos ganados en campos en los que creció el grano. Para los pioneros del siglo XII, como para los del XVII, la lucha fue larga y dura, pero la victoria significaba la independencia y una oportunidad para poseer, al menos parcialmente, un pedazo de tierra para sí mismos, exento del pago de los vejaminosos *servicios de trabajo* que ellos siempre conocieron. No es extraño que muchos campesinos aprovechasen la oportunidad. No es extraño tampoco que "encarecidamente suplicaran" que se les concediese tierras, como el obispo de Hamburgo en una carta fechada en 1106 nos informa:

"1) Deseamos dar a conocer a todos el convenio que ciertas gentes que viven a este lado del Rin y que son llamados holandeses (hollanders), ha hecho con nosotros.

"2) Estos hombres se llegaron a nosotros y encarecidamente nos suplicaron concederles ciertas tierras de nuestro obispado, que son baldías, pantanosas e inútiles a nuestro pueblo. Hemos consultado a nuestros súbditos sobre ello y, considerando que esto sería provechoso para nosotros y nuestros sucesores, hemos accedido a su petición.

"3) El convenio hecho fija que nos pagarán cada año un denarii por cada *hide* (pedazo de tierra para una familia) de tierra. También les concedimos las corrientes que cruzan las tierras.

"4) Ellos convinieron en darnos el diezmo, según nuestro decreto, que es cada undécima gavilla de grano, cada décimo cordero, cada décimo cerdo, cada décima cabra, cada décimo ganso y un décimo de la miel y de lino.

"5) Ellos prometieron obedecerme en todas las cuestiones eclesiásticas.

"6) Ellos convinieron pagar cada año dos marcos por cada cien *hides* por el privilegio de tener sus propios tribunales para la solución de todas las diferencias en asuntos seculares..."

El obispo de Hamburgo llegó a este acuerdo con los holandeses, porque vio que "sería provechoso para nosotros y nuestros sucesores". Otros señores de la tierra, eclesiásticos y seglares, también comprendieron que era beneficioso que sus tierras improductivas fuesen convertidas en productivas por los pioneros, quienes entonces pagaban una renta anual por el privilegio de cultivarlas. Muchos de ellos no esperaron sentados a que los trabajadores viniesen para "suplicar encarecidamente" concesiones de tierras, sino que hicieron conocer a grandes distancias de su feudo que sus tierras serían arrendadas a todo el que quisiera establecerse en ellas y pagar una renta. Algunos señores emprendedores tuvieron gran éxito en este negocio de alquilar lo que antes sólo había sido yermo. Y algunos consiguieron que surgiesen aldeas completas en aquellas tierras vírgenes y lograron buenas ganancias. Este creciente movimiento de colonización trajo miles y miles de acres de terrenos, sin empleo, bajo cultivo. Allá por 1350, en Silesia, había 1,500 nuevos establecimientos con 150 mil o 200 mil colonos. Este fomento fue muy importante. Como también el hecho de que los siervos podían encontrar ahora tierra que era *libre*, tierra que no implicaba el servicio de trabajo, sino sólo una renta monetaria. Este nuevo tipo de libertad seguramente iba a propagarse hasta afectar a los siervos de los viejos feudos. Y así fue.

Durante años y años el campesino había aceptado su infeliz destino. Nacido en un sistema social en que las divisiones estaban claramente marcadas, enseñado a creer que sería suyo el reino de los cielos solamente si él cumplía satisfactoriamente y de buena voluntad la misión que tenía asignada en una sociedad formada por clérigos, guerreros y trabajadores, hizo lo que le correspondió, sin discutirlo. Sin la menor oportunidad para superar su nivel de vida, era muy pequeño el incentivo para hacer más de lo estrictamente necesario para subsistir. Realizaba su labor rutinaria de acuerdo con la costumbre. No tenía inte-

rés en experimentar con semillas o un nuevo procedimiento para producir cosechas, porque era muy limitado el mercado para lo que él tenía para vender, además de que lo más seguro era que el señor feudal reclamara la parte del león.

Pero todo eso había cambiado. El mercado había aumentado de modo que toda cosecha, más allá de lo que él necesitaba para subsistir y de lo que el señor tomaba, podía ser vendida y así recibía dinero. El campesino no estaba todavía familiarizado con el dinero y su uso, pero poco a poco lo estaría. También sabía que había surgido una nueva clase de gente: el comerciante, que no se adaptaba al viejo sistema de cosas. Pero prosperaba y la ciudad próxima en que vivía era un lugar maravilloso donde los siervos como él habían ocasionalmente vagado y, a veces, prosperado. Ahora en este mundo en evolución, había una buena oportunidad para las gentes como él. Si trabajaba con más ahínco que antes y lograba más cosechas de las que necesitaba para sí, podría reunir una cantidad pequeña de dinero con el que acaso podría liberarse de su servicio de trabajo al señor. Y si el señor no quería aligerar su carga, entonces él también se iría a la ciudad o a las regiones no cultivadas, donde los siervos como él estaban desmontando bosques y recibiendo en pago pedazos de tierra exentos de molestos tributos.

Pero el señor estaba muy deseoso de conmutar los servicios de trabajo de su siervo, por dinero. El también se había familiarizado con el dinero y con lo que éste representaba en la cambiante sociedad. Necesitaba con urgencia dinero para pagar aquellas hermosas telas orientales que había comprado en la feria hacía unos meses. También estaba pendiente de pago la cuenta del armero por la bella cota de malla adquirida para su última campaña. El señor tenía muchos usos para el dinero que su siervo pudiera acumular. Y por ello, estaba muy conforme que en lo sucesivo John Jones su siervo, le pagase una renta de cuatro peniques por acre al año, en vez de trabajar

dos o tres días semanales como antes. En realidad, el señor no tenía otra alternativa, porque si no aliviaba la carga de sus siervos era muy posible que algunos de ellos escaparan, lo que significaba que se quedaría sin trabajo y sin dinero, y entonces su apuro iba a ser grande. No, no. Era mejor dejar que el siervo pagase una renta, en vez de aceptar sus servicios de trabajo, como en otros tiempos.

Además hacía tiempo que el señor había comprendido que el trabajo libre era más productivo que el trabajo esclavo, y había aprendido que un campesino sacado de su pedazo de tierra, para que cultivase la del señor, era un trabajador reticente que no rendía todo lo deseado. Era mejor desechar los servicios tradicionales de trabajo y alquilar la ayuda que se necesitase. Es decir, el trabajo a jornal.

Por eso en los documentos de muchas aldeas de todo el oeste de Europa en los siglos XIII y XIV se encuentra un creciente número de declaraciones como ésta del inglés Slevenage: "Se concede por el lord que S. G. tendrá y ocupará la susodicha tierra pagando 13 solidii 4 denarii en vez de todos los servicios y costumbres".

Otros documentos del mismo período muestran que grandes números de siervos, además de comprar la libertad de su tierra de la obligación de servicios de trabajo, también compraban su libertad personal. La siguiente cita de los registros de la Corte de Woolston se refiere a un villano, quien, "con objeto de poder dejar su dominio y ser considerado un hombre libre, paga una multa de 10 solidii".

Pero no se debe suponer que *todos* los señores consideraron sensato conceder a los siervos su libertad, como tampoco que todos los *señores* creyeron que lo era renunciar a las exacciones feudales sobre las ciudades en crecimiento. No. En cada período de la historia, hay gentes que no pueden o no quieren comprender que lo que ha sido no puede serlo por más tiempo, algunas gentes que en-

frentadas al cambio necesario persisten, más rígidamente, en mantener lo que fue el pasado. Así pues hubo algunos señores que no dieron libertad a sus siervos.

Uno hubiese pensado que la Iglesia sería el líder en un movimiento para libertar a los siervos. Al contrario: el principal oponente de la emancipación, en la ciudad y en el campo, no fue la nobleza, sino la Iglesia. En momentos en que la mayoría de los señores se dieron cuenta de que era mejor para su bolsillo dar libertad a los siervos y alquilar trabajadores libres por un jornal diario, la Iglesia todavía se declaraba contra la emancipación. Los estatutos de la orden religiosa de Cluny son un ejemplo de hasta dónde fue llevada esta actitud: "Excomulgamos a quienes teniendo dominio sobre hombres o mujeres de condición servil, pertenecientes a los monasterios de nuestra Orden, concedan a tales personas cartas y privilegios de manumisión y libertad".

Esto fue en 1320. Unos 138 años más tarde, allá por 1458, los clunienses todavía ordenaban que "los abates, priores y superiores y otros administradores de la Orden, que tengan siervos y... deben jurar expresamente que no manumitirán a esos siervos o sus posesiones". Y dos famosos historiadores ingleses, después de una búsqueda cuidadosa en los documentos, llegan a esta conclusión: "Hay pruebas de sobra de que, de todos los terranientes, las casas religiosas fueron los más opresores y si no los más opresivos, sí los más tenaces en sus derechos feudales. Estaban resueltas al mantenimiento de la pura tenencia del villano y el vasallaje personal. La inmortal, pero desalmada corporación no retrocedería una pulgada, no emanciparía un siervo, no dejaría libre ninguna vivienda. En la práctica, el señor secular era más humanitario, precisamente porque era más humano, porque era menos cuidadoso, porque necesitaba dinero pronto, porque moriría... Y hallamos que era contra ellos (los religiosos) contra quienes el campesinado se quejaba con más fuerza".

Mas los paisanos no se limitaban a las quejas más o menos ruidosas. Ocasionalmente marchaban sobre las propiedades de la Iglesia, apedreaban sus ventanas, quemaban sus puertas y zurraban a los monjes. A menudo les ayudaron en sus peleas los burgueses de las ciudades que con frecuencia también estaban en lucha con los Señores, fuesen eclesiásticos o seglares.

La libertad flotaba en el aire y los campesinos no se detenían ante nada para alcanzarla. Donde no se la concedían de buena voluntad, se lanzaban a tenerla por la fuerza. En vano, los señores obstinados y la Iglesia se opusieron a la emancipación. La presión de las fuerzas económicas era demasiado fuerte para que pudieran resistir. Al final la libertad triunfaría.

La Muerte Negra (la Peste) fue un gran factor en su triunfo. Los que vivimos en países civilizados, donde la medicina ha hecho enormes adelantos y donde se enseña y practica la higiene, nada sabemos de las plagas que barrieron continentes enteros en la Edad Media. Lo más próximo que conocemos es cualquier epidemia ocasional, de fiebre escarlatina o de influenza, que nos horroriza si el número de defunciones llega a unos cuantos centenares. Pero la Muerte Negra mató el doble número de personas, en la Europa del siglo XIV, que la Primera Guerra Mundial, que nuestros cuatro años de matanza organizada con las más mortíferamente ingeniosas armas del siglo XX. Unos pocos años después de haber sucedido, Boccaccio, el famoso escritor italiano, la describió así:

"En el año 1348 de Nuestro Señor, aconteció, en Florencia, la más bella ciudad de Italia, una terribilísima plaga, la cual, ora debido a la influencia de los planetas, ora enviada por Dios en justo castigo por nuestros pecados, surgió algunos años antes en el Levante y después de pasar de un lugar a otro, haciendo siempre increíbles estragos, llegó al Occidente, donde, a pesar de todos los medios que el arte y la previsión humanos pudieron sugerir sobre cómo mantener la ciudad limpia de basuras, la

exclusión de los sospechosos de estar contaminados y la publicación de copiosas instrucciones para la preservación de la salud y no obstante las múltiples y humildes súplicas y rogativas a Dios, en procesiones y de otra manera, comenzó a mostrarse en la primavera del año expresado de un modo triste y prodigioso. Para la cura de la enfermedad ningún conocimiento médico ni el poder de ninguna droga tenía efecto... Fuese cual fuese la razón, pocos escaparon... Casi todos morían al tercer día de la primera aparición de los síntomas... Lo que dio más virulencia a esta plaga fue que, al ser trasmitida de los enfermos a los sanos, se propagó diariamente, como se propaga el fuego cuando entra en contacto con grandes masas de combustible... Fue tal la condición de la pestilencia que pasaba no sólo de un hombre a otro y, lo que es más extraño, cualquier cosa perteneciente al infectado, si era tocada por otra criatura, ésta quedaba también infectada y aun podía morir en breve intervalo de tiempo. Un ejemplo de esta clase: fueron arrojados a una calle los harapos de un pobre hombre, muerto de la plaga. Dos cerdos acudieron y después de hozar en los harapos y tenerlos en sus bocas, se alejaron; una hora más tarde ambos habían muerto allí cerca..."

La peripecia de los dos cerdos puede ser o no verdadera. Pero no hay duda de que las gentes morían como moscas. En Florencia, la ciudad que menciona Bocaccio, murieron cien mil personas. En Londres las defunciones eran 200 diarias y en París 800. En Francia, Inglaterra, los Países Bajos y Alemania, entre un tercio y la mitad de la población fue exterminada. Aunque la plaga arrasó los países europeos entre 1348 y 1350, volvió a hacerse sentir en algunos en las siguientes décadas, atacando a los que tuvieron la suerte de haber escapado antes. Tan vasta fue la mortandad que un monje irlandés de aquellos tiempos dejó esta rara nota de desesperación en uno de sus escritos: "Con objeto de que lo que he escrito no perezca junto con el escritor y esta obra no sea destrui-

da... dejo mi pergamino para que sea continuado, *en el caso de que alguien de la raza de Adán sobreviva a la muerte* y desee proseguir la obra que yo comencé".

¿Cuál sería el efecto de una plaga que mató a tantos, que hasta hombres ilustrados de la época tuvieron dudas de que alguien subsistiría? ¿Qué efecto tuvo la plaga en el campesino del oeste de Europa y en su posición?

Con tantos muertos, fue obvio que se daría más valor a los servicios de los que quedaron vivos. Los trabajadores podían pedir y recibir más por su labor que anteriormente. La tierra no fue tocada por el azote, pero su valor estaba en relación con su productividad y el factor esencial de ésta era el trabajo. Y, como la oferta de brazos disminuyó, la relativa demanda aumentó. La labor del campesino valió más que antes. Y él lo sabía.

Como también el Señor. Los lores que habían rehusado conmutar los servicios de trabajo de sus siervos estaban ahora más determinados que nunca a que las cosas no variasen. Y los que, contrariamente, hicieron la conmutación, aceptando rentas en dinero a cambio de los servicios de trabajo, se encontraron con que los salarios de los jornaleros habían aumentado, siendo así que el dinero de las rentas pagaba menos cantidad de trabajo. El precio del trabajo alquilado saltó a un cincuenta por ciento más de lo que había sido antes de la Muerte Negra. Esto significaba que un señor, cuyas rentas le habían permitido pagar treinta trabajadores asalariados, ahora sólo podía pagar veinte. En vano, se sucedieron las proclamas imponiendo penalidades a los señores que pagasen más, a los mozos de arado, pastores o porquerizos que demandasen más jornales que los de costumbre antes de ocurrir la Muerte Negra. La marcha de las fuerzas económicas no podía ser bloqueada por las leyes o disposiciones gubernamentales de la época.

Tenía que ocurrir un *choque entre los señores de la* tierra y los trabajadores de ésta. Estos trabajadores habían comprobado las ventajas de la libertad y esto les

había aumentado el apetito. En el pasado, el odio nacido de la implacable opresión había originado violentas rebeliones de los siervos. Pero siempre fueron estallidos breves y locales, fácilmente dominados a pesar de su furia. La revuelta de los campesinos en el siglo XIV fue diferente. La escasez de brazos había dado a los jornaleros una posición fuerte y les hacía sentir su poder. Y, en una serie de levantamientos en todo el oeste de Europa, el campesinado usó de ese poder para ganar por la fuerza las concesiones que no podía obtener, o conservar, de otra manera.

Los historiadores están en desacuerdo sobre las causas de la revuelta de los campesinos. Unos dicen que los señores querían obligar a los campesinos a volver a los servicios de trabajo de otros tiempos. Otros creen que los señores rehusaron conceder conmutaciones en el período en que los campesinos presentían ya su poder y luchaban por alcanzarlo. Probablemente unos y otros tienen razón. Como quiera que sea, sabemos por los documentos históricos que hubo acciones muy violentas, realizadas por ambas partes, incendios de registros y de propiedades, asesinatos de campesinos y de sus opresores y muerte "legal" de los campesinos revolucionarios que tuvieron la desgracia de ser atrapados. Uno de ellos fue Adam Clymme, según el Rollo de los Azzises de Ely, Inglaterra:

"Apelaciones en las Islas de Ely ante los magistrados nombrados en el condado de Cambridge, para castigar a los insurgentes y a sus fechorías, el martes anterior a la fiesta de Santa Margarita Virgen, el 20 de julio.

"Adam Clymme fue arrestado como un insurgente traidor a su fidelidad, y porque traidoramente hizo con otros la insurrección de Ely, con felonía rompió y entró en el privado de Thomas Somenour y allí se apoderó llevándoselos, de diversos Rollos y de sellos de cera verde del Señor el Rey y del obispo de Ely y después los quemó, con perjuicio para la corona del Señor el Rey.

"Que el mismo Adam, el domingo y lunes próximos siguientes, provocó que se proclamase allí que ningún hombre de ley u otro oficial en el cumplimiento de sus deberes escaparía sin ser decapitado.

"Que el mismo Adam, el día y año dichos antes, en el tiempo de la insurrección, estuvo siempre vagando armado, con armas desplegadas y llevando un estandarte, para reunir insurgentes, ordenando que ningún hombre, de la condición que fuere, libre o no, obedeciese a su señor para prestar servicios, so pena de decapitamiento. Y, así, traidoramente asumió el poder real. Fue detenido por el sheriff y fue acusado. Y dijo que no era culpable de las premisas que se le imputaban o de cualquiera de ellas. E inmediatamente, un jurado es constituido por el Señor el Rey, de doce hombres, quienes ya seleccionados, probados y jurados (prestado juramento), fallan que el mencionado Adam es culpable de todos los artículos. Y, por discreción de los magistrados, el mismo Adam es condenado a la horca y ahorcado... "Y se descubrió que el susodicho Adam tiene en la ciudad mencionada (enseres) con un valor de 32s; que Ralph (atte) Wyk, (confiscador) de nuestro Señor el Rey, capturó seguidamente y ejecutó en nombre del Señor el Rey, etc."

Adam Clymme fue ahorcado. Y miles de otros campesinos también lo fueron. La revuelta fue aplastada. Pero hicieran lo que hicieran, los señores feudales no pudieron impedir el proceso del desarrollo agrario. La antigua organización feudal fue destruida por la presión de las fuerzas económicas, que no podían ser resistidas. A mediados del siglo XV, en la mayor parte de Europa occidental, las rentas en dinero habían sustituido a los derechos sobre el trabajo, y, además, muchos campesinos habían ganado la emancipación completa. (En las regiones más remotas, lejos de las rutas del comercio y de la influencia libertadora de las ciudades, la servidumbre continuó). El trabajador agrícola fue ahora algo más que una bestia de carga. Podía comenzar a levantar la cabeza con dignidad.

Transacciones que habían sido raras en la sociedad feudal estaban a la orden del día. Donde, ateriormente la tierra era concedida o adquirida sobre la base de un servicio mutuo, surgió ahora una nueva concepción de la propiedad agraria. Gran número de campesinos estaban en libertad para ir adonde quisieran y vender o legar su tierra, aunque habían de hacer cierto pago por ello. Los Rollos de la Corte de Stevenage de 1385 registran que un villano que "tenía una *heredad* y medio "virgate" (faja de tierra) mientras existiese, y pagando por todos los servicios debidos 10 solidii, vino ante la Corte y dispuso de todo y concedió la mencionada tierra (a otro) también por la duración de su vida, en usufructo y pagó al señor un derecho de 6 dinarii por registrar esto en los Rollos de la Corte".

El hecho de que la tierra fuese así comprada, vendida y cambiada libremente, como cualquier artículo, marcó el fin del viejo mundo feudal. Las fuerzas que creaban el nuevo régimen en el campo habían pasado por el oeste de Europa y dado a ésta una nueva fisonomía.

CAPITULO VI

"Y NINGUN EXTRAÑO TRABAJARA..."

La industria también cambió. Toda la que existió anteriormente, era la que se desarrollaba en la casa del campesino. ¿Necesitaba algún mueble la familia? Entonces, no se podía llamar al carpintero para que lo hiciera, ni comprarlo en una mueblería, en cualquier calle del pueblo. Nada de eso. La propia familia cortaba la madera y la trabajaba mejor o peor, hasta tener el mueble requerido. ¿Necesitaba ropa? Pues entonces, todos los familiares hilaban y tejían y cortaban y cosían lo que se requería. La industria era simplemente doméstica y el propósito de la producción, sólo era satisfacer las necesidades del hogar. Entre los siervos del Señor, los había que realizaban esta clase de labor, mientras los otros trabajaban en la tierra. Y, en las casas eclesiásticas, también había algunos artesanos que se especializaban y, de esta manera, llegaban a ser muy expertos en tejer o en la madera o en el hierro forjado. Pero esto tampoco constituía una industria comercial abasteciendo un mercado, sino sirviendo las exigencias limitadas de una casa. El mercado había de crecer antes que los artesanos como tales, pudieran existir en sus profesiones separadas.

El auge de las ciudades y el empleo del dinero dieron a los artesanos una oportunidad para abandonar la agricultura y ganarse la vida con su oficio. El cocinero, el panadero y el que fabricaba velas, se fueron a la ciudad y pusieron tienda, donde entraron en el negocio que les marcaban sus respectivos oficios, no para satisfacer sola-

mente las demandas de su casa, sino para atender las de otras. Y, así, comenzaron a ser el proveedor de un mercado pequeño, pero en aumento.

No se requería para ello mucho capital. Una habitación en la casa en que vivía era el taller. Lo indispensable era habilidad en el oficio y clientes para comprar lo que fabricase. Si el artesano resultaba bueno y se daba a conocer entre sus vecinos de modo que lo que producía lograba demanda entonces, podía aumentar su negocio tomando un ayudante o dos.

Había dos clases de ayudantes, aprendices y jornaleros. Los aprendices eran jóvenes que vivían y trabajaban con el maestro artesano y aprendían el oficio. El tiempo del aprendizaje variaba, según los oficios. Podía ser un año y podían ser doce. Ser aprendiz era algo serio. Significaba un convenio entre el muchacho y sus padres con el artesano, el que, a cambio de un pequeño derecho (en alimentos o dinero) y la promesa de ser trabajador y obediente, se comprometía a enseñar los secretos del oficio y a dar albergue y alojamiento al joven mientras durase el aprendizaje.

Una vez terminado éste, si el aprendiz era aprobado para ejercer la artesanía y disponía de los recursos necesarios, podía poner su taller propio. Si, contrariamente, no tenía suficiente dinero para comenzar por sí mismo, en negocio independiente, se convertía en jornalero y continuaba trabajando para el mismo amo, por un salario, o buscaba empleo con otro. Cumpliendo y ahorrando con cuidado, a menudo, después de unos cuantos años, podia establecer su taller. En aquellos tiempos no se necesitaba mucho capital para establecer un negocio y empezar a producir. La unidad industrial típica de la Edad Media era el tallercito, cuyo dueño era un patrono en pequeña escala que trabajaba junto con sus asalariados y el que, no sólo producía los artículos que había de vender, sino que usualmente los vendía por sí mismo. En una de las paredes del taller, había una ventana, sobre una calle de

la población, en la que se exhibía lo que estaba en venta y era vendido dentro, sobre el mostrador.

Es importante comprender esta nueva fase de la organización industrial. Donde antes se hacía artículos, no para ser vendidos comercialmente, sino meramente para abastecer la casa propia, ahora se les fabricaba para ser vendidos en el mercado exterior. Y eran el producto de artesanos profesionales, propietarios de las materias primas y las herramientas con que trabajaban y que lo vendían, ya acabado. (Los obreros de la industria de hoy no poseen ni la materia prima ni las herramientas, como tampoco venden el producto acabado sino sólo su labor).

Aquellos artesanos siguieron el ejemplo de los comerciantes y formaron gremios propios. Todos los que trabajaban en un oficio determinado en una ciudad, organizaron una asociación que se llamó gremio. Actualmente, cuando un político o un industrial pronuncia un discurso sobre "la sociedad del Capital y el Trabajo", el obrero viejo experimentado que le escucha puede encogerse de hombros y decir, escéptico: "No es así". Porque no cree en ello. Sabe que hay una amplia brecha entre el hombre que paga y el hombre que es pagado. Sabe que sus intereses no son los mismos, que cuanto se hable en el mundo sobre su sociedad no cambia en lo más mínimo la situación. Ese es el motivo de que sospeche o desconfíe de las "uniones por profesiones". No quiere ser miembro, si puede evitarlo, de una organización laborista en la que el patrono tiene una gran participación.

Pero los gremios de artesanos de la Edad Media eran diferentes. Todos los que tenían el mismo trabajo —maestros, aprendices o jornaleros— pertenecían al mismo gremio. Maestros y ayudantes podían pertenecer a la misma organización y luchar por iguales cosas. Esto era posible, porque la distancia entre el trabajador y el patrono no era grande. El jornalero vivía con el maestro, comía el mismo alimento, estaba educado de la misma manera, creía las mismas cosas y tenía las mismas ideas. Era la

regla, no la excepción, para los aprendices y jornaleros, llegar a ser maestro por sí mismo. Mientras esto fue verdad, el patrono y el empleado podían ser miembros del mismo gremio. Más tarde, cuando surgieron los abusos y ya esto no fue verdad, encontramos al jornalero formando gremios exclusivamente suyos. Pero, en las primeras etapas de la organización de los gremios, el de los talabarteros incluyó a todos los de este oficio, el de los armeros a todos los armeros, etc. Cada aprendiz tenía los mismos derechos que los demás aprendices; cada jornalero, los de otros jornaleros; cada maestro, los de los restantes maestros. Había categorías en los gremios de artesanos, pero, dentro de cada una, había igualdad. Y en la escala, desde el último aprendiz al primer maestro, todo estaba al alcance de muchos de los trabajadores.

¿Conoce usted a los "tawyers"? Esta es hoy una palabra obsoleta, probablemente porque correspondía a una profesión desaparecida, la de curtidor de pieles blancas. Pero, en el siglo XIV y en Londres, esta labor era un gran negocio, y hubo un gremio de "tawyers". De las ordenanzas de éste, que datan de 1346, podemos aprender unas pocas cosas sobre los gremios de artesanos:

"(1) ...si por casualidad cualquiera del dicho oficio cae en la pobreza, bien por edad avanzada o porque ya no puede trabajar... tendrá semanalmente 7d. (7 denarius) para su manutención, si es un hombre de buena reputación.

"(2) Y que ningún extraño trabajará en dicho oficio... si no es un aprendiz, o un hombre admitido a la franquicia de dicha ciudad.

"(3) Y que nadie tomará al hombre que sirva a otro para trabajar con él, durante su término, a menos que sea con el permiso de su maestro. Y si algún miembro de dicho oficio tiene en su casa trabajo que no puede completar... los del dicho gremio deberán ayudarle, para que dicho trabajo no se pierda.

"(4) Y si algún hombre que trabaje se conduce hacia su maestro en una forma que no sea la apropiada o actúa rebeldemente contra él, nadie del dicho gremio podrá darle trabajo, hasta que se arrepienta de su acción, ante el Alcalde y los Concejales.

"(5) También, que los buenos miembros del mismo gremio una vez al año escogerán dos hombres que serán Vedores del trabajo y otras cosas que conciernan al oficio, durante el año, personas que serán presentadas al Alcalde y los Concejales y las que jurarán ante ellos inquirir diligentemente y hacer averiguaciones y lealmente presentar a dicho Alcalde y Concejales todas las negligencias que encuentren relacionadas con dicho oficio, sin pasar por alto a nadie, por amistad o por odio.

"También, que todas las pieles, falsa y engañosamente trabajadas, serán decomisadas.

"(6) También, que nadie que no haya sido aprendiz y no haya terminado su período de aprendizaje en el mencionado oficio, será liberado de éste".

Gracias al estudio de miles de documentos semejantes, los historiadores han podido reconstruir, centenares de años más tarde, la historia de los gremios de artesanos.

La regla número 1 prueba que los gremios tenían muy presente el bienestar de sus miembros. Había una especie de amistosa fraternidad que cuidaba de los agremiados caídos en desgracia. Por esa razón muchos gremios comenzaron precisamente para que sus afiliados pudiesen ayudarse unos a otros en caso de infortunio. Incidentalmente, es un hecho interesante que el seguro del desempleo y los sistemas de pensiones a los ancianos tan de hoy, fueron establecidos por los gremios de artesanos, en beneficio de sus miembros, ¡hace casi seiscientos años!

La regla número 3 es una evidencia más del hecho de que los gremios estaban organizados de manera que el espíritu de amistad, no el de competencia, prevaleciera entre los miembros. Obsérvese particularmente en esta disposición que otros curtidores (*tawyers*) debían ayudar

a un compañero atrasado en su labor, para que no perdiese su negocio. Es innegable que los intereses comerciales de los agremiados eran una de sus principales consideraciones.

Obviamente los miembros de un gremio estaban agrupados para retener el control directo de la industria en sus manos. Véase la regla número 2. Es importante porque muestra que los gremios de artesanos, como el de los comerciantes anteriormente mencionado, querían y obtenían un monopolio de todo trabajo de su clase, en la ciudad. Para ejercer cualquier oficio en ésta, había que ser miembro del gremio correspondiente. A nadie que no perteneciese al gremio le sería permitido trabajar sin el permiso de éste. Hasta los mendigos de Basilea y Frankfort tenían sus asociaciones, que no consentían que pordioseros de otra parte implorasen la caridad en aquellas ciudades, excepto dos días al año. Los gremios no toleraban interferencias en sus monopolios. Esto era una ventaja para ellos y lucharon por mantenerla. Aun la Iglesia, a pesar de su poder, tuvo que conformarse con las regulaciones gremiales. En 1498, los rectores de la iglesia de San Juan, en una ciudad alemana, querían tener pan hecho con el trigo y el centeno de sus campos. Y tuvieron que pedir la aprobación del gremio de panaderos. Les fue concedido graciosamente el permiso, por una consideración: "Los maestros del gremio de panaderos y todos los miembros de éste... han permitido, con toda buena intención, que los diáconos y canónigos... puedan tomar y retener un panadero fuera del gremio, para hornear el pan para ellos con su cebada, trigo y centeno... y porque los hermanos agremiados no venderán ahora más pan a la Iglesia, lo cual es una pérdida para ellos, la Iglesia, les entrega 16 marcos".

Los miembros de los gremios pelearon para mantener los monopolios respectivos en su ciudad. No permitieron que los intrusos de otras partes participaran en su mercado. Esas fieras guerras entre ciudades del Medioevo que

narran los libros de historia, fueron a menudo libradas sencillamente porque los gremios no soportaron la competencia exterior.

En la actualidad, el inventor de un nuevo o mejor método de hacer las cosas puede patentar su idea y nadie puede usarla. Pero en la Edad Media no había leyes de patentes y los agremiados, ansiosos de mantener su monopolio, estaban muy preocupados por ocultar sus secretos industriales los unos a los otros. Sin embargo, ¿cómo podían ellos impedir que un secreto fuese conocido?, ¿cómo podrían evitar que otros aprendiesen los trucos de su oficio? Una ley veneciana de 1454 da una indicación de por lo menos un método aplicado entonces: "Si un artesano lleva a otro país cualquier arte o artesanía en detrimento de la República le será ordenado regresar; si desobedece, sus familiares más próximos serán encarcelados, con objeto de que la solidaridad de la familia pueda persuadirle a retornar; si persiste en su desobediencia, se tomarán medidas secretas para matarlo, dondequiera que se encuentre".

Mientras los gremios se aseguraban de que los ajenos a su organización no se inmiscuirían en su monopolio, tenían al mismo tiempo sumo cuidado en que no hubiera prácticas desleales que llevasen a un miembro a perjudicar los negocios de otro. La regla número 3 expone que no se toleraba procedimientos de estrangulamiento entre amigos. Un agremiado no puede quitarle el jornalero o el aprendiz a su maestro. También estaba prohibida la práctica, muy corriente hoy, de tratar a un cliente o de sobornarle, de un modo u otro, para ganárselo. En 1443, el gremio de Corbie, Francia, dispuso que "nadie ofrecerá bebidas o extenderá otra cortesía para vender su pan, bajo pena de pagar una multa de 60 sols".

Véase las reglas 5 y 6. Exponen claramente que a cambio de sus monopolios, los gremios dan buen servicio. Les preocupaba la calidad de la labor de sus miembros. Haciendo cumplir la regulación de que todo agremiado

tenía que pasar por su aprendizaje completo, tenían la certidumbre de que conocía bien su oficio y, entonces, supervisando cuidadosamente su labor, aseguraban al cliente contra la compra de artículos inferiores. El gremio se enorgullecía de su buen nombre y, con cada venta de productos del artesano, iba su garantía oficial de que estaban de acuerdo con las normas. Los gremios tenían mil y una reglas contra el trabajo malo y para mantener la alta calidad de cuanto fabricaban. Su violación significaba muy severas penas para los infractores. Los armeros de Londres dispusieron en 1322 lo siguiente: "Y si se encontrara en alguna casa... una armadura en venta, de cualquier clase, que no sea de calidad apropiada... esa armadura será inmediatamente ocupada y traída ante el Alcalde y Concejales, quienes juzgarán si es buena o mala, a su discreción".

Los supervisores del gremio hicieron recorridos regulares de inspección, en los cuales examinaban los pesos y medidas usados por los miembros, las clases de materias primas y el carácter del producto acabado. Todo artículo era cuidadosamente revisado y sellado. Esta estricta supervisión de la calidad del producto pareció necesaria a los agremiados, para que el honor del gremio no fuese manchado y su negocio dañado, como consecuencia de ello. Las autoridades de la ciudad también lo demandaron, como protección para el público. Para hacer ésta más completa, algunos gremios sellaron sus artículos con "el justo precio".

Para comprender lo que se quería decir con "justo precio" de un artículo, debe recordarse la noción medieval de la doctrina de la usura y hasta qué punto la idea de lo bueno y lo malo entró en el pensamiento económico de la época. En el trueque de la vieja economía natural, se realizaba el comercio, no para hacer ganancias, sino para beneficiar al comprador y al vendedor. En el cambio de artículos, ninguna parte debía beneficiarse más que la otra. El abrigo fue cambiado por cinco galones de

vino equitativamente, porque el costo de la lana y los días de trabajo invertidos en la prenda era igual al costo de las uvas y al tiempo gastado en convertirlas en mosto y vino. Ahora, ya introducido el dinero, los factores envueltos serían todavía los mismos. El artesano sabía lo que el material y el trabajo le costaban y esto iba a determinar el precio del producto acabado que él vendía. Los artículos que el artesano hacía y vendía tenían su precio justo, al cual se llegaba honradamente sobre la base del costo y por ello se les vendía por exactamente la suma de dinero y ni un penique más. Santo Tomás de Aquino era enfático en este punto: "Ahora lo que ha sido instituido para ventaja común (el comercio) no debe ser más gravoso para uno que para otro... De aquí que si el precio excede al valor de la cosa, o lo contrario, falta la equidad requerida por la justicia. En consecuencia, vender más caro o comprar más barato que lo que una cosa vale es en sí injusto e ilegal".

¿Qué ocurrió a los cinceladores que pretendieron vender artículos por más de su justo precio? ¿Qué podían hacer los ciudadanos medioevales para protestar contra los comerciantes codiciosos en exceso? Un caso nos ilustra sobre ello: "Así, cuando el precio del pan aumenta o cuando los fruteros de Londres, persuadidos por un espíritu osado de que "ellos son pobres... por su misma simplicidad, y que si actúan como él les aconseja, serán ricos y poderosos", forman una combinación, con gran pérdida y penalidad para el pueblo, los burgueses y paisanos no se consuelan con la vaga esperanza de que la ley de la oferta y la demanda les hará desistir. Fuertes con la aprobación de todos los buenos cristianos, pusieron al molinero en la picota y discutieron con los fruteros en la Corte del Alcalde. Y el párroco pronunció un sermón sobre el Sexto Mandamiento, escogiendo como texto las palabras del Libro de los Proverbios: "No me des riquezas ni pobreza, sino lo necesario para mi subsistencia".

Que estos airados ciudadanos llevaron a los fruteros

abusadores a la Corte del Alcalde prueba que no se dejaba a la buena conciencia de los agremiados, solamente, que se cumpliese el principio del justo precio. A pesar del hecho de que la Iglesia condenase la "codicia por ganancia", el "espíritu osado" que prometía a los fruteros enriquecerlos, no era uno, sino varios. Los comerciantes no eran de toda confianza. Es significativo que la palabra alemana "tauschen" (cambio) tiene la misma raíz que la palabra "tauschen" (engaño). Por todo ello, fue una costumbre general en aquellos tiempos, para las autoridades de la ciudad, considerar uno de sus principales deberes lograr que los artículos no fuesen vendidos a precios inequitativos. El *bailio* de Carlisle, por ejemplo, cuando tomaba posesión, tenía que prestar el siguiente juramento: "Yo haré que toda clase de vituallas que vengan a este mercado sean buenas y saludables y sean vendidas a precios razonables". Cuando un gremio utilizaba su monopolio de artículos propios, no para mantener el precio justo, sino para obtener utilidades excesivas, las autoridades de la ciudad tenían el derecho de abolir los privilegios de ese gremio.

La idea del justo precio para los artículos fue natural antes de que el comercio se extendiera o las ciudades fuesen mayores. El auge del mercado, sin embargo, y la consecuente producción en gran escala, trajo un cambio en las ideas económicas y el justo precio cedió el lugar al precio del mercado. Recuérdese cómo las fuerzas económicas cambiaron las ideas sobre la usura. Lo mismo pasó con la idea o principio del justo precio. También fue arrastrada por las fuerzas económicas.

En el primitivo período medieval, el mercado fue local, proveyendo a la gente de las ciudades y poblaciones y de la región en torno a éstas. No era muy afectado por los acontecimientos en lugares distantes del país o en las poblaciones lejanas y de aquí que los precios fuesen determinados sólo por las condiciones locales. Pero aún, en este mercado, las condiciones cambiaron y los precios con ellas.

Si una plaga o enfermedad atacaba las viñas de la vecindad, ese año habría menos vino que el anterior; quizás no lo bastante para cubrir todas las necesidades. En ese caso, el vino sería vendido a quienes deseasen y pudiesen pagar el precio más alto, consecuencia de la escasez. Esto era, por supuesto, algo muy diferente de un alza en el precio debido al hecho de que algún grupo, en un esfuerzo para hacer ganancias extraordinarias, lo aumentase después de dominar el abastecimiento. Había mucha diferencia entre la subida en el precio como resultado de condiciones imprevistas e incontrolables y como resultado de la codicia de algún comerciante. Generalmente, se admitía que los precios aumentarían en tiempos de hambre, pero al mismo tiempo esto se consideraba "no natural" y causado completamente por condiciones anormales. Y no interfería con el precio justo, que era "natural" y no justificaba utilidades excesivas. Era legítimo, para el campesinado, en un año de mala cosecha, obtener más por su grano que en un año bueno, porque tenía menos sacos del producto para vender. La idea del precio justo se adaptaba a la economía del pequeño y estable mercado local.

Pero no a la economía de un mercado mayor, exterior e inestable. El cambio en las condiciones sociales y económicas trajo un cambio en las ideas económicas. Cuando el mercado consistió sólo de compradores y vendedores de artículos fabricados en la ciudad y de productos de la vecindad inmediata; cuando los comerciantes extranjeros y los artículos provenientes de lugares distantes y los compradores y vendedores de una región más amplia trajeron nuevas influencias al mercado, la estabilidad de las condiciones locales quedó rota. Esto aconteció en las ferias, donde las regulaciones acerca del justo precio no estaban vigentes. Al extenderse el comercio, las condiciones que afectaban al mercado fueron mucho más variables y el precio justo ya no era práctico. Al final, éste cedió lugar al precio del mercado. Pero aunque esto estaba sucedien-

do poco a poco, le costó a la gente mucho tiempo darse cuenta de ello y todavía más tiempo admitirlo. Las ideas y las costumbres tienen una manera de persistir después que las condiciones de las cuales surgieron han desaparecido. Cuando estaban en uso las sillas de mano llamadas "sedán", los trajes de los portadores o cargadores tenían una banda especial para sostenerlas. Desechada la última silla sedán, los trajes de los portadores continuaron y las bandas parecieron ser una parte necesaria de aquéllos: Los sastres prosiguieron incluyéndolas en los trajes cuando ya su utilidad no existía.

Lo mismo ocurre con las ideas y eso fue lo que ocurrió, con la del precio justo. Se había desarrollado cuando las condiciones eran estables, cuando todo lo que afectaba el precio se originaba y era bien conocido de la comunidad local. Y la idea persistió aun cuando diversas influencias, distantes y desconocidas, penetraron el mercado local. Pero las nuevas condiciones trajeron una nueva actitud, reflejada en lo que escribió Jehan Buridan, rector de la Universidad de París en el siglo XIV: "El valor de una cosa no debe ser medido por lo que intrínsecamente valga... Es necesario tomar en cuenta las necesidades del hombre y evaluar las cosas según su relación con esta necesidad".

Buridan se refería a la oferta y la demanda. Argüía que los artículos no tenían valor fijo, prescindiendo de las condiciones. Así, pues, el justo precio fue desechado y lo sustituyó el precio del mercado.

Y, así como vino un cambio en el concepto del precio, vino otro cambio en la estructura de los gremios. En realidad, la historia es una crónica de los distintos cambios. Este capítulo comienza exponiendo cómo el sistema gremial funcionó y termina narrando cómo cayó hecho pedazos.

Dos características fundamentales del sistema fueron la igualdad entre los maestros y la facilidad con que los artesanos podían ser maestros. En general, esto prevaleció hasta los siglos trece y catorce, que fue el apogeo del sis-

tema de los gremios, después ocurrieron los cambios inevitables.

La igualdad entre los maestros vino a ser, en algunos gremios, algo del pasado. Ciertos maestros prosperaron y al tener más poder personal, empezaron a mirar desde lo alto a sus hermanos menos afortunados y terminaron formando sus gremios exclusivos. Entonces aparecieron los gremios "mayores" y "menores" y los miembros de estos últimos llegaron a trabajar como jornaleros para los maestros jefes de los gremios "mayores". El gremio comercial de los primeros días, que tenía el monopolio del comercio en la ciudad, había sido suplantado por los gremios de artesanos, cada uno de los cuales comerciaba con sus artículos propios. Pero, en algunos casos, el gremio comercial suprimió el tráfico comercial en general, dedicándose a un solo producto, y en vez de desaparecer poco a poco, floreció como una gran asociación del comercio. En otros casos, los miembros opulentos del gremio de artesanos dejaron de producir y se concentraron en el comercio, convirtiéndose en corporaciones exclusivas que cerraron sus puertas a los trabajadores, como las doce compañías de coches de Londres, los seis Corps de Métier en París y el Arti Maggiori en Florencia. Fueron estos los gremios selectos y poderosos, los más ricos y los que dirigieron y mandaron. Antes, funcionario de un gremio podía serlo cualquiera de los maestros, rico o pobre; ahora la discriminación quedó establecida. "Así entre los viejos comerciantes en telas de Florencia nadie que pregonase su mercancía en las calles, podía ser electo rector; tampoco podía serlo, entre los panaderos, nadie que vendiese el pan llevándolo sobre la cabeza o en la espalda".

Del control del gremio propio al control exclusivo del gobierno municipal no había más que un paso y los miembros de los gremios "mayores" (más poderosos) lo dieron, viniendo a ser los verdaderos gobernantes de las ciudades. Casi en todas partes los más ricos y más influyentes estuvieron más o menos identificados con el Concejo Muni-

cipal. En el campo, la aristocracia por nacimiento formó la clase dirigente; en las ciudades, la aristocracia del dinero gobernó sin contrarios. "En el siglo xv, en Dordrecha y en todas las ciudades de Holanda, el gobierno municipal era una pura aristocracia del dinero y una oligarquía familiar... El poder en aquéllas lo tenían el llamado Rijkheit y Vroedschap, "riqueza y sabiduría", como si ambas cosas hubiesen estado siempre juntas, esto es: una corporación de un número pequeño y fijo de miembros, que tenía el derecho de nombrar los funcionarios de la ciudad y elegir al alcalde y a través de esto controlar la administración de la ciudad".

Y lo que sucedía "en las ciudades de Holanda", también sucedía en Alemania. En Lübeck "los comerciantes y burgueses ricos gobernaban solos la ciudad... El Consejo controlaba la legislación, el más alto tribunal de justicia, y los impuestos a los ciudadanos... Regía la ciudad con poderes ilimitados".

Otra causa de la ruptura del sistema gremial fue el distanciamiento cada vez mayor entre los maestros y jornaleros. La regla había sido aprendiz-jornalero-maestro. Ahora, fue aprendiz-jornalero y aquí se detenía. Cada vez, se hizo más difícil pasar de trabajador a dueño. En la medida en que más gente afluía a las ciudades, los viejos maestros se apresuraron a preservar su monopolio, haciendo que la escala para subir fuese cada vez más dura, excepto para unos cuantos privilegiados. La prueba de los maestros fue hecha más estricta y la cantidad que había que pagar para someterse a ella más elevada, siempre con la excepción de los escasos privilegiados. Para los de abajo se aumentaron las obligaciones, dificultándose el llegar a maestro, aunque para los pocos privilegiados hubo favores, que les facilitaban alcanzar la jerarquía. En la ciudad francesa de Amiens los estatutos del gremio de pintores y escultores en el año 1400 requerían que un aprendiz ordinario tenía que serlo tres años, presentar después "su obra maestra" y pagar 25 libras, pero "si los hijos de los

maestros deseaban ser del oficio, en esa ciudad, podían hacer el aprendizaje y pagar sólo 10 libras". Este procedimiento para cerrar el gremio fue llevado a su última conclusión en los estatutos de los tejedores de *lienzo* de París, los cuales disponían que "nadie puede ser maestro tejedor si no es hijo de un maestro".

¿Qué sintieron los jornaleros cuando vieron que sus oportunidades para mejorar su posición, llegando a maestros, se disipaban? Naturalmente, se agraviaron. Cada vez, se hizo más claro para ellos que sus intereses y sus derechos estaban opuestos a los de los maestros. ¿Y cómo reaccionaron? Pues formando sus uniones propias de jornaleros. "Intentaron un monopolio del trabajo, así como los maestros intentaban el de esta o aquella manufactura. Así, entre los productores de clavos de París, se prohibió contratar a un compañero (jornalero) de otras partes, mientras uno perteneciente al distrito estuviese sin trabajo... Los panaderos de Toulouse y los zapateros de París organizaron sus hermandades en oposición a las correspondientes sociedades de maestros..."

Estas uniones de jornaleros, a semejanza de los gremios obreros actuales, pretendieron conseguir salarios más altos para sus miembros. Y también, como en los gremios de ahora, encontraron que sus maestros se negaban a ello, quejándose de la pretensión a las autoridades de la ciudad, quienes declararon ilegales las uniones de los jornaleros. Esto ocurrió en Londres en 1396, según un antiguo documento que informa de la disputa entre los silleros (talabarteros) y sus jornaleros: "... y que, bajo una fingida santidad, muchos de los trabajadores del oficio han incluido a los jornaleros entre ellos (hoy se les llamaría "rojos") y han formado "covins" (asociaciones) con la finalidad de aumentar sus salarios grandemente en exceso... Fue decidido por el Alcalde y los Concejales que los trabajadores en el oficio mencionado antes, en el futuro, estén bajo el gobierno y dirección de los maestros de ese gremio; lo mismo que los trabajadores de otros

oficios de la ciudad; todos los cuales, en el futuro, no podrán tener fraternidades, reuniones, "covins" u otra cosa ilegal, bajo sanción, etc."

En Francia, aconteció lo mismo. En 1541 los cónsules, concejales y habitantes de Lyon se quejaron al rey Francisco I que "en los últimos tres años ciertos trabajadores, jornaleros impresores, de mala vida, han hecho sediciosa a la mayor parte de los demás jornaleros y se han unido para obligar a los maestros impresores a pagarles salarios más altos y darles mejores alimentos que los que tenían, según las viejas costumbres... y, como resultado de lo cual, el dicho arte de imprimir ha cesado enteramente en la mencionada ciudad de Lyon..." Los irritados peticionarios no sólo se quejaron, sino sugirieron un remedio, que Francisco I graciosamente convirtió en rey. Disponía "que los dichos jornaleros y aprendices del gremio de impresión no harían juramentos, ni monopolios, ni tendrían entre ellos capitanes o tenientes, ni bandera, ni distintivo, ni se reunirían fuera de las casas y cocinas de sus maestros, ni en ninguna parte en número mayor de cinco, a menos que sea con el consentimiento y autoridad de la Corte, so pena de ser encarcelados, desterrados y castigados como monopolistas... Los dichos jornaleros deben terminar toda labor comenzada y no la dejarán incompleta y no irán a la huelga..."

La disputa sobre más altos jornales se hizo furiosa después de la Muerte Negra (la Plaga). Con el trabajo en gran demanda, los salarios aumentaron de manera enorme. Y, así como se promulgaron leyes en las aldeas para mantener la paga a los niveles que había tenido antes de la Plaga, se aprobaron otras con el mismo propósito en las ciudades. En Inglaterra, la Ordenanza de los Trabajadores en 1349 dispuso que "ningún hombre pagará o prometerá pagar a cualquier hombre más jornales, entregas, hide, salarios que el acostumbrado... ni tampoco ningún hombre de manera alguna pedirá o recibirá lo mismo, bajo pena del doble de lo que así fuere pagado

Silleros, peleteros, "tawyers", zapateros, sastres, herreros, carpinteros, albañiles, fileteros, carreteros y trabajadores diversos no recibirán por su labor y artesanía más de lo que habitúe pagar".

En Francia, hubo una ley semejante en 1351: "Los que recogieron uvas en los años pasados deben cuidar de las viñas y tendrán y recibirán por este trabajo un tercio más que lo que se les pagaba antes de la Plaga y no más, aunque se les hubiese prometido sumas mayores... Y quienquiera que les dé más por un día de trabajo que lo aquí fijado y quienquiera que reciba más... el que dé y el que reciba, cada uno pagará sesenta sols... y si no tienen con qué pagar la multa en dinero, serán encarcelados cuatro días, a pan y agua..." Obsérvese que mientras la ley en este caso era aparentemente equitativa, fue cierto que la sentencia de prisión por no pagar la multa era más apta para ser aplicada al trabajador sin dinero, que al patrón. Obsérvese también que enviar hombres a la prisión no aliviaría la escasez de brazos.

Estas regulaciones no tuvieron éxito. Los patronos pagaron más y los trabajadores demandaron y recibieron más. Aunque las asociaciones de obreros fueron disueltas y sus afiliados multados o encarcelados, otras surgieron y las huelgas por mejores salarios y condiciones de trabajo se sucedieron. Los jornaleros, en efecto, salían mejor librados que muchos otros trabajadores a los que no se les permitía unirse a esas organizaciones, es decir, los que no tenían derechos de ninguna clase en cualquier gremio y los que estaban a merced de los industriales más ricos, para quienes laboraban en condiciones miserables y con jornales de hambre. Estos hombres vivían en míseras chozas; no poseían ni las materias primas con que trabajaban, ni las herramientas con que lo hacían; eran los precursores del moderno proletariado; nada tenían, a no ser su trabajo, y dependían para su existencia de un patrono y las condiciones favorables del mercado. Las ciudades contenían ambos extremos (la de Florencia en sus grandes

días albergaba a más de veinte mil mendigos). En el nivel más alto los más ricos vivían con verdadero lujo.

En la lucha para libertar a las ciudades de la opresión de sus señores feudales, cuando residían en ellas, ricos y pobres, comerciantes, patronos y obreros, habían unido sus fuerzas. Pero los frutos de la victoria fueron para las clases altas. Las bajas supieron más tarde que simplemente habían cambiado de amos; donde antes el gobierno estaba en manos de un señor feudal, ahora estaba en manos de los más ricos burgueses. El descontento del pobre, aliado con el resentimiento y los celos de los pequeños gremios de artesanos, hacia esos poderosos dirigentes, dieron origen a una serie de levantamientos en la segunda mitad del siglo XIV, los cuales, como la Revuelta de los Campesinos, asolaron la Europa occidental. Fue una lucha de clases: el pobre contra el rico, el que no tenía privilegios contra el que los tenía todos. En algunos lugares, los pobres vencieron y por unos cuantos años, fueron dueños de alguna ciudad, en la que introdujeron reformas muy necesarias, antes de que los derrocasen. En otros, aunque también triunfaron, las querellas intestinas causaron su inmediata caída. Pero, en la mayor parte, desde el principio, los ricos fueron los victoriosos, aunque no antes de que pasaran momentos de angustia, por su sincero temor ante el poder de las clases oprimidas, ya combinadas y unidas.

Después de ese período de desorden, los gremios entraron en sus años de decadencia. El poderío de las ciudades libres se debilitó. Una vez más se vieron controladas desde fuera, esta vez por un duque, o un príncipe, o un rey, más fuerte que los conocidos de antes, que estaba ya unificando las secciones desorganizadas: los burgos, regiones, feudos y centros comerciales en un Estado nacional.

CAPITULO VII

AHI VIENE EL REY

Si un libro como éste hubiera sido escrito en el siglo x o en el xi, habría sido mucho más fácil para el autor. Gran parte de su material se basa en el estudio de manuscritos muy antiguos que casi siempre están hechos en idiomas extranjeros y lenguas muertas: el latín, el francés antiguo o moderno y el alemán, igualmente moderno o antiguo. Pero el historiador de la Edad Media, al estudiar los documentos del pasado, encontraría que fueron escritos en la lengua que él conocía mejor: el latín. Lo mismo era si vivía en Londres, o París, o Hamburgo, o Amsterdam, o Roma. El latín era el idioma universal de los eruditos. Los niños en las escuelas de aquella época no aprendían inglés, francés, alemán, holandés o italiano. Aprendían latín. El pueblo hablaba en inglés, francés, alemán, etc., pero estos idiomas no se escribieron hasta más tarde. El monje español que leía su Biblia en España, leía las mismas palabras latinas que el monje en un monasterio inglés.

Si echamos una mirada a cualquier Universidad medieval nos habríamos encontrado a los estudiantes de toda la Europa occidental hablando y estudiando juntos, sin la menor dificultad. Las Universidades eran entonces verdaderas instituciones internacionales.

La religión también era universal. Todo el que se llamaba a sí mismo cristiano, había nacido en la Iglesia Católica. No había otra. Y quisiérase o no, se pagaba impuestos a esa Iglesia y se vivía sujeto a sus reglas y

regulaciones. Los servicios religiosos en Southampton eran los mismos que en Génova. No había fronteras de Estado para la religión.

Muchas personas creen hoy que los niños nacen con el instinto del patriotismo nacional. Eso no es cierto. El patriotismo nacional viene principalmente de la lectura constante de las grandes hazañas realizadas por los héroes de la nación y de oírlas narrar. Los escolares del siglo x no encontraban en sus libros dibujos o grabados de los navíos de su país hundiendo a los de un país enemigo. La razón era obvia. No había "países" en la forma que los conocemos hoy.

La industria, como expusimos en el capítulo anterior, dejó la casa de familia para instalarse en la ciudad. Fue local, no nacional. Para los gremios de Chester, Inglaterra, los artículos de Londres que podían interferir en su monopolio eran tan "extranjeros" como los que venían de París. El comerciante al por mayor sentía que el mundo entero era su provincia. Para él era tan difícil tener un punto de apoyo en una parte del Globo como en otra.

Pero a fines de la Edad Media, allá por el siglo xv, todo eso cambió. Surgieron las naciones. Las divisiones nacionales se hicieron marcadas. Nacieron las estructuras y literaturas nacionales. Las reglas nacionales para la industria sustituyeron a las regulaciones locales. Las leyes nacionales, las lenguas nacionales, aun las iglesias nacionales, comenzaron a existir. Las gentes empezaron a considerarse a sí mismas no como ciudadanos de Madrid, o de Kent, o de Borgoña, sino de España, de Inglaterra, o de Francia, y que debían lealtad no a esta ciudad o a aquel señor feudal, sino a su rey, que era el monarca de toda la nación.

¿Cómo vino este auge del Estado nacional? Hubo muchas razones, políticas, sociales, religiosas y económicas. Se han escrito muchos libros sobre este interesante tema. Tenemos espacio sólo para exponer unas pocas, primariamente las económicas.

El ascenso de la clase media es el acontecimiento importante de este período, que comprende del siglo x al xv. Los cambios que hubo en los medios de producción y el sistema de vida propiciaron el crecimiento de la nueva clase, y el advenimiento de ésta trajo a su vez otros cambios en las condiciones de vida de la sociedad. Las instituciones que habían servido en y al viejo orden, ahora decayeron y murieron. Y nuevas instituciones tomaron su lugar. Esta es la ley de la historia.

Es el hombre que tiene mucho dinero el más preocupado sobre si hay suficientes policías en la calle en que él habita. Los que usan las carreteras para enviar dinero o mercaderías a otros lugares, son los que claman con más fuerza para que los caminos estén seguros contra ladrones y barreras al peaje. La confusión y la inseguridad son malas para los negocios. La clase media quería orden y seguridad y libertad para comerciar.

¿A quién podría dirigirse? ¿Quién, en la organización feudal, podía garantizar el orden y la seguridad? En el pasado, la protección del orden público la suministraba la nobleza, los señores feudales. Pero había sido contra las exacciones de éstos que habían luchado en las ciudades. Fueron los ejércitos feudales (mercenarios) los que saquearon, destruyeron y robaron. Los soldados de los nobles, que no recibían paga regular como tales, se dedicaban al saqueo de las poblaciones y al robo de todo aquello que caía en sus manos. Las peleas entre los mismos señores feudales frecuentemente significaban un desastre para la localidad, lo mismo si ganaba uno que otro. Era la presencia de diferentes Señores en diferentes lugares a lo largo de las rutas comerciales, lo que hacía tan difícil el comercio. Lo que se necesitaba era una autoridad central, un Estado nacional, un poder supremo que pudiera imponer el orden al caos feudal. Los viejos señores no podían por más tiempo llenar su función social. Sus días habían pasado. Había llegado el de un fuerte poder central que unificara el país.

En la Edad Media la autoridad del rey existió en teoría, pero en la realidad era débil. Los grandes barones feudales fueron prácticamente independientes. Mas su poderío tenía que ser destruido. Así fue.

Los pasos por los que la autoridad central llegó a ejercer el poder nacional fueron lentos e irregulares. No fue como una escalera, con un escalón encima de otro y siempre en una dirección definida; fue como un camino malo con muchos vericuetos y retrocesos. No se tardó un año, ni dos, ni cincuenta, ni cien. Se tardó siglos, pero al fin la autoridad central se impuso.

Los lores se habían ido debilitando, porque habían perdido buena parte de sus posesiones, en tierras y siervos, esto es: de su base económica. Su poderío fue retado y parcialmente destruido por las ciudades. En muchos lugares los Señores Feudales se exterminaban entre sí, en una constante guerra.

El rey había sido un fuerte aliado de las ciudades en su lucha con los Señores. Todo lo que disminuyera el poder de los barones, fortalecía el poder real. A cambio de su ayuda, los ciudadanos ricos le hacían préstamos. Esto era importante, porque con dinero, el rey podía pasearse sin el apoyo militar de sus vasallos (los Lores), podía pagar un ejército entrenado y permanente, siempre a su servicio, y no dependiente de la lealtad de un Señor. Además de que esas tropas eran mejores, porque su única misión era combatir. Las fuerzas feudales no tenían entrenamiento ni organización regular que les permitiese actuar conjuntamente y con eficacia. Un ejército pagado para guerrear, bien entrenado y bien disciplinado, y siempre listo para cuando se le necesitase, era un gran progreso político-militar.

Además, los adelantos técnicos en las armas también exigían una nueva clase de ejército. Habían aparecido la pólvora y el cañón y su empleo efectivo requería una cooperación bien preparada. Y mientras un guerrero feu-

dal podía traer consigo su propia armadura, a éste, por el contrario, no le era fácil traer cañones y pólvora.

El rey estaba agradecido a los grupos comerciales e industriales que le permitieron contratar y pagar una soldadesca permanente, equipada con los armamentos más modernos. Una y otra vez el monarca apeló a la nueva clase de hombres con dinero, por empréstitos y donativos. He aquí un ejemplo del siglo XIV, cuando el rey de Inglaterra pidió ayuda a la ciudad de Londres:

"Sir Robert De Asheby, Escribano de nuestro Señor el Rey, vino al Guildhall de Londres, y en nombre del Rey notificó a Andrew Aubri, el Alcalde, que él y todos los concejales de la ciudad... iban a comparecer ante nuestro Señor el Rey y su Consejo... Y el Rey entonces oralmente hizo mención de los gastos en que había incurrido en su guerra en ultramar y en los que aún ha de incurrir y les pidió que le prestasen 20,000 libras esterlinas... Ellos por unanimidad acordaron prestarle 5,000 marcos, suma que no podían exceder... Nuestro Señor el Rey la rechazó y ordenó al Alcalde, concejales y comuneros, que atendiendo a la lealtad y fidelidad que le debían, reconsiderasen su decisión acerca de todo lo expresado antes... Y aunque era una cosa dura y difícil de hacer, ellos acordaron prestar 5,000 libras esterlinas a nuestro Señor el Rey, oferta que el Rey aceptó... Doce personas fueron escogidas y juraron señalar la contribución correspondiente a todos los hombres en la ciudad mencionada y en sus suburbios, a cada uno de acuerdo con su condición, para levantar la suma dicha de 5,000 libras y prestarla a nuestro Señor el Rey".

No se piense ni por un momento que la gente con dinero procedía con gusto. Hacían este y otros préstamos a los reyes, porque recibían beneficios a cambio. Por ejemplo, fue muy ventajoso para los negocios tener leyes como la siguiente, promulgada por la autoridad central en 1389: "Se ordena y acepta que una Medida y un Peso regirán en todo el Reino de Inglaterra... Y que todo el que sea

convicto de tener o usar otra Medida o Peso, será sentenciado a prisión de seis meses."

Por otra parte, estar libre de las tropas merodeadoras de cualquier pequeño barón también valía dinero. Las ciudades estaban dispuestas a pagar el apoyo de una autoridad que las liberaba de las irritantes demandas y pequeñas tiranías de numerosos superiores feudales. En resumidas cuentas, era económico estar unidos en torno a un líder fuerte que a su vez podría hacer y obligar a obedecer leyes como la siguiente, aprobada en Francia en 1439:

"Para obviar y poner remedio y terminar los grandes excesos y pillajes cometidos por bandas armadas, que por largo tiempo han vivido y siguen viviendo del pueblo...

"El Rey prohibe, so pena de ser acusado de lesa Majestad... y privado para siempre, él y su posteridad (se refiere al reo) de todos los honores públicos y cargos, y de los derechos y prerrogativas de la nobleza y la confiscación de su persona y posesiones, que nadie, de cualquier estado que pueda ser, puede levantar, conducir, dirigir o recibir una compañía de hombres armados... sin permiso, licencia, consentimiento y Ordenanza del Rey...

"Bajo la misma pena, el Rey prohibe a todos los Capitanes y hombres de guerra, que no detendrán a comerciantes, trabajadores, ganado, ni caballos ni otras bestias de carga, lo mismo si están en el campo que en carruajes y no les causarán trastornos, ni a los carruajes, artículos y mercancías que lleven y no les mantendrán bajo rescate de ninguna manera... pero los dejarán trabajar y les permitirán ir y venir y llevar sus artículos y mercancías en paz y seguridad, sin pedirles nada, ni molestarlos o perturbarlos en ninguna forma".

Anteriormente el ingreso de los soberanos había consistido en las rentas de sus propios dominios. No había sistema nacional de impuestos. En 1439, en Francia, el rey logró introducir el *taille,* una tasa monetaria regular. En el pasado, recuérdese, los servicios de los vasallos se aseguraban mediante concesiones de tierra. Ahora, con el creci-

miento de la economía del dinero, no fue necesario. Se podía cobrar los impuestos en dinero, en todo el reino, por funcionarios del rey que eran pagados en dinero, no con tierras. Así los funcionarios asalariados, situados en cada lugar del país, podían realizar la labor de gobernar en nombre del rey, una labor que en los tiempos del feudalismo tenía que ser hecha por la nobleza, pagada en tierra. Esto fue importante.

Era evidente para los soberanos que su poder dependía de sus finanzas. Y también que el dinero afluiría a sus arcas sólo si el comercio y la industria prosperaban. Por eso los reyes se preocuparon por el progreso comercial e industrial. Pronto se comprendió que las regulaciones de los gremios designadas para crear y mantener un monopolio en beneficio de un pequeño grupo en cada ciudad, eran grilletes que impedían la expansión del comercio y la industria.

Para el que pensase en términos nacionales, era claro que las excesivas y contradictorias regulaciones locales debían ser suprimidas y terminados los celos entre las ciudades. Era ridículo, por ejemplo, que se necesitase "una ordenanza del príncipe, en 1443, para abrir la Feria del Cuero, de Frankfurt, a los Zapateros de Berlín." Con el reciente poder de la monarquía nacional, los reyes comenzaron a destruir los monopolios locales, en interés de toda la nación. Uno de los Estatutos del Reino de Inglaterra en 1436, decía: "Considerando que los Maestros, Directores y Miembros de los Gremios, Fraternidades y otras Compañías reconocidas... dictan muchas ordenanzas ilegales e irrazonables... cuando la Jurisdicción, el Castigo y la Corrección sólo pertenecen al Rey... El mismo nuestro Señor el Rey, por Consejo y con el Asentimiento de los Lores Espirituales y Temporales y al ruego de los Comunes antes dicho, ha ordenado por Autoridad del mismo Parlamento, que los Maestros, Directores y Miembros de cada Gremio, Fraternidad o Compañía reconocida, traerán todas sus Cartas de Patente y Cartas, para ser registradas,

ante los jueces (justicias) de paz... y además ha ordenado y prohibido por la Autoridad supradicha, que desde ahora tales Maestros, Directores y Miembros de Gremios no harán ni usarán ninguna ordenanza, si ésta no ha sido primero discutida y aprobada como buena y razonable por los jueces de paz".

Otra ley, de mucho más alcance, aprobada por el rey de Francia, es una prueba real del creciente poder del monarca en ese país: "Carlos, por la gracia de Dios Rey de Francia... después de larga deliberación de nuestro Gran Consejo... ha ordenado y ordena que, en nuestra dicha ciudad de París, no habrá maestros de oficios o comunidades... Pero deseamos y ordenamos que en cada oficio serán escogidos por nuestro Preboste ciertos miembros de más edad... Y en lo sucesivo se les prohibe celebrar asambleas como fraternidad de artesanía, Hermandades y otra semejante... a menos que sea con nuestro consentimiento, permiso y licencia, o el consentimiento de nuestro Preboste, bajo pena de ser tratados como rebeldes, desobedientes a nosotros y a nuestra corona de Francia y de perder vida y posesiones".

No fue pequeña proeza contener el poder monopolístico de las ciudades. Donde éstas han sido más fuertes, en Alemania e Italia, no fue hasta siglos más tarde que la autoridad central resultó lo bastante poderosa para someterlas. Esta fue una de las razones de que estas potentes y opulentas comunidades de la Edad Media fueran las últimas en lograr la unificación que era necesaria para afrontar las cambiantes condiciones económicas. En los otros territorios, aunque algunas ciudades resistieron este freno a sus poderes, aun hasta el punto de combatir, los celos y los odios las impidieron combinarse contra las fuerzas nacionales y —afortunadamente para ellas— fueron vencidas. En Inglaterra, Francia, Holanda y España, el Estado reemplazó a la ciudad, como unidad de la vida económica.

Fue cierto que en muchas ciudades y poblaciones los

gremios se obstinaron en retener sus privilegios exclusivos. Mientras lo hicieron, estaban bajo la supervisión de la autoridad real. El Estado nacional quedó por encima de ellos porque las ventajas ofrecidas por un fuerte Gobierno central y por un campo más amplio para las actividades económicas, eran en interés de las clases medias, en su conjunto. Las leyes contaban con el dinero que obtenían de la burguesía y cada vez dependieron más de ésta, para consejo y cooperación en la obra de dirigir el reino. Sus magistrados, ministros y empleados civiles en general, procedían de esa clase. En el siglo XV, Jacques Coeur, banquero de Lyon y uno de los hombres más ricos de la época, fue consejero del rey de Francia; en la Inglaterra de los Tudor, Thomas Cromwell, abogado, y Thomas Gresham, sedero, fueron ministros de la Corona. Se ha concluido un pacto tácito entre la realeza y la burguesía industrial de empresarios y patronos. Estos pusieron al servicio del Estado monárquico su influencia política y social, los recursos de su inteligencia y su riqueza. A cambio de ello el Estado multiplicó en su favor los privilegios económicos y sociales. Y subordinó a ellos los trabajadores de jornal común, dejándolos obligados a una estricta obediencia.

Fue un ejemplo perfecto del "tú me rascas la espalda y yo te rascaré la tuya".

Un interesante signo de los tiempos, en Inglaterra, fue la expulsión de los venecianos y de los comerciantes alemanes de la Liga Hanseática, que tenía en Londres una estación llamada el Steelyard. Los extranjeros habían controlado siempre el comercio de exportación e importación del país, para lo cual habían comprado a los sucesivos reyes sus privilegios de comercio. Pero en los siglos XV y XVI, los comerciantes ingleses comenzaron a levantar cabeza. Los Comerciantes Aventureros, especialmente, eran un grupo muy despierto y activo de hombres que querían "invadir" el productivo negocio, en manos de extranjeros. Al principio no pudieron adelantar mucho, porque el rey

necesitaba el dinero que recibía a cambio de las concesiones y porque tomar medidas severas podría significar conflictos con otras Potencias. Pero los Comerciantes Aventureros ingleses persistieron y en 1534 los venecianos perdieron sus privilegios, y seis años más tarde la Hanse se quejó al rey en estos términos: "Aunque había sido concedido sin tener en cuenta el tiempo a los comerciantes de la Hanse y la misma concesión renovada y prometida por Vuestra Excelentísima Majestad, de que ninguna forma de exacción, pensión o pago indebido sería aplicada a las personas, artículos o géneros de dichos comerciantes... y sin embargo a pesar de éstos, en favor de los Bataneros y Esquiladores de Londres se ha ordenado y así se hace ahora, que ningún comerciante de la Hanse pueda cargar o transportar por el Reino de Inglaterra cualquier paño nuevo y sin deshilar, bajo pena de pérdida de la mercancía".

Debido a que la Hanse compraba lanas inglesas para fabricar paños en Flandes y Alemania, la creciente industria textilera de Inglaterra acudió en auxilio de los Comerciantes Aventureros. Y unidos éstos y los fabricantes de telas del país (con la ayuda además del sedero Gresham afortunadamente ahora en la posición de ministro de la Corona), ganaron la pugna. Los privilegios de la Hanse alemana fueron gradualmente reducidos y en 1597, el Steelyard, residencia en Londres de la que fue poderosa Hanse, fue cerrado, definitivamente.

El campesino que quería arar su campo, el artesano que quería seguir en su oficio, y el comerciante que quería comerciar —pacíficamente todos— acogieron con entusiasmo la formación de un fuerte Gobierno central lo bastante poderoso para sustituir a docenas de regulaciones locales con una regulación comprensiva y reemplazar la desunión con la unión. De las varias causas que trabajaban por la *nación-adalid,* surgió el sentimiento de la nacionalidad. Se ve bien en la vida, pasión y muerte de Juana de Arco. En Francia los señores feudales eran par-

ticularmente fuertes, y durante la Guerra de los Cien Años, con Inglaterra, el más poderoso, el duque de Borgoña, aliado de los ingleses, infligió serias derrotas al rey francés. Juana, quien anhelaba que Borgoña fuese parte de Francia, escribió al duque: "Juana la Doncella desea que Ud. haga una larga, buena y segura paz con el rey de Francia y con toda humildad yo ruego e imploro a Ud. que no haga más la guerra al santo reino de Francia".

Juana fue inspirando al ejército francés, dándole ánimos y confianza, inspirándoles el sentimiento de ser *franceses*, haciendo la causa del rey la causa de *todos* los franceses, que Juana prestó su más grande servicio, incitando a muchos a ser tan fanáticos de la causa de Francia, como lo era ella. Un soldado de un lord feudal que oyó a Juana hacer declaraciones como "nunca veo verterse sangre francesa, sin que mi cabello se erice de horror", pudo abandonar a su señor y prestar juramento de lealtad a Francia, *Mi Patria*. De esa manera el localismo fue suplantado por el nacionalismo, y comenzó la Era de un soberano poderoso a la cabeza de un reino unido.

Bernard Shaw en *"Santa Juana"*, su excelente pieza teatral sobre la Doncella, tiene un importante pasaje sobre los efectos del creciente espíritu del nacionalismo. Un eclesiástico y un señor feudal, ambos ingleses, están discutiendo la capacidad militar de un señor francés:

El Capellán: El es sólo un francés, milord.

El Noble: ¡Un francés! ¿Dónde encontró Ud. esa palabra? ¿Es que estos borgoñeses, bretones, picardos y gascones comienzan a llamarse a sí mismos franceses, lo mismo que nuestros paisanos comienzan a llamarse ingleses? Ahora hablan de Francia y de Inglaterra como sus patrias. La de ellos, si Ud. gusta... Porque ¿qué será de mí y de Ud. si esa manera de pensar se generaliza?

El Capellán: ¿Por qué, señor mío? ¿Nos dañaría eso...?

El Noble: Los hombres no pueden servir a dos amos. Si esta inclinación a servir sólo a su país los domina, adiós

a la autoridad de los señores feudales y adiós a la autoridad de la Iglesia...

Este noble visionario tenía toda la razón. El único rival de gran poder que quedaba a los soberanos era la Iglesia. Era inevitable el conflicto entre ambos. En la mentalidad de los monarcas nacionales no cabía el concepto de dos jefes del Estado. La autoridad asumida por el Papa le hacía más peligroso que cualquiera de los lores feudales. El Papa y el Rey riñeron una y otra vez. Hubo, por ejemplo, la cuestión de quién tenía derecho a nombrar obispos y abades cuando había una vacante. Esto era de gran importancia, porque eran empleos bien pagados, procediendo el dinero de la gran masa del pueblo que pagaba impuestos y diezmos a la Iglesia. Y ese dinero el Rey y el Papa querían que fuese para sus partidarios. Los Reyes, naturalmente, miraron con ojos codiciosos aquellos puestos que significaban fuertes sumas y por ello disputaron a los Papas el derecho de hacer los nombramientos.

La Iglesia era tremendamente rica. Se ha estimado que era dueña de un tercio o una mitad de toda la tierra, y sin embargo rehusaba pagar contribuciones o impuestos al Gobierno nacional. Los reyes necesitaban dinero y creían que la riqueza de la Iglesia, ya enorme y en aumento constante, debía ser gravada para ayudar a pagar el costo del Estado.

Otro motivo de la querella era el hecho de que ciertos casos eran juzgados en las Cortes eclesiásticas, no en las regulares. A veces un fallo o decisión de aquéllas eran contrarios a las del Rey. Era igualmente importante si la Iglesia o el Estado debía recibir el dinero que se obtenía mediante multas y cohechos.

Y existía también la dificultad causada por el derecho alegado por el Papa, de que podía intervenir hasta en los asuntos interiores de un país. La Iglesia era así un rival político del soberano.

Por lo tanto era un poder supranacional, que dividía la lealtad de los súbditos del rey, fabulosamente opulento

en tierras y dinero, cuyos ingresos, en vez de encauzarse hacia el tesoro real, dejaban el país, como tributo a Roma. Y el rey no estaba solo en su oposición a la Iglesia. El Papa Bonifacio VIII escribió en 1296: "Que los legos son agriamente hostiles al clero es una antigua tradición que está plenamente confirmada por la experiencia de los tiempos modernos".

Los numerosos abusos de la Iglesia no podían pasar inadvertidos. La diferencia entre la Iglesia que predicaba y la Iglesia que actuaba era tal, que hasta el más estúpido podía verla. Su concentración en hacer dinero por cualquier método, no importaba cuál fuese, era cosa corriente. Eneas Silvius, que más tarde fue Papa con el nombre de Pío II, escribió: "Nada se tendrá en Roma, sin dinero". Y Pierre Berchoire, que vivió en los tiempos de Chaucer, también escribió: "El dinero de la Iglesia no se gasta en los pobres, sino en los sobrinos favoritos y en la parentela de los clérigos."

Una canción de trovadores del siglo XIV exponía el sentimiento popular hacia todas las clases del clero, de arriba abajo:

Veo al Papa su sagrado ministerio traicionar,
Pues mientras el rico su gracia siempre gana,
Sus favores al pobre son negados.
El hace lo posible para reunir riquezas como mejor puede,
Obligando al pueblo de Cristo a obedecer ciegamente,
Para que él pueda reposar con atavíos de oro...

No es mejor en cada honorable cardenal,
Quien desde el amanecer hasta la noche,
Se pasa el tiempo en inventar con ahinco
Cómo hacer tratos sucios con cada cual...

Nuestros obispos también están sumidos en el mismo pe-
[cado,
Pues sin piedad arrancan hasta la piel

De todos los sacerdotes que viven bien.
Pagándolo en oro se puede tener su sello oficial
Para cualquier petición, no importa de lo que sea.
Es cierto que sólo Dios puede acabar con sus robos.

En cuanto a los sacerdotes y clérigos menores,
Hay entre ellos, Dios lo sabe, muchos cuyas obras
Y cuya vida diaria son un desmentido cada día,
Pues, letrados o ignorantes, siempre están dispuestos
A traficar con cada sacramento,
Sin exceptuar el sacrificio de la santa misa.

Es cierto que los monjes y frailes hacen una exhibición
De las reglas austeras que soportan,
Pero esto es la más vana de las pretensiones,
Pues en verdad viven dos veces mejor de lo que sabemos,
Y eso es lo que hacen en sus casas, a pesar de sus votos
Y de su fingida parada de abstinencias. . .

(Traducción libre)

Los muchos escándalos y abusos de la Iglesia eran del conocimiento general, siglos antes de que Martín Lutero clavase sus "Noventa y Cinco Tesis" en la puerta de la iglesia de Wittenberg, en 1517. Hubo reformadores religiosos antes de la Reforma Protestante. ¿Por qué, entonces, ocurrió en este momento y no antes, el cisma en la Iglesia Católica occidental y el establecimiento de Iglesias Nacionales en lugar de una Iglesia universal?

Los primeros reformadores religiosos, a diferencia de Lutero, Calvino y Knox, cometieron el error de pretender reformar más que la religión. Wycliffe, en Inglaterra, había sido el líder espiritual de la Revuelta de los Campesinos; y Huss, en Bohemia, no sólo protestó contra Roma, sino que también inspiró un movimiento agrario comunista, que amenazaba el poder y los privilegios de la nobleza. Esto significó, por supuesto, que a estos movimientos se

opusieron no sólo la Iglesia, sino también las autoridades seculares y por ello fueron aplastados. Lutero y los reformistas religiosos que le siguieron no perdieron el apoyo de la clase dirigente, predicando peligrosas doctrinas igualitarias. Lutero no era radical. Y no echó a perder sus probabilidades de triunfo, haciendo causa común con los oprimidos. Por el contrario, cuando poco después de haber iniciado su reforma estalló en Alemania una rebelión extensa de campesinos, parcialmente bajo la influencia de sus predicaciones, Lutero ayudó a reprimirla. Este rebelde contra la Iglesia podía decir: "Siempre estaré con aquellos que condenan la rebelión y contra los que la causan". Este reformador, ardiente de indignación contra los gobernantes de la Iglesia, podía escribir: "Dios preferiría sufrir que el Gobierno exista, no importa lo malo que sea, antes que permitir que la chusma se amotine, no importa lo justificada que esté". Mientras los campesinos rebeldes gritaban en 1525: "Cristo hizo libres a todos los hombres", Lutero pedía a los nobles aniquilarlos, con estas palabras estimulantes: "El que mata a un amotinado... hace bien... Por consiguiente, cualquiera puede herir, estrangular o apuñalar, secreta o públicamente. El que muera en esta lucha, debe ser felicitado y nadie puede tener una muerte más noble..."

Una razón del éxito de Lutero, fue que no incurrió en la equivocación de querer derribar a los privilegiados. Y otra importante razón de la Reforma fue que las apelaciones que Lutero, Calvino y Knox hicieron a sus partidarios, en realidad eran apelaciones a su espíritu nacionalista, en un período de creciente nacionalismo. Porque la oposición religiosa a Roma coincidió con los intereses del creciente Estado nacional, por lo cual tuvo una gran probabilidad de triunfar.

En este tiempo, cuando la lucha del Estado nacional contra la autoridad del Papa se iba haciendo cada vez más aguda, el "Discurso de la Nobleza Alemana" de Lutero, contiene este alentador consejo a los príncipes:

"Puesto que el poder temporal ha sido ordenado por Dios para el castigo de los malos y la protección de los buenos, por consiguiente debemos dejarle cumplir su deber en todo el mundo cristiano, sin tener en cuenta a las personas, lo mismo si son los papas, obispos, sacerdotes, monjes o monjas, que cualquiera otra". Y parte de ese deber, astutamente sugerido es terminar el control por los extranjeros y es indicado ocupar las tierras y tesoros de la Iglesia. Muy importante este último punto: "Algunos creen que más de trescientos mil florines son enviados de Alemania a Roma anualmente, sin recibirse nada en cambio... Hace mucho tiempo los emperadores y príncipes de Alemania permitieron al Papa reclamar las *annates* de todos los beneficios alemanes, es decir, la mitad del ingreso, en el primer año, de todo beneficio... Pero en vista de que ha abusado tan vergonzosamente de las *annates*, los príncipes no deben sufrir que sus tierras y pueblos sean tan lastimosamente y sin derecho desollados y arruinados; y por una ley imperial o una ley nacional, deben retener las *annates* en el país, o abolirlas".

Decid a un grupo de gente que es no sólo su derecho, sino su deber, deshacerse del poderoso extranjero que ha retado su autoridad en su propio país; exponga ante los ojos de ese grupo de gente la extensa riqueza de ese extranjero, como un premio que será ganado cuando a éste se le haya expulsado... y entonces habrá festivos fuegos articiales. Pero la Iglesia habría perdido su poderío si la Reforma Protestante no hubiese venido cuando lo hizo. En realidad, la Iglesia había ya perdido su poder, en el sentido de que sus grandes utilidades estaban disminuyendo. Donde anteriormente la Iglesia había sido lo bastante fuerte para traer a la sociedad un alivio de las guerras feudales, haciendo cumplir las Treguas de Dios, ahora el rey podía detener aquellas molestas luchas. Donde antes la Iglesia tenía el control completo de la educación, ahora se iniciaban escuelas independientes, fundadas por comerciantes. Donde previamente la ley de la Iglesia había sido

suprema, ahora la vieja ley romana, más apropiada a las necesidades de una sociedad comercial, fue revivida. Donde antes la Iglesia proveía hombres educados, con capacidad para ayudar en los asuntos del Estado, ahora el soberano podía confiar en una nueva clase de individuos entrenados en la práctica comercial y sabias en las necesidades del comercio y la industria de la nación.

Este nuevo sector del pueblo, la creciente clase media, sintió que en el camino del progreso y del desarrollo estaba el obsoleto sistema feudal. Y se dio cuenta también de que su adelanto propio estaba bloqueado por la Iglesia Católica, que era el baluarte del sistema. La Iglesia defendía al orden feudal de todo ataque, porque era en sí una parte poderosa de la estructura del feudalismo. Poseía, como un Señor cualquiera, una tercera parte de la tierra, y drenaba del país una gran porción de su riqueza. Antes que la ascendente clase media pudiese destruir al feudalismo en cada país, tenía que atacar la organización central la Iglesia. Y lo hizo.

La lucha tomó un disfraz religioso, como bien dijo Engels. Se la llamó la Reforma Protestante. Pero fue, en esencia, la primera batalla decisiva de la clase media contra el feudalismo.

CAPITULO VIII

EL HOMBRE RICO

Cuando el Presidente de los Estados Unidos, Franklin D. Roosevelt, a las 3:10 de la tarde del 31 de enero de 1934 firmó una proclama disminuyendo el número de gramos de oro del dólar, de 25 8/10 a 15 5/21, seguía una vieja costumbre española, y también inglesa, francesa y alemana. La devaloración del dinero es una práctica antigua, de siglos. Los reyes de la Edad Media que querían ser como el rey Midas, pero no podían, se volvieron a la devaloración como un sustituto aceptable para obtener dinero.

Cuando el Presidente Roosevelt rebajó el contenido áureo del dólar, su objetivo primario era aumentar los precios. Fue un hecho incidental que la operación significara al Tesoro de los Estados Unidos una ganancia de 2 790 millones de dólares. Para los reyes del Medioevo, sin embargo, la finalidad principal era lograr una utilidad. No querían aumentar los precios, pero éstos aumentaban, a pesar de ello, como consecuencia de la devaluación.

¿Qué significa la devaloración del valor monetario y cómo ello le trae una ganancia inmediata al soberano y una elevación del nivel de los precios?

La devaluación significa simplemente reducir la cantidad de oro o plata en las monedas. Cuando el rey hizo que la cantidad plata en una moneda se extendiera a dos unidades, agregando metales inferiores o básicos a aquélla, tuvo entonces dos monedas en vez de una. Nominal-

mente el valor de las nuevas era el mismo de la original, y se las seguía llamando una corona o una libra, mas en la realidad sólo valían la mitad. Pero si doce huevos son cambiados por un pan, no debe esperarse obtener un pan del mismo tamaño si solamente se ofrecen seis huevos, aun cuando se les siga llamando una docena. De la misma manera, no puede obtenerse por el dinero devaluado tanto como podría obtenerse con el dinero anterior. Se ofrece ahora menos plata y, por tanto, el pan a cambio de ella sería menos. El valor de las monedas en circulación depende del valor de su contenido en metálico, de manera que mientras menos plata u oro haya en una moneda, menos vale ésta, a pesar del hecho de que tenga la misma denominación. Así, decir que una moneda vale menos es decir, sencillamente, con ella se compra menos. En otras palabras, los precios suben.

Todos los reyes vieron que había una ganancia inmediata para ellos en la devaluación. El hecho de que cuando el dinero cambia de valor rápidamente perjudica al comercio y el de que, cuando los precios suben, los pobres y los que tienen ingresos fijos sufren, pueden haber sido factores de poca importancia para el rey, pero tuvieron mucha para algunos de sus súbditos. La mayoría de la gente, incluyendo al rey, a menudo, no vieron la ligazón entre la devaluación del dinero y el aumento de los precios, pero hubo quienes lo vieron. Después de haberse efectuado diecisiete cambios en el valor de la moneda de plata en otros tantos meses, en Francia (de octubre de 1358 a marzo de 1360), un parisién escribió: "Como resultado del precio excesivo del dinero, en oro y plata, los alimentos y cuantos artículos se necesitan para el consumo propio han llegado a ser tan caros que el pueblo pobre no puede encontrar los medios para subsistir".

Nicholas Oresme, obispo de Lisieux en 1377, escribió un libro famoso sobre el dinero, en el cual expuso que la devaluación del valor monetario, que temporalmente beneficiaba al rey, en cierto sentido, defraudaba al pueblo:

"Medidas para el trigo, el vino y otras cosas menos importantes, a menudo están marcadas con el sello público real y el que sea encontrado practicando el fraude con ellas es considerado un infame falsificador. Del mismo modo, la inscripción de una moneda indica sus correctos peso y calidad. ¿Quién, entonces, puede confiar en un príncipe que disminuye el peso o la finura del dinero que lleva su propio sello?... Hay tres maneras, en mi opinión, de hacer ganancias con el dinero, aparte del uso natural de éste. La primera es el arte del cambio (la custodia del tráfico monetario), la segunda es la usura y la tercera la alteración del valor del dinero. La primera es básica, la segunda es mala y la tercera peor.

Richard Cantillon, inglés, escribiendo casi cuatrocientos años más tarde, claramente resumió el efecto sobre los precios de la devaluación del valor monetario: "La historia de todos los tiempos muestra que cuando los príncipes han devaluado la moneda, manteniéndolo en el mismo valor nominal, todas las materias primas y productos han aumentado de precio, en proporción a la devaluación de la moneda".

Todos conocemos el nombre de Copérnico como el de un gran hombre de ciencia que fue el primero que expuso la teoría de que la Tierra da vueltas alrededor del Sol. Pues Copérnico fue también un estudiante del sistema monetario. Abogó porque el sistema monetario de su patria, Polonia, fuese cambiado. Vio que las diferentes monedas eran un obstáculo al comercio, y demandó un sistema unificado, en vez de permitir que los diversos barones acuñasen por la libre. Y lo más extraño, pidió también que no hubiese devaluación de la moneda: "A pesar de los innumerables azotes que siempre llevan a la decadencia de los reinos, principados y repúblicas, estos cuatro son, en mi opinión, los más formidables: la guerra, la plaga, una tierra estéril y el deterioro del valor del dinero". Algunas de las principales razones para la oposición de los estudiosos a la devaluación de la moneda

fueron las dadas por Oresme: "Es escandaloso e ignominioso para un príncipe permitir que la moneda de su reino no tenga un valor fijo, sino fluctuante diariamente... Como resultado de estas alteraciones, a menudo, el pueblo no puede saber cuánto vale una moneda de oro o plata y así tiene que negociar tanto sobre su dinero como sobre sus artículos, lo cual es contrario a la naturaleza de aquél. Y, lo que debe ser muy cierto y claro, es completamente incierto y confuso... La cantidad de oro y plata en un reino disminuye como resultado de esas alteraciones y devaluaciones y a pesar de las precauciones... "estos metales son trasladados a lugares donde se les cotiza más alto". De esto viene que el suministro del material de la moneda disminuye en los países donde se practica la devaluación... Como resultado de las alteraciones y devaluaciones, los comerciantes cesan de venir de países extranjeros con sus buenas mercancías a los países donde saben que es corriente el dinero malo... Por consiguiente, en el país donde tales alteraciones tienen lugar, el tráfico comercial queda tan perturbado que los comerciantes y artesanos no saben cómo tratar unos con otros.

Los consejeros del rey estaban preocupados por estas consecuencias de la devaluación de la moneda. Deseaban que el comercio prosperase y no deseaban que el abastecimiento de metal precioso, ya inadecuado, se hiciera aún más pequeño, mediante la exportación de oro y plata a otros países por los comerciantes y banqueros. Mientras el pobre es, habitualmente, una víctima de las fluctuaciones de los precios, porque está tan ocupado trabajando que carece de tiempo y de medios para protegerse a sí mismo, los hombres que saben o sea los negociantes en dinero, cuidan de su riqueza y hasta hacen utilidades en esos momentos. En varios países, se aprobaron leyes contra la exportación de oro y plata, tan necesarios para el desarrollo del comercio. En 1477, se promulgó, en Inglaterra, una ley de esa clase: "Y considerando por el Estatuto hecho en el Segundo Año del difunto rey Enri-

que VI, se ha ordenado, entre otras cosas, que ningún Oro o Plata pueda ser llevado fuera de este Reino...[1] Las Monedas de Oro y Plata y los Vasos y Láminas de Oro y Plata de este País son enviados como mercancías fuera de este Reino, al cual empobrecen, y vendrá la destrucción final del Tesoro del mismo Reino, si no se provee un rápido remedio. Por ello es ordenado por la Autoridad antes mencionada que ninguna Persona llevará o hará llevar fuera de este Reino... ninguna clase de Moneda acuñada de este Reino, ni Moneda de otros Reinos, Países o Señoríos, ni láminas, vasos, barras o joyas de Oro o de Plata, sin Licencia del Rey".

No solamente los reyes hicieron esfuerzos enérgicos para retener en el país todo oro o plata que hubiese en él, sino que también se esforzaron en aumentar su cantidad, dando privilegios especiales a los mineros: "Todos y cada minero, maestro y jornalero que trabaje continuamente en minas abiertas o que sean abiertas en nuestro reino... tienen nuestro permiso, a sus expensas y no de otra manera, para abrir y trabajar las minas libremente y sin cargas y nadie puede perturbar, o molestar o interferir con ellos en manera alguna, ni los lores espirituales y temporales, ni los comerciantes, ni nuestros propios oficiales, quienes digan que tienen derechos en esas minas".

En esa época, cuando el oro y la plata eran tan necesarios a la expansión del comercio, ésta condujo a su vez al descubrimiento de grandes depósitos de ambos metales, lo que a su vez llevó a una mayor expansión comercial. Hoy, con una perspectiva de cuatrocientos años, podemos apreciar la verdadera trascendencia del descubrimiento de Colón; aun y cuando para las gentes del siglo XV, Colón fuera un fracasado, debido a que no pudo encontrar las Indias. Fue en el siglo XVI, con la afluencia de plata de las minas de México y Perú a España, cuando el descubrimiento de América fue apreciado realmente.

Si las mercancías son enviadas miles de millas por las montañas y a través de los desiertos, a lomo de camellos,

caballos y mulas; si parte del camino son transportadas sobre las propias espaldas de los hombres; si, a lo largo de la ruta, están en constante riesgo de ataque por tribus salvajes; si, enviadas por mar, están en peligro por las tormentas destructoras y los asaltos de los piratas; si aquí y allá, en la ruta, los Gobiernos demandan elevados derechos por permitir el paso; si, en el último puerto de escala, los artículos son vendidos a un grupo de comerciantes que tienen un monopolio del tráfico comercial allí y así pueden añadir una gran utilidad al precio, ya elevado; entonces el costo de las mercancías llegará a ser prohibitivo. Esto era lo que ocurría a muchos de los productos muy codiciados del Oriente en el siglo xv. En aquellos tiempos, las especias, las piedras preciosas, los perfumes, las drogas y sedas llegaban a los puertos en los que los barcos venecianos esperaban para cargarlos. Su precio era ya muy alto. Después de que los venecianos los habían revendido a los comerciantes del sur de Alemania, que eran los principales distribuidores por toda Europa, ese precio había subido hasta el cielo.

Los comerciantes de otros países no estaban conformes con que las enormes ganancias que proporcionaba el tráfico comercial del Oriente fuesen sólo para el bolsillo de los venecianos. Estos comerciantes querían una participación. Sabían que podía ganarse dinero con los artículos del Oriente, pero no les era posible romper el monopolio de Venecia. El Mediterráneo, en su parte del Este, era un lago veneciano y nada había que hacer allí.

Por ello, se intentó llegar a las Indias por otra ruta no controlada por Venecia. Ya, el compás, que fue usado por primera vez en el siglo XIII por los marinos italianos, había sido montado para empleo en todos los buques; ya, era posible calcular la latitud mediante el astrolabio; ya, los navegantes de Italia habían comenzado a hacer mapas basados en la observación, en vez de fiarse de los construidos con la imaginación y de oídas; ya, en fin, no era necesario navegar muy cerca de la costa. Quizá,

si los hombres eran audaces, podía encontrarse una nueva ruta hacia el Este, es decir, hacia los tesoros de especias, de oro y de gemas.

Los barcos se lanzaron bravamente en todas las direcciones. El viaje de Colón, hacia el Oeste, fue sólo uno de tantos. Otros marinos atrevidos hicieron rumbo hacia el Norte, penetrando en el Mar Artico, con la esperanza de encontrar el Paso del Nordeste. Otros se dirigieron hacia el Sur, a lo largo de la costa de Africa. Finalmente, en 1497, Vasco de Gama dio la vuelta a este continente y un año después fondeó en el puerto de Calicut, India. Se había encontrado un camino marítimo a las Indias.

¿Quiere decir esto que terminó la búsqueda en otras direcciones? Nada de eso. Colón intentó varias veces, haciendo hasta cuatro viajes, rebasar la barrera constituida por el continente americano. Otros que hacían la ruta al Oeste confrontaron la misma barrera, navegando hacia el Norte, o hacia el Sur, buscando, buscando siempre... Todavía en 1609, Henry Hudson buscaba una vía hacia el Este. Y el empeño lo merecía. Porque había dinero, mucho dinero, en hallarla.

En el primer viaje de Vasco de Gama a la India, las utilidades habían sido de seis mil por ciento. Otros buques hicieron después la peligrosa, pero productiva jornada. El tráfico aumentó a grandes saltos. Venecia había comprado anualmente 420 mil libras de pimienta al sultán de Egipto y ahora *un* solo barco volvió a Portugal con 200 mil libras en sus bodegas. Ya, no importaba que la vieja ruta al Oriente estuviera en manos de los turcos; ya, no importaba que los venecianos cargasen precios exorbitantes. La ruta al Este por la vía del Cabo de Buena Esperanza hizo a los comerciantes independientes de la buena voluntad otomana y terminó con el monopolio veneciano.

Ahora, la dirección de las corrientes del comercio cambió. Antes, la posición geográfica de Venecia y las ciudades meridionales de Alemania, había sido una ventaja sobre los países situados más al Oeste; ahora éstos, sobre

la costa del Atlántico, tenían esa misma ventaja. Venecia y las ciudades unidas a ella comercialmente, quedaron fuera de la ruta principal. Lo que había sido la ruta del tráfico comercial se convirtió en un camino desviado. El Atlántico pasó a ser esa ruta y Portugal, España, Holanda, Inglaterra y Francia alcanzaron una gran prominencia comercial.

Con mucha razón, este período de la historia es llamado de la "Revolución Comercial". El comercio que había estado aumentando sostenidamente, avanzó a grandes pasos. No sólo el Viejo Mundo europeo y partes de Asia fueron abiertos a los comerciantes emprendedores, sino también los mundos nuevos de América y Africa. Además, el comercio ya no estuvo confinado a los ríos y mares cerrados, como el Mediterráneo y el Báltico. Hasta entonces, el término "comercio internacional" significaba el que se hacía en Europa y una sección de Asia. Desde entonces, significó una región mucho mayor, comprendiendo cuatro continentes, con las rutas oceánicas como caminos. Los descubrimientos abrieron un período de magnífica expansión en toda la vida económica de Europa occidental. La extensión del mercado ha sido siempre uno de los más fuertes estímulos a la actividad económica. Y esa extensión fue, en este tiempo, mucho mayor que ninguna otra anterior. Nuevos lugares con los cuales comerciar, nuevos mercados para los artículos del país propio, nuevos artículos para traerlos a éste... Todo ello, muy estimulante, anunció un período de intensa actividad comercial, de nuevos descubrimientos, de exploración y expansión.

Se formaron compañías de comerciantes para aprovechar todas las oportunidades peligrosas, pero a su vez excitantes y muy lucrativas. He aquí el significativo nombre de una de las primeras y más famosas: "Misterio y Compañía, de los Comerciantes Aventureros para el descubrimiento de regiones, dominios, islas y lugares desconocidos". Sin embargo, ese nombre tan dilatado no dice

apenas la mitad de la historia. Porque, una vez que se hiciera el "descubrimiento", entonces había que erigir fuertes, situar una guarnición en el "centro comercial", hacer arreglos con los nativos, comenzar el comercio con éstos, encontrar la manera de mantener a los extraños y extranjeros fuera del comercio y todo sin decir nada de los largos y costosos preliminares, como la compra o construcción de buques, enrolar tripulaciones y suministrar alimentos y equipos para la incierta y riesgosa jornada.

Todo lo cual costaba dinero, mucho dinero, más del que cualquier individuo tuviese o pudiera arriesgar en tan peligrosa aventura.

Las formas habituales de asociaciones comerciales que se desarrollaron para actuar en los viejos sistemas de comercio, no se adaptaban a las nuevas condiciones. Comerciar a considerable distancia, con pueblos extraños, en circunstancias también extrañas, requería un nuevo tipo de sociedad comercial y, como siempre sucede, ese nuevo tipo pronto surgió para afrontar la necesidad.

Lo que uno, dos o tres individuos separados no podían hacer, muchos individuos unidos en un solo cuerpo, que actuaban como una unidad y con una administración única, pudieron hacerlo. La Compañía por Acciones fue la respuesta de los comerciantes en los siglos XVI y XVII al problema de cómo reunir las grandes sumas de dinero que se necesitaban para empeños tan vastos como era comerciar con América, Africa y Asia. La primera Compañía por Acciones inglesa fue la de Comerciantes Aventureros. Tenía 240 accionistas, cada uno de los cuales aportó 25 libras esterlinas, una gran suma, en total, para aquellos días. Fue mediante la venta de acciones a muchas personas como pudieron ser movilizados el considerable capital que exigía el gran comercio, las expediciones para el comercio, el corso y la colonización. Aquellas organizaciones fueron las precursoras de las grandes corporaciones de hoy. Entonces, igual que ahora, cualquiera que tuviese dinero podía ser asociado de una Compañía, com-

prando acciones. Hasta las expediciones de los piratas fueron organizadas por el procedimiento de acciones. En una de las de Drake (pirata inglés) contra España, la reina Isabel tenía acciones, entregadas a cambio del préstamo sobre algunos barcos. Las utilidades en esta ocasión fueron de 4,700 por ciento, siendo las de la reina, en números, 250 mil libras esterlinas.

Que la participación secreta de la Reina en estas expediciones de saqueo era un secreto a voces, es mostrado en una Carta Noticiera de Fugger, fechada en Sevilla el 7 de diciembre de 1569: "Y lo más enojoso de este asunto es que Hawkins no hubiese podido preparar una flota tan numerosa y bien equipada sin la ayuda y el consentimiento secreto de la Reina. Esto contradice el convenio por motivo del cual el Rey envió un representante extraordinario a la Reina de Inglaterra. Es parte de la índole y costumbre de esta nación no cumplir su palabra, aunque la Reina después pretende que todo ha sido hecho sin su consentimiento y deseo".

Los nombres de algunas Compañías organizadas en los siglos XVI y XVII exponen dónde realizaban su negocio comercial o colonizador o ambos. Había siete "East India", siendo las más famosas la inglesa y la holandesa. Había cuatro "West India", en Holanda una y las otras en Francia, Suecia y Dinamarca. Las Compañías "Levante" y "Africana" eran corrientes. Y especialmente interesante para los Estados Unidos, eran las Compañías "Plymouth" y "Virginia", organizadas en Inglaterra.

Se puede imaginar ciertamente que cualquier Compañía establecida para semejantes aventuras, costosas y riesgosas, se aseguraría de recibir de su Gobierno tantos privilegios comerciales como fuese posible. Uno de los más importantes era el derecho al monopolio del comercio. No quería que comerciantes de afuera trabajasen en su territorio particular. Generalmente se ha creído que la extraordinaria expansión del comercio fue en gran medida obra de la audacia exploradora de estas Compañías. Pero ahora

algunos historiadores lo discuten, arguyendo que la existencia de numerosos comerciantes fuera de aquellas organizaciones y los que pretendían participar en las operaciones es una prueba de que, si no fuese por los monopolios restrictivos de la libre competencia, el volumen del comercio habría sido mayor de lo que fue.

De cualquier manera, sabemos que las Compañías hacían negocios primordialmente para obtener ganancias para sus accionistas. Cuando podían hacerlo aumentando la producción y vendiendo en mayor escala, lo hacían. Cuando, limitando la producción, subían las utilidades lo hacían. Algunos aspectos del programa de la AAA, en los Estados Unidos, parecen viejos, si se conoce esto, de los tiempos de las Compañías: una de ellas, la "Dutch", pagaba pensiones de unas 3,300 libras esterlinas "a los dirigentes nativos para exterminar las plantas de clavo y nuez moscada en otras islas y concentrar su cultivo en la de Amboyna (actual Indonesia) donde podían controlar la producción. En lo que concierne a su comercio en las Indias Orientales, no tenían gran empeño en fomentarlo, y preferían mantenerlo en tales límites que pudieran asegurar un alto nivel de ganancias".

A pesar de que, en este caso particular, podía asegurarse un alto nivel de ganancias limitando el comercio, en vez de expandiéndolo, en general las utilidades eran grandes en esto último. Esta fue la edad de oro del comercio, cuando se levantaron las fortunas —capital acumulado— que iban a ser la base de la gran expansión industrial de los siglos XVII y XVIII.

Los libros de historia dedican muchas páginas a las ambiciones, las conquistas y las guerras de este o aquel gran rey. Ese énfasis es erróneo. El espacio dedicado a la historia del rey Tal o Cual, estaría mejor dedicado a los verdaderos poderes tras el trono, los ricos comerciantes y financieros del mismo período histórico. En los doscientos años de los siglos 16 y 17, las guerras fueron casi conti-

nuas. Había que pagarlas. Y fueron financiadas por los hombres ricos, comerciantes y banqueros de la época.

La cuestión de si Carlos v de España o Francisco I de Francia debía ceñir la corona del Sacro Imperio Romano fue resuelta por un pequeño banquero alemán, Jacob Fugger, jefe de la gran casa de Banca Fugger. La corona costó a Carlos 850 mil florines, de los cuales 543 mil fueron prestados por Fugger. Podemos tener una idea de la influencia de Jacob Fugger, el hombre entre bastidores, por el tono de una carta que escribió a Carlos, cuando éste se mostraba remiso en pagarle lo que le debía. Sólo porque el dinero le había dado un poder tremendo, el banquero se atrevió a escribir al emperador semejante carta: "...Nosotros hemos, además, adelantado a los Agentes de Vuestra Majestad una Gran Suma de Dinero, de la cual tuvimos que levantar una gran parte entre nuestros Amigos. Es bien conocido que Vuestra Majestad Imperial no hubiese podido ganar la Corona Romana sin mi ayuda y puedo probarlo con los escritos de los Agentes de Vuestra Majestad dados por sus propias manos. En esta cuestión, no he tenido en cuenta mi propia ganancia. (¡Cualquiera lo cree!) Pues si yo hubiera dejado la Casa de Austria y me hubiese inclinado a Francia, yo habría obtenido mucho dinero y propiedades, como me fueron ofrecidos. Qué grave Desventaja habría sido este caso para Vuestra Majestad y la Casa de Austria, la Real Mente de Vuestra Majestad bien lo sabe..."

Fueron pocas las cosas de importancia que se hicieron, en el siglo XVI, sin la sombra de Fugger proyectándose sobre ellas, en una forma u otra. Los Fugger comenzaron sus negocios en el siglo XV, como una casa comercial que traficaba en lana y especias. Pero fue así como los banqueros hicieron su fortuna. Prestaron dinero a otros comerciantes, a los reyes y a los príncipes y, a cambio, recibieron ingresos o rentas de las minas, de aventuras comerciales, de las tierras de la Corona, prácticamente de toda empresa que rindiera algo. Cuando no se les pagaba los

préstamos, se convertían en propietarios de las haciendas, las minas, las tierras, de todo lo que hubiese sido dado en garantía. Hasta el Papa debía dinero a los Fugger que tenían sucursales y agentes dondequiera. La hoja de balance de los Fugger, en 1546, muestra deudas del emperador alemán, la ciudad de Amberes, los reyes de Inglaterra y Portugal y la reina de Holanda. Su capital en ese año era de cinco millones de gulden. En la historia, aquel período no debe ser llamado el del Rey Tal, sino la Edad de los Fugger. Es más próximo a la verdad.

Aunque la de los Fugger era la más importante casa financiera de la época, había muchas otras casi tan grandes. La Welser, casa bancaria alemana, ayudó a Carlos V con 143 mil florines. También tenía grandes inversiones en empresas comerciales, en minas y en tierras. Las casas Hochstetter, Haug e Imhof realizaban la misma clase de negocios de comercio, banca y administración. Entre los financieros italianos de este período, los Frescobaldi, los Gualterotti y los Strozzi llegaron a ser grandes. Uno o dos siglos antes, los Peruzzi y los Médicis habían sido los nombres descollantes. La mejor exposición que pueda hacerse del tremendo aumento de la actividad financiera y comercial es una comparación de las fortunas de dos grandes familias bancarias con la de los Fugger:

Año 1300, los Peruzzi	$ 800,000
Año 1440, los Médicis	„ 7.500,000
Año 1546, los Fugger	„ 40.000,000

El centro de toda esta actividad comercial y financiera fue Amberes. Cuando la corriente del comercio pasó del Mediterráneo al Atlántico, empezó la decadencia de las que fueron grandes ciudades italianas y Amberes tomó su lugar. No fue su tamaño lo que la hizo grande, pues sólo tenía cien mil habitantes. Fue, más bien, su independencia a las restricciones comerciales de todo género. Cuando las otras urbes de la Edad Media hicieron difícil que los

comerciantes extranjeros negociaran dentro de sus puertas, Amberes los recibió con los brazos abiertos. Fue, realmente, un centro internacional libre para los negocios, en el que todo el mundo podía comerciar y en el que todo el mundo comerció. Una gran sala donde comerciantes, corredores y banqueros se reunían para hacer negocios, tenía grabada en sus paredes esta frase: "Para el uso de los comerciantes de cualquier nacionalidad e idioma". Esa invitación fue aceptada por los comerciantes de todas partes del mundo. El negocio inglés de las telas tuvo su centro en Amberes, que fue también el más importante mercado de especias del Oriente. Cuando los venecianos perdieron su monopolio de la especiería, lo ganaron los portugueses y éstos hacían prácticamente todos sus negocios a través de Amberes. Una práctica de tremenda importancia se desarrolló allí, y la cual prueba qué gigantescos pasos habían dado la industria y el comercio. Fue la venta, mediante muestras, de productos reconocidos. En vez de tener todos los géneros o artículos en mano, para ser entregados al comprador, apareció el tipo moderno del corredor y agente comisionista, quien vendía mostrando sólo una muestra standard del producto que fuese. Las ferias, que habían debido su importancia principalmente a la suspensión temporal de las usuales restricciones del comercio, recibieron un golpe mortal de un mercado que era siempre libre. El viejo mercado había sido desplazado por la Bolsa moderna.

Porque Amberes fue de tan grande importancia comercial, fue también el principal centro financiero. Aquí las grandes casas bancarias alemanas e italianas tenían su depósito-llave y las negociaciones en dinero llegaron a ser de más trascendencia que el comercio. Fue, en esta época, en Amberes, donde los modernos instrumentos de finanzas comenzaron a ser usados diariamente. Los banqueros de entonces inventaron medios y arbitrios para hacer el pago de las mercancías, fácil y rápido. Cuando un comerciante de un país, digamos Inglaterra, compraba artículos

de otro comerciante de un país distante, digamos Italia, ¿cómo pagaría por ellos? ¿Enviaría el inglés oro o plata al italiano? Era peligroso y costaba mucho. Tenía que ser ideado un sistema de crédito que hiciera innecesarios los embarques de oro. Entonces se convino que el inglés, en pago de la deuda al italiano, daría a éste una hoja de papel expresando cuánto debía por las mercaderías que le compró. En otra negociación, otro comerciante de Italia quedaba debiendo a un colega de Inglaterra, por artículos recibidos, e igualmente daba una hoja de papel reconociendo el adeudo. Entonces, una Casa de Cambio (Clearing House) central, se encargaba de las dos deudas, compensándolas y cancelándolas, sin que se hubiese enviado ningún dinero de Inglaterra a Italia, o de Italia a Inglaterra. El sistema fue inventado hace siglos. Lo describe un escritor del siglo XVI con estas palabras: "En cuanto a los pagos de dichos países entre los comerciantes de Lyon (en Francia, un centro financiero como Amberes) y otros países y ciudades, la mayor parte se hace en papel, es decir: de un lado, Ud. me debe, y del otro yo le debo a Ud. Cancelamos todo y compensamos mutuamente. Y apenas se usa dinero para tales pagos".

Este milagro de hacer negocios sin transferir dinero, es explicado por Cantillon así: "Si Inglaterra debe a Francia cien mil onzas de plata, por el balance del comercio y Francia debe otras cien mil onzas a Holanda y Holanda cien mil a Inglaterra, las tres cantidades pueden ser liquidadas por cuentas de cambio entre los respectivos banqueros de los tres Estados, sin necesidad de enviar plata a ninguna de las partes".

Todo esto no es información importante en sí. Lo es solamente porque expone que la maquinaria financiera, para satisfacer las necesidades del comercio en expansión, ya estaba construida en el siglo XVI, por los comerciantes y banqueros. Por supuesto que, desde entonces, se han ideado nuevos y mejores métodos, para afrontar otras

condiciones, pero lo fundamental existía hace centenares de años.

Con nuevas tierras en explotación, el tráfico en rápido progreso y comerciantes y banqueros cada vez más ricos, se podría esperar que esta Edad de los Fugger quedaría en la historia como la Edad de Oro de la prosperidad y la felicidad para el género humano. Pero se estaría en el error.

CAPITULO IX

POBRE, MENDIGO, LADRON...

La Edad de los Fugger fue también la Edad de los Mendigos. Las cifras del número de mendigos en los siglos XVI y XVII son asombrosas. En 1630 una cuarta parte de la población de París estaba formada por limosneros y en los distritos rurales de Francia su total era igualmente grande; en Inglaterra las condiciones eran igualmente malas; Holanda rebosada de ellos; y en Suiza, en la décimosexta centuria, "cuando no había otra manera de deshacerse de los mendigos que asediaban sus casas o vagaban en bandas por caminos y forestas, los ricos hasta organizaban cacerías de esos desdichados *heimatlosen* (sin hogar)".

¿Qué explica esta miseria general de las masas en una época de gran prosperidad para unos pocos? La guerra, como siempre, fue una causa. La Mundial, de 1914 a 1918, en opinión de muchos, marcó un máximo de desastre y pobreza en las secciones de Europa en que se luchó. Pero las guerras de aquel período fueron aún más devastadoras. Probablemente jamás hubo nada tan terrible como la de los Treinta Años, en Alemania (1618-1648). "Dos terceras partes de la población desapareció y la miseria de los que sobrevivieron fue lastimosa en extremo. Cinco sextas partes de las aldeas del imperio quedaron destruidas. Hubo una, en el Palatinado, que en dos años fue saqueada 28 veces. En Sajonia las manadas de lobos recorrían los campos, pues en el Norte la tercera parte de la tierra quedó sin cultivo".

La guerra, entonces, fue una de las causas de la intensa miseria y sufrimientos del pueblo. Otra fue América. El Nuevo Mundo tuvo un importante, aunque indirecto papel en la creación de la Edad de los Mendigos. ¿Cómo?

Mientras los comerciantes de Inglaterra, Holanda y Francia acumulaban fortunas en el comercio, los españoles habían encontrado una manera más simple de aumentar las sumas de dinero en su tesoro. Sus exploradores y navegantes no habían logrado descubrir una ruta a las Indias que había de significarles ganancias mediante el tráfico, pero habían tropezado con los continentes de Norte y Sur Américas. Y en México y Perú había minas de oro y plata que eran suyas, por el latrocinio. En los galeones hispanos las bodegas no estaban llenas de productos que pudieran ser vendidos con utilidades, sino de oro y plata, especialmente plata. Las minas de Sajonia y Austria rendían buenas cantidades de plata, pero ese rendimiento era pequeño comparado con la riqueza que llegaba a España, de las posesiones en el Nuevo Mundo. En los 55 años, de 1545 a 1600, se estima que anualmente las minas americanas producían dos millones de libras esterlinas... Y cuando parecía que se estaba en el límite de la producción, el descubrimiento de otra mina mantenía el nivel. De 1500 a 1520 los españoles fundieron sólo 45 mil kilogramos de plata, pero en los tres lustros, de 1545 a 1560, esa cifra se sextuplicó, llegando a 270 mil kilogramos. Y en las dos décadas, de 1580 a 1600 el total fue de 340 mil kilogramos, casi ocho veces lo que había sido en 1520.

¿Permanecieron en España estas enormes cantidades de plata traídas de América? No. Circulaban por Europa con la misma rapidez con que llegaban de ultramar. Los reyes de España libraron una serie de estúpidas guerras, una después de la otra y pagaban en dinero a las tropas y los abastecimientos. Los españoles compraban más que vendían —no podían comer plata— y su dinero se filtraba,

a través de sus manos, en los bolsillos de los comerciantes que les vendían cuanto necesitaban.

¿Cuál fue el efecto de esta afluencia sin precedentes de plata en Europa? Un sensacional aumento en los precios. Y no un penique o dos en el de este artículo o aquél, sino una elevación espectacular en el precio de todo, una revolución de los precios, como sólo ha ocurrido tres o cuatro veces en los últimos mil años de la historia mundial. Los precios de todo en 1600 eran el doble de los de 1500, y para 1700 el incremento era de tres y media veces, con respecto a los que existían cuando se inició esta revolución.

Ya se ha expuesto cómo la devaluación de la moneda disminuye el valor del dinero, o, mirando las cosas desde otro ángulo, eleva los precios. El aumento en la cantidad de dinero en circulación tiene el mismo efecto. El dinero es como cualquier otra cosa que el pueblo necesita y de la cual no hay un abastecimiento ilimitado. Todos necesitamos aire, pero, es tanto el que hay, que no tiene valor económico y nada tenemos que pagar por el que respiramos. Nadie piensa tampoco en comprar o vender agua, pero en un país seco y cálido o en las áreas desérticas, se vende el agua, porque la oferta es muy limitada, en relación con la demanda. Si cuando se usaba el trueque como método de cambio, la cosecha de vino había sido buena y la de trigo mala, comprendemos que hubiese que dar más vino que antes, para obtener la misma cantidad de trigo. Con el dinero se aplica el mismo principio. Si abunda, en relación con las cosas por las cuales se le cambia, su valor desciende, en los términos de esas cosas, o dicho de otro modo, los precios se elevan. Una baja en el valor de la moneda, significa una subida de los precios; y un alza de aquélla, significa una baja de éstos. Este cambio es consecuente de la relativa abundancia o de la escasez del dinero circulante.

Así fue como, por la influencia de los metales preciosos que entraban en Europa, los precios se elevaron —¡y de

qué manera!— hasta el punto de que un tópico favorito de conversación era, "recuerdo los días en que compraba mantequilla por una cuarta parte de lo que se paga ahora y los huevos prácticamente estaban regalados..."

El tesoro de América llegaba a España primero y fue también allí que el incremento de los precios primero se hizo evidente. Nicolás Cleynaerts, un holandés que viajó por España y Portugal en 1536, se quedó sin respiración ante los precios que encontró en la Península. El costo de afeitarse era tal, que escribió a alguien en su patria esta divertida nota: "En Salamanca hay que pagar un medio real por una afeitada; lo cual impide que uno se asombre de que haya más barbudos en España que en Flandes".

Después que la plata americana pasó de España a toda Europa, la elevación de precios que sorprendió a este turista flamenco, se hizo evidente en todos los países. El hombre medio en la calle no comprendía la razón, porque no sabía que la revolución de los precios era internacional y no meramente confinada a la región particular en que él vivía. Gruñía y buscaba la causa, sin encontrarla, inculpando a la maldad de ésta a aquella persona codiciosa. En *Un Discurso sobre la Prosperidad Común de este Reino de Inglaterra,* escrito en el siglo XVI, el autor expone cómo el agricultor afirma que los altos precios son causados por las rentas exorbitantes que exigía el terrateniente, mientras el caballero burgués arguye que las rentas elevadas son debidas a los precios exorbitantes de todo lo que el agro produce:

"*Agricultor.*—Creo que es por causa de ustedes, caballeros, que hay tal carestía, por la razón de que ustedes elevan el valor de sus tierras a un nivel tal, que el hombre que vive de ellas necesita vender caro... o no podrá pagar la renta.

"*Caballero.*—Y yo digo que es por causa de ustedes, agricultores, que nos vemos forzados a aumentar nuestras

rentas, por razón de que debemos comprar tan caro todas las cosas que tenemos de ustedes, maíz, ganado, gansos, cerdos, capones, pollos, mantequilla y huevos. ¿Qué cosa hay en todas estas cosas para que Uds. no vendan más caro, en una mitad, que las vendían hace ocho años? Pueden sus vecinos en esta población recordar que dentro de los pasados ocho años ustedes podían comprar el mejor cerdo o ganso en el que se pudiera poner las manos en 4 denarius, y ahora cuestan ocho denarius; y un buen capón por tres denarius o cuatro; un pollo por un penique y una gallina por dos, y cuestan ahora el doble; y lo mismo ocurre con otras mercancías, y la carne de carnero o de vaca".

Hubo, por supuesto, algunos pensadores de la época que se apartaron del hábito medieval de tratar las cuestiones económicas sólo como parte de los pecados del hombre, o de su perversidad. Hombres como Jean Bodin y Cantillon afirmaron que detrás del aumento en los precios estaba una fuerza impersonal, más allá de la influencia de los "buenos" o de los "malos". Bodin escribió en la última mitad del siglo XVI: "Considero que la carestía que observamos viene de tres causas. La principal y casi la única (que hasta ahora nadie ha tocado) es la abundancia de oro y plata, que es hoy en el reino mayor que en ningún momento en los pasados 400 años..."

Que había una ligazón entre los precios más altos y la afluencia de oro y plata, comenzó a infiltrarse en la mente de otras personas, poco después que Bodin escribió sus grandes obras. En un *Tratado de la Gangrena de la Comunidad de Inglaterra,* escrito en 1601 por el comerciante Gerard De Malynes, hay el siguiente pasaje: "La abundancia de dinero hace generalmente las cosas caras, y la escasez de dinero hace generalmente, de igual modo, las cosas baratas... De acuerdo con la abundancia o la escasez de dinero, las cosas son más caras o más baratas. De aquí que el exceso de dinero o barras que en los últi-

mos años ha venido de las Indias Occidentales a la Cristiandad, ha hecho que cada cosa sea más cara..."

Lo que fue acaloradamente discutido en los siglos XVI y XVII era completamente claro a todos en el XVIII, según Cantillon: "Si se encontraran minas de oro y plata y de ellas se extrajeran considerables cantidades de minerales... todo este dinero, lo mismo si fuese gastado que prestado, entraría en circulación y aumentaría el precio de productos y mercancías en todos los canales de circulación en los que entrase... Todo el mundo conviene en que la abundancia de dinero aumenta el precio de todo. La cantidad de dinero traído de América a Europa en los dos últimos siglos, justifica esta verdad con la experiencia".

¿Cuáles son los resultados de semejante alza de precios? ¿Quién se benefició y quién sufrió? Los que ganaron fueron los comerciantes. Aunque sus gastos eran mayores, las utilidades de sus negocios mostraron gran incremento. Pagaban más por lo que compraban, pero encarecían mucho más que antes lo que vendían. Otro grupo que prosperó fue el de aquellos cuyos gastos permanecían fijos, pero cuyos productos aumentaron de precio; eran los que tenían un arriendo a largo plazo de tierras, con una renta convenida desde hacía tiempo y que pudieron así vender su mantequilla, huevos, trigo, cebada, etc., a precios muy elevados.

Por otra parte, hubo varios grupos que fueron duramente castigados por la revolución de los precios. Los gobiernos, por ejemplo, encontraron cada vez más difícil pasarse con lo que tenían. Sus ingresos estaban fijados de antemano mientras sus gastos aumentaban. Este fue un período de cambio, en que el Estado Nacional emergía y la organización financiera del Gobierno era anticuada y no se adaptaba todavía a las nuevas condiciones. Se le cambiaba lentamente, pero crujía en algunos puntos y la revolución de los precios se sumó a sus dificultades. Las de orden pecuniario empujaron cada vez más a los reyes hacia los hombres ricos, quienes arrancaron muchas conce-

siones a los monarcas en aquellos tiempos. Las rebeliones que en ese período dieron creciente poder político a la burguesía, estuvieron así estrechamente conectadas con la revolución de los precios y la ampliación del comercio.

Los jornales de los obreros también sufrieron. Una etapa de precios en aumento es casi siempre una etapa de jornales en aumento, por lo que pudiera esperarse que al fin todo saldrá bien. Pero no es así, por la importante razón de que los jornales nunca son incrementados en la misma proporción que los precios. El incremento de aquéllos tiene que ser obtenido luchando. Sólo se le consigue mediante la acción deliberada y consciente de las masas, la cual encuentra resistencia, por cuanto los precios suben por las operaciones del mercado. El obrero se opone a esto. A fines del siglo XV el salario de un día, de un trabajador francés, alcanzaba para comprar 4.3 kilogramos de carne y un siglo después sólo adquiría 1.8 kilogramos; un hectolitro de granos que le costaba cuatro francos en el primer período, no podía comprarlo por menos de 20 francos en el segundo... Rogers estima que en Inglaterra en 1495 un campesino podía ganar en quince semanas lo suficiente para abastecer su casa por un año; pero en 1610 no podía obtener la misma cantidad de provisiones ¡ni aunque trabajase las 52 semanas del año! Y "en 1610, un artesano de Rutland (Inglaterra), tenía que trabajar 43 semanas para poder ganar lo que otro artesano lograba en 1495 con 10 semanas de trabajo". Para el obrero esto significaba o estrecharse el cinturón o si no luchar por más altos jornales, con los que afrontar la carestía de la vida y no hacerse un mendigo. Las tres cosas ocurrieron, como resultado de la revolución de los precios.

Otro grupo perjudicado fue el de los que tenían un ingreso fijo, la clase de los *rentistas*, que vivía de anualidades y pensiones o del producto de valores con un interés determinado. He aquí, como ejemplo, el caso de Miss Reynerses, quien a fines del siglo XIV invirtió su dinero en

obtener una anualidad vitalicia: hombres ricos, comerciantes y banqueros.

"Nosotros, el Consejo, el alcalde y maestros de los gremios de la ciudad de Halberstadt, por el presente hacemos saber que hemos vendido a la piadosa virgen Al'eyde Reynerses una renta anual en "lodighe marks"... por la suma de cinco "lodighe marks", que nos han sido pagados."

Quizá Miss Reynerses contase con este ingreso anual para su confort en la ancianidad. Magnífico y estupendo. Pero por vivir en el período de los altos precios, tuvo la infortunada experiencia de pasar hambre, porque sus ingresos continuaron siendo los mismos, mientras las cosas que podía comprar con ese dinero eran mucho más caras y por lo tanto sólo podía comprar menos con ellas. Su ingreso nominal era el que siempre había sido, pero su *verdadero* ingreso había disminuido. Esto es lo que siempre pasa a las gentes con un ingreso fijo, en períodos de precios crecientes.

Igualmente, los que tenían ingresos fijos procedentes de la tierra, fueron muy afectados. Recordemos cómo el pago de rentas en dinero por la explotación de la tierra, había reemplazado los "servicios" tradicionales. Eso funcionó bien para la clase media rural hasta que vino la revolución de los precios. De pronto se encontró recibiendo las antiguas rentas, muy bajas, al tiempo que tenía que pagar por todo los nuevos precios muy altos. Se vio en apuros. ¿Qué podía hacer? ¿Y qué podían hacer los lores y hombres ricos a los que se había dado o habían comprado las tierras de la Iglesia que los reyes confiscaron, en cuanto al hecho de que los precios aumentaban mientras las rentas seguían siendo las mismas? Se daban cuenta de que tenían que obtener más dinero por su tierra. ¿Pero cómo?

Había dos medios: el cerco y las rentas exorbitantes.

El cerco ya existía en cierta medida en toda Europa, pero particularmente en Inglaterra. Recuérdese el sistema

agrícola del campo abierto descrito en el Primer Capítulo. Era un mal sistema, porque era ruinoso. Y también porque el campesino progresista y emprendedor no podía hacer la labor propia ni experimento alguno, sino ajustarse al modo de trabajar de los que tenían fajas de terreno inmediatas a la suya. Unos cuantos labradores estúpidos, sin inteligencia, podían impedir el progreso de toda una aldea. Sin embargo, se había desarrollado en algunos lugares una práctica de "cambio de fajas", que permitió a los agricultores cambiar sus tierras, convirtiéndolas de treinta acres de fajas dispersas entre las de otros, en cuatro o cinco compactos terrenos, de seis o siete acres cada uno. Cualquiera de ellos, inteligente y además con suerte, podía "desenredar" todas sus fajas de terreno y trocarlas en un todo compacto. El próximo paso era colocar una cerca alrededor de la finca o fincas. Lo que era antes un campo abierto, era entonces un campo cerrado, es decir, cercado. El que haya viajado por la Nueva Inglaterra (región Nordeste de los Estados Unidos) habrá visto los muros de piedra que encierran cada campo. En Inglaterra, donde sobraban piedras, también fueron construidos cercos de ésta... Y donde no había ese material, se cercaron los campos con setos. Los cercados de este tipo, dentro del cual se continuó la labor agrícola, no dañaban a nadie y llevaron a un mejoramiento de la producción. Nadie se opuso a ello, y el campesino pobre al igual que el rico lo hicieron y se beneficiaron de la innovación.

Pero hubo un cerco de otra clase que causó grandes perjuicios a miles de personas. Fue el cerco para la crianza de ovejas. Debido a que el precio de la lana había estado subiendo (la lana era la principal exportación de Inglaterra), muchos lores vieron una oportunidad para obtener bastante dinero de sus tierras, convirtiéndolas de tierras de labrantío en tierras de pasto para las ovejas. Esto había ocurrido antes de la revolución de los precios, pero ésta espoleó la iniciativa y más señores cercaron sus

posesiones con el propósito de criar ovejas. Pero mientras esto significaba más dinero para el lord, también significaba la pérdida de su ocupación y de un medio de vida para los labradores que habían estado en la finca cercada. Se necesita menos gente para criar ovejas que para cultivar la tierra. El número en exceso de personas se quedó sin nada. A menudo, el señor propietario, con objeto de tener una posesión de buen tamaño, formando un todo compacto, tenía que eliminar a los arrendatarios cuyas tierras obstruían su plan. Lo hacía, y más agricultores pobres perdían sus medios de ganarse la vida. Por las amargas protestas de los panfletistas de la época, sabemos qué gran perjuicio los cercamientos para pastizales trajeron al campesino pobre.

Algunas veces, el señor meramente cercaba la tierra comunal, lo cual significaba que el ganado del arrendatario pobre no tenía donde pastar, lo que representaba la ruina. Pero ¿no tenían derechos los arrendatarios? ¿No podían recurrir a la ley? Sí, podían hacerlo. Pero acudir a la ley ha sido siempre más fácil para el rico, que puede pagar las costas. Por ello, hasta en los casos en que los labradores pudieran haber ganado, rara vez disponían de los medios para proseguir el pleito hasta el fin. En cambio el lord, con dinero, podía continuar el pleito hasta que el arrendatario desistiese y entonces comprar su tierra y sumarla a la suya, para cercarla inmediatamente. Esa es la historia que contiene la siguiente petición a la Cámara de los Comunes de los agricultores de Wootton Bassett, "para la Restauración de los Derechos Comunales".

"Considerando que el Alcalde y Arrendatarios Libres de dicho pueblo tenían y ocupaban pastizales comunes libres para la alimentación de toda clase de bestias, un tal sir Francis Englefield cercó dicho parque... y continuará haciéndolo, siendo bastante poderoso para ello, de manera que dichos arrendatarios libres no pueden recurrir a la ley más tiempo; un John Rous, uno de los arrendatarios libres, fue así obligado a vender su tierra (en 500

libras esterlinas) y muchos otros fueron empobrecidos... Hemos sido expulsados de todos los bienes comunales que poseíamos y no tenemos ahora ni un pie de tierra común dejada a nosotros... Por lo cual hemos quedado en la mayor pobreza, a menos que Dios quiera mover los corazones de la Honorable Cámara para que se apiade de nuestra causa y apruebe algo en pro de nosotros, de modo que podamos disfrutar de nuestro derecho otra vez... (Siguen 23 firmas)."

No todos los cercados eran para pastos de ovejas. Debido a que una finca grande era más fácil y más barata, a todos los fines del cultivo, que un grupo de fincas pequeñas, los señores feudales a menudo las cercaban para mejorar la producción de cosechas. Los infortunados arrendatarios que poseían fajas de tierra que el señor necesitaba, estaban pronto en las filas de los "sin tierra y sin hogar".

Aunque la mayoría de nosotros sabe más sobre los cercados que sobre el sistema de rentas exorbitantes de aquellos tiempos, lo último fue más importante que lo primero. Las rentas y las multas que se pagaban cuando un nuevo arrendatario se hacía cargo de una posesión, habían sido prácticamente estacionarias. Las había fijado la costumbre y en el pasado la costumbre tenía fuerza de ley. Pero ahora que la revolución de los precios demandaba un mayor rendimiento financiero de la tierra, el lord hacía caso omiso de la costumbre, que antes había sido la protección del campesino. Cuando un contrato de arriendo expiraba, en vez de renovarlo en los mismos términos que el antiguo, según la costumbre, el señor elevaba la renta hasta el punto de que al labrador le era imposible pagarla, y tenía que entregar la finca. Eso fue lo que ocurrió a los que tenían arriendos. Mas aunque arrendar tierras más tarde fue importante, entonces la mayoría de los labradores eran "arrendadores" o *censualistas* (palabra derivada de *censo*), es decir, que ocupaban la tierra según la costumbre feudal, "por voluntad del

señor, registrada en el Roll". Desgraciadamente para muchos "arrendatarios", la "costumbre" del feudo era interpretada por el Señor en el sentido de lo que él quería o necesitaba en un momento particular y lo que él quería entonces era más dinero sacado de la tierra o bien la misma tierra, para alquilarla o arrendarla a cualquiera que pagase más. Se empleó cuanta treta fue posible para expulsar al "arrendador". Cuando el arriendo de éste cambiaba de manos —por ejemplo a la muerte del jefe de la familia— el hijo, que esperaba ocupar la finca mediante el pago de la habitualmente pequeña multa que fijaba la costumbre, encontraba que la pequeña multa ya no era tan pequeña. El lord la aumentaba a una cifra tal, que el campesino no podía pagarla y tenía que renunciar a sus derechos. Sin pérdida de tiempo el Señor vendía la tierra o la arrendaba a quien pudiera y quisiera pagar la nueva escala de rentas.

Una petición de los habitantes de Whitby, en 1553, muestra cómo aumentaron las rentas y multas.

	La Renta Antigua	*La Nueva Renta*
De Henry Rusell	42 chelines 11½ den.	4 libras 7 ch. 3d.
De Thomas Robynson	12 chelines 11½ den.	40 ch. 7 d.
De Thomas Coward .	14 chelines 9 den.	31 ch.
De William Walker .	7 chelines 3 den.	17 ch.
De Robert Barker ...	14 chelines 6 den.	30 ch.

En cuanto a las multas, Russell pagó 3 libras 6 chelines 8 denarius; Robynson, 33 ch. 4 den.; Coward, 2 ch. 6 den.; Walker, 5 ch.; y Barker 2 ch. 8 den.

En un sermón predicado ante los cortesanos del rey Eduardo VI, el obispo Latimer tuvo el valor de llamar al pan, pan y al vino, vino, diciendo: "Vosotros, terratenientes, lores antinaturales que aumentáis las rentas, ya tenéis por vuestras posesiones cada año demasiado... Por eso

lo que antes era dado por veinte o cuarenta libras anuales (lo cual es una porción honesta, obtenida gratis por un señorío sobre el sudor y el trabajo de otro hombre), ahora sólo es dado por cincuenta o cien libras anuales".

Y Latimer fue sólo uno de los que denunciaban a los señores explotadores. Otros oradores y escritores de la época también se opusieron con energía al cercamiento, a las rentas exorbitantes, a las multas más altas y a los lores, que con sus desahucios aumentaban el ejército de los desposeídos y los mendigos. En *El Ruego a los Lores de la Tierra,* encontramos lo siguiente: "De todo corazón rogamos que ellos (los que poseen los terrenos, los pastizales y los lugares habitables) no estiren y aumenten las rentas de sus casas y tierras, ni impongan multas y derechos irrazonables... Y suplicamos que ellos se contenten con lo que es suficiente y no sumen una casa a otra casa y una tierra a otra tierra, a expensas del empobrecimiento de los demás..."

Pero a pesar de los ruegos y las súplicas, los lores continuaron sus prácticas de cercados y elevación desorbitada de las rentas. Aldeas enteras quedaron abandonadas, con los habitantes, desahuciados, muriéndose de hambre, robando o mendigando en los caminos. Hubo algo más que súplicas. Fueron aprobadas leyes. La Corona estaba realmente preocupada por la despoblación de las aldeas. Y la asustó el hecho de que el ejército era reclutado en gran parte en las clases campesinas y de pequeños terratenientes, a las que se arrebataba sus medios de vida, a pesar de que pagaban sus impuestos y habían sido una buena fuente de ingresos para la Corona. Además, los grupos errantes de mendigos constituían un verdadero peligro. Se sucedieron los incendios, la destrucción de las cercas de fincas, los levantamientos. Se promulgaron leyes contra las cercas, la primera en 1489 y las otras a lo largo del siglo XVI. Pero su misma frecuencia y repetición muestra que no eran cumplidas, pues de otra manera no habría necesidad de aprobar otras. Aunque se logró la modificación

de algunos de los peores abusos, era seguro que allí donde los señores de la tierra eran también los jueces, las leyes no serían estrictamente cumplidas. Es interesante recordar que cuando los campesinos se levantaron contra los cercos, ellos no eran quienes violaban la ley, sino los lores. Lo que no impidió, sin embargo, que los labradores sublevados fuesen tratados severamente. Lo fueron, como siempre ha ocurrido.

Obsérvese un importante cambio en este período. La vieja idea de que la importancia de la tierra estaba de acuerdo con la cantidad de trabajo en ella, había desaparecido. El desarrollo del comercio y de la industria y la revolución de los precios, habían hecho al dinero más importante que los hombres, y la tierra era considerada ahora como fuente de ingreso. Las gentes habían aprendido a tratarla como trataban a la propiedad en general y se convirtió en objeto de especulación, que se vendía o se compraba para ganar dinero.

El movimiento del "cercado" causó muchos sufrimientos, pero extendió las posibilidades de mejorar la agricultura. Cuando la industria capitalista tuvo necesidad de obreros, encontró parte de los que demandaba en aquellos infortunados desposeídos de sus tierras, que ahora sólo tenían su trabajo como medio para ganarse la vida.

CAPITULO X

SE NECESITA AYUDA HASTA DE NIÑOS DE DOS AÑOS

La expansión del mercado. Pronúnciese cien veces esta frase, para mejor recuerdo. Grábesela indeleblemente en la memoria. Porque es una clave importante para la comprensión de las fuerzas que trajeron la industria capitalista, tal como la conocemos.

Una cosa es producir artículos para un mercado pequeño y estable, para un mercado en el cual el productor fabrica un artículo para un cliente que viene al lugar del negocio y solicita un pedido. Y otra cosa es producir para un mercado que se ha desarrollado fuera de los límites de la ciudad hasta abarcar toda la nación, y aun más allá. La organización del gremio se adaptaba a un mercado local, pequeño; pero cuando el mercado se hizo nacional e internacional, un gremio así organizado no sirvió. Los artesanos de la ciudad podían entender y manejar el tráfico de una ciudad; pero el comercio mundial era otra cosa. La expansión del mercado creó un intermediario, cuya labor fue hacer que los artículos producidos por los obreros llegasen al consumidor, que podía estar a centenares de miles de millas de distancia.

El maestro artesano del gremio había sido algo más que un fabricante de artículos. Tenía otras cuatro funciones. Era cinco hombres en uno. Era un comerciante, porque tenía que buscar y comprar las materias primas que usaba; era un patrono, porque tenía jornaleros y aprendices

a sus órdenes; era un capataz, porque supervisaba su labor, y era tendero, porque vendía el artículo, ya terminado, al consumidor.

Entra en escena el intermediario. Y las cinco funciones del maestro son reducidas a tres, las de artesano, patrono y capataz. Las de comerciante y tendero ya no son de su competencia. El intermediario le lleva la materia prima, y se encarga del producto acabado. Con ello se ha colocado entre el maestro y el consumidor. El trabajo del maestro consiste desde ahora en entregar los artículos terminados, cuando tenga en su poder la materia prima.

El método por el cual el intermediario emplea un número de artesanos para que trabajen su material, en sus casas, es llamado "doméstico". Puede observarse que en lo que concierne a la técnica de la producción, el sistema no difiere del de los gremios. Deja al maestro artesano y a sus ayudantes produciendo en sus casas, con las mismas herramientas. Pero mientras el método de fabricación sigue siendo el mismo, la colocación de los productos queda sobre una nueva base, con el intermediario actuando como comerciante.

Aunque el intermediario no afectó la técnica de la producción, la reorganizó para aumentar la fabricación de artículos. Pronto vio las ventajas de la especialización. William Petty, un famoso economista del siglo XVII, puso en palabras lo que el intermediario puso en acción. "El paño es más barato cuando uno carda, otro hila, otro teje, otro estira, otro ajusta, otro prensa y embala, que cuando todas estas operaciones son realizadas toscamente por la misma mano". Cuando se emplea cierto número de personas para hacer determinado producto, se puede dividir el trabajo entre todas ellas. Cada obrero tiene una tarea particlular. La hace, la vuelve a hacer infinidad de veces, y como resultado es un experto completo en ella. Esto ahorra tiempo y activa la producción. Todavía eran necesarios otros cambios para afrontar las exigencias del

mercado en expansión. Eso era lo que pensaba el intermediario.

Pero el maestro de los gremios pensaba de otra manera. Recuérdese lo celosos que eran los gremios del monopolio de la manufactura y venta de su producto particular. Tan alerta estaban sobre sus "derechos", que la Glasgow Corporation of Mechanics intentó prohibir a James Watt trabajar en un modelo de máquina de vapor ¡porque no era miembro de la Corporación! Es evidente que los gremios, acostumbrados a pensar que la manufactura de este o aquel producto era un privilegio exclusivamente suyo, iban a gritar mucho y fuerte cuando los intermediarios osasen introducir cambios en la vieja manera de hacer las cosas. La tradición gobernaba los gremios. Los viejos métodos, el viejo mercado, el viejo monopolio, el Negocio Como Siempre, era lo más adecuado a los gremios. Pero no lo adecuado para el intermediario, despierto y emprendedor, que no tenía tiempo para ocuparse de las tradiciones en un período de demanda en aumento. Quería cambiar los métodos viejos, abastecer el nuevo mercado y combatir el viejo monopolio gremial. Pero la organización del gremio con sus innumerables reglas y regulaciones era obsoleta, fuera de la época, y se atravesaba en el camino del desarrollo y el progreso de la industria. Tenía que ser eliminada. Y lo fue.

No inmediatamente ni de una manera muy abierta. (Los gremios no fueron legalmente abolidos en Francia hasta la Revolución; y en Inglaterra no fue hasta principios del siglo XIX que perdieron sus últimos privilegios). Los intermediarios a menudo trabajaron dentro del sistema gremial, aceptando aparentemente su forma, pero en realidad socavándola. A veces los maestros muy ricos de un gremio fueron patronos de otros maestros del mismo; a veces un gremio de una industria gradualmente asumía las funciones comerciales y las labores de otros gremios de la misma industria. Desapareció la antigua igualdad entre

los maestros que había sido fundamental en el sistema gremial.

Cada vez que era necesario, el intermediario suprimía las embarazosas reglas y regulaciones de los gremios, trasladando su industria fuera de la provincia de éstos, o fuera de las ciudades, a los distritos del condado, donde se pudiera trabajar por los métodos que fuesen convenientes, sin preocupación por las restricciones gremiales acerca de jornales, número de aprendices, etc. Así Ambrose Crowley, un ferretero de Greenwich, Inglaterra, se trasladó a Durham y organizó allí la producción en gran escala de ferretería, por el sistema "doméstico". "En lo que había sido antes un villorrio, Crowley estableció una población industrial de 1,500 habitantes, y procedió a la fabricación de clavos, cerraduras, cerrojos, escoplos, espadas y otras herramientas de acero. Las casas eran propiedad de Crowley, aparentemente, y los materiales y las herramientas fueron facilitadas a los obreros por él, después de haber depositado "una fianza considerable". La cual daba derecho a tener un taller y ser un maestro, que trabajaba con su familia y empleaba a su vez a un jornalero o dos, y a un aprendiz. El lugar de trabajo era el taller del maestro, al que se pagaba por unidad... Hecho caballero en 1706, Sir Ambrose Crowley más tarde fue electo miembro de la Cámara de los Comunes, por Andover. En aquel tiempo poseía una fortuna de 200 mil libras esterlinas".

Naturalmente, los miembros de los gremios se opusieron a este cambio en la organización de la industria. Lucharon por retener los antiguos monopolios. Pero el día de los gremios había pasado. Libraron una batalla ya perdida. La expansión del mercado había hecho su sistema anticuado, incapaz de enfrentarse con la creciente demanda de artículos. "En una queja fechada el 4 de febrero de 1646, se hizo objeciones sobre el desarrollo de la manufactura de cintas en el país... Los productores contestaron que la posición había cambiado completamente desde 1612. El comercio había aumentado mucho, y el núme-

ro de agremiados era muy pequeño para abastecer a un productor con suficiente género para todo el año".

Los intermediarios que se dedicaban a la venta de telas estaban especialmente ansiosos de activar la producción, debido a que por mucho tiempo las telas fuerön la principal exportación al Oriente. Se necesitaba más y más obreros para satisfacer la creciente demanda, y por ello los intermediarios dieron materia prima no sólo a los gremios de las ciudades que desearon trabajar con ellos, sino también a los hombres, mujeres y niños de las aldeas.

A los campesinos que habían sufrido los efectos de los cercamientos, la extensión de la industria al campo dio una oportunidad para sumar unos cuantos chelines a sus mermados ingresos. Muchos que de otra manera hubiesen tenido que dejar la aldea, pudieron sostenerse gracias a que el comerciante les trajo algún trabajo. Daniel Defoe, famoso como autor de *Robinson Crusoe,* escribió otro libro célebre, en 1724, titulado *Un Viaje a Través de Inglaterra,* en el que describe a los aldeanos dedicados a la labor creada para ellos por los intermediarios. "Entre las Casas de los Fabricantes hay esparcidos un número infinito de "cottages" o residencias pequeñas, en las cuales habitan los obreros que son empleados, cuyas mujeres y niños están siempre ocupados, cardando, hilando, etc., de manera que nadie está sin quehacer. Todos ganan su pan, desde el más joven al más anciano, todos bastándose con sus manos. Esta es la razón por la que vimos tan pocas gentes por las calles. Pero si hubiéramos llamado a la puerta de cualquiera de los Maestros Fabricantes, hubiésemos visto una casa llena de hombres vigorosos, algunos tiñendo, algunos ajustando las telas, algunos en el telar, pero todos trabajando con tesón, empleados por la Manufactura, y todos con suficiente labor".

Y así como Crowley, el fabricante de ferretería acumuló una gran riqueza, suministrando con pleno éxito al mercado en expansión, artículos que demandaban, los inter-

mediarios en el negocio textil también se enriquecieron. Defoe informa a sus lectores, más adelante:

"Me dijeron en *Bradford* que no era extraordinario tener en este país pañeros con fortunas de diez mil a cuarenta mil libras, y que muchas de las grandes familias han tenido su origen y se han levantado de esta noble Manufactura... Recordemos a *Newbery,* el famoso *Jack* de *Newbery,* que fue un pañero tan grande, que cuando el rey *James* se encontró con sus vagones llenos de telas y en marcha hacia Londres, e inquirió de quiénes eran, le fue contestado que de *Jack* de *Newbery.* A lo que el rey replicó, sí es cierta la anécdota, que "ese *Jack de Newbery* era más rico que él".

Este famoso Jack de Newbery fue una figura importante porque, a diferencia de otros intermediarios que llevaron las materias primas a los artesanos para que las trabajaran en sus propias casas, construyó su propio edificio, conteniendo doscientos telares, en el que laboraron seiscientos hombres, mujeres y niños. Esto fue a principios del siglo XVI. Y fue también el precursor del sistema fabril de tres siglos más tarde.

Newbery y los intermediarios que llevaron las materias primas a los artesanos para que cardasen, hilasen y tejieran en sus propias casas, fueron capitalistas. Eran los dueños de las telas, las ponían en el mercado, y se guardaban las utilidades. El maestro artesano y los jornaleros bajo ellos, eran hombres que ganaban un salario. Trabajaban en sus propias casas, con un horario que se fijaban por sí mismos. Eran dueños de sus herramientas (aunque esto no siempre era cierto). Pero ya no eran independientes, ni poseían las materias primas, que les eran dadas por el intermediario, los empresarios (había excepciones a esto, pues algunos artesanos fabricaban sus propias materias primas), ahora se habían convertido meramente en fabricantes de artículos, por piezas, y no traficaban directamente con el consumidor. Su función comercial había sido tomada por el empresario capitalista, quedando tro-

cados en simples manufactureros en el verdadero sentido de la palabra (*manu,* por mano; *factura,* obra; o sea obra manual).

En el sistema de los gremios, que había surgido con la economía de la ciudad, el capital jugó sólo una pequeña parte; en el sistema "doméstico", surgido con la economía nacional, el capital tuvo una parte importante. Costaba mucho dinero comprar las materias primas para una legión de obreros; e igualmente organizar la distribución de aquéllas, y su venta como productos acabados más tarde. Fue el hombre con dinero, el capitalista, quien vino a ser la cabeza directora del sistema "doméstico".

El incremento de la demanda significó la reorganización sobre una base capitalista de aquellas industrias pesadas que necesitaban una planta costosa. Un buen ejemplo de esto fue la minería de carbón en el siglo XVI, en Inglaterra. Los filones superficiales de carbón se agotaron, y fue preciso minar en profundidad, lo que representaba la inversión de grandes sumas de dinero. Lo cual trajo la entrada en escena del capitalista.

De modo semejante hubo que invertir, en la minería de metales, grandes cantidades para afrontar la demanda de hierro, latón, cobre, necesitados en la industria, así como para abastecer a los ejércitos beligerantes. Tan grande fue la absorción de capital por las industrias metalúrgicas, que se llegó a las combinaciones de capitalistas, en sociedades por acciones, para reunir las sumas requeridas. Esto se hizo antes en las aventuras comerciales. Se hizo ahora en las empresas manufactureras.

Con el descubrimiento de tierras hasta ahora desconocidas, era natural que hicieran su aparición industrias completamente nuevas, como las de refinar azúcar, tabaco, etc. Los gobiernos concedieron monopolios a los que se atrevieran a arriesgar su dinero en estas aventuras. Las nuevas industrias fueron organizadas, desde el comienzo, sobre una base capitalista.

Desde el siglo XVI al XVIII los artesanos independientes de la Edad Media tendieron a desaparecer, y en su lugar surgió una clase de asalariados cada vez más dependientes del capitalista-comerciante-intermediario-empresario.

Puede ser útil un resumen de las sucesivas etapas de la organización industrial:

Sistema de la Casa o de la Familia: Los miembros de la familia producen artículos para su propio uso, no para la venta. El trabajo no era para abastecer un mercado exterior. Tiempo de la Baja Edad Media.

Sistema de los Gremios: Producción realizada por maestros independientes, empleando dos o tres hombres, para un mercado exterior, pequeño y estable. Los obreros poseían las materias primas con las cuales trabajaban, y las herramientas necesarias para trabajar. No vendían así su labor, sino el producto de ésta. Hasta el final de la Edad Media.

Sistema Doméstico (de putting-out): Producción realizada en el hogar para abastecer un creciente mercado exterior, por maestros artesanos con ayudantes, como en el Sistema de los Gremios. Con esta importante diferencia: los maestros no eran ya independientes; todavía eran dueños de sus herramientas, pero dependían, para las materias primas, de un empresario, que había aparecido entre ellos y el consumidor. Ahora venían a ser simples asalariados, trabajando por pieza. Siglos XVI, XVII y XVIII.

Sistema Fabril: Producción para un mercado cada vez más amplio y más fluctuante, realizada fuera del hogar, en los edificios del patrono y bajo estricta supervisión. Los obreros han perdido completamente su independencia; no poseen ni las materias primas, como bajo el Sistema de los Gremios, ni sus herramientas, como bajo el Sistema Doméstico. La pericia no es tan importante como anteriormente, por el creciente empleo de la maquinaria.

El capital se hace más importante que nunca. Siglo XIX, hasta nuestros días.

Tres palabras de advertencia: DETENGASE, MIRE Y ESCUCHE.

Este resumen es una guía, no un evangelio. Es peligroso aceptarlo como la verdad total, porque no lo es. Tomado con reservas, puede ser útil. Tomado íntegramente, puede llevar a muchas conclusiones equivocadas.

Es erróneo, por ejemplo, creer, como sugiere el resumen, que toda la industria pasó por cuatro etapas sucesivas. Es cierto en algunas industrias, pero no en todas. El comienzo de algunas fue en la tercera etapa. Otras saltaron varias etapas.

Los intervalos indicados, son solamente aproximaciones. Siempre cuando se estaba en una etapa, plenamente, los signos de la decadencia ya eran visibles, y los principios de la nueva o siguiente etapa ya estaban surgiendo. Así en el siglo XIII, cuando los gremios estaban en su apogeo, ya habían aparecido en el Norte de Italia indicios del sistema "doméstico". Igualmente, ejemplos del sistema fabril, casi como lo conocemos hoy, estaban en evidencia en el período que en el resumen es llamado del sistema "doméstico". Recuérdese el caso de Jack of Newbery en la décimosexta centuria.

El reverso es también cierto. La prevalencia general de cualquier etapa de desarrollo industrial, no significa la desaparición completa de la etapa precedente. El sistema de los gremios persistió mucho después de indicar el resumen que había empezado el sistema "doméstico". Quizá la mejor prueba de que una etapa prosigue mucho tiempo dentro de la siguiente, es esta referencia al sistema "doméstico":

"Un survey del *trabajo domiciliario* en la industria con metales fabricados... los productos incluyen broches, corchetes, alfileres de seguridad y de otras clases, y botones de metal. Colocar hilos de alambre a marbetes, es otra

operación realizada por los *trabajadores en la casa* estudiados...

Distribución de obreros, según promedio horario de ganancia.	*Número de familias*
1 centavo y menos de 2 centavos	5
2 centavos y menos de 3 centavos	9
3 " " " " 4 "	15
4 " " " " 5 "	9
5 " " " " 6 "	14
6 " " " " 7 "	8
7 " " " " 8 "	5
8 " " " " 9 "	15
9 " " " " 10 "	14
10 " " " " 11 "	13
11 " " " " 12 "	5
12 " " " " 13 "	2
13 " " " " 14 "	5
14 " " " " 15 "	3
15 " o más	7
TOTAL	129

"...La familia promedio, entonces, trabaja un total de 35 hombres-hora por semana, por lo cual recibe $1.75...

"Casas con excesivos moradores, sin sanidad y sin comodidades, ropas muy usadas, y frecuentes quejas sobre lo inadecuado de los alimentos, tanto en calidad como en cantidad, caracterizaron los hogares que se investigó.

"Niños menores de 16 años trabajaban en 96 de las 129 familias estudiadas... La mitad de estos niños era de menos de 12 años de edad. Treinta y cuatro de ellos eran de ocho años o menos, y doce menores de 5 años...

"Distribución de los niños empleados, según la edad:

Edad	*No. de niños empleados*
2 a 3 años	2
3 a 4 años	2
4 a 5 años	8
5 a 6 años	2
6 a 7 años	7
7 a 8 años	13
8 a 9 años	15
9 a 10 años	19
10 a 11 años	23
11 a 12 años	21
12 a 13 años	40
13 a 14 años	26
14 a 15 años	29
15 a 16 años	35
Desconocida	4
TOTAL	246

Asombroso ¿verdad? ¡Piense en esos niños de dos y tres años trabajando! Ahora bien: ¿es ese un informe estadístico de lo que era el "sistema doméstico" en los siglos XVI, XVII y XVIII? Claro que no. Entonces ¿en qué época y en qué lugar existían las condiciones expuestas?

Pues en agosto de 1934, y en Connecticut, Estados Unidos de América.

CAPITULO XI

ORO, GRANDEZA Y GLORIA

¿Qué hace rico a un país? Sólo como entretenimiento, hágase una lista de las ideas propias sobre ello, y después compáreselas con las semejantes de los hombres ingeniosos de los siglos XVII y XVIII, muy interesados en el tema, porque pensar en términos de un Estado nacional, de una nación entera, en vez de una ciudad, les presentaba nuevos problemas. Tenían que considerar no lo que era mejor para la ciudad de Southampton, o la ciudad de Lyon, o la ciudad de Amsterdam, sino lo que era mejor para Inglaterra, o para Francia, o para Holanda. Les interesaba transferir al campo nacional los principios que habían hecho a las ciudades ricas e importantes. Ya logrado el Estado político, volvieron su atención al Estado económico. Las cosas que escribieron y las leyes que propugnaron, fueron todas en términos nacionales, para todo el país. Los Gobiernos aprobaban leyes que creían traerían riqueza y poder a la nación entera. Persiguiendo esa finalidad, no perdían de vista cada faceta de la vida diaria y deliberadamente cambiaban, moldeaban y regulaban todas las actividades de sus súbditos. Las teorías expresadas y las leyes promulgadas han sido clasificadas nítidamente por los historiadores como el "sistema mercantil". Pero en verdad, no era realmente un sistema. El mercantilismo no era un sistema en nuestro sentido de la palabra, sino más bien un número de teorías económicas predominantes, aplicadas una y otra vez por el Estado, en un esfuerzo por con-

seguir la riqueza y el poder. Los estadistas se interesaron en este problema, no porque les gustara sentarse y pensar sobre ello, sino porque sus Gobiernos lo tenían siempre encima, por su penuria y su gran falta de dinero. Qué hace rico a un país, entonces, no era sólo una cuestión académica. Era una cuestión real, que tenía que ser contestada.

En el siglo XVI, España era quizá la nación más rica y más poderosa del mundo. Cuando los hombres inteligentes de las otras se preguntaban a sí mismos la razón, creían haber encontrado la respuesta en el tesoro que afluía a España de sus colonias de América. Oro y plata. Mientras más de estos metales hubiese en un país, más rico sería éste. Eso parecía tan cierto para las naciones, como cierto era para los individuos. ¿Qué es lo que hace que las ruedas del comercio y de la industria giren con más rapidez? Oro y plata. ¿Qué es lo que permite a un monarca organizar un ejército para combatir a los enemigos de su reino? Oro y plata. ¿Qué es lo que compra la sólida madera con que se construyen los barcos, o el maíz que cae en las bocas hambrientas, o el paño de lana que cubre las espaldas del pueblo? Oro y plata. ¿Qué hace a un país lo bastante fuerte para vencer a un enemigo? ¿Cuál es el corazón de la guerra? Oro y plata. Entonces, la posesión del oro y la plata, la cantidad de barras de los dos metales preciosos que hay en una nación, es el índice de su riqueza y poderío.

La mayoría de los escritores de este período machacaron en la idea de que "se supone que un país rico, lo mismo que un hombre rico, tiene dinero abundante; y conservar el oro y la plata en cualquier país, se supone también que es la manera mejor de enriquecerlo".

Tan recientemente como 1757, Joseph Harris, en *Un Ensayo Sobre el Dinero y las Monedas*, escribió: "El oro y la plata, por muchas razones, son de los metales conocidos los más apropiados para guardar: son duraderos; convertibles en cualquier forma, sin daño; de gran valor

en proporción a su volumen; y siendo ambos el dinero del mundo, son el cambio más manuable para todas las cosas, y el que con más prontitud y seguridad obtiene toda clase de servicios".

Si los Gobiernos creen esta teoría de que mientras más oro y plata haya en un país, más rico es éste, entonces su próximo paso es obvio: aprobar leyes prohibiendo sacar los dos metales de la nación. Un Gobierno después de otro así lo hicieron, y las leyes "Contra la Exportación del Oro y la Plata" fueron frecuentes. He aquí una, de Inglaterra: "Se ordena por la autoridad... del Parlamento, que nadie podrá llevar o hacer llevar fuera de este Reino de Gales o de ninguna parte del mismo, ninguna clase de Dinero de la Moneda de este reino, ni Dinero de la Moneda de otros Reinos, Países o Señoríos, ni Láminas, o Vasos, o Barras o Joyas de Oro, guarnecidos o no, o de Plata, sin licencia del Rey".

Los informes noticieros de los agentes de la Banca Fugger a la casa central, pudieran ser comparados a los de The Associated Press (Prensa Asociada) de hoy. En cada lugar importante había estacionados corresponsales que comunicaban una información sobre los grandes acontecimientos tan pronto como los conocían. He aquí unos "flashes" de las Cartas Noticieras Fugger:

"Venecia, diciembre 13 de 1596.— El Rey de España ha ordenado severamente que no se exporte oro o plata de su reino, ni sean usados con finalidades comerciales."

"Roma, 29 de enero de 1600.— El chambelán del Papa ha hecho que todas las monedas de plata locales y extranjeras sean evaluadas de nuevo, y promulgado un decreto que fija que nadie, en el futuro, podrá salir de aquí con más de cinco coronas."

Tales medidas podían retener dentro de un país el oro y la plata que ya tuviesen. Y las naciones que tenían minas dentro de sus fronteras, u otras, como España, lo bastante afortunadas para poseer colonias con minas ubé-

rrimas en oro y plata, podían aumentar constantemente sus existencias de metal. Pero, ¿qué de los países que no tenían ni unas ni otras? ¿Cómo podrían enriquecerse admitiendo, como algunos mercantilistas, que el dinero significa riqueza?

Para estos países, los mercantilistas ofrecieron una feliz solución. La "balanza favorable de comercio". ¿Qué significaba esto?

En *Políticas para Convertir este Reino de Inglaterra a un Próspero y Rico Estado,* escrito en 1549, encontramos la respuesta a esta pregunta: "La única manera para hacer que una gran cantidad de barras de oro o plata venga de otros reinos a las casas de acuñación del rey, es que una gran cantidad de nuestras mercancías sean llevadas anualmente a ultramar, y menos cantidad de ellas sean traídas a Inglaterra... Si tal fórmula puede ser hallada, yo aseguro a Vuestra Gracia que no es imposible ni inverosímil enviar por los Mares cada año mercancías por valor de un millón cien mil libras, y recibir a su vez en toda clase de mercancías sólo el valor de seiscientas mil libras; y recibiremos en pago por las otras, quinientas mil libras, ya en oro en barras o moneda acuñada inglesa".

Cualquier país aumentará su abastecimiento de oro, argüían los mercantilistas, dedicándose al comercio exterior, teniendo siempre sumo cuidado en vender a las otras naciones, más de lo que les compraban. La diferencia del valor de sus exportaciones y el valor de sus importaciones tendría que pagárseles en metal.

La English East India Company tenía en su Carta una cláusula que le daba derecho de exportar barras de metal precioso. Cuando en el siglo XVII muchos panfletistas atacaron a la empresa por enviar riqueza fuera de Inglaterra, uno de sus directores, Thomas Mun, defendió a la compañía en un libro famoso titulado *La Riqueza de Inglaterra por el Comercio Extranjero.* Este título indica la índole de la defensa. Mun sostenía que mientras la East

India enviaba oro y plata al Oriente para comprar artículos allí, esos artículos eran después reexportados de Inglaterra a otros países, o manufacturados en Inglaterra, para ser más tarde revendidos a otros países. En ambos casos mucho dinero afluía a la nación, lo cual justificaba la previa exportación del oro y la plata. También argüía Mun que la manera realmente importante de aumentar la riqueza del Estado, era vender al extranjero más que lo que se compraba a éste, para mantener así una balanza favorable del comercio. "El mejor medio para aumentar nuestra riqueza y nuestro tesoro, por consiguiente, es el *Tráfico Exterior*, por lo cual debemos observar esta regla: vender anualmente más al extranjero que lo que consumimos de sus productos, porque la parte de nuestra exportación que no vuelve a nosotros en mercancías, debe necesariamente volver en dinero. Cualesquiera que sean los procedimientos que empleemos para atraer riqueza al Reino, ésta siempre quedará con nosotros, mediante la balanza favorable del comercio".

El truco, entonces, era exportar mercancías o productos valiosos, importar sólo lo que se necesitase, y recibir la diferencia en efectivo. Esto significaba estimular la industria por todos los medios posibles, debido a que los productos industriales eran más valiosos que los de la agricultura, y así se venderían mejor en los mercados extranjeros. Además, lo que era igualmente importante, teniendo la industria propia en el propio país, fabricando las cosas que el pueblo de éste necesitaba, equivalía a tener que comprar menos a los extranjeros. Esto era un paso en la dirección de lograr la balanza favorable de comercio, al tiempo que se hacía al país autosuficiente, independiente de los demás.

Una nación después de otra comenzó a preocuparse en el importante problema de cómo ayudar mejor a sus viejas industrias a prosperar, y a las nuevas a empezar. En la Baviera de Maximiliano I, en 1616, fue designado un Trust de los Cerebros, para considerar la cuestión:

"Se resuelve que se nombre a personas especiales que en días fijados de cada semana se reúnan y con diligencia discutan y deliberen... los medios por los cuales ejercerán más comercios y oficios en el país, y cómo se les continuará inútilmente..."

¿Cuáles fueron algunos de los medios que estos "trusts de los cerebros", en Baviera y en otros países, consideraron como los más convenientes para levantar la industria? Idearon muchos.

Uno fue la subvención por los Gobiernos a los artículos manufacturados para la exportación... El fabricante de cuchillos que recibía un subsidio del Gobierno por cada docena de cuchillos que produjese, probablemente se esforzaría en hacer más y más cuchillos. Y a los fabricantes de sombreros, de lana, de municiones, de lienzos, seguramente les pasaría lo mismo. Las subvenciones del Gobierno a la producción, tuvieron la finalidad de estimular la manufactura.

Otro fue la tarifa proteccionista. Los familiarizados con la historia de los Estados Unidos se inclinan al error de creer que la idea de protección arancelaria contra los artículos importados, fue original de Alexander Hamilton, Secretario de Hacienda de George Washington. No es cierto. La tarifa proteccionista para "alentar" a las industrias jóvenes fue una invención tan antigua como los mercantilistas, y probablemente más. He aquí una súplica de ayuda para una industria joven, escrita en Inglaterra antes de que Hamilton naciera: "Creo ahora, señor, haber demostrado que la industria del lienzo está en su infancia en Inglaterra e Irlanda, y que por consiguiente es imposible para nuestro pueblo vender tan barato... como los que tienen esta manufactura establecida desde hace mucho tiempo, y que por esta Razón, no podemos hacer grandes o rápidos progresos en esta manufactura, sin algún estímulo público".

El estímulo público que este fabricante pedía vino en la forma de protección contra la competencia extranjera,

mediante altos derechos a los artículos manufacturados que se importasen. Hubo casos en que los Gobiernos hasta prohibieron la importación de ciertos artículos, bajo ninguna circunstancia.

No sólo se iba a fomentar la industria con subvenciones y altas tarifas, sino que se estimuló por todos los medios posibles a los obreros extranjeros expertos que pudieran introducir nuevos oficios o nuevos métodos, para establecerse en el país. Los artesanos de otras naciones fueron atraídos con privilegios tentadores, como exención de impuestos, casa gratis, un monopolio por cierto número de años para la fabricación de su producto, y préstamos de capital para invertirlo en los equipos necesarios. Cuando no se podía inducirlos al traslado por su propia voluntad, ocasionalmente los Gobiernos recurrieron al secuestro. Colbert, que fue el Mussolini de su tiempo, en el que desempeñó muchos puestos en el Gabinete de la Francia del siglo XVII, tuvo empeño particular en lograr que artesanos extranjeros viviesen y trabajasen en el país. Y estacionó agentes en otras naciones, con la única misión de reclutar obreros, por los medios que fuese. El 28 de junio de 1669 escribió a M. Chassan, Ministro francés en Dresde: "Sírvase continuar ayudándole (al agente reclutador) de todas las maneras que le sea posible, para que tenga éxito en su labor. Espero que el buen trato que será dado a los metalúrgicos que él ya ha traído a Francia, le permitirá contratar otros para nuestras fábricas".

Se tomaban estrictas precauciones para el regreso a sus patrias de esos obreros, como también se las tomaba contra los artesanos nativos que deseaban ir a otros países, y dar o vender allí sus secretos del oficio. Hubo un episodio dramático, sin embargo, con la expulsión por motivos religiosos de grupos numerosos de gentes industriosas, capacitadas, hábiles artesanos y comerciantes. De un lado, Francia hacía todos los esfuerzos imaginables para atraer a su suelo trabajadores expertos; y de otro, con la expul-

sión de los hugonotes, en el siglo XVII, se deshizo por la fuerza de muchos de sus mejores artesanos.

Una prueba interesante de que los Gobiernos se preocupaban realmente del bienestar de los artesanos extranjeros, aparece en una carta de la Reina Isabel de Inglaterra escrita en 1566 a los magistrados de Cumberland y Westmoreland. En una época en que marcar con hierro candente, cortar las orejas, las piernas o los brazos, y ahorcar, eran castigos corrientes por delitos ordinarios, es decir, en una época en que la vida era barata, véase qué intranquila estaba la Reina por la muerte de un solo alemán: "Considerando que ciertos Alemanes, con el privilegio de nuestras Cartas bajo nuestro Gran Sello de Inglaterra, con su gran trabajo, su pericia e inversión de dinero, recuperaron de las montañas y rocas nuestros condados de Westmoreland y Cumberland gran cantidad de minerales, con la plena intención de haber continuado haciéndolo, han sido asaltados últimamente, de manera tumultuosa y contraria a nuestra paz y nuestras leyes, por un gran número de personas desordenadas de nuestros dichos condados, de lo cual siguió el homicidio y asesinato de uno de los mencionados Alemanes, con el temor consiguiente de toda su compañía, nosotros... por consiguiente... les encargamos y ordenamos a ustedes, aprehender y seguramente retener en prisión a tantos participantes como fuera ocasión, en el mencionado tumulto o asesinato... Y que también vigilen y vean que los citados Alemanes en todos los momentos, desde ahora, sean tratados amistosa y tranquilamente..."

Así como los extranjeros cuya habilidad beneficiaría a la industria iban a ser protegidos, los inventores de nuevos procesos eran ayudados por el Gobierno. Cuando Jehan de Bras de Fer inventó en 1611 un nuevo tipo de hilandería, le fue concedido un monopolio por veinte años, semejante a las patentes oficiales de hoy: "Nosotros hemos permitido que él y sus asociados construyan hilanderías según su mencionada invención en todas las poblaciones

y ciudades de nuestro reino... Prohibimos a todos, de cualquier condición y calidad que pueda ser, construir talleres imitando la susodicha invención... lo mismo total que parcialmente... sin su expreso permiso y consentimiento, bajo pena de pagar una multa de diez mil libras y la confiscación de lo construido".

No sólo se hicieron concesiones de monopolios a los inventores, sino que en algunos países también se instituyeron premios como señuelo para aquellos que quisieran dedicar su inteligencia al problema de impulsar la industria nacional mediante la invención de nuevos y mejores métodos. En Francia, Colbert estableció institutos estatales de educación técnica, así como talleres industriales dirigidos por el mismo Gobierno. En Baviera, a fines del siglo XVII, la fábrica textil del Estado empleaba dos mil hombres y mujeres. Estos centros de trabajo del Gobierno actuaban como modelos, como inspiración, como laboratorio. Fue en estos empeños en gran escala, no sujetos a restricciones de los gremios de ninguna clase, que los experimentos y los progresos pudieron desarrollarse libremente, lo cual era a menudo difícil para los artesanos, individualmente.

Pero aunque fue arduo, no fue imposible. El Estado deseaba estimular la industria mediante el subsidio directo, al igual que de las otras maneras expuestas. Las fábricas textiles francesas recibieron, mientras Colbert fue Ministro, unos ocho millones de libras en subvenciones, de una especie u otra. A un grupo que iba a establecer una planta para la manufactura de seda y de paño de oro y plata en el siglo XVII, el Gobierno le concedió muchos privilegios valiosos, así como ayuda directa en dinero: "Uno de los principales medios de alcanzar esta finalidad (bien común en nuestros súbditos) es el establecimiento de artes y manufacturas, con la esperanza de que enriquezcan y mejoren este reino, y de que no tengamos que dirigirnos a nuestros vecinos como mendigos, buscando lejos lo que no poseemos, y también porque es una ma-

nera fácil y buena de limpiar nuestro reino de los vicios producidos por la ociosidad, y el único modo por el cual no tengamos por más tiempo que enviar fuera del reino oro y plata para enriquecer a nuestros vecinos... (aqui las concesiones se dan, por doce años)... Durante este tiempo nadie puede, en la mencionada ciudad de París, establecer talleres de sedería... a no ser con su permiso y consentimiento... Y con objeto de auxiliarles en el gran desembolso necesario para ese establecimiento, concedemos a los referidos empresarios... la suma de 180 mil libras, la que les será asignada sin ninguna demora, suma que ellos retendrán por doce años, sin pago de intereses. Al terminar ese plazo, ellos tendrán que devolvernos 150 mil libras. Las 30 mil restantes se las dejamos como donativo, en consideración de los gastos extraordinarios que comprendemos son imprescindibles y los cuales han de hacer a sus propias expensas, para fundar dicho establecimiento".

El edicto implica otra ventaja que los mercantilistas subrayan en sus razones de que se quisiera incrementar la industria. Continuamente señalan que el crecimiento de ésta no sólo significaba un aumento en las exportaciones, lo cual a su vez ayudaba a una balanza comercial favorable, sino que también traía un aumento en el empleo. Mr. T. Manley, escribiendo en 1677, argüía que "una libra de lana manufacturada y exportada es más valiosa para nosotros, por el empleo de nuestros hombres, que diez libras de materia prima exportada, al doble de la actual cotización". En un período en que los mendigos y desempleados causaban trastornos y costaba fuertes sumas de dinero el auxilio a los pobres, ese argumento pesaba mucho. Para el monarca, preocupado por el bienestar de su pueblo, para los pensadores mercantilistas, quienes por encima de todo se interesaban en asegurar el poderío y la riqueza nacionales, era obvia la necesidad de mantener a los hombres de su país —la carne de cañón— en buenas condiciones. Por ello la industria que significaba empleo

para los trabajadores debía ser estimulada. Se dedicó también considerable atención a la producción de maíz, para garantizar la alimentación del pueblo, de modo que se mantuviera vigoroso, para cuando estallase la guerra. Desde que todos comprendieron que un abastecimiento adecuado de alimentos era de suprema importancia en caso de guerra, se dieron en Inglaterra subsidios para activar las cosechas de maíz. Una nación que se baste a sí misma en tiempos de hostilidades, compuesta de hombres combatientes, fuertes y bien alimentados, fue una de las principales razones de las diversas leyes del maíz aprobadas en varios países.

Hombres combatientes. Tiempos de guerra. Un pueblo que piensa en estos términos, naturalmente que se preocupa por el número y calidad de sus barcos. Para defender el territorio nacional y para atacar a los buques enemigos, se necesitan navíos. Y así como los mercantilistas pensaban en estimular a la industria por todos los medios, como paso vital para alcanzar una balanza favorable de comercio, así vieron en la construcción de una marina mercante, algo esencial por la misma causa. En la misma proporción que se interesaban en el comercio exterior, los Gobiernos ponían de relieve la importancia de las adecuadas facilidades marítimas, para llevar sus productos industriales a otras naciones. Por eso volvieron su atención a estimular la construcción de barcos, con el mismo celo que demostraron para proteger la industria. Y los métodos empleados fueron semejantes. Se dio al constructor naval subsidios; los productos necesarios para fabricar buques, como alquitrán, brea, maderas sólidas y duras, fueron buscados por doquier y admitidos libres de derechos en el país; los hombres fueron obligados a servir en la armada, llegándose en Francia a alentar a los jueces para que condenaran a galeras a los criminales; en Inglaterra, la industria pesquera fue protegida, porque era una escuela de entrenamiento para los marinos; se pidió al pueblo que comiese más pescado; y hasta la propaganda de aquellos

días quiso persuadir a las gentes que el pescado contenía elementos que no sólo eran buenos para la salud, sino absolutamente necesarios para alcanzar una edad avanzada.

Con la decadencia de España en las postrimerías del siglo XVI, Holanda, una nación pequeña, pasó al primer lugar entre las Potencias de la época. Era un país reducido, pero rico y fuerte, y una de las principales razones era su concentración en el poderío marítimo. Los holandeses, como los venecianos, fueron obligados por la geografía propia, a aprenderlo todo en cuestión de barcos. El Mar del Norte, con su maravilloso tesoro de peces, continuamente incitaba a los habitantes de Holanda; la corriente de productos septentrionales dirigiéndose al Mediterráneo, y viceversa, encontró a Holanda en el mismo centro, y los holandeses, muy emprendedores, aprovecharon la oportunidad. Se echaron al mar y se convirtieron en porteadores de los artículos de un mundo en crecimiento. Los buques holandeses navegaron a todas partes, llevando las mercancías de todos a todos los lugares.

Pero Inglaterra y Francia no estaban satisfechas de ver los productos ingleses y franceses siempre transportados en barcos de Holanda. Parte de su plan para la autosuficiencia era la construcción de las flotas propias. No les gustaba la idea de estar pagando buen dinero a los holandeses por transportar sus artículos. Las Leyes Inglesas de Navegación, tan famosas en la historia de los Estados Unidos, tenían como uno de sus principales propósitos arrebatar a los holandeses su control del servicio de transporte por mar. Esa finalidad está claramente expuesta en una de las Leyes, fechada en 1660, que dice: "Para el aumento de la industria marítima y estímulo de la navegación de esta nación... se dispone que después del primer día de diciembre de 1660... ningún artículo o producto será importado o exportado de ninguna tierra, isla, plantación o territorio perteneciente a Su Majestad o en su posesión... en Asia, Africa o América, en ningún otro

barco o barcos, que no sean los que verdaderamente y sin fraude pertenecen a personas de Inglaterra o Irlanda o del Dominio de Gales, o... construido en y perteneciente a las aludidas tierras, islas, plantaciones o territorios, como propietarios de derecho, y del cual el capitán y tres cuartas partes de los marineros, por lo menos, han de ser ingleses".

Barcos Holandeses. Muralla del Imperio. ¡No pasar!

En esto, Inglaterra y sus colonias iban a actuar como un solo país, unidas en una lucha común contra el intruso extranjero. Fue una gran ventaja para los colonos americanos tener esta defensa contra los intereses navieros de Holanda, más fuertes. Esta parte de las Leyes de Navegación ayudó a los americanos a construir su propia marina mercante, y por ello los buques yanquis fueron pronto familiares en todos los puertos del mundo. Participar en el monopolio marítimo del creciente Imperio Británico trajo riqueza a los constructores, dueños y tripulantes de los barcos yanquis.

Pero había otras secciones de las Leyes de Navegación que no fueron tan beneficiosas a las colonias. Eran parte de la idea mercantilista de considerar éstas como otra fuente de ingresos *para la madre patria.*

De ahí que se aprobaran otras leyes prohibiendo a los colonos dedicarse a cualquier industria que pudiera competir con las de la madre patria. Se prohibió a aquéllos fabricar gorras, sombreros y artículos de lana o hierro. Todas las materias primas para estas cosas estaban disponibles en América; pues se hacía que los colonos las enviasen a Inglaterra para ser manufacturadas, y entonces comprarlas en forma de artículos manufacturados.

De esa manera, las materias primas salían de América hacia Inglaterra, donde se las manufacturaba, para reenviarlas entonces a América, *en vez* de que las materias primas coloniales fuesen manufacturadas en América.

Esta era la actitud de Inglaterra no sólo hacia América, sino hacia todas sus colonias. Irlanda, por ejemplo, era

una colonia de Inglaterra. Cuando los irlandeses producían su lana y la convertían en telas, venía una ley inglesa y aplastaba la naciente industria. ¿Podían entonces los irlandeses exportar su lana cruda libremente? No. Tenían que venderla a Inglaterra, solamente, e Inglaterra usaría en sus telares la que pudiese, y reexportaría el resto. Como Inglaterra podía dictar el precio, gran número de irlandeses se empobrecían. Así la política mercantilista tuvo su parte en la lucha de Irlanda por la independencia del dominio británico, como la tuvo en la de los Estados Unidos.

Similarmente, ciertos productos americanos, como tabaco, arroz, índigo, trementina, alquitrán, brea, pieles de castor, hierro fundido (esta lista aumentó con el tiempo), sólo podían ser enviados a Inglaterra, porque los ingleses los necesitaban para sí mismos, para sus propias industrias fabriles. Y lo que no podían consumir, lo reexportaban, con ganancia. De esa manera, el tabaco de Virginia era enviado a los comerciantes ingleses, quienes lo vendían a los fabricantes franceses de rapé, *en vez de* ir el tabaco de Virginia directamente a las fábricas de Francia.

La clave para comprender la fricción que surgió entre la madre patria y las colonias era que, mientras aquélla creía que éstas existían para su provecho, las colonias creían existir para el provecho propio. Sir Francis Bernard, el real gobernador de Massachusetts, hizo muy clara la noción mercantilista de la relación entre la madre patria y sus colonias, al decir: "Los dos grandes objetivos de Inglaterra con respecto al tráfico americano, deben ser (1) obligar a sus súbditos americanos a recibir sólo de Inglaterra todas las manufacturas y artículos europeos que ésta pueda suministrarles; (2) regular el comercio exterior de los americanos de modo que las utilidades consecuentes puedan finalmente centralizarse en la Gran Bretaña, o ser aplicadas al mejoramiento de su imperio".

Esto es una clara exposición del hecho de que las colonias existían solamente como ayuda a la madre patria en

su lucha por la riqueza y el poderío nacionales. Y esto fue la verdad no sólo para Inglaterra, sino para Francia, para España y para cada madre patria de la Era mercantilista. Es importante tenerlo en cuenta.

Como es también importante recordar que "riqueza nacional" y "poderío nacional" son frases sueltas. Es una coincidencia interesante que lo que muchos escritores sugirieron como la mejor manera de hacer rico a "nuestro país", era también la mejor manera de hacerse ricos ellos o la clase a que pertenecían. Era natural que identificasen sus propios intereses con los de toda la nación, lo que no quiere decir que estuviesen haciendo trampas. Quizá en ningún tiempo fue más evidente la conexión entre el interés económico y la política nacional.

Recuérdese los quebraderos de cabeza de los reyes para conseguir dinero. Mientras no hubo un extenso y bien organizado sistema de impuestos, los monarcas nunca estuvieron seguros de obtener bastante dinero donde lo necesitaban, y cuando lo necesitaban. El tesoro no podía contar con una afluencia uniforme de dinero. Eso fue el porqué los reyes arrendaron sus ingresos a recaudadores de contribuciones, quienes se los pagaban por adelantado (después exprimían hasta el último centavo posible de los infelices contribuyentes, para resarcirse). Y por qué vendían los puestos públicos al menor postor, y concedían monopolios por grandes sumas. Y por qué, aunque odiasen hacerlo, se vieron forzados a vender las tierras de la Corona. Y por qué tuvieron que volverse a los banqueros y comerciantes, en demanda de préstamos. Y por qué los Gobiernos se hallaban siempre en apuros, y daban tal importancia a la acumulación de metales preciosos. Y desde que se creyó que la riqueza podía obtenerse mediante el tráfico, fue natural la idea de que los intereses del Estado y los de la clase comercial eran idénticos. Por ello el Estado tuvo como principal actividad apoyar y alentar el tráfico y cuanto se relacionara con éste.

Y fue a través del comercio que el Estado alcanzó su grandeza y pudo participar en su expansión y en la del territorio. El mercantilismo fue en realidad comercialismo.

Los mercantilistas creyeron que, en lo que al tráfico concierne, las pérdidas de un país significaban las ganancias de otro; por ejemplo, una nación sólo podía aumentar su comercio, a expensas de otra. No veían en el comercio algo de mutuo beneficio —el intercambio ventajoso—, sino como una cantidad fija, de la cual cada uno intentaba coger la mayor parte. El autor del *Diccionario de Tráfico y Comercio* en el siglo XVIII exponía las cosas así: "Parece haber en Europa una cantidad limitada de comercio. Supongamos que en el de la lana manufacturada... Inglaterra, tiene en el caudal de exportación y abastecimiento, productos por valor de quince millones; si en cualquier año alcanza los veinte millones, la diferencia ha de ser a expensas y disminución de las ventas de otros países".

Colbert escribió a M. Pomponne, Ministro de Francia en La Haya en 1670: "Ya que el comercio y la industria no pueden disminuir en Holanda sin pasar a manos de otra nación, nada hay tan importante para el bienestar general del Estado, que al mismo tiempo que nosotros vemos nuestro comercio y nuestra industria aumentando dentro del reino (Francia), también estar seguros de su real y efectiva reducción en los Estados de Holanda".

Puede verse que la creencia en el principio de que "nada es tan importante y necesario para el bienestar general del Estado" que la certidumbre de que el comercio y la industria de un Estado rival disminuyen, estaba destinada a conducir a una sola cosa: la Guerra. El fruto de la política mercantilista fue la guerra. La lucha furiosa por los mercados, la fiera competencia por el comercio de este o aquel país, la pugna por más colonias, todo esto hundió a las Potencias rivales en una guerra después de otra. Algunas fueron abiertamente calificadas de lo que

realmente eran: guerras comerciales. El propósito de otras fue disfrazado con nombres altisonantes, como a menudo ocurre, aun en nuestros días. En 1690, el Arzobispo de Canterbury dijo: "En todas las Contiendas y Disputas que en los últimos años han sobrevenido en esta esquina del Mundo, he encontrado que aunque la intención ha sido buena y Espiritual, la postrera finalidad y verdadero propósito fueron el Oro, la Grandeza y la Gloria Secular".

Hagamos nuestra la frase final del arzobispo. Porque resume con nítida exactitud lo que los mercantilistas se proponían.

CAPITULO XII

¡DEJADNOS HACER!

El de 1776 fue un año de rebelión. Un año memorable. A los americanos, les recuerda la Declaración de Independencia, su revuelta contra la política colonial mercantilista de Inglaterra. Y, a los economistas de todos los países, la publicación por Adam Smith de su libro *Riqueza de las naciones*, sumario de la creciente rebeldía contra las tres R del mercantilismo: Restricción, Regulación y Represión. Hubo, en el siglo XVII, un gran número de personas que no estaban de acuerdo ni con la teoría ni con la práctica del mercantilismo. Ese desacuerdo se basaba en que las sufrieron. Los traficantes querían una participación en las grandes utilidades de los privilegiados monopolios. Cuando pretendieron lograrla, fueron excluidos como "intrusos". Los hombres con dinero deseaban usarlo cómo, cuándo y dónde quisiesen. Querían aprovechar todas las oportunidades que el comercio y la industria en expansión ofrecían. Conocían el poder que el capital les daba y querían ejercerlo libremente. Estaban cansados de "se debe hacer esto" y de "no se puede hacer aquello". Estaban hartos de "Leyes contra... Derechos sobre... Subsidios para.." Anhelaban un tráfico libre.

Los Gobiernos querían ayudar a la industria. Muy bien. Mas parecía que no podían ayudar a una clase de gente sin perjudicar a otra. Y, a la clase perjudicada, no le gustaba y, por ello, protestaba. En el año 1700 y siguientes, en Prusia a los productores de lana no se les permitía

exportarla, con la idea de estimular la manufactura de paños, asegurando a los fabricantes la necesaria materia prima, a un precio barato. A los fabricantes, les agradaba esa prohibición, pero los productores se oponían a ella. Y, en 1721, redactaron una petición al rey, solicitando que la ley correspondiente fuese abolida... "porque, según ellos admitieron, los almacenes tenían grandes stocks de lana... que este año no se había vendido ni la mitad de la producción lanera. La graciosa intención de Vuestra Majestad de que no escaseara la lana para la manufactura de paños, de manera que esta industria aumentase, ha sido plenamente realizada. Por otra parte, el daño hecho a los que crían ovejas está en aumento, pues las existencias de lana son excesivas, y ellos tienen que vender el producto al precio que quiera el comprador. El país entero está sufriendo mucho de esta rebaja legal de los precios de la lana (que han de caer aún más si continúa la prohibición sobre la exportación)... Las ovejas cuestan más de lo que rinden, y muchos criadores pudieran acariciar la idea de dejar morir a sus rebaños..."

Pero el Rey Federico Guillermo I se atuvo, inflexible, a la política de restricción. He aquí su réplica a la petición: "Su Majestad el Rey de Prusia... considera necesario retener la prohibición sobre la exportación de la lana... ya que la experiencia demuestra que otras Potencias, y especialmente Inglaterra, que tampoco permiten que la lana salga del país, están procediendo bien con ello, y enriqueciéndose".

Es posible que el Rey de Prusia tuviese razón en el hecho del enriquecimiento de Inglaterra. Pero los comerciantes ingleses habrían discutido con él la cuestión. Sabemos que a ellos no les gustaban las restricciones mercantilistas. Querían que se hicieran cambios que les ayudasen en sus negocios. Hacían suya la manera mercantilista de exponer su caso, esto es, argüir por lo que sería mejor para traer riqueza y prosperidad *al país*. Un viejo y perdonable error, el de identificar sus propios intereses con los de la nación.

En el Diario de la Cámara de los Comunes de 8 de mayo de 1820, encontramos su argumento para el libre comercio: "Una petición de los Comerciantes de la Ciudad de Londres fue presentada y leída, exponiendo que el comercio exterior es eminentemente creador de la riqueza y prosperidad de un país, permitiendo importar los productos y artículos para los que el suelo, clima, capital e industria de *otras naciones o territorios* están mejor preparados, y exportar en pago aquellos productos y artículos para los cuales la situación propia es más adecuada. Que la no restricción está calculada para dar la mayor extensión al Comercio Exterior, y la mejor dirección al capital y la industria del país; Que el máximo de compra en el mercado más barato, y de ventas en el más caro, cosa que regula cada comerciante en sus tratos individuales, es estrictamente aplicable, como la mejor regla para el tráfico de toda la nación; Que una política fundada en estos principios haría del comercio mundial un intercambio, mutuamente ventajoso, y desarrollaría un aumento de la riqueza y su disfrute entre los habitantes de cada Estado... Que los prejuicios imperantes en favor de la protección o sistema restrictivo pueden ser atribuidos a la errónea suposición de que cada importación de productos extranjeros causa una disminución o falta de interés en la producción propia, en igual medida, si el razonamiento en que estas regulaciones se fundan fuese aceptado consistentemente, no pararía hasta excluirnos de todo Comercio Exterior".

La Investigación de la Naturaleza y Las Causas de la Riqueza de las Naciones, de Adam Smith, fue uno de esos libros que captaron la imaginación del gran público y conquistaron la admiración de todos los países, uno tras otro. A diferencia de los escritores anteriores que afirmaron que un Estado debe seguir esta o aquella política para ser poderoso, Adam Smith se dedicó más a estudiar las causas que influyen en la producción y distribución de la riqueza. Allí donde muchos de los mercantilistas tenían

un fin interesado, que disfrazaban sugiriendo que el país incrementaba su poderío, Smith, interesado más en el análisis de las causas que en problemas particulares, abordó el tema científicamente. Parte de su famosa obra fue dedicada al estudio de la doctrina mercantilista. Hubo otros, antes que él, que también la estudiaron. En el apogeo del mercantilismo, no faltaron pensadores que atacaron sus principios. Cada mercantilista práctico tenía algo que criticar.

Veamos lo que se escribía sobre la prohibición de importar artículos extranjeros. Muy temprano, allá por el 1690, Nicholas Barbon, en su *Tratado del Comercio*, expuso: "La Prohibición del Libre Intercambio Comercial es la Causa de la Decadencia de éste; pues todos los Artículos o Mercancías Extranjeras son traídos a cambio de las Nativas; así, la Prohibición de cualquier Artículo Extranjero, obstaculiza la Producción y Exportación de tantas mercancías Nativas como se Fabrica y Cambia por las Extranjeras. Los Artífices y Comerciantes que negocian con esos artículos pierden sus oficios..."

Veamos ahora el argumento, bien conocido, de la "balanza del comercio". Dudley North, un año después, en 1691, trató de ello en un libro famoso, titulado *Discursos sobre el comercio*: "No hace mucho que se hizo gran ruido en torno a la Balanza de Importación y Exportación y así de la Balanza Comercial, como se la llamó... Se había imaginado que si comprábamos más mercancías que las que vendíamos, estábamos en el Camino de la Ruina... Ahora puede parecer extraño oír que se dice que el Mundo entero como Comercio, es una Nación o Pueblo, y siguiendo esto, una Nación es una Persona... Que no puede haber comercio sin utilidades para el Público; pues si surge uno así, los hombres lo dejan. Que ninguna Ley puede fijar Ganancias al Comercio, cuyos precios deben fijarse y se fijarán a sí mismos. Pero cuando esas Leyes existen, constituyen una barrera al Comercio y por consiguiente son perjudiciales".

De igual manera Joseph Tucker, en 1749, abrió fuego contra la política mercantilista de conceder monopolios, al escribir: "*Nuestros monopolios, compañías públicas y Cárteles* son el Azote y la Destrucción del comercio libre... Toda la nación debe sufrir en su comercio, y ser excluida de éste en más de tres cuartas partes del Globo, para enriquecer a unos cuantos Directores rapaces, *quienes* alcanzan la opulencia del mismo modo que el Pueblo alcanza la pobreza".

Tucker también atacó la política colonial mercantilista: "Nuestra mal juzgada Política, de celos sin motivos al sujetar el *Comercio y Manufactura* de Irlanda, es otro gran obstáculo a la extensión de nuestro *Comercio*. Si *Irlanda* se enriquece ¿cuál es la consecuencia? *Inglaterra* también se enriquecerá; y *Francia* será la más pobre. La Lana, que ahora es enviada de contrabando de *Irlanda* a *Francia,* y manufacturada allí, y de allí colocada en el Mercado para competir con nuestros propios artículos, debía ser manufacturada en Irlanda... Las Rentas de las haciendas de los Caballeros *irlandeses* aumentarían; entonces el Dinero pronto estaría en camino de Inglaterra".

¿Y qué acerca del concepto mercantilista de la importancia que para un país tiene el stock de oro y plata? David Hume, un amigo de Adam Smith, trató de eso en 1742. Afirmó que un tesoro mayor no significa para una nación una ventaja duradera. Su teoría era que a través del trabajo del comercio internacional, todo país con dinero metálico tendrá la cantidad de oro que hará que sus precios sean tales, que sus importaciones se equilibrarán con sus exportaciones. ¿Cómo?

Se recordará que por mucho tiempo ha sido reconocido que los precios suben y bajan de acuerdo con la cantidad de dinero en circulación. Hume partió de este punto: "Si consideramos cualquier reino (país) por sí mismo, es evidente que la mayor o menor abundancia de dinero no tiene consecuencia, ya que los precios de los

artículos son proporcionales a esa abundancia de dinero".

Ahora bien, ¿qué ocurre al comercio de un país si los precios suben? Obviamente, los otros países comprarán menos de sus productos, porque son más caros. Lo cual significa que el país en cuestión exportará menos. Y por consiguiente, sus exportaciones no balancearán sus importaciones. Y estará comprando una mayor cantidad de artículos extranjeros, que los demás países estén comprándole a él. Pero de una manera u otra, la diferencia ha de ser pagada. Si sus exportaciones no pagan por sus importaciones, habrá que cubrir la diferencia con dinero efectivo. Esto quiere decir que habrá un drenaje del oro de la nación donde los precios han aumentado. Pero ese drenaje disminuirá el dinero circulante, y los precios, por consiguiente, caerán otra vez. Causando que los países compradores puedan adquirir ahora los artículos más baratos, nuevamente, y así las exportaciones subirán gradualmente, hasta que, una vez más, encuentren el punto de equilibrio con las importaciones. Lo contrario, por supuesto, es también cierto. Si los precios bajan en un país debido a una disminución en la circulación del dinero, otras naciones comprarán más productos, porque serán más baratos. El país estará entonces exportando más que importando, y la diferencia será pagada en efectivo, como en el caso inverso. Y este incremento en el oro del país hará subir los precios otra vez, y perderá las ventajas de su comercio exportador que los precios bajos le dieron. Las exportaciones volverán a descender y una vez más se establecerá la balanza o equilibrio entre las exportaciones e importaciones del país.

Esto es, por supuesto, una exposición general y simple del caso. En la realidad no son las cosas tan sencillas y llevan bastante tiempo, por lo que puede decirse que es verdad solamente "a la larga". Pero la explicación de Hume elimina de modo efectivo el énfasis mercantilista de la necesidad de grandes cantidades de metales preciosos.

Una tras otra las teorías del mercantilismo han sido atacadas por los escritores en el mismo momento en que se las estaba poniendo en práctica. El caso del libre-cambio, especialmente, ha sido expuesto por los Fisiócratas en Francia.

Podía esperarse que en Francia se desarrollase la mayor oposición a las restricciones y regimentación del mercantilismo, porque fue en esa nación donde el control de la industria por el Estado alcanzó su punto más alto. La industria en Francia estaba envuelta en una red tal de "lo que debe ser" y "no debe ser", con un ejército de inspectores entrometidos haciendo cumplir las molestas regulaciones, que es difícil comprender cómo le era posible hacer algo. Las reglas gremiales y las regulaciones eran bastante malas. Continuaban en vigor, o fueron sustituidas por otras del Gobierno aún más minuciosas, designadas para ayudar y proteger la industria. En algunos casos, sirvieron para ello. Pero aun cuando eran sensatas, eran siempre muy engorrosas para los fabricantes. ¿Podía uno de paños, por ejemplo, manufacturar la clase de tela que quisiera? No podía. Los paños tenían que ser de esta o aquella calidad, y de una longitud fija. ¿Podía un fabricante de sombreros abastecer la demanda pública produciendo el artículo con una mezcla de castor, piel y lana? Tampoco. Estaba obligado a hacerlo todo de castor o todo de lana, pero sin mezcla alguna de otro material. ¿Podía un manufacturero emplear una nueva y quizá mejor clase de herramienta en la producción de sus artículos? De ninguna manera. Las herramientas habían de ser de cierto tamaño y forma, y los inspectores rondaban de modo perenne, cerciorándose de que así era.

El resultado natural de que se fuese demasiado lejos en una dirección, tenía que ser un movimiento para ir en la contraria. El control excesivo de la industria incubaría la demanda de que no hubiese control alguno. Uno de los primeros iniciadores del no-control, fue un hombre de negocios francés nombrado Gournay. De él escribió

Turgot, un famoso Ministro de Hacienda: "Le asombró que un ciudadano no pudiera hacer ni vender algo sin haber comprado el derecho mediante su admisión, a gran costo, en una corporación... Ni podía imaginar que en un reino donde el orden de sucesión estaba sólo establecido por la costumbre... el Gobierno hubiese condescendido a regular, por leyes expresas, el largo y el ancho de cada pieza de tela, y el número de hilos que la compusiesen, y a consagrar con el sello de la legislatura cuatro volúmenes "in quarto" llenos de esos importantes detalles, y también a aprobar innumerables estatutos dictados por el espíritu del monopolio... No le asombró menos ver al Gobierno dedicarse a regular el precio de cada artículo, proscribiendo una clase de industria, con objeto de que floreciera otra... y pensando que había asegurado la abundancia de maíz, haciendo la situación del agricultor más incierta e infeliz que la de los demás ciudadanos..."

Gournay estaba más que atónito por esta excesiva regulación. Deseaba que Francia se deshiciera de ella. Y acuñó una frase que ha venido a ser el grito de guerra de todos los adversarios de las restricciones de cualquier clase: *laissez faire*, que traducida libremente, significa "dejadnos hacer".

Laissez faire se convirtió en el lema de los Fisiócratas franceses que vivieron en la época de Gournay, y los que fueron importantes, porque constituyeron la primera "escuela" de economistas. Eran un grupo que, a partir de 1757, se reunieron regularmente bajo la presidencia de Francois Quesnay, para discutir problemas económicos. Los miembros de la escuela escribieron libros y artículos pidiendo supresión de las restricciones, comercio libre, *laissez faire*. Cuando Mirabeau, un Fisiócrata célebre, fue consultado por Carlos Federico, gobernante de Baden (Alemania), en 1770, sobre cómo debía administrar su reino, escribió al príncipe: "Ah, Monseñor, sea el primero en dar a sus Estados la ventaja de un puerto libre y una

feria libre, y haga que las primeras palabras leídas por el que ponga el pie en su territorio, sea la de su amado y reverenciado nombre, y debajo estas tres nobles palabras: ¡Independencia, Inmunidad, Libertad!... Sus Estados serán así el lugar privilegiado para la residencia de los hombres, la *ruta* natural del comercio, el punto de reunión de todo el Universo".

Los Fisiócratas llegaron a su creencia en el libre cambio por una vía indirecta. Creían ante todo en la santidad de la propiedad privada, particularmente la propiedad de la tierra. Y porque creían en el derecho de la propiedad, creían en la libertad, entendiendo por tal el derecho del individuo a hacer con su propiedad lo que quisiera, mientras no dañase a otros. Detrás de su argumento sobre el libre comercio estaba la creencia de que al agricultor debía permitírsele producir lo que quisiere, para venderlo donde quisiese. En aquellos tiempos en Francia no sólo no podía exportarse granos sin pagar un impuesto, sino que por moverlo de un lado a otro del país, también tenía que pagar otro. Algo así como si un agricultor de Nueva Jersey no pudiera vender sus vegetales en Nueva York, sin pagar un derecho en la línea de los dos Estados. Los Fisiócratas se oponían a esto. Mercier de la Riviére, quien dejó por escrito el mejor resumen de los principios Fisiócratas, expuso que la completa libertad era esencial al disfrute de los derechos de la propiedad: "No puede haber gran abundancia de producción sin gran libertad... ¿No es cierto que todo derecho que no se tenga la libertad de ejercer no es un derecho? Por consiguiente, es imposible pensar en los derechos de la propiedad sin libertad. El hombre no comprende nada si no es espoleado por el deseo del disfrute; y este deseo de disfrute no puede afectarnos, si se le separa de la libertad de disfrutar".

Los Fisiócratas abordaban todos los problemas desde el punto de vista de sus efectos sobre la agricultura. Sostenían que la tierra es la única fuente de la riqueza, y el trabajo de la tierra es la única labor productiva. En su

correspondencia con el príncipe Carlos Federico, Mirabeau decía: "Nuestro campesino, en su capacidad como cultivador, se dedica a una labor productiva, y es de esa labor, sólo de ella, que nosotros buscamos utilidades, deducidos los gastos; en su capacidad como tejedor, realiza un trabajo estéril; tiene una parte útil en la totalidad de los servicios, pero no produce nada".

Sólo la agricultura, propugnaban los Fisiócratas, suministra las materias primas esenciales a la industria y el comercio. Aunque es verdad que los artesanos realizan una labor útil cambiando la materia prima, para darle su forma final, con ello no suman nada al stock de la riqueza. Después de que el artesano ha trabajado la materia prima, ésta vale más, pero el aumento de valor es igual a la cantidad que se le paga por el trabajo. No se ha incrementado la riqueza con ello. Y esto, argüían los Fisiócratas, no ocurre con el agricultor. Así como la industria es estéril, la agricultura es productiva. Por encima del costo de la labor agrícola y de la ganancia al propietario de la tierra, hay un producto neto —debido al subsidio de la Naturaleza— que es un verdadero aumento de la riqueza. Este excedente (surplus) agrícola sobre los gastos, este *producto neto*, afirmaban, varía de año en año, es más grande o más pequeño, según las estaciones.

Aunque los economistas están hoy en desacuerdo con buena parte de la teoría de los Fisiócratas, le conceden a ésta el crédito merecido, al señalar que la riqueza de una nación no debe ser considerada como una suma fija de bienes acumulados, sino como el ingreso que tiene; no como un stock, sino como una *corriente* de riqueza.

Adam Smith expresó sobre las teorías de los Fisiócratas: "Este sistema, con todas sus imperfecciones, es, sin embargo, lo más aproximado a la verdad que se haya publicado sobre economía política... Aunque al presentar la labor que se emplea sobre la tierra como la única labor productiva, las nociones que inculca son quizá demasiado estrechas y limitadas, al presentar la riqueza de las nacio-

nes como consistente no en las inconsumibles riquezas del dinero, sino en los bienes consumibles reproducidos anualmente por el trabajo de la sociedad; y al presentar la libertad perfecta como el único medio de hacer la reproducción anual lo mayor posible, su doctrina parece ser en cada aspecto tan justa como generosa y liberal".

Aunque los Fisiócratas se anticiparon a Adam Smith al propugnar la "libertad perfecta" la influencia de éste fue mucho más grande. Su *Riqueza de las naciones* tuvo una serie de ediciones sucesivas. El autor fue leído ampliamente durante su existencia y después. La teoría mercantilista fue eliminada totalmente, pero los golpes que le asestó Smith fueron los decisivos. Los partidarios de acumular metal en barras (bullionists) fueron batidos así: "Un país que no tiene minas propias indudablemente debe obtener su oro y su plata de las naciones extranjeras, de la misma manera que el que no tiene viñedos, ha de importar sus vinos. No parece necesario, no obstante, que la atención del Gobierno deba volverse más hacia una cosa que hacia la otra. Un país que tiene el dinero necesario para comprar vino, siempre obtendrá el vino, cuando se presente la ocasión; y un país que tiene el dinero necesario para comprar oro y plata, nunca estará en necesidad de estos dos metales, los cuales han de ser comprados con un precio determinado, como otros productos".

El punto de vista de Adam Smith sobre la política colonial de los mercantilistas fue resumido en esta sentencia: "El monopolio del comercio de las colonias, por consiguiente, al igual que todos los otros medios y malignos expedientes del sistema mercantilista, deprime la industria de los demás países, y principalmente la de las colonias, sin aumentar, por el contrario, disminuyendo, la del país en cuyo favor es establecido".

La misma primera sentencia del libro de Smith inicia el alegato en pro del libre-cambio. Se nos dice que "el más grande progreso en el poder productivo del trabajo... parece haber sido los efectos de la división del trabajo".

Y por división del trabajo Smith entiende, allá por 1776, lo que nosotros entendemos hoy. El significaba la especialización, manteniendo a un obrero en una sola labor, hasta que llegase a ser un experto en ella. "Presentemos como ejemplo una manufactura menuda, pero una en la cual la división del trabajo ha sido con frecuencia mencionada, la de los alfileres. Un trabajador no familiarizado con el negocio, ni conocedor de la maquinaria empleada en la industria, quizá pudiese hacer un alfiler en un día, y ciertamente nunca más de veinte. Pero en la forma en que el negocio es llevado actualmente, no sólo toda la fabricación es algo peculiar, sino que está dividida en una serie de ramas, de las cuales la mayor parte son a su vez oficios peculiares. Un hombre prepara el hilo metálico, otro lo estira, un tercero lo corta, un cuarto le saca la punta y un quinto lo prepara para recibir la cabeza. Fabricar ésta requiere dos o tres operaciones distintas. Colocarla, es una labor especial. Blanquear los alfileres, es otra. Como es un oficio en sí ponerlos en el papel en que son vendidos. Así la importante ocupación de fabricar alfileres está dividida, de este modo, en unas dieciocho operaciones diferentes, las cuales en algunas plantas son realizadas por distintas manos, aunque en otras el mismo obrero a veces realiza dos o tres de ellas. Hay pequeñas manufacturas en las que sólo se emplean diez hombres, y en consecuencia corresponde a cada uno dos o tres operaciones, produciendo entre todos doce libras diarias de alfileres. Cada libra son más de cuatro mil alfileres de tamaño mediano, lo que significa que diez personas pueden fabricar más de cuarenta y ocho mil alfileres cada día, o sea cuatro mil ochocientos por persona y jornada. Pero si hubiesen trabajado separada e independientemente, y sin tener ninguna de ellas preparación para esta industria particular, ciertamente ninguna de ellas hubiera hecho siquiera veinte alfileres cada 24 horas. En consecuencia, el enorme rendimiento industrial diario expuesto antes, es resultado de una división apro-

piada y de la combinación de las diferentes operaciones".

¿Bueno y qué? Supongamos que estamos de acuerdo con Adam Smith en que la división del trabajo, debido a la mayor pericia del obrero, a la economía de tiempo y a la eficiencia general, aumenta la productividad de la labor. Pero ¿y qué? ¿Qué tiene que ver eso con el comercio libre?

Pues mucho. Porque, según Smith, la división del trabajo está determinada por la extensión del mercado: "Como es el poder del intercambio lo que da ocasión a la división del trabajo, así la extensión de ésta división debe siempre estar limitada por la extensión del poder, o en otras palabras, por la extensión del mercado. Cuando el mercado es muy pequeño, nadie tendrá estímulo para dedicarse enteramente a un empleo, por tener necesidad del poder de intercambio de todo el excedente del producto de su propia labor, el cual está por encima de su propio consumo, por parte del producto del trabajo de otros hombres".

Si el aumento de la productividad viene a través de la división del trabajo, y ésta está limitada por la extensión del mercado, entonces mientras mayor sea ésta, mayor será la división del trabajo y mayor el incremento de la productividad, es decir, mayor la riqueza de la nación. Ya que con el comercio libre se dispone de mercados lo más amplios posibles, consiguientemente se tiene la división del trabajo más completa posible, y se aumenta la productividad también todo lo posible. En consecuencia, el comercio libre es conveniente.

He aquí una manera sencilla de verlo todo:

1 — El aumento de la productividad viene a través de la división del trabajo.
2 — La división del trabajo aumenta o disminuye de acuerdo con la extensión del mercado.
3 — El mercado se extiende hasta sus máximos límites mediante el comercio libre.

Por consiguiente — el comercio libre trae el aumento de la productividad.

Un punto más. El comercio libre entre las naciones es la división del trabajo llevada a su más alto grado. Tiene las mismas ventajas, en escala mundial, de la división del trabajo, expuestas por Adam Smith en su ejemplo de la fábrica de alfileres. Capacita a cada país para especializarse en los productos o artículos que puede producir más barato, y así aumenta la riqueza total del mundo.

Como un rebelde a la restricción, regulación y represión del mercantilismo, presentamos a Adam Smith al principio de este Capítulo. ¿Pero qué dijo de la interferencia con la industria? En la siguiente cita él maldice la intromisión del Gobierno y clama por la libertad: "Cada sistema que se esfuerza, mediante estímulos extraordinarios, en atraer hacia un sector particular de la industria una gran parte del capital de la sociedad que debe ser naturalmente para éste; o, por restricciones también extraordinarias, en forzar de un sector particular de la industria alguna parte del capital que de otra manera sería empleado en ésta, es en realidad la subversión del gran propósito que trata de promover. Ese sistema retarda, en vez de acelerarlo, el progreso de la sociedad hacia la verdadera riqueza y la grandeza; y disminuye, en vez de aumentarlo, el verdadero valor de la producción anual de su tierra y su trabajo.

"Todos los sistemas, lo mismo los de preferencia que los de restricción, por consiguiente, por ser así completamente, eliminan el otro sistema, simple y obvio, de la natural libertad, establecido por sí mismo y de su propio acuerdo. Todo hombre, mientras no viole las leyes de la justicia, es perfectamente libre para perseguir su propio interés de la manera que estime conveniente, y hacer que su industria y su capital compitan con los de cualquier otro hombre o clase de hombres".

Basta releer la última sentencia para ver por qué *La Riqueza de las Naciones* se convirtió en la Biblia del hombre de negocios en un período en que los negocios muy raramente podían desenvolverse sin verse obstaculizados a cada paso por muy molestas regulaciones.

CAPITULO XIII

"EL VIEJO ORDEN CAMBIA..."

¿Qué se pensaría de un Gobierno que fija impuestos al pobre y no los fija al rico? Que sería un insensato, pero después, reflexionando, quizá podría afirmarse que es lo que, en cierto grado, está haciendo el Gobierno de los EUA. Sin embargo, se encontraría mucha gente que discutiría este juicio, y que afirmaría que, en verdad el rico de los Estados Unidos paga más que lo que le corresponde equitativamente en los impuestos de la nación. Pero sobre el hecho de que en el siglo XVIII el Gobierno de Francia cargaba de impuestos al pobre, eximiendo de ellos al rico, no cabe discusión alguna.

Y no cabía discusión porque las clases privilegiadas admitían que estaban exentas de prácticamente todas las cargas fiscales de aquellos tiempos. El clero y la nobleza creían que sería el fin de Francia que ellos, como el pueblo común, tuviesen que pagar impuestos. Cuando el Gobierno francés estaba en apuros financieros, con los gastos acumulándose con rapidez creciente, de modo que los ingresos no podían siquiera disminuir la distancia que los separaba de los egresos, a algunos funcionarios se les ocurrió que el único camino para salir de las dificultades era gravar a los privilegiados, al igual que los que vivían sin privilegios. Turgot, Ministro de Hacienda en 1776, pretendió poner en práctica algunas de las reformas que necesitaba el sistema fiscal. Pero los privilegiados no pensaban lo mismo, y se levantaron contra la iniciativa en el Parlamento de París, el cual expuso claramente su posición

con estas palabras: "La primera regla de la justicia es conservarle a cada uno lo que le pertenece; esa regla consiste, no solamente en preservar los derechos de propiedad, sino todavía más, en preservar todo lo que pertenece a la persona, derivado de la prerrogativa del nacimiento y la posición... De esta regla de derecho y equidad viene que todo sistema que bajo apariencias humanitarias y de beneficencia tienda a establecer la igualdad de derechos y a destruir las distinciones necesarias, pronto desembocaría en el desorden (inevitable resultado de la igualdad) y traería el derrumbe de la sociedad civil. La monarquía francesa, por su constitución, está compuesta por varios distintos estados. El servicio personal del clero es llenar todas las funciones relativas a la instrucción y al culto. Los nobles consagran su sangre a la defensa del Estado, y asisten al soberano con sus consejos. La clase más baja de la nación, que no puede prestar al Rey servicios tan distinguidos, cumple sus deberes con él mediante sus tributos, su industria y su labor corporal. Abolir estas distinciones es derrocar toda la Constitución francesa".

El clero y la nobleza eran las clases privilegiadas. Se les llamaba el Primer Estado y el Segundo Estado, respectivamente. El clero lo formaban 130 mil personas, y la nobleza unas 140 mil. Aunque eran las clases privilegiadas, esto no significa que fuesen ricas y que no hicieran nada. Había clérigos pobres y nobles pobres. Había obispos muy ricos y nobles muy ricos. Como había clérigos que trabajaban de firme y nobles en la misma situación, y ociosos en una y otra clase. Y también quienes estaban entre los dos extremos.

El pueblo era la clase sin privilegios. Se le llamaba el Tercer Estado. De los 25 millones de almas que era entonces la población de Francia, era el 95 por ciento, o más. Y así como había diferencias de riqueza y de manera de vivir en las clases privilegiadas, las había igualmente en la de los no privilegiados. Unos 250 mil de éstos, la alta clase media o burguesía, lo pasaba, en comparación

con el resto del Tercer Estado, muy bien. Otro grupo compuesto de artesanos que residían en las ciudades y poblaciones. Eran unos dos millones y medio. Los demás, [illegible] 22.000,000 eran campesinos que trabajaban la tierra. Pagaban impuestos a los Estados, diezmos al clero y derechos feudales a la nobleza.

Todos nosotros ordenamos nuestras vidas de modo que nuestros gastos están determinados por nuestros ingresos. Los Gobiernos, en general, pretenden hacer lo mismo. Pero el de Francia en el siglo XVIII procedía de otra manera. Gastaba el dinero tonta y extravagantemente, sin método y con corrupción. Basta un ejemplo. El Libro Rojo (*Livre Rouge*) contenía la lista de todas las pensiones concedidas por el Gobierno. En ella estaba el nombre de Ducrest, un barbero. ¿Por qué este hombre tenía derecho a una pensión de 1,700 libras anuales? Pues porque había sido peluquero de la hija del conde de Artois. El hecho de que esta hija hubiese muerto a temprana edad, antes de que su pelo necesitase las atenciones de la peluquería, no importaba. Ducrest cobraba su pensión.

Este ejemplo es suficiente para evidenciar lo mal que eran administradas las finanzas francesas. Había millares de otros. En vez de que los ingresos regulasen los egresos, éstos determinaban aquéllos. Esta negligencia y este derroche en los gastos significaba que había que obtener mediante impuestos una gran cantidad de dinero. Puesto que las clases privilegiadas no llevaban parte alguna en la carga (por el contrario, fijaban impuestos propios a los no privilegiados) y desde que los miembros más ricos del Tercer Estado se las arreglaban, por medios tortuosos, para eximirse a sí mismos de los impuestos directos, todo el peso de esto caía sobre los pobres. Y era muy grande. Una caricatura del período habría mostrado al campesino llevando sobre la espalda encorvada al rey, al clérigo y al noble.

Un célebre francés, De Tocqueville, expuso lo que la carga de los impuestos representaba en la vida cotidiana

del campesino trabajador: "Imaginemos un campesino francés del siglo XVIII... tan apasionadamente enamorado del suelo, que gastará todos sus ahorros para comprarlo... Para realizar esta compra primero deberá pagar un impuesto... Al fin es su dueño, y entierra su corazón con la semilla que siembra... Pero otra vez esos vecinos le llaman de su surco, y le obligan a trabajar para ellos sin pagarle. El pretende defender sus primeras cosechas del juego de aquéllos; pero nuevamente se lo impiden. Cuando cruza el río, le aguardan para que pague el peaje. Del mismo modo en el mercado tiene que comprar el derecho para vender su propia producción. Y cuando, al regreso a su hogar, quiere usar lo que le resta de su trigo para su propia subsistencia, no puede tocarlo hasta que lo ha llevado al molino, para convertirlo en harina, y lo ha cocido en el horno de los mismos hombres. Parte del ingreso de su pequeña propiedad es pagado en rentas a éstos. Para cualquier cosa que haga el infeliz campesino, los molestos vecinos están siempre en su camino. Y cuando termina con ellos, otros con los hábitos negros de la Iglesia se presentan para llevarse las utilidades de la cosecha... La destrucción de una parte de las instituciones de la Edad Media, hizo cien veces más odiosa la porción que sobrevivió".

Todo esto parece una descripción del sistema feudal del siglo XI. ¿No hubo cambios, entonces, en las siete centurias que siguieron? Sí, los hubo. De los veintidós millones de campesinos que había en Francia en el año 1700, sólo un millón eran siervos en el viejo sentido del vocablo. Los restantes habían ascendido por la escala, desde la servidumbre hasta la completa libertad. Pero eso no significa que los antiguos derechos y servicios feudales hubiesen sido barridos. Algunos lo habían sido, pero muchos quedaron. Y quedaron a pesar de que la causa original de su razón de ser hacía mucho tiempo que estaba abolida. Los nobles que habían recibido derechos y servicios feudales a cambio de la protección que daban, ya no

formaban el ejército del rey, es decir, que su función militar había desaparecido. Como tampoco ayudaban al Gobierno, como grupo —sólo individualmente— por lo cual no tenían funciones administrativas o políticas. Ni cultivaban la tierra, ni se dedicaban a los negocios, por lo cual no tenían función económica. Tomaban sin dar nada. A menudo se convirtieron en ociosos, en parásitos, desperdiciando su tiempo en la Corte, lejos de sus haciendas. No obstante, todavía demandaban y todavía recibían servicios de los campesinos. Esto era un resto del pasado del que los campesinos se resentían, con razón. Y como De Tocqueville señala en la sentencia final de la cita anterior, el mismo hecho de que parte de los derechos tradicionales hubiesen sido destruidos significaba que los que aún persistían eran más odiados.

Exactamente ¿cuánto de sus ingresos pagaba el campesino en impuestos? La respuesta a esta pregunta es sorprendente. Se ha estimado que entregaba el ochenta por ciento de sus utilidades a los diversos recaudadores de contribuciones. Y que el veinte por ciento restante era para alimentar, albergar y vestir a su familia. No se asombre de que el campesino se quejase. Y no se asombre de que un año de cosechas malas le encontrase al borde de morir de hambre. Y no se asombre de que entonces muchos de sus vecinos vagasen por los caminos, como mendigos, buscando algo que comer.

La Revolución Francesa estalló en 1789. Pero no se infiere de eso que el campesino estaba peor en el siglo XVIII que en el anterior. No era así. Quizá estaba mejor. De una manera u otra el campesino había podido ahorrar bastante de la pequeña porción que le quedaba después de pagar todos los impuestos, para comprar la tierra. Durante cien años o más, antes de la Revolución, los campesinos habían estado comprando tierras. Y por eso cuando llegó el año 1789, un tercio de Francia estaba en sus manos. Pero esto les dejó más descontentos que antes. ¿Por qué?

Los campesinos tenían hambre de tierra. Les fue posible satisfacerla un poco. ¿Qué les cerraba el paso para mejorar más? La abrumadora carga que les imponían el Estado y las clases privilegiadas. Y ahora veían más claramente que nunca, que sin esa carga sobre sus espaldas, podrían estar más erectos, pasar de la posición de animales a la de hombres. El mismo hecho de que su situación había mejorado un poco, abrió sus ojos a lo que pudiera ser si...

No es que no se les hubiera ocurrido antes a los campesinos de Francia (y de otros países de la Europa Occidental) que los pagos y las restricciones feudales pudieran ser eliminadas. Anteriormente, hubo Revueltas de los Campesinos, y aunque éstas no habían logrado el propósito de arrojar por la borda las regulaciones feudales, habían mejorado algo la situación del campesinado. Mas para realizar la gran obra enteramente, los campesinos necesitaban ayuda y dirección. Y la encontraron en la creciente clase media. Porque fue ésta, la burguesía, la que trajo la Revolución Francesa y la que más ganó con ella. La burguesía realizó la Revolución porque tenía que hacerlo. Si no hubiese conseguido derrocar a sus opresores, habría sido aplastada. Su posición era la misma que la del polluelo vivo dentro del cascarón, quien al fin ha crecido hasta tal grado de que lo rompe o muere. Para la naciente burguesía las regulaciones y restricciones al comercio y la industria; la concesión por el Gobierno de monopolios y privilegios a grupos pequeños; el continuo bloqueo del progreso por parte de los gremios obsoletos, y retrógrados; la carga de los impuestos, desigualmente distribuida y en constante aumento; la existencia de viejas leyes y la aprobación de otras nuevas en las cuales tenían poco o nada que decir; el número cada vez más creciente de funcionarios del Gobierno interviniendo en todo; y el volumen cada vez mayor de la deuda del Gobierno, toda aquella sociedad feudal, decadente y corrupta, era el cascarón que tenía que romper. Decidida a no ser estrangulada y

morir dolorosamente, la clase media burguesa tuvo buen cuidado de que el cascarón se rompiese.

¿Quiénes eran la burguesía? Eran los escritores, los médicos, los maestros, los abogados, los jueces, los empleados civiles, la clase educada; eran los comerciantes, los fabricantes, los banqueros, la clase adinerada, formada por los que tenían dinero y los que anhelaban tenerlo. Por encima de todo querían, o más bien *necesitaban,* descartar las reglas del derecho feudal en una sociedad que, ya en la realidad material de entonces, no era feudal. Necesitaba despojarse de su estrecha casaca feudal y reemplazarla con un holgado saco capitalista. Encontró la expresión de sus necesidades en el campo económico, en los escritos de los Fisiócratas y de Adam Smith; y en el campo social, en los de Voltaire, Diderot y los Enciclopedistas. El *Laissez-faire* (Dejadnos hacer) en el comercio y la industria, tenía su contraparte en el "dominio de la razón" sobre la religión y la ciencia.

Nada hay más irritante y ofensivo que ver a gentes que no tienen la capacidad de uno para el trabajo, ocupar los puestos porque disponen de "padrinos". Algo de esto les ocurría a los burgueses. Tenían talento, y cultura, y dinero. Pero no tenían la posición legal en una sociedad a la cual hubiesen llevado todo aquello. "Barnave se hizo revolucionario el día que su madre fue expulsada del palco que ocupaba, en Grenoble, por un noble de allí. Madame Roland se queja de que cuando se le pidió que se quedase a comer en el Castillo de Fontenay, con su madre, se les sirvió en el departamento de la servidumbre. ¡Cuántos enemigos le creó al viejo régimen, el amor propio herido!"

La burguesía no poseía muchas tierras, pero tenía capital. Había prestado dinero al Estado, y quería que le fuese devuelto. Sabía bastante sobre asuntos del Gobierno para ver que su administración, estúpida y derrochadora de los fondos públicos, llevaba a la bancarrota. Y se alarmó por la suerte que corriesen sus ahorros. La burguesía aspiraba a que su poder político corriese parejo con su

poder económico. Tenía propiedades, y quería privilegios. Deseaba estar segura de que su propiedad estaría libre de las molestas restricciones a que estuvo sujeta en la decadente sociedad feudal. Y de que sus préstamos al Gobierno serían pagados. Y para tener la certidumbre de estas cosas, tenía que ganar por sí misma no sólo una *voz*, sino *la voz* en el Gobierno. Vino la oportunidad, y la aprovechó.

Su oportunidad vino porque Francia se vio en tal confusión, que no fue posible salir adelante por los viejos métodos. Así lo admitió el conde de Calonne, miembro de la nobleza. Su posición en la oficina principal del Ministerio de Hacienda le permitió ver mejor las palabras proféticas escritas en la pared: "Francia es un reino compuesto de Estados separados y países con administraciones mixtas; de provincias que nada saben una de otra; donde ciertos distritos están completamente libres de cargas, cuyo peso es llevado por otros; donde la clase más rica es la que menos impuestos paga; donde el privilegio ha trastornado todo equilibrio; donde es imposible tener ninguna regla constante, o una voluntad común: Necesariamente es un reino muy imperfecto, muy lleno de abusos, y en su presente condición, imposible de gobernar".

Téngase presente las últimas tres palabras. Un miembro de la clase dirigente admite que es *imposible gobernar* por más tiempo; sume a eso las masas descontentas; ahora permitid que una clase inteligente y en auge, ansiosa de adueñarse del Poder agite la mezcla, y el resultado será una revolución. Advino en 1789. Se llamó la Revolución Francesa.

Una declaración simple y breve de los propósitos de los revolucionarios, fue la dada por uno de sus líderes, el abate Sieyés, en un panfleto popular titulado "*¿Qué es el Tercer Estado?*"

"Debemos hacernos a nosotros mismos estas tres preguntas:

"Primera — ¿Qué es el Tercer Estado? Todo.

"Segunda — ¿Qué ha sido hasta ahora en nuestro sistema político? Nada.

"Tercera — ¿Qué es lo que pide? Ser algo".

Mientras era cierto que todos los miembros del Tercer Estado, los artesanos, los campesinos y la burguesía, intentaban "ser algo", fue primordialmente el último grupo que logró lo que quería. La burguesía suministró la dirección, mientras los otros grupos se encargaron de luchar. Y fue la burguesía la que ganó más. Durante la Revolución, la burguesía encontró una oportunidad tras otra para enriquecerse y fortalecerse. Especuló con las tierras tomadas a la Iglesia y la nobleza, y acumuló enormes fortunas mediante contratos fraudulentos con el ejército.

Marat, vocero de la clase trabajadora más pobre, describió lo que pasaba en la Revolución, con estas palabras: "En el momento de la insurrección el pueblo se abrió paso a través de todos los obstáculos, por la fuerza del número; pero a pesar del poder que alcanzó al principio, fue derrotado al final por conspiradores de la clase superior, llenos de habilidad y astucia. Los sutiles intrigantes, más educados, de esa clase alta, primero se opusieron a los déspotas; mas sólo para volverse contra el pueblo, después de que, infiltrándose, consiguieron su confianza y usaron de su poderío, para situarse en la privilegiada posición de la cual habían sido expulsados los déspotas. La Revolución la hacen y llevan adelante las capas más bajas de la sociedad, los obreros, los trabajadores manuales, los pequeños comerciantes, los campesinos, la plebe, los infortunados, todos aquellos a quienes los ricos desvergonzados llaman la *canalla* y a quienes los romanos también desvergonzadamente llamaban el proletariado. Pero lo que las clases altas ocultaron constantemente, fue el hecho de que la Revolución devino solamente para beneficio de los terratenientes, los abogados y los tramposos".

Esta es una exposición justa de lo que ocurrió. Después de que la Revolución terminó, fue la burguesía quien ganó el poder político en Francia. El privilegio del Naci-

miento fue destruido, sin duda alguna, pero el privilegio del Negocio lo reemplazó. "Libertad, Igualdad, Fraternidad", fue un lema proclamado por *todos* los revolucionarios, pero en realidad, fue en provecho de la burguesía.

Un estudio del Código de Napoleón lo hace evidente. Ese cuerpo legal está obviamente designado para proteger la propiedad, no feudal, sino burguesa. El Código tiene unos dos mil artículos, de los cuales sólo siete se refieren al trabajo, y casi ochocientos a la propiedad. Prohibe los gremios y las huelgas, pero aprueba las asociaciones patronales. En cualquier disputa ante los tribunales por cuestión de jornales, el Código especifica que es la declaración del patrono, no la del obrero, lo que ha de ser creído. El Código fue hecho por la burguesía y para la burguesía; por los propietarios, y para la protección de la propiedad.

Cuando se disipó el humo de la batalla, se vio que la burguesía había ganado el derecho de comprar y vender lo que quisiera, como, cuando y donde quisiera. El feudalismo había muerto. Y no sólo en Francia, sino en todos los países conquistados por los ejércitos de Napoleón. El gran corso llevó el mercado libre (y los principios del Código de Napoleón) con él, en sus marchas victoriosas. ¡No en balde fue recibido tan alegremente por la burguesía de las naciones vencidas! En todas ellas la servidumbre fue abolida, los derechos y obligaciones feudales quedaron eliminados, y el derecho de los campesinos propietarios, comerciantes y fabricantes a comprar y vender sin regulaciones, restricciones o represiones, definitivamente establecido.

Un excelente sumario de esta fase de la Revolución Francesa es el escrito en 1852 por Karl Marx, en su *El 18 Brumario de Louis Bonaparte*: "Desmoulins, Dantón, Robespierre, Saint-Just, Napoleón, los héroes, como también los partidos y masas de la gran Revolución Francesa... realizaron la obra de su día, que no era otra que liberar la burguesía y establecer la moderna sociedad burguesa. Los Jacobinos despedazaron el terreno en que el

feudalismo tenía sus raíces, y cortaron las cabezas de los magnates feudales que allí vivían. Napoleón estableció en toda Francia las condiciones que hicieron posible el desarrollo de la libre competencia; la explotación de la propiedad agraria después de la partición de las grandes haciendas o latifundios; y que pudiesen ser empleadas plenamente las fuerzas de producción industrial de la nación. Más allá de sus fronteras hizo por doquier una limpieza de las instituciones feudales".

Las revoluciones son sangrientas. Muchas personas fueron fuertemente impresionadas por la violencia y el terror de la Francesa. Es un hecho interesante que los más poderosos adversarios de ésta fueron los ingleses. Y es especialmente interesante, porque la lucha de la burguesía para alcanzar el poder político e igualar su poder económico, había ocurrido en Inglaterra más de un siglo antes de la Revolución Francesa, y las violencias que la acompañaron ya habían sido convenientemente olvidadas.

Hubo una diferencia, sin embargo. Mientras los Negocios en Francia dieron al Nacimiento (o derecho de Nacimiento) un verdadero "knock-out" del cual nunca se recuperó, en Inglaterra la victoria fue también de los Negocios, pero por decisión, no por "knock-out", empleando términos del boxeo. Parece que en Inglaterra Negocios y Nobleza se conocían muy bien, mutuamente, y así se llevaron mejor que en otros países. La burguesía inglesa se convirtió en aristocracia de la tierra, y a su vez la aristocracia de la tierra se dedicó a los negocios, sin demasiada preocupación por "estar por encima de todos". No obstante, los años del 1640 al 1688 marcan en la historia inglesa un período de verdadera lucha, que sólo terminó cuando se convino en que la burguesía debía tener su parte en el Gobierno.

Ya mencionamos a Edmund Burke, el gran estadista británico que habló con tanta sensatez en favor de los colonos americanos, en la cuestión de "los impuestos sin representación". Cuando Burke escribió una serie de ar-

tículos y folletos contra los revolucionarios franceses, le fue recordado por otro escritor inglés la propia "gloriosa revolución" de Inglaterra, cien años antes: "En nombre del género humano, en nombre de la Humanidad, en nombre del sentido común... ¿cuál es la ofensa irremediable, el crimen que nunca será expiado, que el pueblo de Francia ha cometido contra este país? ¿Es el de haber cambiado su Gobierno por la Revolución de 1789? Sólo se diferenció de nosotros en haberlo hecho un siglo después. ¿El de haber decapitado a su monarca? Pues la nación inglesa le dio el ejemplo".

En Inglaterra por 1689, y en Francia después de 1789, la lucha por la libertad del mercado resultó en una victoria de la clase media. El año 1789 puede marcar bien el fin de la Edad Media, porque en él la Revolución Francesa dio el golpe de muerte al feudalismo. Dentro de la estructura de la sociedad feudal de clérigos, guerreros y trabajadores, surgió un grupo de clase media. A través de los años fue ganando fuerza, y libró una larga y dura pelea contra el feudalismo, caracterizada por tres batallas decisivas. La primera, la Reforma Protestante; la segunda, la llamada históricamente Gloriosa Revolución en Inglaterra; y la tercera, la Revolución Francesa. Al concluir el siglo XVIII que al fin lo bastante poderoso para destruir el viejo orden feudal. Y en vez del feudalismo, un sistema social distinto, fundado en el cambio libre de mercancías, con el objetivo primordial de hacer utilidades a expensas del trabajo ajeno, fue instaurado por la burguesía.

Nosotros llamamos a ese sistema: Capitalismo.

SEGUNDA PARTE

DEL CAPITALISMO A...?

CAPITULO XIV

¿DE DONDE VINO EL DINERO?

Dos hombres "hacen cola" junto a la taquilla de un teatro de la ópera. A su turno, cada uno de ellos paga $9.90 por tres lunetas a $3.30 cada una. Cuando uno se separa de la taquilla, se le unen dos amigos, con quienes entra en el teatro y esperan a que se levante el telón. El otro comprador también se separa de la taquilla, pero pasa la calle y, ya en la acera frente al edificio, comienza a proponer los billetes que compró a los transeúntes. Puede ser que los venda a $4.40 cada uno (es lo que pide, con sobreprecio de $1.10), puede ser que no consiga venderlos. Eso no importa.

¿Hay alguna diferencia entre sus $9.90 y los del otro hombre? Sí. El dinero del Especulador es *capital.* El del Espectador, no. ¿Pero dónde está la diferencia?

El dinero es capital solamente cuando se le usa para comprar artículos o trabajo, con objeto de venderlos otra vez, con utilidad. El Especulador no quería ver la función teatral. Invirtió $9.90 con la esperanza de recuperarlos, más algún dinero. Por consiguiente, sus $9.90 actuaban como capital. El Espectador, por otra parte, pagó sus $9.90 sin la menor idea de volver a tenerlos: sólo deseaba ver la función. Su dinero no actuaba como capital.

De manera semejante, cuando el pastor vendía su lana por dinero, para comprar pan y comer, no empleaba aquél como capital. Pero cuando el comerciante compró

la lana, esperando venderla otra vez a un precio más alto, usaba su dinero como capital. Así, cuando el dinero es dedicado a una transacción que rinde o promete rendir una ganancia, se convierte en capital. Es la diferencia que hay entre vender para comprar, y consumir (precapitalista), y comprar para vender y hacer una ganancia (capitalista).

Pero ¿qué es lo que el capitalista típico compra con objeto de venderlo y ganar? ¿Son billetes de entrada a los teatros? ¿O lana, o automóviles, o sombreros, o casas? No. No es ninguna de estas cosas y sin embargo, es parte de todas ellas. Hable con un obrero industrial. El le dirá que lo que su patrono le paga en jornales es su capacidad para el trabajo. Así, pues, es la fuerza de trabajo del obrero lo que el capitalista compra para vender y hacer utilidades; pero es obvio que el capitalista no vende la fuerza de trabajo de su asalariado. Lo que vende, con ganancia, es el artículo que la fuerza de trabajo del obrero ha *transformado de materia prima en producto acabado*. La utilidad viene del hecho de que el trabajador recibe en jornales, menos del valor de lo que ha producido.

El capitalista es dueño de los medios de producción, edificios, maquinaria, materias primas, etc. Él compra fuerza de trabajo. Es de la asociación de todo ello de donde viene la producción capitalista.

Obsérvese que el dinero no es la única forma del capital. Un industrial de hoy puede tener poco o ningún efectivo y, sin embargo, ser el poseedor de un fuerte capital, porque es dueño de los medios de producción, que son su capital, el cual crece según compra fuerza de trabajo.

Una vez que una industria moderna comienza su labor, hace sus propias ganancias y acumula su capital propio muy rápidamente. Pero ¿de dónde vino el capital, al principio, antes que la industria moderna comenzase? Es una cuestión importante, porque sin la existencia de

capital acumulado, el capitalismo industrial, tal como lo conocemos, no habría sido posible. Como tampoco lo habría sido sin la existencia de una clase trabajadora, libre y desposeída, es decir, de gentes que tienen que trabajar para otros para vivir. ¿Cómo fueron creadas estas dos condiciones?

Se podría contestar que el capital necesario para iniciar la producción capitalista vino de esos seres cuidadosos que trabajaron tenazmente, gastaron sólo lo que tenían que gastar y acumularon sus ahorros, poco a poco. La gente ahorró, por supuesto, pero no fue por ese camino como acumuló primeramente el capital. Es una bonita explicación, aunque es lástima que no sea completamente cierta. La verdadera historia no es tan hermosa.

Antes de la Era capitalista, el capital se acumuló principalmente a través del comercio, un término elástico que significaba no sólo el intercambio de productos sino que se extendía hasta incluir la conquista, la piratería, el saqueo y la explotación.

No por gusto, las ciudades-Estados italianas ayudaron a la Europa Occidental en las Cruzadas. El fin de aquellas guerras "religiosas" encontró a Venecia, Génova y Pisa en el control de un rico imperio. Los conquistadores italianos tuvieron entonces la principal de sus oportunidades. Un río de riquezas corrió del Oriente a las manos en espera de sus traficantes y banqueros. Una de las primeras autoridades sobre este tema, Mr. John A. Hobson, dice de este comercio italiano con el Oriente: "Así, en época temprana, fue fundado el provechoso tráfico que suministró a la Europa Occidental la acumulación de riqueza requerida para el ulterior desarrollo de los métodos capitalistas de producción".

Si Mr. Hobson es exacto, debemos buscar los comienzos de la organización capitalista en la península italiana. Y fue allí, en los siglos XIII y XVI y aun antes, donde los hallamos. Pero, por grande que fuera aquel tesoro del Oriente, no era bastante. Se necesitó una nueva y mayor

afluencia de capital antes de que la Era capitalista realmente pudiera ponerse en marcha. Fue a partir del siglo XVI cuando el capital empezó a acumularse en cantidades enormes, suficientes para afrontar las necesidades. Karl Marx, otra autoridad eminente sobre la evolución del capitalismo moderno, lo sumariza con estas palabras: "El descubrimiento de oro y plata en América, el exterminio, esclavización y el enclaustramiento de las poblaciones aborígenes comenzó en las mismas; de la conquista y el saqueo de las Indias Orientales y la conversión de Africa en un coto comercial para la caza de negros señalan el rosado amanecer de la Era de la producción capitalista. Estos procedimientos idílicos son los momentos determinantes de la acumulación primitiva".

¿Le interesaría escuchar una narración de crueldades, asesinatos y torturas que harían aparecer las actividades de los "gangsters" de nuestro siglo XX como una fiesta de niños? Pues pregunte a un indio mexicano o peruano que le cuente cómo fue el primer encuentro de sus ascendientes con el hombre blanco, en el siglo XVI. Se les impartió, a los nativos, el cristianismo y, con éste, el trabajo forzado en las minas, palizas brutales y la muerte. ¡Pero qué tremenda cantidad de oro y plata los conquistadores sacaron para embarcarla hacia el Viejo Mundo, donde fueron a parar eventualmente a las manos de los comerciantes y banqueros! (Y el oro y plata en tales manos no quedaron ociosos. Se los utilizó para dar crédito, o para préstamos a los fabricantes, o en el comercio, en forma de grandes cantidades de dinero. En una palabra, fue capital).

Hernán Cortés y Pizarro, los conquistadores de México y Perú, eran españoles y los españoles, por largo tiempo, han sido notorios por la dureza de su tratamiento a las colonias. Pero ¿y los holandeses? ¿Eran diferentes sus métodos?

Sir T. S. Raffles, quien fue teniente-gobernador de la isla de Java dice que no Y describe la historia de la ad-

ministración colonial, por Holanda, como "una de las más extraordinarias relaciones de traiciones, sobornos, masacres y vilezas". Estimó que las ganancias de la Dutch East Indian Company, de 1613 a 1653, fueron de 640 mil florines anuales.

He aquí un ejemplo de los procedimientos holandeses para acumular ese capital: "Para tener a Malaca, los holandeses sobornaron al gobernador portugués, quien les permitió entrar en la ciudad en 1641. Inmediatamente, se dirigieron a su casa y le asesinaron, para "evitarse" el pago de 21 875 libras esterlinas, que fue el precio de su traición. Dondequiera que los holandeses ponían la planta, seguían la devastación y la despoblación. Benjuwangi, una provincia javanesa, en 1750, tenía más de ochenta mil habitantes y, en 1811, sólo 18 000. "¡Dulce comercio!"

Así, Holanda acumuló el dinero que necesitaba para convertirse en la principal nación capitalista del siglo XVII.

A su vez, Inglaterra se ciñó la corona del país capitalista más importante del mundo. ¿Dónde y cómo Inglaterra adquirió el capital necesario? ¿Mediante el trabajo tenaz, una existencia cuidadosa o acumulando ahorros? No lo crea.

W. Howitt, en su libro *Colonización y cristiandad*, publicado en Londres en 1838, cita a un escritor en el *Oriental Herald*, quien expresó lo siguiente sobre los ingleses en la India: "Nuestro Imperio *no* es un imperio de opinión; no es siquiera un imperio de leyes. Ha sido adquirido y es todavía gobernado... por la influencia directa de la fuerza. Ninguna porción del país ha sido voluntariamente cedida... Se nos permitió primero desembarcar en la costa marítima para vender nuestras mercancías... Sin embargo, gradualmente, unas veces por la fuerza y otras veces por el fraude, hemos destituido a los antiguos soberanos del país, hemos despojado a los nobles de sus poderes, y drenando continuamente la industria y los recursos del pueblo, hemos tomado de éste todos sus sobrantes y su riqueza disponible".

Este señor parece estar airado, ¿verdad? Pues más airado estaría usted de haber vivido en la India por los años de 1769 y 1770. En esa época, verían millares de nativos morir de hambre. ¿Era que no había suficiente arroz? Nada de eso: el arroz sobraba. ¿Y, entonces? Sencillamente, los ingleses habían comprado todo el arroz y no lo vendían, a no ser a precios fabulosos, que los miserables nativos no podían pagar.

El comercio con las colonias trajo riqueza a la madre patria, y construyó las primeras fortunas de los traficantes europeos. Particularmente interesante, como fuente de acumulación de capitales, fue el tráfico en seres humanos, los indígenas de piel negra de Africa. En 1840 el profesor H. Merivale dio una serie de conferencias, en Oxford, sobre "Colonización y Colonias". En el curso de una, hizo dos preguntas importantes y entonces dio una respuesta igualmente importante: "¿Qué elevó a Liverpool y Manchester de poblaciones provincianas a ciudades gigantescas? ¿Qué mantiene ahora su industria siempre activa y su rápida acumulación de riqueza?... Su presente opulencia es tan realmente debida a los afanes y sufrimientos del negro, que pudiera decirse que éste con sus manos excavó sus muelles y fabricó sus máquinas de vapor".

Está de moda en estos tiempos burlarse de los profesores. Pero ¿el profesor Merivale hablaba sin saber lo que decía? No. Es que él probablemente había leído la petición elevada a la Cámara de los Comunes por los comerciantes de Liverpool, en 1788, en réplica a varias personas equivocadas que habían tenido el mal gusto de sugerir que el horrible comercio con seres humanos vivos era indigno de un país civilizado: "Vuestros Peticionarios, por consiguiente, contemplan con verdadera preocupación las tentativas que ahora se hacen... para lograr la abolición total del tráfico de Esclavos Africanos, el cual... durante una larga serie de años, ha constituido y todavía continúa formando una rama muy extensa del comercio

de Liverpool... Vuestros Peticionarios humildemente suplican ser oídos... contra la abolición de esa fuente de riqueza..."

Los portugueses comenzaron el tráfico con esclavos negros en los inicios del siglo XVI. Las demás naciones civilizadas de Europa les siguieron inmediatamente. (Los primeros esclavos africanos llegados a los Estados Unidos fueron transportados en un barco holandés, en 1619). El primer inglés que concibió la idea de que había mucho dinero que ganar apoderándose de negros indefensos, en Africa y vendiéndolos como "materia prima" para hacerlos trabajar, hasta morir rápidamente, en las plantaciones del Nuevo Mundo, fue John Hawkins. La "buena reina Isabel" se formó tan bella opinión de la labor de este asesino y secuestrador, que le ennobleció después de su segunda expedición como traficante de esclavos al Africa. Fue entonces cuando *Sir* John Hawkins, quien había seleccionado para su blasón heráldico la figura de un negro encadenado, alardeó ante Richard Hakluyt de sus proezas en el inhumano tráfico. He aquí la encantadora relación que Hakluyt dejó sobre las confesiones de Hawkins, refiriéndose a su primer viaje, en 1562-63: "Y habiéndole, entre otros particulares, asegurado que los Negros eran muy buena mercancía en 'La Española' (Santo Domingo), que cantidades de ellos podían ser fácilmente obtenidos en la costa de Guinea, resolvió hacer una tentativa y comunicó esa idea a sus respetables amigos en Londres... Todos los cuales gustaron tanto de su intención que se hicieron contribuyentes liberales y aventureros en la acción. Para cuyo propósito, inmediatamente, se proveyó de tres buenos barcos... De allí, pasó a Sierra Leona, en la costa de Guinea... donde estuvo algún tiempo y se apoderó, parcialmente por la espada y parcialmente por otros medios, de un total de 300 Negros, por lo menos, además de otras mercancías que el país produce. Con esta presa, salió al Océano y (vendió) todos

sus Negros: por los cuales recibió... a cambio, tal cantidad de mercancías, que no sólo cargó sus tres buques con *cueros, jengibre, azúcar* y *ciertas cantidades* de perlas, sino que pudo fletar otras dos naves... Y, así, con próspero éxito y mucha ganancia para sí mismo y los aventureros mencionados antes, vino a la patria..."

La Reina Isabel quedó impresionada con "el próspero éxito y mucha ganancia" y quiso ser un asociado en cualesquiera utilidades en el futuro. Y, para la segunda expedición del traficante de esclavos Hawkins, la Reina prestó un barco, cuyo nombre era "Jesús".

Conquista, piratería, saqueo, explotación —o comercio— fueron los medios con los cuales se acumuló el capital necesario para iniciar la producción capitalista. No sin razón, Marx escribió: "Si el dinero viene al mundo con una mancha de sangre congénita en una mejilla, el capital viene chorreando, de la cabeza a los pies, por cada poro, sangre y suciedad". La conquista, la piratería, el saqueo, la explotación —el comercio— fueron los medios efectivos. Trajeron enormes ganancias, sumas fabulosas, un creciente abastecimiento de capital.

Pero era necesario algo más que capital acumulado, para que la producción capitalista en gran escala pudiese comenzar. El capital no puede ser usado como capital, es decir, para rendir una utilidad, hasta que haya trabajo suficiente para rendir esa utilidad. Era también necesario un adecuado abastecimiento de fuerza de trabajo.

En el siglo XX, con desempleo por doquier, con los obreros deseando y anhelando aceptar cualquier labor que encuentren, es difícil para nosotros comprender que hubo un tiempo en que conseguir trabajadores para una industria era un verdadero problema... Nos parece "natural" que debe existir una clase de pueblo dispuesta a entrar en una fábrica para trabajar por un salario. Sin embargo, no es "natural". Un hombre trabajará para otro sólo cuando no tiene más remedio. Mientras un hombre tenga acceso a la tierra donde puede producir por sí mismo,

no trabajará para otro. La historia de los Estados Unidos lo prueba. Mientras hubo tierra libre o barata en el Oeste, hubo un Movimiento hacia el Oeste de gentes ansiosas de tierras, lo cual significó que los brazos escasearon en el Este. Lo mismo ocurrió en Australia: "Cuando la colonia del río Swan fue fundada... Mr. Peel... tomó con él... 50 mil libras esterlinas y 300 individuos de las clases trabajadoras pero todos fueron fascinados por la perspectiva de obtener tierras... y, en poco tiempo, Mr. Peel se vio sin un sirviente que le hiciera la cama o le trajera agua del río." Compadezcamos a Mr. Peel, quien tuvo que hacerse su cama solo porque no se dio cuenta de que, en tanto los trabajadores tengan acceso a los propios medios de producción —en este caso la tierra— no trabajarán para nadie.

Y lo que es cierto, para quienes la tierra es el medio de producción, es también cierto para los que el medio de producción son su taller y herramientas. Mientras esos obreros puedan usar lo suficiente para sacar productos que vendidos les den lo suficiente para vivir, tampoco trabajarán para nadie. ¿Por qué habían de hacerlo?

Es solamente cuando los trabajadores no son dueños de la tierra ni de las herramientas —solamente cuando han sido separados de estos medios de producción— cuando van a trabajar para otros. Y no es porque quieran hacerlo, sino porque *tienen* que hacerlo con objeto de obtener el dinero preciso para comprar alimentos y ropas y pagar el albergue en que viven. Despojados de los medios de producción, los obreros no tienen donde escoger: han de vender lo único que se les deja, su capacidad para trabajar: su fuerza de trabajo.

La historia de cómo se consiguió la cantidad de trabajo necesaria para la producción capitalista debe ser entonces la historia de cómo se privó a los obreros de sus medios de producción: "Por consiguiente, el proceso que despeja el camino al sistema capitalista no puede ser otro que el proceso que transforma, de un lado, los medios

sociales de subsistencia y de producción en capital; de otro, a los productores inmediatos (los obreros) en trabajadores a jornal... El productor inmediato, el obrero, sólo puede disponer de su propia persona después que ha cesado de estar dedicado al suelo, y ha cesado de ser el esclavo, siervo o arrendatario de otro. Para llegar a ser un vendedor libre de su fuerza de trabajo, que lleva su producto dondequiera que encuentre un mercado, debe haber escapado del régimen de los gremios, de su reglas para aprendices y jornaleros y de los impedimentos de sus regulaciones laborales... Estos nuevos hombres libres han venido a ser vendedores de sí mismos, sólo después de que han sido despojados de todos sus medios propios de producción y de todas las garantías de existencia proporcionadas por los antiguos arreglos feudales. La historia de esto, su expropiación, está escrita en los anales de la Humanidad con letras de sangre y fuego".

Fue en Inglaterra donde el capitalismo en gran escala se desarrolló primero y, por eso, sus orígenes son más claros allí. Hemos visto en los capítulos anteriores cómo las limitaciones y las rentas abusivas del siglo XVI echaron a muchos campesinos de las tierras a los caminos, donde se convirtieron en mendigos, vagabundos o ladrones. Fue entonces cuando se creó una clase trabajadora, sin propiedades.

Las limitaciones aparecieron otra vez en el siglo XVII y primera parte del XIX, pero mucho más extensa y, así, el ejército de infortunados sin tierra que tenían que vender su fuerza de trabajo por jornales, también aumentó de manera tremenda. Las limitaciones del siglo XVI afrontaron una gran resistencia, no sólo de los desposeídos, sino también del Gobierno, temeroso de las violencias por parte de las masas obligadas a morirse de hambre; mas, a las del siglo XVIII, se les dio una forma legal. Leyes limitativas hechas por un Gobierno de grandes terratenientes y para los terratenientes estuvieron a la orden del día.

El trabajador con tierras se transformó en el trabajador sin tierras y dispuesto, por consiguiente, para ir a la industria como asalariado.

Aunque las "limitaciones" fue lo más típico de Inglaterra, también tuvo lugar en menos extensión en el Continente. Una prueba de esto aparece en la siguiente queja de los campesinos de Cheffes, en Francia, a sus diputados en los Estados Generales de 1790: "Los residentes de Cheffes, en Anjou, tienen el atrevimiento de presentar a Uds... sus deseos, demandas y quejas, con respecto a las comunas (tierras tenidas en común) de su parroquia (jurisdicción), de la cual ciertos individuos, ricos o pobres o codiciosos, han tomado posesión, injustamente... La comunidad de esta parroquia... ha sido privada de aquéllas por un fallo del Consejo, dando en favor de los señores de Cheffes... Los residentes sólo disponen de dichas tierras sin auxilio y reducidos a extrema pobreza. Un nuevo sistema creado por los economistas pretende hacer ver al pueblo que las comunas no son buenas para la agricultura; poderosos señores, hombres con dinero, se han enriquecido con los despojos de las parroquias del país, invadiendo sus tierras comunes... Nada más precioso para ciertas parroquias que los pastizales; sin ellos, el cultivador no puede mantener el ganado, y, sin ganado, no tiene estiércol y ¿cómo puede esperar buenas cosechas sin el abono?"

La pérdida de sus derechos tradicionales, de lo cual se quejaban estos campesinos franceses, afectó también a los campesinos ingleses muy severamente. Para que los cultivos tengan éxito, debe proveerse a la manutención de los animales. Cuando el campesino perdió sus derechos a la comuna, este hecho le significó un desastre. Naturalmente, se encolerizó contra los Señores Feudales que le privaron de esos derechos, y contra el Gobierno, que hizo cumplir las medidas que lo desalojaron de la tierra. Su resentimiento se reflejaba en esta pequeña rima popular de aquellos tiempos:

La ley encadena al hombre o la mujer
Que roba un ganso de la comuna;
Pero deja suelto al más villano
Que le roba la comuna al ganso.

No piense el lector que los terratenientes estaban expulsando a los campesinos de las tierras para suministrarle una fuerza de trabajo a la industria. Nunca se les ocurrió eso. Lo único que les interesaba era obtener las mayores utilidades a expensas de la tierra. Si les hubiera valido más dinero no cerrar, pues no hubieran cerrado. Pero, por el contrario, les representaban más dinero a las "limitaciones" que dejar las tierras disponibles. Arthur Young, en su recorrido a través de Shropshire, en 1776, señala esto: "Las rentas devengadas por las limitaciones son generalmente duplicadas. A tres millas de Daventry, hay, en Bramston una "limitación" hace sólo un año... El campo abierto rendía al propietario de 6 chelines a 10 ch. el acre; pero ya, encerrado, paga de 20 ch. a 30 ch."

Quizá el ejemplo más infame del arrebato de las tierras a los desventurados trabajadores que siempre habían vivido en ellas, es el de la duquesa de Sutherland, en Escocia. Marx cuenta la historia así: "Donde no hay ya campesinos independientes que expulsar, comienza la "limpieza" de las parcelas; así que los agricultores no encuentran en el suelo cultivado por ellos ni aun el lugar necesario para tener su casa... Como un ejemplo del método aplicado en el siglo XIX, la "limpieza" realizada por orden de la duquesa de Sutherland es suficiente. Esa dama, bien instruida en economía, resolvió cambiar la comarca entera, cuya población había sido, mediante procesos anteriores de la misma clase, reducida a 15 mil almas, trocándola en una dehesa de ovejas. De 1814 a 1820, esas 15 mil personas, unas tres mil familias, fueron sistemáticamente perseguidas y desarraigadas. Todas sus aldeas fueron destruidas y quemadas y todos sus campos convertidos en pastizales. Los soldados ingleses efectuaron el

desahucio y pelearon con los campesinos. Una mujer anciana murió quemada viva al ser incenciada su choza, que rehusó abandonar. De esa manera la elegante dama se apropió de 794 mil acres de tierra, que, desde tiempo inmemorial, habían pertenecido al clan (tribu)".

Desde el siglo XVI hasta los principios del XIX, en Inglaterra el proceso de privar al campesino de la tierra continuó. En Francia, la clase del pequeño terrateniente campesino creció; pero, en Inglaterra, donde el capitalismo industrial se desenvolvió más rápidamente que en ninguna parte, la misma clase fue casi completamente barrida. El Dr. R. Price, un escritor del siglo XVIII, narra lo que pasó: "Cuando esta tierra quede en manos de unos pocos grandes agricultores, la consecuencia ha de ser que los pequeños agricultores se convertirán en un cuerpo de hombres que ganen la subsistencia trabajando para otros... Las ciudades y fábricas aumentarán, porque más personas se desplazarán hacia ellas, en busca de lugares y empleos... su conjunto, las condiciones de los estratos inferiores humanos serán alteradas en todos sentidos, siempre para lo peor. De pequeños ocupantes de la tierra, se verán reducidos al estado de jornaleros y asalariados".

Esa es una exposición exacta del caso. Forzados a salir de sus tierras, a capas inferiores de la sociedad, tuvieron que ser jornaleros. Las "limitaciones", entonces, fueron uno de los principales medios que hicieron disponible el necesario abastecimiento de trabajo. Pero hubo otros medios. Uno de ellos no fue tan espectacular como era obvio, pero afectó a mucha gente. Fue el sistema de factorías que finalmente divorció al trabajador de los medios de producción en la industria, como ya había sido divorciado de la tierra.

En los Diarios de la Cámara de los Comunes de 1806, el Informe del comité nombrado para "considerar el Estado de la Manufactura de la Lana en Inglaterra, expresa que, "por largo tiempo", ha habido unas cuantas fá-

bricas en la vecindad... a que fueron objeto de celos por los Pañeros Domésticos. Se han expuesto las más serias aprensiones... por miedo de que el sistema de Factorías gradualmente desarraigue el Doméstico; y por miedo a que el pequeño Maestro Manufacturero independiente, que produce por cuenta propia, se hunda en el trabajo a jornal".

Lo que eran "serias aprensiones" en este Informe de 1806 fue realidad más tarde. Fácilmente se puede ver por qué. El sistema de fábricas, con su maquinaria de vapor, y la división del trabajo, podía entregar los productos acabados más rápido y más barato que los obreros manuales. En la competencia entre el trabajo a máquina y el trabajo a mano, el primero había de ser el triunfador. Y triunfó. Y millares de "pequeños Maestros Manufactureros independientes" (independientes porque eran dueños de sus herramientas, sus medios de producción) descendieron a la posición de "trabajar por un jornal". Muchos de ellos sufrieron hambre por largo tiempo antes de someterse, pero, al fin, tuvieron que hacerlo.

Otro Informe a la Cámara de los Comunes, del Asistente de los Comisionados de los Tejedores Manuales, en 1840, contiene esta evidencia demostrativa de por qué fue inútil que los tejedores a mano persistiesen en sus obsoletos medios de producción: "La competencia, la gran causa de la reducción de jornales... al intentar ganar la competencia vendiendo cada uno más barato que el otro, ha producido grandes cambios. El oficio del tejedor, quien ayudado por su familia u otros, hacía solamente unas pocas piezas, ha sido absorbido por los grandes fabricantes. Muchos de los que fueron maestros se vieron reducidos a jornaleros; la pobreza los desposeyó de todo".

Tal vez la prueba más convincente del hecho de que el obrero manual fue vencido por la baja de precios debido a la competencia de la máquina, la da este extracto del famoso libro de Philip Gaskell, publicado en 1836: "Desde la introducción del vapor, un cambio muy extra-

ordinario y muy doloroso se ha efectuado en la condicion del tejedor manual, de cuya labor puede decirse, justamente, que ha sido aplastada por la máquina de vapor... Los precios pagados por tejer una clase particular de paño, según lo muestra la siguiente tabla, expondrán la extraordinaria depreciación que ha tenido lugar en el valor de estas especies de trabajo:

1795	39/9
1810	15/0
1830	5/0

"Y esto no es un ejemplo aislado, sino de todo el trabajo relacionado con la manufactura textil a mano".

Esa declinación en los precios pagados por los tejidos a mano dice la triste historia. No pudiendo ya ganarse la vida por más tiempo, el tejedor vendió (si pudo) su telar, es decir, sus medios de producción. Su próximo paso fue colocarse en la línea de hombres frente a la oficina de empleos de la fábrica, donde se le unieron trabajadores de otros oficios, que habían sufrido la misma experiencia. Así, la producción mecánica, que no podía adelantar sin disponer de una gran reserva de fuerza de trabajo, se aseguró todo el que necesitaba, arruinando el artesano manual. Y, así, vino también a existir la clase de trabajadores desposeídos la cual, con acumulación del capital, fue esencial para el capitalismo industrial.

Cuando ocurrió la revolución en los modos de producción y cambio, la cual hemos llamado el tránsito del feudalismo al capitalismo, ¿qué aconteció a la vieja ciencia, al viejo Derecho, al viejo Gobierno, a la vieja educación, a la vieja religión? Cambiaron también, tenían que cambiar. La práctica del Derecho, modelo 1800 D.C., era completamente diferente de la práctica del Derecho modelo 1200 D.C. Lo mismo pasó con la enseñanza religiosa. Un mundo dominado por los comerciantes, los manufactureros y los banqueros, requería una serie de preceptos

religiosos, diferentes de los del mundo dominado por los clérigos y los guerreros. En una sociedad donde el objeto del trabajo era meramente tener un medio de vida para uno y la familia, la Iglesia podía denunciar a los que lograban ganancias; pero en una sociedad en que la finalidad primaria del trabajo era el lucro, la Iglesia tenía que actuar de un modo distinto. Y, si la Iglesia Católica, engranada a una economía feudal, en la que el artesano solamente se ganaba la vida, no podía cambiar sus enseñanzas con bastante rapidez, adaptarse a una economía capitalista en la que se trabajaba por el afán de lucro, la Iglesia Protestante pudo hacerlo y lo hizo. La Iglesia Protestante se dividió en muchas sectas, pero en todas ellas en un grado u otro, el capitalismo interesado en adquirir y medrar, encontraba buena acogida.

Veamos los Puritanos, por ejemplo. Mientras los legisladores católicos advertían que el camino de la riqueza podía ser también el camino del infierno, el Puritano Baxter decía a sus seguidores que a menos que aprovechasen sus oportunidades para hacerse ricos, no estaban sirviendo a Dios. "Si Dios os muestra una manera por la cual podéis legalmente ganar más que de otra (sin daño para vuestra alma ni para la de otros) y rehusáis esto y preferís la vía menos lucrativa, rehusáis uno de los fines de vuestro deber y el ser el servidor de Dios y rehusáis aceptar sus Dones y usarlos en su Nombre cuando así El lo desee; podéis trabajar para ser ricos, para Dios, aunque no para la carne y el pecado".

Veamos los Metodistas. Wesley, su famoso líder, pudo escribir: "No debemos impedir al pueblo ser diligente y frugal; debemos exhortar a todos los Cristianos para ganar todo lo que puedan y ahorrar todo lo que puedan, lo que, en efecto, es ser ricos".

Veamos los Calvinistas. La Reforma Protestante fue en el siglo XVI, la época en que las oportunidades para la acumulación de capital, tan necesario para la ulterior producción capitalista en gran escala, fueron mayores que

nunca antes. Las enseñanzas de Calvino fueron particularmente amoldadas al espíritu de empresa capitalista. Donde la Iglesia Católica proclamó que veía con sospecha al comerciante cuyo afán de lucro era un pecado, el Protestante Calvino escribió: "¿Qué razón hay para que el ingreso de los negocios no sea mayor que el del cultivo de la tierra? ¿De dónde viene la ganancia del comerciante si no es de su diligencia y de su industria?" No nos extrañemos de que el Calvinismo llegase a ser el credo de la naciente burguesía.

En los Estados Unidos se conoció mejor a los Puritanos, los partidarios de Calvino que se establecieron en la Nueva Inglaterra. Los libros norteamericanos de Historia cantan alabanzas de aquella vigorosa secta, el objeto de cuya vida era la glorificación de Dios. Sabemos cómo tendieron a ese fin llevando una vida disciplinada en la cual el trabajo esforzado y el ahorro eran lo deseable y el lujo, la extravagancia y la ociosidad lo indeseable. Pensemos un momento sobre esto, desde un ángulo diferente. ¿Qué cualidades pueden ser más apropiadas para un sistema económico en el que la acumulación de riquezas, de un lado y los hábitos constantes de trabajo, de otro, fueron las piedras fundamentales, de esos mismos ideales religiosos convertidos en práctica diaria por los seguidores de Calvino? Fue mejor cristiano aquel hombre cuyas actividades fueron las más adecuadas a la adquisición de riqueza, al espíritu del capitalismo.

Benjamín Franklin es un ejemplo destacado de uno en quien ese espíritu estuvo más vivo. En su *Almanaque del pobre Ricardo* puso en simples frases hogareñas la clave Puritana para la mejor vida del virtuoso:

> "Ningún hombre fue glorioso, si no fue laborioso.
> "Esperanzas de ganar, menos llorar.
> "Cuida tu tienda y tu tienda te cuidará".

Y en sus *Consejos a los Jóvenes Comerciantes*:

"En resumen, el camino de la riqueza si Ud. lo desea, es tan llano como el camino al mercado. Depende principalmente de dos palabras: *industria* y *frugalidad*; esto es, no desperdiciar ni *tiempo* ni *dinero*. El que gana todo lo que puede, honradamente, y ahorra todo lo que puede, ciertamente llegará a *rico*".

Este es el espíritu capitalista. Para los calvinistas, esa enseñanza no fue un consejo en el sentido ordinario del vocablo, sino un ideal de conducta cristiana. El mejor medio para trabajar por la gloria de Dios, fue poner en práctica esa enseñanza.

La próxima vez que alguien diga que "es de la naturaleza humana" el afán de lucro, se le podrá demostrar cómo este afán devino "naturaleza" humana. Muéstrele cómo ahorrar e invertir, prácticamente desconocidos en la sociedad feudal, lentamente se convirtieron en lo que hay que hacer en la sociedad capitalista, para la gloria de Dios. De manera que cuando llegó el siglo XIX, "Ahorrar e invertir se convirtieron inmediatamente en el deber y la delicia de una extensa clase. Raramente se retiraban los ahorros y, así, acumulándose con interés compuesto, hicieron posibles los triunfos materiales a los que estamos acostumbrados. La moral, la política, la literatura y la religión de la época se unieron en una gran conspiración para promover el ahorro. Dios y Mammon se reconciliaron. Paz en la Tierra a los hombres de buenos recursos. Un rico puede, después de todo, entrar en el Reino de los Cielos, si sólo ha ahorrado".

La acumulación de capital, que vino del comercio, más la primitiva existencia de una clase trabajadora desposeída, marcó el principio del capitalismo industrial. El sistema de fábricas resultó de la acumulación de mayores riquezas. Los propietarios de éstas hicieron creer que era suyo el Reino de los Cielos si ellos ahorraban y volvían a invertir sus ahorros, reinvirtiendo su capital otra vez en las fábricas. Así fue cómo el sistema moderno, tal como lo conocemos, llegó a ser.

CAPITULO XV

LA REVOLUCION EN LA INDUSTRIA, LA AGRICULTURA Y LOS TRANSPORTES

Los periódicos de hace 150 años no publicaban dibujos de "Créalo o No Lo Crea", con su historia gráfica de acontecimientos increíbles. Si lo hubieran hecho, el *Birmingham Gazette*, del 11 de marzo de 1776, habría tenido donde colocar esta asombrosa noticia: "El viernes pasado una Máquina de Vapor construida sobre los nuevos principios de Mr. Watt, fue puesta a trabajar en la Carbonera de Bloomfield couseri... en Presencia de un Número de Caballeros Científicos cuya Curiosidad fue excitada por ver los primeros movimientos de una Máquina tan singular y poderosa... por este Ejemplo las Dudas de los Inexpertos son disipadas y la Importancia y Utilidad de la Invención finalmente decidida. (Fue) inventada por Mr. Watt... después de muchos Años de Estudio y una gran variedad de costosos y laboriosos experimentos".

Para 1800 la "Importancia y Utilidad de la Invención" de Mr. Watt era tan clara para los ingleses que ya estaba en uso en 30 minas de carbón, 22 minas de cobre, 28 fundiciones, 17 cervecerías y 84 telares de algodón.

La invención de las máquinas para hacer el trabajo del hombre era una historia muy vieja. Pero al adaptarse la maquinaria al vapor, vino un importante cambio en el método de producción. Porque el advenimiento de las máquinas de vapor significó el auge del sistema de fábricas en gran escala. Se puede tener fábricas sin máquinas,

pero no se puede tener máquinas movidas por el vapor, u otra fuerza, sin fábricas.

El sistema manufacturero, con su eficiente organización y división del trabajo, en gran escala, representó un tremendo aumento en la producción. Los artículos salían de las manufacturas en grandes cantidades. Este incremento de la producción fue debido en parte al capital que se abría comprando "la fuerza de trabajo" y en parte a una mayor demanda del consumidor. La apertura de nuevos mercados en los países recién descubiertos fue una causa importante de esa demanda creciente. Hubo otra. Los productos de fábrica estaban encontrando un mercado doméstico, igual que un mercado extranjero. Consecuencia del auge de la propia población de Inglaterra.

Los historiadores discutían si el notable aumento demográfico inglés en el siglo XVIII fue resultado de un aumento en la natalidad o de una baja en la mortalidad. Aunque ambos motivos fueron verdaderos, el descenso de la mortalidad fue más importante. ¿Pero por qué ocurrió esto? Posiblemente por los adelantos de la Medicina, lo cual significaba que vivían más personas que, antes, hubieran muerto. Los registros de los pacientes en el Hospital de Maternidad de Londres muestran una reducción casi increíble en la mortalidad de madres y niños allí:

Proporción de muertes	*1749-58*	*1799-1800*
Mujeres	1 en 42	1 en 914
Niños	1 en 15	1 en 115

Estas cifras lo dicen todo. Antes de 1700, el incremento de población en Inglaterra fue de un millón de almas, aproximadamente, cada cien años. Mas, entre 1700 y 1800, ese aumento fue de ¡tres millones de personas!

Quizá otra causa de este aumento de la población fue el hecho de que el pueblo estaba mejor alimentado, debido a las asombrosas mejoras de la agricultura: mejoras que fueron en sí mismas, en cierta medida, consecuencia

del crecimiento de la población. Así como hubo una revolución industrial, también hubo una revolución agrícola.

Mencionad la fecha de "1649" a un escolar inglés y contestará sin vacilar: "Muerte de Carlos I". En modo alguno se le ocurriría decir: "Introducción de los nabos y otras plantas, desde Holanda". Pero ¿por qué iba a ocurrírsele eso? ¿Por qué los nabos tenían tanta importancia?

Baste mirar la tabla mostrando el sistema de tres campos que aparece en la página 5. Una tercera parte de la tierra, en barbecho, era un tremendo derroche. La introducción de los nabos y del trébol significó que el problema de recuperar las tierras quedó resuelto. Un sistema cuádruple consistente en

Primer año — Trigo
Segundo año — Nabos
Tercer año — Cebada
Cuarto año — Trébol

era una mejora muy necesaria. Y probó que la tierra no tenía por más tiempo que "cansarse" con la siembra de dos cosechas sucesivas de maíz. Y también probó que el derroche de dejar la tierra en barbecho podía evitarse.

La introducción de nabos y trébol no solamente limpió el suelo, sino que también resolvió el problema de proveer alimentos en invierno para el ganado. El que anteriormente tenía que ser sacrificado y salado para disponer de carne en el invierno, ahora podía mantenérsele vivo.

También se hicieron en esta época experimentos para mejorar la calidad ganadera. Y que tuvieron éxito lo muestra esta tabla del peso promedio de los animales vendidos en el mercado de Smithfield, antes y después de la alimentación científica.

Principios del siglo XVIII		*Fines del siglo* XVIII
Reses	370 libras	800 libras
Terneros	50 libras	148 libras
Ovejas	28 libras	80 libras

Y, así como se perfeccionaron las herramientas y maquinaria utilizadas en la industria, en el siglo XVIII aparecieron nuevos y mejores arados, azadones, etc., introducidos en la agricultura.

Fue el "movimiento de las 'limitaciones' ", tan terrible en sus efectos para los desposeídos, lo que hizo posible todas estas notables mejoras en la técnica agrícola, en la ciencia y las herramientas, para ser adoptadas en gran escala. Lo que no hubiese podido ocurrir con la vieja organización del campo abierto y comunas a la disposición de todos.

El crecimiento de la población mostró que la agricultura podía ser provechosa. Los grandes terratenientes que buscaban utilidades, en estos tiempos, hicieron inversiones de capital en sus fincas y el resultado fue más y mejores alimentos, lo cual, a su vez, causó el incremento demográfico.

Las revoluciones en la industria y la agricultura fueron acompañadas por una revolución en los transportes. Producir más artículos a mayor velocidad, y más y mejores cosechas, de nada servía a menos que unos y otras pudieran ser llevados al pueblo que los necesitaba. Los caminos eran malos, tanto que el Marqués de Downshire, a mediados del siglo XVIII, al viajar, llevaba consigo un grupo de trabajadores que hicieran las necesarias reparaciones en la ruta y sacaran a su coche del fango, pues de lo contrario no habría podido hacer la jornada. Lo que era meramente una molestia para el Marqués, era imposible para el fabricante ansioso de satisfacer las demandas de un creciente mercado. Se necesitaba transportes baratos, rápidos y regulares. Y se les necesitaba también para aquellas manufacturas que querían aprovechar los beneficios

que se derivaban de concentrar la producción en una zona de condiciones especiales, por ejemplo, la de algodón en Lancashire.

Por consiguiente, fue en el siglo XVIII cuando comenzó la mejora de los caminos y la construcción de canales. La carretera de macadam, obra del ingeniero John McAdam, fue una realidad en los comienzos del siglo XIX y fue seguida por el ferrocarril y el buque de vapor. Mientras, se profundizaba el lecho de los ríos y se excavaban canales.

La revolución en los transportes no sólo hizo posible para el mercado doméstico ampliarse en cada dirección, sino que también permitió que el mercado mundial se hiciera doméstico. El crecimiento de la población, la revolución en los transportes, la industria y la agricultura, estuvieron interrelacionadas. Cada una actuó y reaccionó sobre las otras. Estas fueron las fuerzas que construían un mundo nuevo.

CAPITULO XVI

"LA SEMILLA QUE TU SIEMBRES, OTRO LA COSECHARA..."

Oído al vuelo en un autobús, en la Quinta Avenida de Nueva York: "¡Dios mío! ¡Más *piquetes*! Estoy enferma y harta de estos huelguistas paseando arriba y abajo frente a las tiendas y fábricas, con sus carteles del Trabajo Organizado... ¿Por qué el Gobierno no los encierra en la cárcel?"

La indignada dama que hacía esta observación no sabía lo que decía. Pensaba tener una solución fácil para un problema simple. Pero estaba completamente equivocada. Su solución era intentar, una vez y otra, lo que no constituía solución alguna. En Inglaterra, hace más de cien años, un magistrado escribió al Ministro del Interior exponiéndole sus planes para aplastar una huelga: "Las medidas que yo propongo tomar son aprehender a los hombres que hayan dejado su empleo y enviarlos al 'molino de ruedas' (prisión)".

Exactamente, lo que la dama sugería, fue escrito en 1830. ¿Con qué resultado? Que la señora conteste.

Lo que tanto el magistrado en el siglo XIX como la dama en el XX no parecían comprender era que los obreros no formaban líneas de "piquetes" porque les gustase pasear de arriba para abajo llevando carteles; ni que estuviesen en huelga, porque no quisieran trabajar. Las causas eran más profundas. Para descubrirlas debemos volver a la Historia de Inglaterra, porque fue allí donde la Revolución Industrial estalló primero.

Es bien conocido el hecho de que pueden hacerse estadísticas para no probar nada. Nunca las estadísticas describieron más falsamente lo que acontecía realmente que en el período de la infancia de la Revolución Industrial en Inglaterra. Cada tabla de cifras mostró enormes progresos. La producción de algodón, hierro, carbón y otras cosas, se decuplicó. El volumen de ventas, la cantidad de éstas; las utilidades de los propietarios, subieron hasta el cielo. El que lea esas cifras quedará atónito. Inglaterra debe haber sido ese paraíso de los escritores de canciones de que siempre se ha hablado. Y lo fue para unos cuantos.

Mas, para la mayoría, lo fue todo menos un paraíso. En términos de felicidad y bienestar de los trabajadores, esas entusiastas estadísticas dicen mentiras horribles. Un escritor señala este pasaje en un libro publicado en 1836: "Más de un millón de seres humanos están literalmente muriéndose de hambre y el número está en constante aumento... Es una nueva Era en la historia del comercio, de la que un activo y creciente comercio debe ser el índice, no para mejorar la condición del trabajador y de su clase, sino para su pobreza y degradación. Esa es la Era a que la Gran Bretaña ha llegado".

Si una figura imaginaria, como un marciano (Hombre de Marte), hubiese aparecido de súbito en la atareada Isla de Inglaterra, habría pensado que los habitantes de la Tierra estaban todos locos. Pues habría visto, de un lado, la gran masa del pueblo trabajando duramente para regresar de noche a sus chozas, malas aun para cerdos; y del otro, unas pocas personas que jamás mancharon sus manos con el trabajo y, sin embargo, eran las que hacían las leyes que gobernaban a todos, y vivían como reyes, cada una en su propio palacio.

Había, en verdad, dos Inglaterras. Disraeli las presentó en su obra *Sybil*. "Dos naciones, entre las cuales no hay intercurso ni simpatía; que cada una ignora de la otra las costumbres, los pensamientos y los sentimientos, como si estuvieran viviendo en mundos distintos o fueran habi-

tantes de distintos planetas; que están formados en diferente educación, se alimentan con alimentos diferentes; son ordenados de distintas maneras y no son gobernados por las mismas leyes...

"Usted habla de... dijo Egremont, vacilando...

"EL RICO Y EL POBRE".

La división no era nueva. Pero, con el advenimiento de la maquinaria y del sistema de fábricas o fabril, la línea de separación se hizo más marcada que nunca. El rico fue más rico y el pobre, separado de los medios de producción, fue más pobre. En la mayor miseria estaban aquellos artesanos que se habían ganado decentemente la vida y, ahora, por la competencia con los artículos hechos a máquina, estaban en la mayor penuria. Puede tenerse una idea de lo desesperado de su situación, por la evidencia de uno de ellos, el tejedor manual Thomas Heath:

"Pregunta. —¿Tiene usted hijos?

Respuesta. —No. Tenía dos, pero ambos murieron, gracias a Dios...

P. —¿Se alegra usted de la muerte de sus hijos...?

R. —Sí, me alegro y doy gracias a Dios, que así me alivió de la carga de mantenerlos y ellos, pobres y queridas criaturas, fueron aliviados de esta vida mortal".

Cualquiera convendrá en que un hombre que habla de esta manera, tiene que estar profundamente hundido y miserable.

¿Y qué de aquellos que, reducidos al hambre absoluta, no pudieron sostenerse más tiempo contra la máquina y finalmente entraron en la fábrica? ¿Cuáles eran las condiciones en aquellas primeras fábricas?

La nueva maquinaria, que pudiese haber aligerado el trabajo, la hizo peor. Para los propietarios de la planta, las máquinas representaban tanto capital que no se las podía dejar ociosas, así éstas debían estar siempre trabajando y trabajando. Además, los inteligentes propietarios sabían que todo lo que se pudiese obtener de la máquina

era esencial tenerlo pronto, porque con las nuevas invenciones podía hacerse anticuada. Por ello, las horas fueron largas. No se desconocía el día de dieciséis horas. Cuando se consiguió los dos turnos de doce horas, los obreros vieron el cambio como una bendición.

Sin embargo, las largas horas de trabajo no eran demasiado malas. Porque los obreros estaban acostumbrados a ellas. En sus propias casas, bajo el sistema doméstico, habían trabajado mucho. La verdadera dificultad fue la de aprender a habituarse a la disciplina de la fábrica. Comenzar a una hora determinada, terminar a otra, comenzar otra vez, marchar con los movimientos de la máquina, siempre bajo el dictado y la estricta supervisión del omnipresente jefe, eso era lo nuevo. Y eso era lo difícil.

Los hilanderos de un taller próximo a Manchester tenían que trabajar catorce horas diarias, en una temperatura de 80 a 84 grados (Fahrenheit), sin que se les permitiese enviar por agua para beber. Y, además, estaban sujetos a las siguientes penalidades:

Al hilandero que se le encuentre con la ventana abierta	1 chelín
Al hilandero que se le encuentre suciedad en su trabajo	1 „
Al hilandero que se le encuentre lavándose ...	1 „
Al hilandero que esté reparando su cilindro con el gas encendido	2 „
Al hilandero que trabaje con luz de gas demasiado tiempo por la mañana	2 „
Al hilandero que se le oiga silbar	1 „

Esto parece fantástico, pero fue cierto y no es un caso aislado. La mayoría de los males que hoy se asocian solamente con el "sweatshop" (o sea el taller en que un trabajo excesivo se paga ínfimamente) o con las comunidades muy atrasadas, como el que se le abona el jornal con "vales" o tener que comprar en la tienda de la empresa

o vivir en una casa de ésta, fueron familiares a los obreros en el período del primer industrialismo.

Los capitalistas pensaron que podían hacer lo que quisieran con lo que "creían" que les pertenecía. No distinguían entre sus "trabajadores" y sus máquinas. Claro que no es del todo cierta esta afirmación. Ya que las máquinas representaban una inversión de dinero y los hombres no. Les preocupaba más pues el bienestar de la máquina que el del obrero. Pagaban jornales tan bajos como era posible y estaban en el mercado para adquirir tanto poder de trabajo como pudieran, a un costo todo lo reducido que fuera posible. Como las mujeres y los niños podían atender las máquinas y se les pagaba menos que a los hombres, se daba labor a mujeres y niños, mientras el hombre permanecía a menudo ocioso en casa. Al principio, los propietarios de fábricas le compraron el trabajo de los niños desamparados a los Guardianes de los Pobres. Más tarde, porque las ganancias del padre y de la madre obreros no eran suficientes para sostener a la familia, los niños que vivían en el hogar tenían que entrar en los talleres o en las minas. Los horrores del industrialismo en ninguna parte fueron mejor revelados que en los registros del trabajo infantil en aquellos primeros días.

Hablando ante un comité del Parlamento (inglés) en 1816, Mr. John Moss, quien había sido maestro de aprendices en un telar de algodón, dio la siguiente evidencia acerca de los niños de la parroquia que fueron obligados a trabajar en las fábricas.

"¿Eran aprendices de la parroquia? —Todos, de distintos lugares.

"¿A qué edad fueron llevados al trabajo? —Los que procedían de Londres eran de siete a once años. Y los que vinieron de Liverpool, de ocho o diez años a quince.

"¿Hasta qué período (edad) fueron aprendices? —Hasta los veintiún años.

"¿Cuáles eran las horas de trabajo? —De cinco de la mañana a ocho de la noche.

"¿Fueron quince horas diarias las regulares de trabajo? —Sí.

"¿Cuando paraban para reparar la maquinaria, o por falta de algodón, trabajaban los niños después para ganar las horas perdidas? —Sí.

"¿Se sentaban o permanecían de pie los niños para trabajar? —De pie.

"¿Todo el tiempo? —Sí.

"¿Había asientos en el taller? —Ninguno. Yo encontré frecuentemente a niños desplomados en el piso del taller, después de la hora en que debían estar en cama.

"¿Fue algún niño lesionado por la maquinaria? —Con mucha frecuencia".

Otra vez, en 1833, los Comisionados de Su Majestad emitieron un Informe sobre el Empleo de los Niños en las Fábricas. En ese documento, se incluye la evidencia de Thomas Clarke, de 11 años, quien ganaba cuatro chelines semanales, con la ayuda de su hermano, en un telar. He aquí parte de lo que declaró: "Siempre nos amarraban, si nos quedábamos dormidos... Castles empleaba una cuerda tan gruesa como mi pulgar, la doblaba y le hacía nudos... Yo acostumbraba ir a la fábrica un poco antes de las seis de la madrugada, algunas veces a las cinco, y trabajaba hasta las nueve de la noche... Un día trabajé toda la noche... Nosotros escogimos esa labor por nosotros mismos, porque queríamos tener algo para gastar... Habíamos estado trabajando desde las seis de la mañana el día antes. Y fuimos a trabajar hasta las nueve de la siguiente noche... Yo estoy ahora en la cordelería... Puedo ganar cuatro chelines... Mi hermano turna por mí. Sólo tiene siete años. No le doy nada... Si no fuese mi hermano, le daría un chelín todas las semanas... Yo lo llevo conmigo a las seis y está allí hasta las ocho...".

Mas entendamos bien: el trabajo de los niños no era nada nuevo. Recuérdese la descripción del *sistema doméstico* que hace Defoe en el Capítulo X. Pero entonces la labor infantil era auxiliar de la de sus padres y ahora

fue el fundamento de un nuevo sistema. Anteriormente, los niños trabajaban en sus propios hogares, bajo la mirada paternal, con horas y condiciones fijadas por la familia; ahora lo hacían en fábricas, bajo los ojos de un jefe cuya propia labor dependía de cuanto pudiera sacar de aquellos pequeños cuerpos, con las horas y condiciones señaladas por el propietario del taller, sediento de ganancias. Hasta los esclavistas de las Antillas podrían tomar lecciones de las largas horas de trabajo de los niños. Uno de ellos, hablando a tres propietarios de Bradford, les dijo: "Siempre he considerado que es una desgracia para mí ser dueño de esclavos; pero nunca, en las Antillas, pensamos que fuese posible un ser humano tan cruel que demandase de un niño de nueve años trabajar doce y media horas diarias. Y eso, ustedes lo saben, es aquí una práctica regular".

El negrero pudiese haber hecho otra comparación. Malas como eran las viviendas de los esclavos, lo mismo en las Antillas que en el Sur, podía discutirse que, en algunos aspectos, no eran peores que las casas de los obreros en las nuevas poblaciones fabriles. Con el empleo del vapor, no fue necesario por más tiempo que el lugar de la fábrica estuviese situado cerca de los saltos de agua, como antes. La industria se trasladó a las inmediaciones de las zonas carboníferas y así, lugares sin ninguna importancia se convirtieron en poblaciones y poblaciones más antiguas se trocaron en ciudades. En 1770, la población rural de Inglaterra era el 40 por ciento del total. En 1841, éste había descendido al 26 por ciento. Las cifras del crecimiento de ciudades muestran lo que acontecía:

	1801	*1841*
Manchester	35,000	353,000
Leeds	53,000	152,000
Birmingham	23,000	181,000
Sheffield	46,000	111,000

Los nombres son bien conocidos: ciudades inglesas famosas, productoras de artículos famosos. Artículos hechos por obreros que tenían alojamientos oscuros, insalubres, congestionados de personas, sórdidos. Nassau Senior, célebre economista, paseó por parte de Manchester en 1837 y describió lo que sus ojos vieron: "Estas ciudades, pues por su extensión y número de habitantes son ciudades que han sido construidas con el más absoluto desprecio de todo, excepto la ventaja inmediata del especulador en edificios... En un lugar, encontramos una calle entera siguiendo el curso de una zanja, porque así podían tenerse sótanos más profundos, sin el costo de excavaciones y sótanos que estaban destinados no a mercancías o basuras, sino a residencia de seres humanos. *Ni una casa de esta calle escapó a los estragos de la epidemia del cólera.* En general, las calles de estos suburbios no tienen pavimentación y en medio hay un estercolero o una zanja. Las casas son construidas pegadas unas a las otras, sin ventilación o drenaje y familias completas están limitadas a la esquina de un sótano o a una buhardilla".

Nótense las palabras subrayadas en la cita anterior. El efecto de tales condiciones de albergue, sobre la salud del pueblo pobre que tenía que vivir allí, es evidente. La muerte y las enfermedades acechaban a los infortunados que tenían que residir en alojamientos tan faltos de salubridad como aquéllos. Las personas nacidas al otro lado de la población tenían realmente suerte, pues la longevidad es determinada por el lugar donde se viva, según el Informe del Dr. P. H. Holland, quien hizo una investigación en un suburbio de Manchester, en 1844: "Cuando precisamos que la mortalidad en una calle es cuádruple de la de otra y el doble en una clase de calles que en otra, y después encontramos que esa mortalidad es invariablemente alta en las calles en malas condiciones, y casi invariablemente baja en aquellas cuya condición es buena, no podemos resistir la conclusión de que multitudes de nuestros semejantes, *centenares de nuestros vecinos inmediatos*

son, anualmente, víctimas de la falta de las más evidentes precauciones".

¿Y cómo sentía la otra nación, la de los ricos, la destrucción de sus "vecinos inmediatos"? ¿Cuál fue la actitud de los acomodados hacia las condiciones de trabajo, las jornadas de 14 horas y el trabajo infantil? La mayoría no pensaba en estas cosas. Y cuando lo hacían, se consolaban con el pensamiento de que lo que era, tenía que ser. ¿No dice la Biblia: "A los pobres, siempre, tú los tendrás contigo?". Que la Biblia tenga otras cosas que decir sobre las relaciones del hombre y sus semejantes, no les molestaba; ellos leían sólo lo que querían ver; y escuchaban sólo lo que querían oír.

Por eso, algunas cosas que hoy nos parecen terribles, los ricos de aquella época las encontraban naturales y apropiadas. ¿Qué tenía de malo que los niños estuviesen fuera de la escuela, trabajando catorce horas cada día? ¡Tonterías!, dijo Mr. G. A. Lee, propietario de un telar de algodón en el que las horas de labor para los niños eran de seis de la mañana a ocho de la noche. Agregando: "Nada es más favorable a la moral que los hábitos de subordinación, desde muy temprano, a la industria y la regularidad".

A Mr. Lee le preocupaba la moral del pobre. Como también al presidente de la Real Sociedad, Mr. Giddy, quien se declaró contra la proposición de establecer escuelas elementales para los niños de la clase trabajadora. Este era el interesante argumento de Mr. Giddy: "Dar educación a las clases pobres laboriosas... resultaría perjudicial a su moral y su felicidad; les enseñaría a desdeñar su suerte en la vida, en vez de hacer de ellos buenos sirvientes en la agricultura y en otros empleos, a los que su posición en la sociedad les ha destinado... les capacitaría para leer panfletos sediciosos... les haría insolentes con sus superiores..."

Pero, si se cree a otro testigo del período, lejos de desdeñar su suerte, en la vida, los pobres tenían todos los

motivos para estar agradecidos a su vida. Sin duda alguna que fueron afortunados los participantes de ese espléndido regalo a la Humanidad que fue el sistema de fábricas. Al menos, esa era la creencia de Andrew Ure, quien, en 1835, escribió: "En mi reciente recorrido, he visto decenas de miles de personas, viejas, jóvenes y de mediana edad, de ambos sexos... comiendo alimentos abundantes, con buena ropa y buena vivienda, sin sudar por un solo poro, protegidos del sol en verano y de la helada en invierno, en apartamentos más aireados y saludables que los de la metrópoli, en la cual nuestra elegante aristocracia se reúne... magníficos edificios que sobrepasan por mucho, en número, valor, utilidad e ingeniosidad de construcción, a los famosos monumentos de Asia, Egipto y el despotismo romano... Ese es el sistema fabril..."

Es conveniente notar que el Dr. Ure sólo estaba recorriendo las fábricas. El no trabajó en ninguna.

Mucho antes de que el Dr. Ure comenzara a cantar sus alabanzas del sistema de fábricas, un sacerdote dio consuelo y ayuda a los miserables. Y no era un sacerdote cualquiera, sino el Archidiácono Paley. A los descontentos miembros de la clase trabajadora que creían que ellos estaban muy mal y los ricos muy bien, este distinguido clérigo llevó palabras de ánimo: "Además, algunas de las necesidades que la pobreza... impone no son penalidades, sino placeres. La misma frugalidad es un placer. Es un ejercicio de la atención y de la idea inventiva que... produce satisfacción... y se le pierde en medio de la abundancia. No hay placer en disponer de dinero, sin medida... Una ventaja todavía más importante que poseen las personas en posición inferior es la dificultad con que proveen para sus hijos. Todo lo que los hijos de un pobre requieren está contenido en dos palabras: industria e inocencia..."

Y, por si algunos de los estúpidos pobres eran demasiado testarudos para créer que la pobreza era realmente un placer, el Archidiácono tenía preparada otra admoni-

ción: los pobres envidiaban a los ricos su ocio. ¡Qué error! Era el rico quien era realmente envidioso, porque el ocio sólo es un placer después de un trabajo duro. He aquí el argumento del eclesiástico: "Otra cosa que el pobre envidia al rico es *el cómodo reposo*. Pues, en esto, se equivoca totalmente... El descanso es el cese del trabajo. No puede ser disfrutado, ni siquiera probado, excepto por los que conocen la fatiga. El rico ve, y no sin envidia, el alivio y el placer que el descanso ofrece al pobre..."

El Archidiácono Paley escribió estas confortadoras palabras en 1793, el año en que los pobres de Francia intentaban poner fin a los privilegios en su país. La Revolución Francesa fue sangrienta. No les gustaba a los ricos en Inglaterra, quienes odiaban el pensamiento de que ¡la horrible idea francesa de "corten cabezas"! pudiese cruzar el Canal de la Mancha e infectar sus propios tugurios. Por ello, este amigo de los pobres, el Archidiácono, advirtió a todos los pobres ingleses que se inclinaban a los excesos: "El cambio, y el único cambio, que debe desearse, es el de una gradual y progresiva mejoría... fruto natural de la industria con éxito... Puede aspirarse a esto en un estado de orden público y tranquilidad. Es absolutamente irrealizable en otro... Codiciar las fortunas o posiciones de los ricos, o aspirar a ser ellos, como deseo de apoderarse de sus personas por la fuerza, mediante el trastorno y la confusión públicos, no sólo es una iniquidad, sino una locura".

Los pobres ingleses aceptaron el consejo del eclesiástico y "no se apoderaron de las fortunas de los ricos". Pero, según pasó el tiempo, esperaron por la "gradual y progresiva mejoría" que él les prometió, como "fruto natural de la industria con éxito". No vino. Y, como consecuencia, decidieron luchar para lograrla.

Por ejemplo, reclamarón y pelearon por una jornada con menos horas de trabajo y les secundaron algunos ricos lo bastante humanos para convenir con ellos que la jornada de catorce o dieciséis horas era demasiado

larga. Algunos de esos ricos llevaron la controversia al Parlamento, donde pronunciaron discursos en favor de limitar las horas de labor a diez al día y persuadieron a otros diputados para votar con ellos una ley a ese efecto. Lo cual disgustó a numerosas personas, una de ellas el Dr. Ure, quien se sintió ofendido, por una interesante razón: "Ciertamente parecerá sorprendente a toda mente desapasionada que noventa y tres miembros de la Cámara de los Comunes sean capaces de votar por cualquier clase de artesanos adultos no tenga que trabajar más de diez horas diarias, pues ello constituye una interferencia con la libertad del súbdito que ninguna otra legislatura de la Cristiandad ha favorecido por un momento. Los manufactureros de Gloucestershire han calificado la proposición de "digna de las Edades más oscuras".

El Dr. Ure, al igual que el Archidiácono Paley, era un amigo de los obreros. Así él y los fabricantes de Gloucestershire se indignaron con la iniciativa, por entender que interfería con la libertad del obrero para trabajar todo el tiempo que, a su patrono, se le antojase. ¿Qué hubiera sido de las históricas libertades del inglés si el Parlamento le quitase el inalienable derecho a que lo matasen de trabajo?

Este argumento, o sea que limitar las horas de labor era interferir con la libertad natural del hombre, fue muy importante. Se le usó repetidamente en los Estados Unidos, igual que en Inglaterra. Los fabricantes que lo expusieron (es muy curioso que los obreros no pensaban que en este respecto sus derechos naturales fuesen desconocidos) lo encontraron en el gran economista Adam Smith, el apóstol del *laissez-faire*. Es verdad, como hemos visto, que Smith, el archiadversario de la política restrictiva del mercantilismo, se opuso fuertemente contra tal interferencia. Los manufactureros pudieron citar de *La Riqueza de las Naciones*: "La propiedad que cada hombre tiene en su propia labor, por ser el fundamento original de toda otra propiedad, es así más sagrada e inviolable. El patrimonio

de un pobre estriba en la fuerza y la destreza de sus manos; e impedirle emplear esa fuerza y esa destreza de la manera que él crea propio, sin dañar a su vecino, es una violación clara de la más sagrada propiedad... Juzgar si él tiene capacidad para ser empleado, puede ser, seguramente, confiado a la discreción de los patronos, a cuyos intereses ello concierne".

Adam Smith, por supuesto, escribió esto en oposición a las regulaciones y restricciones del mercantilismo. Podía argüirse que los fabricantes estaban usando algo sobre lo cual utilizaron la cita, escrita en 1776, para combatir a otra clase de regulación. Pero supongamos que fue honrado, para ellos, citar a Smith. Lo que no fue honrado, para ellos, fue olvidar lo que Smith dijo en contra de sus intereses. Este hábito de seleccionar de Smith cualquier cosa que justificase sus acciones, y soslayarlo cuando era contrario a ellas, fue útil a la clase dirigente y desastroso para la clase trabajadora. Y practicado por más de cien años.

¿Qué podían hacer los obreros para mejorar su situación? ¿Qué habríamos hecho nosotros? Supongamos a un hombre que tuviese un modo de vida "decente" como tejedor de calcetería de punto a mano. Supongamos que ese hombre viese cómo se edificaba un telar, con máquinas que pronto iban a producir tanta calcetería, a tan bajos precios, que su modo de vivir se iría reduciendo, hasta dejarlo casi muriéndose de hambre. El trabajador recordaría los días antes del advenimiento del telar y las máquinas y, lo que entonces sólo era un medio de vida decente, le parecería ahora un vivir lleno de lujo. El hombre echaría una mirada en torno y temblaría ante la pobreza que le abrumaba, para preguntarse, como ya lo había hecho mil veces, la causa de toda su desgracia. Y llegar a la misma conclusión: la máquina, la máquina que arrojaba a los obreros del trabajo y disminuía los precios de los artículos. La máquina, ése era el enemigo.

Cuando los hombres desesperados llegaron a esta con-

clusión, el próximo paso era inevitable: la destrucción de las máquinas.

Las máquinas de telares, las de encajes, las de tejidos de punto, las hiladoras y cualesquiera otros artefactos que pareció, a ciertos obreros y en ciertos lugares, haber sido el vehículo de la miseria y del hambre, fueron destruidas, unas veces aplastadas, otras quemadas. Los destructores, fueron llamados Luddites. Al luchar contra la maquinaria, creyeron que luchaban por un mejoramiento del nivel de vida. Todo su odio contenido se volcó contra la máquina y se lanzaron al motín incendiario cantando rimas absurdas como esta:

"Dando vueltas y vueltas estaremos
Y enérgicamente juraremos.
Romperemos las tijeras y ventanas
Para incendiar el grotesco telar".

Se puede fácilmente imaginar el resultado de esta violencia. La propiedad quedó destruida y las máquinas destrozadas por las turbas. Los propietarios de las máquinas actuaron rápidamente. Apelaron a la ley y ésta no fue lenta en responder a la llamada. En 1812, el Parlamento aprobó una ley que castigaba con la muerte el delito de destrucción de maquinaria. Pero, antes de que la ley fuese aprobada, durante el debate, un miembro de la Cámara de los Lores hizo su primer discurso parlamentario, en oposición a tal medida. Recordó a los legisladores que la causa de los ataques a las máquinas había sido la destrucción de los hombres. "Pero mientras estos desafueros existen, y así hay que admitirlo, en número alarmante, no puede negarse que han surgido a causa de una miseria sin paralelo. La perseverancia de estos miserables en su proceder tiende a probar que sólo una necesidad absoluta puede haber empujado a un magnífico y en otros tiempos honrado e industrioso pueblo, a la comisión de excesos tan peligrosos para ellos mismos, sus familias y la comu-

nidad... En la sencillez de sus corazones, imaginaron que el mantenimiento y bienestar del pobre industrioso era algo más importante que el enriquecimiento de unos cuantos individuos mediante cualquier mejora introducida en los implementos industriales que lanzaron a los obreros de sus empleos e hicieron al trabajador desmerecedor de una paga.

"Vosotros llamáis a estos hombres una turba desesperada, peligrosa e ignorante. ¿Tenemos conciencia de nuestras obligaciones con la muchedumbre? Esta es la misma que trabaja en nuestros campos, que sirve en nuestras casas, que tripula nuestra armada y recluta nuestro ejército, y que os permitió desafiar al mundo, pero que, también, puede desafiaros a vosotros, cuando la negligencia y la calamidad la lleve a la desesperación."

El hombre que pronunció este discurso, el 27 de febrero de 1812, no es un desconocido. Se llamaba Lord Byron.

La destrucción de maquinaria no era un plan sensato. Aunque hubiese tenido éxito, no habría resuelto el problema de los obreros. Estaban descaminados, porque no era la máquina la causa de sus males, sino el propietario de ella, que no tan abiertamente, pero sí tan efectivamente como el terrateniente que cercó la tierra, los estaba aislando de todos sus medios de producción.

Los trabajadores pronto supieron que la destrucción de las máquinas no era su camino. Algunos intentaron otros métodos. He aquí, como ejemplo, la lastimosa petición de un grupo que se firmaba "Los Pobres Tejedores". Fue escrito por éstos a sus patronos en Oldham, Inglaterra, en 1818: "Nosotros los Tejedores de esta Población y su Vecindad, respetuosamente, demandamos su atención hacia la triste situación a que hemos estado expuestos largo tiempo, debido a la extrema depresión de nuestros jornales, y les pedimos convoquen a una Reunión entre Uds. y procuren, si no pueden aliviar nuestros sufrimientos, hacernos un anticipo, pues nuestros jornales, como Uds. saben, no son adecuados para comprar las cosas Necesarias

para la Vida. Somos de opinión que, si Uds. actúan conjuntamente, la cosa podría ser realizada sin afectar sus utilidades, que en modo alguno deseamos perjudicar."

Hubo otras peticiones, centenares de ellas y no enviadas a los patronos, porque esto pronto fue desechado por inútil, sino al Parlamento. Muchas fueron desatendidas, pero otras recibieron atención. Había ya algunas leyes en los Estatutos que hubiesen ayudado a aliviar la miseria de la clase trabajadora. Se aprobó otras como resultado de aquellas peticiones y también de investigaciones por comités de legisladores que probaron más allá de toda duda, que las condiciones eran tan horribles como los obreros decían.

Pero las leyes incluidas en los Estatutos son una cosa y las leyes, realmente en vigor, otra. Los trabajadores lo comprobaron y además supieron que la misma ley podía aplicárseles a ellos en una forma y en otra, completamente distinta, a los patronos. A veces, esto era verdad porque, cuando los trabajadores llevaban sus quejas a un tribunal, les esperaba la sorpresa de que el magistrado que escuchaba su caso ¡era el mismo patrono contra el que estaban litigando! Era mínima la oportunidad de un juicio equitativo en tales circunstancias.

Mas la paralización de la justicia no era sólo así. Era bastante que, en la mayoría de los casos, los magistrados fuesen de la misma clase que los patronos. O, allí donde no eran de la misma clase, entonces pensaban de la misma manera sobre las mismas cosas. Los obreros eran siempre desdeñados y los patronos siempre admirados. Los magistrados partían de la idea de que los trabajadores debían estar agradecidos por las migajas que se les arrojaba; y que a los patronos había que agradecerles que arrojasen, a sus asalariados, esas migajas. En tales condiciones, los dados estaban muy cargados contra la clase trabajadora. En *The Town Labourer*, dos eminentes historiadores resumen lo que ocurría: "El Parlamento no concedió mucho a las clases obreras, pero las concesiones,

tal como fueron, perdieron todo su valor con la negativa de los magistrados a practicar la legislación que fuese perjudicial para los amos... Los magistrados, en su mayor parte, parecían tener por concedido que si los dueños no obedecían la ley, nada podía hacerse para obligarles a la obediencia... Y como no podían persuadirles a cumplirla, enviaban a prisión a los hombres, que intentaron hacer que se cumplieran".

Adam Smith, ese agudo observador, cree que esto no era una peripecia de aquel momento particular, sino algo muy generalizado en todos los países capitalistas y en todos los tiempos. Los patronos, que miran hacia su héroe para la aprobación de sus hechos, fueron cuidadosos en no detenerse demasiado en este pasaje de *La Riqueza de las Naciones*: "El gobierno civil, hasta donde está instituido para la seguridad de la propiedad, es en realidad, una institución para la defensa del rico contra el pobre o de aquellos que tienen propiedades contra los que no tienen ninguna".

Esta verdad la aprendieron los trabajadores por amarga experiencia. ¿Qué podían hacer? Un remedio obvio, aparentemente, se les ocurría. Si ellos se ganaran el derecho al sufragio, entonces mediante el voto les era posible presionar a los legisladores para que hicieran, del gobierno, un gobierno de y para la mayoría, en vez de un gobierno de y para la minoría. Sintieron que tenían que ganarse una voz en la selección de los que redactaban las leyes. Cuando éstas fuesen hechas por los obreros, serían hechas para los obreros. Las leyes ponían obstáculos en su camino, porque eran hechas por los amos. Si los trabajadores pudieran colaborar en las leyes, tendrían entonces una oportunidad. Si el Gobierno protegía a los terratenientes con leyes del maíz, y a los fabricantes con tarifas protectoras, también podía dar protección a los jornales y horas del trabajador. Y se lanzaron a luchar por el derecho a votar.

En los Estados Unidos y la Inglaterra actuales, estamos

tan acostumbrados a la democracia política que nos inclinamos a creer que siempre existió. Por supuesto que no es así. El derecho del voto para todos los ciudadanos, lo mismo en los EE.UU. que en las naciones europeas, no fue concedido de buena voluntad y espontáneamente, sino como el resultado de una lucha. En Inglaterra, la clase trabajadora se alineó detrás del movimiento Cartista, el que propugnaba:

1.— Sufragio universal (para los hombres).
2.— Paga a los miembros electos de la Cámara de los Comunes. (Lo cual haría que los pobres pudiesen ser candidatos.)
3.— Parlamento que se reuniera una vez al año.
4.— No exigir que los candidatos fueran propietarios.
5.— Votación secreta y directa en urnas, para impedir la intimidación.
6.— Distritos electorales iguales en derechos.

El movimiento Cartista fue desapareciendo lentamente. Sin embargo, se fueron ganando una tras otra, todas sus demandas, excepto la convocatoria anual del Parlamento. Los Cartistas lucharon por la democracia política, porque comprendieron que ésta era un arma en la pelea por mejores condiciones. Stephens, un clérigo metodista, dirigiéndose a los obreros, en un mitin, en Manchester, dijo a sus oyentes: "El Cartismo, amigos míos, no es un movimiento político... en el que lo principal es ganar las urnas. El Cartismo es una cuestión de "tenedor y cuchillo"; significa buena casa, buena comida y bebida, prosperidad y cortas horas de trabajo".

El clérigo Parsons era un optimista. La clase obrera ganó la contienda por la democracia política, pero las cosas buenas, que él predicaba que resultarían de ese triunfo, no aparecieron. O, por lo menos, sólo vinieron algunas y no sólo mediante el sufragio. Quizá el factor más importante en obtener para el trabajador mejores condicio-

nes, jornales más altos y más cortas horas de trabajo, fue la organización propia para luchar por los intereses propios, o sea, el sindicato o trade-union.

Este no era nuevo. Había sido una de las primeras formas de las organizaciones obreras, derivada, naturalmente, de la vieja asociación de jornaleros. Sin embargo, cuando se hizo grande la importancia del capital en la industria, las asociaciones de trabajadores cambiaron de carácter, pasando del gremio al sindicato de ahora, cuerpo de trabajadores de un mismo oficio estructurado para lograr mejores condiciones, defender sus propios intereses y depender de sí mismos.

Los sindicatos no surgieron de golpe. Se tardó bastante tiempo para que el sentimiento del interés de la unidad de clase se desarrollase y, mientras eso no ocurrió, la verdadera organización en escala nacional fue imposible. Con la Revolución Industrial, el *trade-unionismo* (o moderno sindicalismo) hizo tremendos progresos. Sucedió porque la Revolución Industrial originó la concentración de los obreros en las ciudades, las mejoras en los transportes y comunicaciones tan esenciales a la organización nacional y las condiciones que hacen tan necesario un movimiento obrero. Así, la organización de la clase trabajadora creció con el desarrollo capitalista, lo que produjo la clase, el espíritu de clase y los medios físicos de cooperación y comunicación. Los sindicatos son más fuertes en los países más industrializados, donde el sistema fabril ha llevado al auge de las ciudades. Esto fue señalado por Friedrich Engels en 1844: "Si la centralización de la población estimula y fomenta la clase propietaria, fuerza el desenvolvimiento de los obreros aún más rápidamente. Los trabajadores comenzaron a sentirse como clase, como un conjunto; comenzaron a percibir que, aunque débiles como individuos, forman un poder unidos; su separación de la burguesía, el desarrollo de puntos de vista peculiares a los obreros y correspondientes a su posición en la vida fueron propiciados. Y se despertó la conciencia de la opresión y el traba-

jador alcanzó importancia social y política. Las grandes ciudades son la cuna de los movimientos de trabajadores; en la ciudad, los trabajadores comenzaron a reflexionar sobre su propia condición y luchar contra ella; en la ciudad, la oposición entre el proletariado y la burguesía se manifestó incialmente; de la ciudad proceden los sindicatos, el Cartismo y el socialismo".

La Revolución Industrial, aparecida primero en Inglaterra, se extendió a otras naciones. En algunas, todavía se desarrolla. Y, aunque no sigue siempre, el modelo inglés, en todos los países, variando en sus condiciones o en la actitud de los ricos o en la legislación de reforma aprobada por el cuerpo gobernante, sin embargo, en un punto, dondequiera, se ha repetido la historia de Inglaterra. Y es que dondequiera ha habido una guerra contra los sindicatos.

Una guerra muy antigua. Las combinaciones de trabajadores para mejorar sus condiciones fueron declaradas ilegales tan temprano como en el siglo XVI; y, en los siguientes, la ley eliminó esas combinaciones. En 1776, Adam Smith escribió sobre el tema: "Los jornales de trabajo dependen siempre de un contrato habitualmente hecho por dos Partes, cuyos intereses en modo alguno son los mismos. Los obreros desean ganar todo lo posible; y los patronos, pagar lo menos posible. Los primeros están dispuestos a combinarse, con objeto de aumentar los jornales; los últimos, con objeto de disminuirlos. No es difícil, no obstante, prever cuál de las dos Partes debe, en todas las ocasiones ordinarias, tener la ventaja de la disputa... Los patronos, siendo menos en número, pueden combinarse más fácilmente; y la ley autoriza, además, o al menos no lo prohibe, sus combinaciones, mientras que prohibe las de los trabajadores. No tenemos leyes del Parlamento contra las combinaciones para bajar el precio del trabajo; pero sí muchas contra las combinaciones para aumentarlo".

Lo que Smith escribió en 1776 era (y es) cierto en todos los países capitalistas del mundo. Aun donde la ley prohibía las asociaciones de fabricantes, igual que las de obreros, se la hacía cumplir, más a menudo, a los empleados que a los patronos. En Inglaterra, Francia, Alemania y los Estados Unidos, la ley castigó con dureza a los *trade-unions* (sindicatos).

Durante un cuarto de siglo, las Leyes de Combinaciones Asociaciones en Inglaterra hicieron ilegal para los obreros unirse en asociaciones para proteger sus intereses. Y, cuando funcionaban, las Leyes podían ser rápidas en sus juicios. "Nueve sombrereros de Stockport fueron condenados a dos años de prisión, en 1816, por conspiración. El juez (Sir William Garrow), al resumir el caso, observó: "En esta feliz nación, donde la ley pone al súbdito más humilde al mismo nivel que los más altos personajes del reino, todos estamos protegidos por igual y no hay necesidad de asociarse... A una persona quien, como Mr. Jackson, ha empleado de 100 a 130 brazos, la gratitud común debiera enseñarnos a mirarlo como un benefactor de la comunidad".

Para los sombrereros que se atrevieron a incorporarse a la unión, dos años de prisión; para Mr. Jackson, lo bastante bondadoso para emplearlos, alabanzas. Releamos la sentencia del juez. ¿Podía realmente significar lo que dijo?

En Francia, como en Inglaterra, las asociaciones para aumentar los jornales fueron declaradas ilegales. Los jueces lo lamentaban por los obreros, quienes persistían en seguir en conflicto con la ley. Según Levasseur, aconsejaron a los trabajadores contra el unirse, pero éstos habían aprendido que divididos eran débiles y unidos eran fuertes y, por ello, insistieron en sus actividades sindicales: "Los jueces imponen castigos, sin aplicar siempre el pleno vigor de la ley —decían los magistrados—. La Corte ha sido indulgente; pero que esto sea una lección para Uds. y recuerden que si el trabajo trae confort y consideración

las coaliciones sólo les traerán la prisión y la pobreza". Pero, continúa Levasseur, "los trabajadores no aprendieron la lección. Lo único de que hay constancia es que la huelga de 1822 elevó sus jornales en 35 céntimos por hora; la de 1833, en 40 céntimos; y otra, en 1845, en 50 céntimos".

En Alemania, también, los obreros comprendieron que los sindicatos les daban el poder que ellos con tanta urgencia necesitaban para mejorar su situación. En 1864, los impresores de Berlín pidieron a la Cámara de Diputados de Prusia: "Plenamente convencidos de que la mejoría de la condición social de las clases trabajadoras requiere primeramente la abolición de las restricciones impuestas a los obreros en el presente código legal, los jornaleros impresores firmantes hacen la siguiente petición: "Considerando... que la ley económica de oferta y demanda no asegura al trabajador... el mínimo necesario para la estricta subsistencia; que el trabajador individual no está actualmente en posición... de aumentar sus jornales y, por consiguiente, el derecho de coalición... es una demanda de justicia y de razón... Las regulaciones del código industrial de 1845, que prohiben la libre asociación de trabajadores, serán abolidas".

En todas partes, la misma historia. Los obreros suplicando y luchando por el derecho de asociarse en un esfuerzo para deshacer las desigualdades contra ellos. En los Estados Unidos, dos puntos de un Informe del año 1935, de la Federación Metodista para el Servicio Social, son suficientes para mostrar la fiereza que alcanzó la lucha por la unión: "Weirton, Virginia Occidental... Una furiosa campaña de terror ha sido lanzada contra los miembros activos de la unión (sindicato)... No pasa día sin que un unionista sea golpeado por una pandilla de enmascarados. El primer hombre que recibió este tratamiento fue llevado a un paseo y después abandonado a 15 millas de la población, donde sus agresores le dieron por muerto... Hasta hoy, cinco hombres han sido brutalmen-

te golpeados, el último de ellos, el presidente de una de las logias Asociadas de los Metalúrgicos...

"Los hechos muestran claramente que la lucha entre los privilegiados y los no privilegiados, en los Estados Unidos, se está desarrollando, rápida y generalmente, en acción violenta. Por lo menos 73 obreros, braceros agrícolas y negros, han sido muertos en peleas económicas y linchamientos durante este año. Ni un solo patrono".

Mas, a pesar de todos los esfuerzos, legales e ilegales, para destruirlos, los sindicatos han persistido. Y no ha sido fácil. Los miembros de las uniones han sido encarcelados apresuradamente. Los tesoros de las uniones han sido confiscados. Y las uniones han tenido que ocultarse, convirtiéndose algunas en "sociedades benéficas" o "clubes sociales"; sus armas, como la huelga y los "piquetes", han sido embotadas o anuladas; y, sin embargo, los sindicatos todavía existen. Son el medio más poderoso de los obreros para obtener lo que desean, un mejor nivel de vida.

Hace más de un siglo, un gran poeta se dirigió, en Inglaterra, a "Los Hombres de Inglaterra". Su poema puede ser un sumario de este capítulo sobre las condiciones siguientes a la Revolución Industrial y la respuesta de los trabajadores a esas condiciones.

Hombres de Inglaterra, ¿por qué aráis
Para los señores que os tienen subyugados?
¿Por qué tejéis, con esfuerzo y cuidado,
Los ricos vestidos que vuestros tiranos llevan?

¿Por qué alimentáis y vestís y conserváis,
Desde la cuna a la sepultura,
A esos desagradables zánganos
Que sacan vuestro sudor y beben vuestra sangre?

¿Por qué, Abejas de Inglaterra, forjáis
Tantas armas, cadenas y azotes,

Para que estos zánganos sin aguijón
Puedan destruir el fruto de vuestro trabajo?

¿Tenéis vosotros ocio, confort, calma,
Albergue, alimento, el bálsamo gentil del amor?
¿O qué compráis tan caro,
Con vuestro dolor y vuestro miedo?

La semilla que vosotros sembréis, otros la cosechan;
La riqueza que encontréis, otros la guardan;
Las telas que vosotros tejéis, otros las llevan;
Y las armas que vosotros forjáis, otros las usan.

Sembrad la semilla, pero no dejéis que el tirano la coseche;
Encontrad la riqueza, pero que ningún impostor la acu-
[mule;
Tejed vestidos, pero que ningún ocioso los lleve;
Forjad armas, pero, sólo, para usarlas en vuestra defensa.

Percy Bysshe Shelley
(Traducción libre)

CAPITULO XVII

¿LEYES NATURALES? ¿DE QUIEN?

Las cosas caen para abajo, no para arriba. Todos sabemos lo que ocurre si saltamos en el vacío. Los físicos nos han hecho un favor, con una explicación de esto. Newton formuló una ley de gravitación, una de la serie de leyes naturales que se nos dice que describen el universo. El conocimiento de esas leyes nos permite planear nuestras acciones y alcanzar el objetivo deseado. Actuar ignorándolas o soslayándolas es exponerse a graves consecuencias.

De manera semejante, los economistas del tiempo de la Revolución Industrial desarrollaron una serie de leyes de las que dijeron ser tan ciertas para el mundo social y económico, como lo eran las leyes de los científicos para el mundo físico. Formularon, así, una serie de doctrinas que eran las "leyes naturales" de la economía. Sentían una gran seguridad acerca de sus conclusiones. No discutían si las leyes eran buenas o malas. No admitían tal discusión. Sus leyes eran fijas, eternas. Si los hombres actuaban sensatamente de acuerdo con los principios que ellos expusieron, muy bien; pero, si los hombres eran estúpidos y no actuaban de acuerdo con sus "leyes naturales", sufrirían las consecuencias.

Ahora, puede ser o no ser verdad que esos economistas, en su búsqueda de lo cierto, fueron sublimemente indiferentes a los resultados prácticos de sus investigaciones. Pero ellos eran hombres de carne y hueso que vivían en cierto lugar y en cierto tiempo. Lo que significa que los problemas que afrontaron fueron los que existían en ese

lugar y en ese tiempo. Sus doctrinas afectaron a poderosos grupos de la sociedad que, consecuentemente, adoptaron o rechazaron sus doctrinas, de acuerdo con sus propios intereses y vieron la "verdad" bajo esa luz.

Lo mismo que el auge de la clase mercantil después de la Revolución Comercial trajo la teoría del mercantilismo, lo mismo que las doctrinas de los Fisiócratas con su énfasis sobre la tierra, considerada como la fuente de la riqueza, se desarrolló en el agro de Francia, la aparición de los industrialistas, durante la Revolución Industrial en Inglaterra, trajo teorías económicas basadas en las condiciones del tiempo. Nosotros llamamos, a las teorías de la Revolución Industrial, "economía clásica".

Ya, estamos familiarizados con algunas de las doctrinas de Adam Smith, quien puede ser clasificado de fundador de la escuela clásica. Otros economistas del mismo orden son Ricardo, James Mil, Malthus, McCulloch Senior y John Stuart Smith. No estuvieron de acuerdo con Adam Smith ni con otros. Pero, en algunos principios generales, fundamentales, coincidieron.

Sinceramente, de acuerdo con estos principios, estaban los hombres de negocios de este período. Por una razón excelente. La teoría clásica estaba admirablemente adaptada a sus necesidades particulares. Partiendo de ella, podían seleccionar con gran comodidad las leyes naturales que eran una completa justificación de sus acciones.

El hombre de negocios mantenía los ojos muy abiertos a sus grandes oportunidades. Estaba ávido de utilidades. Junto a él, estaban los economistas clásicos que le decían en qué, exactamente, debía interesarse. Eso no era todo. Le ofrecían un gran confort para el hombre de negocios emprendedor. Le enseñaban que, en cada minuto que él dedicaba a su propia ganancia, estaba ayudando también al Estado. Adam Smith lo dijo así. He aquí, por ejemplo, una prescripción perfecta para un codicioso gran amigo del lucro, al que pudiera quitarle el sueño su atormentada conciencia: "Cada individuo se esfuerza conti-

nuamente en encontrar el más ventajoso empleo para todo capital que controle. Es su ventaja propia, indudablemente, no la de la sociedad, lo que tiene presente. Pero el estudio de su propia ventaja, naturalmente o más bien necesariamente, le lleva a preferir el empleo que es más ventajoso para la sociedad".

¿Se comprende la idea?

El bienestar de la sociedad está unido al del individuo. Dé a cualquiera una mano absolutamente libre, dígale que haga todas las ganancias que pueda, apele a su interés personal y la sociedad es algo circunstancial. Trabaje para sí mismo y estará sirviendo al bien de todos. ¡Qué empujón para los hombres de negocios, impacientes y ansiosos, para la carrera de las utilidades! ¡Limpien la pista, para un *laissez-faire* especial!

¿Debía el Gobierno regular las horas y jornales de trabajo? Hacerlo, decían los economistas clásicos, sería una interferencia en la ley natural y, por consiguiente, perjudicial. ¿Cuál era, entonces, la función del Gobierno? Preservar la paz, proteger la propiedad y abstenerse de toda intervención.

Competencia debe ser la orden del día, pues mantiene bajos los precios y y asegura el éxito de los poderosos y eficientes, mientras elimina a los débiles y deficientes. De éstos, se derivaba que los monopolios —por igual, de los capitalistas, para elevar los precios y de los gremios, para elevar los jornales— eran una violación de la ley natural.

Estos amplios conceptos habían sido expuestos por Adam Smith en su respuesta a las regulaciones, restricciones y represiones mercantilistas. El escribió su gran libro en 1776, al comenzar la Revolución Industrial. Los economistas clásicos que recogieron estas doctrinas y las ampliaron y popularizaron más expresaron, entonces, que la Revolución Industrial, desde el punto de vista del aumento de la producción de mercancías y artículos y del encumbramiento de la clase capitalista, estaba ha-

ciendo grandes progresos. Y añadieron otras "leyes naturales" de su cosecha, adecuadas a las condiciones de los tiempos.

Un ensayo sobre el principio de población, por Thomas R. Malthus, fue uno de los libros más famosos de la época. Fue publicado primero en 1798, en parte, como una respuesta a otro libro por William Godwin, suegro del poeta Shelley. Godwin, en su *Investigación acerca de la justicia política*, que vio la luz en 1793, sostenía que todos los Gobiernos eran malignos, pero que la Humanidad podía lograr la felicidad mediante el uso de la razón. Malthus quería combatir las peligrosas creencias de Godwin y probar que la gran mejoría del género humano era imposible, buena razón para contentarse con lo que se tenía y no intentar una revolución, como lo habían hecho los franceses.

Malthus ataca a Godwin con estas palabras: "El gran error bajo el cual M. Godwin trabaja, a través de toda su obra, es la atribución de casi todos los vicios y miseria, vistos en la sociedad civil, a las instituciones humanas. Las regulaciones políticas y la administración establecida de la propiedad son, según él, las fuentes fecundas de todos los males, los focos de todos los crímenes que degradan al género humano. Si fuera esto realmente una verdadera exposición del caso, no parecería una tarea desesperada remover el mal completamente del mundo y la razón, el instrumento propio y adecuado para realizar tan grande propósito. Pero la verdad es que, aunque las instituciones humanas parecen ser las causas obvias e importunas de tanto daño a la Humanidad, en realidad, son superficiales y ligeras, meras plumas que flotan en la superficie, en comparación con las profundas causas de impureza que corrompen las fuentes y hacen turbia toda la corriente de la vida humana".

¿Cuáles eran las "causas profundas" que hacen miserable a la Humanidad? Malthus contestó que el aumento de la población con más rapidez que el de los alimentos

para su manutención. El resultado será que ha de venir el día en que haya, en el mundo, más bocas que alimentar que alimentos para ellas. "La población, cuando no es contenida, aumenta en progresión geométrica. La subsistencia aumenta sólo en progresión aritmética. Esto implica un contén, en constante operación, de la población, efectuado por la dificultad de la subsistencia. Y esta dificultad debe caer en alguna parte y, necesariamente, ha de ser sentido por una gran porción de la Humanidad...

"La población de Inglaterra es estimada en unos siete millones de habitantes (1798) y supongamos que la presente producción de la isla es igual al mantenimiento de ese número de personas. En los primeros 25 años, la población habrá aumentado a 14 millones y, duplicados los medios de subsistencia, éstos serían iguales al aumento demográfico. En los próximos 25 años, la población sería de 28 millones y las subsistencias sólo alcanzarían para 21 millones. En el siguiente período, la población sería de 65 millones y los alimentos sólo para la mitad de este total. Y, al terminar el primer siglo, los habitantes serían 112 millones, con alimentos sólo para 35 millones, lo cual dejaría a 77 millones de habitantes sin tener con qué subsistir".

Esto, dice Malthus, no es lo que en realidad ocurre. Porque la muerte (en la forma de epidemias, pestes o plagas y hambre) reduce y diezma a la creciente población, de manera que se nivela con el abastecimiento de alimentos. "El poder superior de la población es contenido y el número de habitantes se mantiene proporcional a los medios de subsistencia, por la miseria y el vicio".

Por todo ello, la razón de que las clases trabajadoras sean pobres, afirmó Malthus, no es porque las utilidades sean demasiado altas (razón hecha por el hombre), sino porque la población aumenta más rápidamente que las subsistencias (ley natural). ¿No puede entonces hacerse nada para mejorar la condición del pobre? "Nada", ex-

presa Malthus en la primera edición del libro. "Es, sin duda, una desalentadora reflexión que el gran obstáculo en el camino de cualquier mejoría extraordinaria de la sociedad es de una índole tal que no podemos esperar vencerlo".

Pero, en la segunda edición del libro, publicada en 1803, Malthus encuentra una salida. Además de la miseria y el vicio, es posible un tercer contén al crecimiento de la población: la "restricción moral". Ninguna huelga, ninguna revolución, ninguna caridad, ninguna regulación oficial, puede ayudar al pobre en su miseria... El mismo tiene la culpa por reproducirse tan de prisa. No se le permita casarse tan joven. Que practique la "restricción moral" —no tener familia numerosa— y así podrá ayudarse a sí mismo. ¿Quién sirve mejor a la sociedad, la mujer que se casa y tiene muchos hijos o la vieja solterona? Malthus vota por ésta y explica: "La matrona que cría una familia de diez o doce hijos, los cuales quizá estén librando las batallas de su patria, se inclina a pensar que la sociedad le debe mucho... Pero si la cuestión es considerada equitativamente y la respetable matrona es pesada en la balanza de la justicia, con la desdeñada solterona en el otro platillo, es posible que la solterona gane la prueba".

Fue una gran noticia para los ricos que los pobres sólo pudieran culparse a sí mismos de su pobreza.

Después de Adam Smith, el más importante de los economistas clásicos fue David Ricardo, un judío de Londres que hizo una gran fortuna como corredor de valores y accionista. Su libro *Los principios de la economía política y los impuestos*, editado en 1817, es, para muchos, el primero que trata la economía como una ciencia. La *Riqueza de las naciones* de Adam Smith es de fácil lectura, comparada con la obra de Ricardo. Una razón es que Smith es mucho mejor escritor que Ricardo. Otra, y quizás más importante, es que Smith es concreto y usa ejemplos que, por ser de cada día, nos son familiares,

para ilustrar sus ideas; mientras que Ricardo es abstracto y utiliza ejemplos imaginarios que tienen o no tienen semejanza con la realidad. Los libros científicos, por regla general, son difíciles y densos. El de Ricardo no es la excepción. Sin embargo, lo que tenía que decir era de enorme trascendencia y, por eso, el autor es uno de los grandes economistas que han existido.

En nuestro limitado espacio, podemos considerar sólo algunas de sus doctrinas y muy brevemente. La primera es conocida por el nombre de "ley de bronce de los salarios". Lo que los trabajadores recibían por su labor había reclamado la atención de los escritores antes de Ricardo. En 1766, Turgot, en su librito titulado *Reflexiones sobre la formación y distribución de la riqueza,* dijo: "El simple obrero, que depende solamente de sus manos y de su industria, nada tiene, a no ser la parte de su trabajo de la que puede disponer. El la vende más barato o más caro; pero este precio, alto o bajo, no depende sólo de él; resulta del convenio que ha hecho con la persona que le emplea, la que le paga tan poco como puede. Teniendo la elección entre un gran número de obreros, prefiere al que trabaje más barato. El trabajador es, por consiguiente, obligado a disminuir el precio de su labor, al competir con otros. En cada clase de trabajo, debe ocurrir y, en efecto, ocurre que los jornales del obrero están limitados a lo necesario para procurarle la subsistencia".

Turgot dejó la cuestión en ese punto. Ricardo desarrolló la idea, por lo cual la ley de bronce de los salarios está asociada a él. Que los trabajadores sólo ganan el salario para mantener la vida propia y las de sus familiares es expuesto por Ricardo en los términos siguientes: "El precio normal del trabajo depende del precio de los alimentos y de otros artículos de primera necesidad requeridos para el sostenimiento del trabajador y de su familia. Si aumenta el precio de los alimentos y otras

cosas, el precio normal del trabajo también aumenta; y, si baja aquél, éste también baja".

Pero nosotros sabemos que hay tiempos u ocasiones en que los obreros ganan más que lo que necesitan para vivir y otros en que ganan menos. Ricardo toma esto en cuenta. Y distingue entre el "precio del mercado" de trabajo y el precio normal, así: "El precio del mercado de trabajo es el que realmente se paga por éste, como natural operación de oferta y demanda; el trabajo es caro cuando escasea y barato cuando abunda. Sin embargo, aunque el precio del mercado de trabajo puede desviarse de su precio normal, igual que los productos y artículos, posee una tendencia a ajustarse a él".

Para probar la verdad de la última frase, o sea que el precio de mercado tiende a conformarse con el precio normal, Ricardo toma una hoja del libro de Malthus y dice que cuando el precio del mercado es alto, cuando los obreros ganan en jornales más de lo que necesitan sus familias para vivir, entonces tiende a aumentar el tamaño de sus familias. Y más trabajadores hacen que los jornales bajen. Cuando el precio del mercado es bajo, cuando los obreros reciben en jornales menos que lo que necesitan para mantener a sus familiares, entonces, el número de éstos se reduce. Y menos trabajadores hacen que los jornales suban.

Esta fue, la ley de salarios de Ricardo: A la larga, los obreros nunca reciben más salario "que el preciso para subsistir y perpetuar su especie, sin aumento ni disminución".

Para una mejor comprensión de la ley de renta, la más famosa de las doctrinas de Ricardo, debemos ver la controversia sobre las Leyes del Maíz, que ardía en Inglaterra en los días en que aparecieron los *Principios* del economista. Los antagonistas eran los terratenientes y los manufactureros. Las Leyes del Maíz eran una clase de tarifa proteccionista para el trigo (en Inglaterra, al trigo se le llama maíz). No podía importarse trigo hasta

que el precio del cosechado en el país no alcanzase cierto nivel (lo cual variaba de tiempo en tiempo).

La idea era estimular el cultivo del trigo en la nación, para que Inglaterra tuviese suficiente abastecimiento en caso de emergencia. Ese estímulo consistió en asegurar al agricultor inglés un buen precio por su grano. No tenía que temer la competencia del trigo extranjero, porque éste no podía ser importado hasta que el trigo nacional no llegase a determinado precio. Esto significaba una buena utilidad, a menos que la cosecha inglesa superase en mucho a la demanda, cosa que no ha ocurrido en Inglaterra desde 1700.

Debido a las guerras napoleónicas, el precio del trigo subió mucho y se dedicaron al cultivo triguero más y más tierras. Los terratenientes querían que el precio del grano fuese alto, porque ello representaba rentas más elevadas y éstas, más dinero en sus bolsillos. Pero los manufactureros deseaban lo contrario, o sea precios bajos, porque el alza equivalía a un aumento en el costo de la subsistencia del trabajador y, como consecuencia, descontento, huelgas y, eventualmente, más altos jornales, lo cual equivalía a menos dinero en sus bolsillos. La polémica se enconó, clamando los terratenientes por protección y los manufactureros demandando a gritos el comercio libre.

Ricardo estaba en medio de la lucha. Sus simpatías estaban con los manufactureros, puesto que él mismo pertenecía a la creciente burguesía. No es sorprendente, entonces, que, entre otras cosas, las leyes naturales que descubrió para explicar la naturaleza de la renta, exponen que "todas las clases, excepto la de los terratenientes, serán lesionadas por el aumento en el precio del maíz".

¿Cómo llegó a esta conclusión? Pues probando que, mientras más elevado fuese el precio del trigo, mayores serían las rentas. Las rentas aumentan, arguyó Ricardo, porque el suelo es limitado y difiere en fertilidad. "Si

todas las tierras tuviesen las mismas propiedades, si fueran ilimitadas en cantidad y uniformes en calidad, no podría hacerse ningún gravamen por su uso. Es sólo, porque la tierra no es ilimitada en cantidad y uniforme en calidad y porque, en el crecimiento de la población, tierras de calidad inferior son dedicadas al cultivo, que se paga renta por su uso. Cuando, en el progreso de la sociedad, tierras de fertilidad de segundo grado son cultivadas, inmediatamente comienza la renta sobre las de primera calidad y la cuantía de la renta dependerá de la diferencia en calidad de esas dos clases de tierras.

"Cuando las tierras de tercera calidad son cultivadas, comienza inmediatamente la renta sobre las de segunda y es regulada, como antes, por la diferencia en sus capacidades productivas... A cada paso, en el crecimiento de al población, lo cual obligará al país a recurrir a las tierras de peor calidad, para permitirle aumentar su abastecimiento de alimentos, la renta sobre las tierras más fértiles irá en aumento".

Según Ricardo, las Leyes del Maíz, al elevar el precio del trigo, hicieron que los agricultores se volviesen a las tierras más pobres para cultivar ese grano. Cuando aconteció esto, se pagó renta por las tierras más fértiles. Según pasó el tiempo, también se cultivó el suelo más pobre y la renta siguió en incremento. Y, esas rentas vinieron a los terratenientes, no porque ellos trabajaran para obtenerlas. Nada hicieron y, sin embargo, sus rentas subieron. "El interés del terrateniente es siempre opuesto al del consumidor y el manufacturero. El trigo puede sostenerse de manera permanente en un precio avanzado sólo porque es necesario un trabajo adicional para producirlo o sea, porque su costo de producción ha aumentado. El mismo costo, de modo invariable, eleva la renta y es por lo tanto interés del terrateniente que el costo de producir el grano aumente. Esto, sin embargo, no es el interés del consumidor, para el que es deseable que ese costo sea bajo, en relación con el dinero y los artículos, pues es

siempre con éstos o con dinero con lo que se compra el maíz. Ni es el interés del manufacturero que el trigo tenga un precio elevado, pues éste será causa de la elevación de los jornales, pero no incrementará el precio de los artículos industriales".

Esto último era el obstáculo, por supuesto. Hasta donde los obreros están atados a un jornal para subsistir, según la propia ley de salarios de Ricardo, a ellos no les importa si por el trigo se paga un alto precio o un bajo precio, pues sus salarios suben cuando el trigo sube y bajan cuando el trigo desciende. Pero importa al manufacturero, quien no puede vender sus productos por más, precisamente, porque el trigo es más caro y por consiguiente los jornales son más altos. Ricardo sigue después comparando los respectivos servicios de los terratenientes y manufactureros y encuentra a los primeros otra vez en falta: "Los tratos entre el terrateniente y el público no son como los tratos comerciales, en los que el vendedor y el comprador pueden igualmente salir ganando, sino que, en ellos, la pérdida es totalmente para un lado y la ganancia totalmente para el otro".

Los industrialistas agregaron las leyes naturales de Ricardo a su colección de armas contra la protección. Querían que las Leyes del Maíz fuesen abolidas e inaugurada la Era del comercio libre. El Parlamento estaba controlado por los terratenientes y, así, las Leyes del Maíz continuaron en vigor por largo tiempo (hasta 1846). Mientras, algunos de los terratenientes que tan difícilmente veían que tuviese alguna ventaja para el país el trigo barato, comenzaron a preocuparse por las condiciones de las fábricas y las horas de trabajo. Los seres humanitarios que clamaban por la corrección de los males del industrialismo, ahora, estuvieron ayudados por los poderosos terratenientes, que querían vengarse de los manufactureros por su hostilidad a las Leyes del Maíz. Se nombraron comités parlamentarios para que examinasen las condiciones fabriles e informasen a la Cámara. Hubo esfuerzos

para aprobar leyes reduciendo las horas de trabajo. Por supuesto que la oposición de los manufactureros fue tremenda y predijeron que serían arruinados si sus obreros no permanecían junto a las máquinas tanto tiempo como en el pasado. Pero los esfuerzos combinados de los trabajadores, los humanitarios y los terratenientes, tuvieron éxito y las Leyes de las Fábricas, restringiendo las horas de labor y regulando las condiciones de ésta, fueron aprobadas. Al tiempo que continuaba la agitación por más restricciones y regulaciones.

Uno de los economistas clásicos, Nassau Senior, formuló una doctrina, la cual "probó" que las horas no podían ser reducidas más, porque la utilidad que el patrono obtenía era resultado de la última hora de trabajo y, por consiguiente, eliminar ésta era suprimir la ganancia y, así, destruir la industria. "Bajo la presente ley, ningún taller en que se emplee a personas de menos de 18 años... puede trabajar más de doce horas, cinco días a la semana y nueve horas los sábados. Ahora, el siguiente análisis muestra que, en un taller explotado así, la utilidad total neta se deriva *de la última hora*".

El análisis de Senior se basó en un ejemplo puramente imaginario, en el que la aritmética era correcta, pero las conclusiones erróneas. Esto quedó probado cada vez que una fábrica reducía las horas y sus negocios continuaban.

Mucho más dañino para los obreros que el análisis de la "última hora" de Senior fue la doctrina del fondo de jornales. Esta fue más perjudicial, porque fue creída y enseñada por la mayoría de los economistas. El principio de la "última hora" fue usado para combatir la agitación en demanda de horas más cortas. La doctrina del fondo de jornales fue utilizada para contrarrestar la agitación por más alta paga.

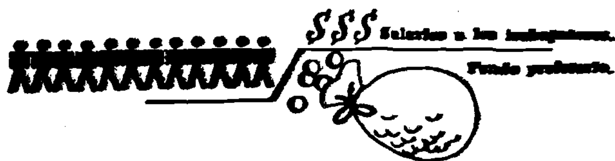
Los trabajadores se asociaron en los sindicatos y fueron a la huelga porque querían un aumento de jornales. "Pura demencia", decían los economistas. ¿Por qué? Porque hay un cierto fondo separado para pagar los jornales.

Y hay un cierto número de hombres que ganan jornal. La cantidad que los obreros reciben, en jornales, está determinada por estos dos factores. Y eso es todo. Los sindicatos nada podrían hacer para cambiarlo.

John Stuart Mill lo expuso de esta manera: "Los jornales no sólo dependen de la cantidad relativa de capital y población, sino que no pueden, bajo la regla de la competencia, ser afectados por otra cosa. Los jornales... no pueden aumentar, si no es por un aumento en los fondos agregados que se emplea en contratar trabajadores, o por una disminución de los fondos dedicados a pagar trabajo, o por un incremento en el número de obreros a pagar".

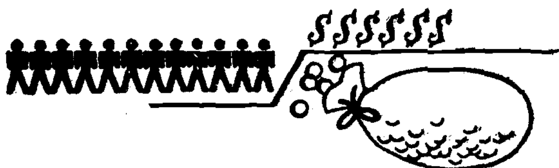
Muy sencillo. Ninguna esperanza para los trabajadores a *menos que el fondo de jornales aumente o el número* de asalariados disminuya. Si cualquiera de los trabajadores fuese tan testarudo que insistiese en que necesitaban mejores jornales para subsistir, se le podría dar una lección de matemáticas elementales: "De nada vale discutir contra una de las cuatro reglas fundamentales de la aritmética. La cuestión de los jornales es una operación de división. Se quejan de que el cociente es demasiado pequeño. Bueno, pero ¿cuántas maneras hay para hacer que un cociente sea mayor? Dos maneras. Se aumenta el dividendo y, quedando el divisor el mismo, el cociente será mayor. Se disminuye el divisor y, quedando el dividendo el mismo, el cociente será mayor.

Las ilustraciones para una página de tal lección aritmética, podrían ser así:

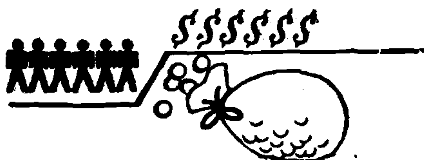


¿Cómo ganar mayor salario? ¿Cómo aumentar el cociente?

1ª fórmula — aumentando el dividendo.



2ª fórmula — disminuyendo el divisor.



Todo muy claro. Dos maneras de lograr jornales más altos. La segunda, o sea la de "disminuir el divisor", es decir, disminuir el número de trabajadores, fue un viejo consejo a éstos. Malthus la hubiera llamado "restricción moral".

La primera manera, "aumentar el dividendo" o sea aumentar la cantidad del fondo de jornales, podría realizarse, según Senior, "permitiendo a cada hombre esforzarse en la forma que, por experiencia, crea más beneficiosa y liberando a la industria de la masa de restricciones, prohibiciones y derechos protectores, con la cual la Legislatura, algunas veces por ignorancia, otras por lástima y otras por celos nacionales, ha trabajado *para aplastar* o dirigir erradamente sus esfuerzos. Dejemos solos los negocios y el resultado sería más dinero en el fondo de jornales". Los hombres de negocios convinieron en ello.

La teoría del fondo de jornales fue la respuesta de los manufactureros y economistas a las reclamaciones de

los obreros y las uniones. Los trabajadores para nada podían usarla, porque sabían que no era cierta. Como sabían que la acción de los sindicatos ganaría para ellos más altos jornales, simplemente, no creían que hubiese un fondo fijado desde antes, del cual se pagarían sus jornales. Lo que aprendieron en la práctica fue confirmado en teoría por Francis Walker, economista norteamericano que escribía allá por 1876. Walker causó la explosión de la teoría del fondo de jornales con este argumento: "Una teoría popular de jornales... se basa en la presunción de que los jornales son pagados con el capital que formaron las economías de la industria en el pasado. De aquí, se arguye, que el capital deba dar la medida de los jornales. Contrariamente, yo sostengo que los jornales son pagados del producto de la presente industria y, de aquí, que la producción de la verdadera medida de los jornales... Un patrono paga jornales para comprar trabajo, no para gastar un fondo del cual puede estar en posesión de... El patrono compra trabajo con vistas al producto de éste; y la clase y cantidad de ese producto determina qué jornales él pueda pagar... Es entonces, en bien de la futura producción, que los obreros son empleados, no porque el patrono esté en posesión de un fondo que puede desembolsar y es el valor del producto... lo que determina la cantidad de jornales que se puede pagar, no la cantidad de riqueza en posesión del patrono o de que éste disponga. Así, es la producción, no el capital, lo que da el motivo del empleo y la medida de los jornales."

Excelente prueba de la verdad de la argumentación de Walker de que los jornales no son un "anticipo" al obrero, pagado del capital, la ofrece la práctica común hoy en las fábricas textiles de la India y Japón, donde los jornales son "retenidos". En el Japón, "los jornales ganados por las muchachas en las sederías y pequeños talleres de algodón, habitualmente, son pagados a los padres... Se les puede abonar semi-anualmente o, en el caso de las sederías, al terminar la labor del año y en la India los

jornales son pagados con un mes o seis semanas de atraso. Las fábricas hasta cargan un nueve por ciento de interés si hacen pequeños adelantos sobre el próximo día de pago y sobre jornales ya ganados."

Pero no es necesario esperar por pruebas del siglo xx, para exponer la falsedad de la teoría del fondo de jornales. La clase trabajadora la ha denunciado, desde el comienzo, como contraria a su propia experiencia. En 1876, Walter presentó numerosos ejemplos de la vida americana para probar que no era verdadera. Y siete años antes de que Walker clavase la última puntilla en el ataúd de la teoría, aún los economistas admitían que esta ley natural, de ley, nada tenía. John Stuart Mill, el hombre cuyos *Principios de Economía Política,* que vieron la luz en 1848, tanto habían hecho para popularizar la doctrina, al reseñar un libro para la "Fortnightly Review" en mayo de 1869, publicó esta retractación: "La doctrina enseñada hasta ahora por todos o la mayoría de los economistas (incluyéndome a mí) y la cual negó que fuese posible que las combinaciones comerciales pudieran aumentar los jornales o que limitó sus operaciones, en ese respecto, a un incremento que la competencia del mercado siempre habría producido sin aquéllas; esa doctrina carece de fundamentos científicos y debe ser desechada".

Fue una valentía de J. S. Mill declarar esto. Había cometido una equivocación y lo admitió plena y honradamente. Mas, para los obreros, fue demasiado tarde aquella denuncia de una doctrina que fue como una plaga por más de medio siglo. Servía muy poco a los trabajadores una ciencia que entregaba al enemigo un arsenal completo de tiros de cañón, cada vez que ellos intentaban un progreso; que prácticamente no les ofrecía ni la menor esperanza de mejorar su situación en la vida; y que, en todo momento, estaban al servicio de los intereses de la clase patronal.

Que los obreros tenían motivos reales para desconfiar de la ciencia de la economía fue admitido por uno de

los principales discípulos de la escuela clásica, el profesor J. E. Cairnes, quien en sus *Ensayos en Economía Política,* publicados en 1873, indica que ésta se había convertido en un arma de la clase burguesa: "La Economía Política, con demasiada frecuencia, aparece, especialmente cuando trata de lo que concierne a las clases trabajadoras, bajo la guisa de un código dogmático de reglas preparadas de antemano, un sistema promulgador de decretos, sancionando un arreglo social, condenando otro y requiriendo de los hombres, no consideración, sino obediencia. Ahora que *tomamos en cuenta* la suerte de decretos que ordinariamente son dados al mundo en nombre de la Economía Política —decretos de los cuales puedo decir que en lo principal equivalen a una bella ratificación de la forma existente de sociedad como aproximadamente perfecta— creo que podemos comprender, la repugnancia y aún la violenta oposición manifestada hacia aquélla, por gente, que tiene razones propias para no compartir esa ilimitada admiración por nuestro presente orden industrial que sienten algunos expositores populares de las llamadas leyes económicas. Cuando *se le dice a un obrero* que la Economía Política condena las huelgas... mira con desdén las proposiciones limitando las horas de trabajo, pero aprueba la acumulación de capital y sanciona el mercado de jornales, no es extraño que conteste que la Economía Política está contra el trabajador y explica que éste se ponga contra la Economía Política. No puede sorprender que este nuevo código sea considerado, con sospecha, como un sistema posiblemente inventado en interés de los patronos y, por tanto, que el obrero deba simplemente repudiarlo y desconocerlo."

Era cierto que "la Economía Política estaba contra el trabajador". Era también cierto que estaba de parte del hombre de negocios, especialmente el de Inglaterra. Las enseñanzas de los economistas clásicos se propagaron a Francia y Alemania y, en el primer cuarto del siglo XIX, los famosos libros sobre economía, publicados en esos paí-

ses, fueron, en lo principal, o traducciones o exposiciones de las obras de los economistas clásicos ingleses. Pero, gradualmente, se hizo claro, a los pensadores de ambas naciones, que la doctrina clásica *no* era meramente la doctrina del hombre de negocios, sino que era especialmente la doctrina del hombre de negocios inglés. Ni que los economistas clásicos conscientemente hubiesen trabajado para ayudar al hombre de negocios inglés. Tampoco hubiera sido necesario. Debido a que vivieron en Inglaterra en una época definida, sus doctrinas fueron conformadas por el ambiente. Los economistas y hombres de negocios de otros países lo comprobaron.

Por ejemplo, el comercio libre. Adam Smith lo había predicado y Ricardo y los que le siguieron también. Todos estaban por un libre cambio mundial. No sólo debían eliminarse las barreras internas, sino también las que existían entre las naciones. Ricardo expone el caso del libre intercambio internacional muy claramente: "Bajo un sistema de comercio perfectamente libre, cada país dedica, naturalmente, su capital y su trabajo a los empleos que le sean más beneficiosos. Esta persecución de la ventaja individual está admirablemente relacionada con el bien universal de todos. Estimulando la industria, premiando la ingeniosidad y usando más eficazmente los poderes peculiares otorgados por la Naturaleza, distribuye el trabajo más efectivamente y más económicamente: mientras, aumentando la masa general de las producciones, difunde el beneficio general y consolida, por un lazo común de interés e intercambio, la sociedad universal de las naciones, en todo el mundo civilizado. Es este principio el que determina que el vino será producido en Francia y Portugal, el maíz en los Estados Unidos y Polonia y la ferretería y otros artículos fabricados en Inglaterra."

En esta cita Ricardo puede haber acertado, o estar equivocado, acerca del valor del libre cambio internacional de los productos. Pero es indiscutible que tenía toda la razón *para la Inglaterra de la época en que escribió.* La Revo-

lución Industrial llegó a Inglaterra primero; los manufactureros ingleses estaban a la cabeza de todos los del mundo, en métodos, en clases de maquinarias, en facilidades de transporte y podían cubrir la Tierra con los productos de sus fábricas. Por esto, el comercio libre internacional era lo más conveniente para Inglaterra.

Por la misma razón, no convenía a los hombres de negocios de otros países. Alexander Hamilton instituyó un sistema de tarifas proteccionistas en el Gobierno de Washington. Otras naciones también tenían barreras arancelarias, pero, bajo la influencia de los economistas clásicos ingleses, comenzaban a flirtear con las ideas de tráfico libre.

En 1841, en el momento en que los ingleses ensalzaban las virtudes superlativas del comercio libre internacional, esto se hacía muy popular en otros países; fue entonces cuando Friedrich Liszt publicó su *Sistema Nacional de Economía Política*, atacándolo. Liszt era alemán y, en la Alemania de entonces, la industria era joven y sin desarrollo. Había pasado algunos años en los Estados Unidos, donde comprobó que lo mismo le ocurría a la industria americana. Liszt vio que, si el comercio libre internacional llegaba a ser un hecho, pasaría largo tiempo antes de que las industrias de las naciones que no estuviesen al nivel de Inglaterra pudieran alcanzar a ésta, si es que la alcanzaban. Declaró que era partidario del comercio libre, pero sólo después que los países menos avanzados estuviesen en la misma situación industrial que los más avanzados. "Cualquier nación que, debido al infortunio, se encuentre detrás de otras en industria, comercio y navegación, aunque posea todos los medios mentales y materiales para desarrollarlos, debe, antes que otra cosa, reforzar sus propios poderes individuales, con objeto de capacitarse a sí misma para entrar en libre competencia con otros países más avanzados."

Liszt dijo que el bajo precio no lo era todo, que había cosas baratas que costaban demasiado caras. Lo que hace

grande a un país no es su stock de valores en un momento particular, sino su capacidad para producir valores. "*Las causas de la riqueza* son algo totalmente diferentes de *la riqueza misma.* Una persona puede tenerla, pero, sin embargo, si no posee el poder de producir objetos de más valor que los que consume, será más pobre... *El poder de producir riqueza* es, por consiguiente, infinitamente más importante que *la riqueza misma*... Esto es más cierto en el caso de naciones enteras que en el de individuos particulares".

Liszt sugirió que Inglaterra, ya grande (nación) antes de que el comercio libre fuese su lema, intentaba hacer imposible que otros países también lo fueran: "Es un procedimiento inteligente, pero muy común que cuando alguien ha alcanzado la cumbre de la grandeza, le dé un puntapié a la escalera por la cual subió, para impedir así que otros suban también."

Por esto, el economista alemán se declaró por el proteccionismo y las murallas de tarifas detrás de la cual las industrias incipientes, seguras del mercado nacional, puedan crecer hasta sostenerse sobre sus piernas. Y sólo cuando sean lo bastante fuertes, saldrán a la palestra del comercio libre mundial, para luchar. En resumen, Liszt fue un poderoso exponente del sistema nacional de economía, opuesto al sistema internacional. Sus ideas tuvieron gran influencia, especialmente en Alemania y los Estados Unidos.

Además, Liszt, con su fuerte defensa de la Protección contra la doctrina del libre cambio, propugnaba por Adam Smith y sus discípulos, fue uno en el número creciente de quienes no creían en la infalibilidad de la escuela clásica. La economía clásica, tan popular e influyente en la primera mitad del siglo XIX, comenzó a perder algo de sus fuerzas en la segunda mitad. Fueron tiempos en que comenzaron a aparecer las obras de un hombre que, aceptando algunos de los principios expuestos por los clásicos, los llevó, por un camino diferente, a conclusiones muy distintas. También era alemán. Se nombraba Karl Marx.

CAPITULO XVIII

¡PROLETARIOS DEL MUNDO, UNIOS...![1]

¡Si yo tuviera un millón de pesos...! Cuántas veces hemos jugado con esta deliciosa idea... Nos viene a la mente cada vez que los periódicos publican los retratos de los ganadores de una carrera de caballos. De modo semejante, hay siempre gentes que pasan buena parte de su tiempo especulando sobre una sociedad mejor que aquella en que viven. A menudo, esas especulaciones nunca van más allá de la etapa de los sueños; pero, ocasionalmente, los soñadores insisten en ellas, trabajan con tesón en la idea y completan la utopía, visión de la sociedad ideal del porvenir.

En realidad, la tarea no es difícil. Cualquiera que tenga imaginación podría hacerla. Todo lo que se necesita es mirar alrededor y saber lo que se debe evitar. Se ven pobres por doquier; en nuestra utopía, eliminamos la pobreza. Se ve derroche en la producción y distribución de artículos; en nuestra utopía, está formulado un método de producción y distribución ciento por ciento eficiente.

[1] En este capítulo así como en los siguientes aparecen una gran cantidad de citas de las obras de los clásicos del materialismo-dialéctico: Marx, Engels y Lenín. Se han respetado los originales, acudiendo a las ediciones más autorizadas allí donde ha sido posible. En particular en el caso de "El Capital" de Karl Marx se ha utilizado la edición del Fondo de Cultura Económica, cotejándola con el original alemán, edición de 1911. N. del R.).

Se ven injusticias de todas clases; en nuestra utopía, hay tribunales honrados presididos por jueces honrados (aunque se puede pensar que, en la utopía, jueces y tribunales son totalmente innecesarios). Se ve enfermedad, miseria e infelicidad; en nuestra utopía llevamos la salud, la riqueza y la dicha a todo el mundo.

Quizá, el principio más importante de los planificadores de la utopía sea la abolición del capitalismo. Y es que, en el sistema capitalista, ellos ven sólo males. Es derrochador e injusto, sin previo plan. La utopía implica una sociedad planificada, que sería eficiente y justa. Bajo el capitalismo, los pocos que no trabajan viven en el confort y el lujo, debido a tener la propiedad de los medios de producción. Los utopistas ven, en la propiedad común de los medios de producción, la producción de los medios de la buena vida. Por eso, en sus sociedades visionarias, planearon que muchos que hagan el trabajo vivirán en el confort y el lujo, mediante la propiedad de los medios de producción. Esto es el socialismo y era el sueño del utopismo.

Y entonces, llegó Karl Marx.

Quien también era socialista, quería mejorar la condición de la clase trabajadora, quería una sociedad planificada y quería que los medios de producción fuesen de propiedad del pueblo. Pero —y esto es muy importante— Marx no meditaba ninguna utopía. Prácticamente, no escribió nada sobre cómo funcionaría la Sociedad del Futuro. Estaba tremendamente interesado en la Sociedad del Pasado, cómo surgió, se desarrolló y decayó, hasta ser la Sociedad del Presente; estaba tremendamente interesado en la Sociedad del Presente, porque anhelaba descubrir en ella las fuerzas que harían los cambios en la Sociedad del Futuro. Pero no gastó su tiempo ni se preocupó por las instituciones económicas de Mañana. Casi todo su tiempo lo dedicó a estudiar las instituciones económicas de Hoy. Quería saber qué es lo que hace girar las ruedas

en la sociedad capitalista en la que estaba entonces viviendo él. El nombre de su más grande obra es *El Capital - Análisis Crítico de la Producción Capitalista.*

Fue mediante su análisis de la sociedad capitalista, como Marx llegó a la conclusión de que el socialismo vendría, pero sin soñar su existencia. A la manera de los utopistas. Marx pensó que el socialismo advendría como resultado de fuerzas definidas, en movimiento, en la sociedad, con una clase trabajadora revolucionaria y organizada para anunciarlo. Así como a la economía clásica se la puede llamar economía del hombre de negocios, porque éste encontró en ella ayuda y confort, a la economía de Marx se la puede llamar economía del trabajador, porque en ella éste puede hallar su importante lugar en el esquema de las cosas y puede albergar esperanzas para el futuro.

El punto fundamental de la doctrina económica de Marx es que el sistema capitalista se basa en la explotación del trabajo.

Fue fácil ver que en los días de la esclavitud del trabajador, es decir, el esclavo, éste recibía un trato brutal. Todos convenían en ello. Los más delicados podían haber exclamado furiosos: "¡Qué horror!" Que un hombre tenga que trabajar para otro es completamente erróneo. ¡Qué bueno que se ha abolido la esclavitud!

De modo semejante, fue fácil ver que, en el período feudal, el trabajador, es decir, el siervo de la Gleba, era tratado brutalmente. No había discusión sobre ello, porque era evidente que el siervo, como el esclavo, tenía que trabajar para otro hombre, su señor. Trabajaba cuatro días a la semana en su propia tierra y otros dos días, en la del señor. En los dos casos la explotación del trabajador era evidente.

Pero *no* es fácil ver que en la sociedad capitalista, el trabajador es tratado con brutalidad. Se presume que el obrero es un agente libre. A diferencia del esclavo y del siervo, no *tiene* que trabajar para este amo o aquel señor.

Se presume también que puede trabajar o no, como le guste. Y habiendo escogido el patrono para el cual trabajará, el obrero recibe la paga por su labor a fin de semana. Seguramente esto era diferente, pues esto no era explotación del trabajo.

Marx se declara en desacuerdo y afirma que el obrero en la sociedad capitalista, es tan explotado como lo era el siervo de la Gleba en la sociedad feudal. Sólo que la explotación, en la sociedad capitalista, estaba oculta, enmascarada. Y arrancó la máscara con su exposición de la teoría de la plusvalía (valor excedente).

En esta teoría, Marx toma la de Ricardo sobre el valor del trabajo, sostenida en varios grados por la mayoría de los clásicos, de Adam Smith a John Stuart Mill. Según esta doctrina, el valor de los artículos depende de la cantidad de trabajo que se necesita para producirlos. Marx cita a un famoso economista, Benjamín Franklin, como un creyente en esta teoría del valor del trabajo. Y escribe: "El célebre Franklin, uno de los primeros economistas después de William Petty, quien vio a través de la naturaleza de los valores, dice que "el comercio, en general, no es otra cosa que el cambio de trabajo por trabajo; el valor de todas las cosas se mide justamente con el trabajo".

Marx hace una distinción entre los artículos en general y las mercancías. La producción de éstas es la clase típica de sociedad capitalista. "La riqueza de las sociedades, en que impera el régimen capitalista de producción, se nos aparece como "un inmenso arsenal de mercancías y la mercancía como su *forma elemental*. Por eso nuestra investigación arranca del análisis de la mercancía".

Un artículo se convierte en mercancía cuando es producido, no para el consumo directamente, sino para el cambio. El abrigo que un hombre hace para sí, no es una mercancía. Un abrigo hecho para ser vendido a alguien —o ser cambiado por dinero o por otro artículo— es una mercancía. El hombre que hace un abrigo no para

ponérselo, sino para el cambio o para la venta, ha producido una mercancía.

"Los productos del trabajo destinados a satisfacer las necesidades personales de quien los crea son, indudablemente, valores de uso, pero no mercancía. Para producir mercancías, no basta producir valores de uso, sino que es menester producir valores de uso para otros, valores de uso sociales".

Ahora, la cuestión importante es, ¿a qué precio será el cambio? ¿Qué determina el valor de esta mercancía? Compárese este abrigo con otra mercancía, un par de zapatos. Como artículo, como medio de satisfacer necesidades humanas, no parece haber mucho de común entre ambas cosas. Como tampoco entre éstas y otras mercancías, pan, lápices, salchichas, etc. Sólo, puede así cambiarse teniendo algo en común y ese algo, según Marx, es que son productos del trabajo. Todas las mercancías son productos del trabajo. Por consiguiente, el valor o precio a que se cambia la mercancía, está determinado por la cantidad de trabajo que representa cada una. Y esa cantidad de trabajo es medida por su duración, es decir, por el tiempo del trabajo. "Entonces vemos que lo que determina la magnitud del valor de una mercancía es la cantidad de trabajo socialmente necesario o el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirla... El valor de una mercancía es, al valor de otra, como el tiempo de trabajo necesario para la producción de una es el necesario para la producción de la otra..."

Si el abrigo tomó dieciséis horas en hacerlo y el par de zapatos sólo ocho horas, aquél valdrá el doble que éstos y un abrigo podrá cambiarse por dos pares de zapatos. Marx se dio cuenta de que las clases de trabajo en los dos casos no eran las mismas, pues el abrigo incluía el trabajo del hilador, tejedor, sastre, etc., y los zapatos, actividades de otra índole. Pero, dice Marx, todo trabajo es el mismo y, por lo tanto, comparable, en el sentido de que es el gasto de fuerza de trabajo humano. El trabajo

no calificado y el trabajo calificado son comparables, siendo el último un múltiple del primero, de modo que puede decirse que una hora de trabajo calificado equivale a dos horas del otro.

Así el valor de una mercancía es determinado, según Marx, por el tiempo de trabajo socialmente necesario para producirla. "Pero —podrá objetarse— eso significaría que la mercancía producida por un obrero lento y sin eficiencia sería más valiosa que la producida por otro hábil y rápido, ya que aquél emplearía más tiempo en completarla." Marx se anticipa a esta objeción y la contesta de este modo:

"Se dirá que si el valor de una mercancía se determina por la cantidad de trabajo invertida en su producción, las mercancías encerrarán tanto más valor cuanto más holgazán o más torpe sea el hombre que las produce o, lo que es lo mismo, cuanto más tiempo tarde en producirlas. Pero no; el trabajo que forma la sustancia de los valores es trabajo humano igual, inversión de la misma fuerza humana de trabajo. Cada una de estas fuerzas individuales de trabajo es una fuerza humana de trabajo equivalente a las demás, siempre y cuando que presente el carácter de una fuerza media de trabajo social y de, además, el rendimiento que a esa fuerza media de trabajo social corresponde, o lo que es lo mismo, siempre y cuando que para producir una mercancía no consuma más que el tiempo de trabajo que representa la media necesaria, o sea el *tiempo de trabajo socialmente necesario*. Tiempo de trabajo socialmente necesario es aquel que se requiere para producir un valor de uso cualquiera, en las condiciones normales de producción y con el grado medio de destreza e intensidad de trabajo imperantes en la sociedad".

En el personal de una fábrica, digamos doscientos hombres, unos trabajan mejor que otros. Pero hay una cuota promedio de trabajo y rendimiento. Los que trabajan por encima de este promedio son compensados por los que trabajan por debajo del mismo. Supóngase que el tiempo

de trabajo promedio o trabajo socialmente necesario, requerido para hacer un abrigo, sea de dieciséis horas. Algunos obreros necesitan menos tiempo, algunos necesitan más, pero éstas son desviaciones menores del promedio general. Es lo mismo con los medios de producción, la maquinaria que el trabajo usa para producir artículos. En la industria textil, en general, algunas plantas pueden estar fabricando con telares antiguos. Y algunos de los hombres pueden estar trabajando, por el contrario, con máquinas de los últimos modelos, todavía no adoptadas en todas las manufacturas. Pero, siempre, habrá un promedio de equipos y los más y los menos, tomados en conjunto, se compensarán unos a otros y por consiguiente, el tiempo de trabajo, socialmente necesario, significa un trabajo promedio hecho con instrumentos "promediales", que dentro de un mercado de competencia dado todos los adelantos técnicos representan una producción hecha al óptimo de los costos en relación a los demás productores. Esto, por supuesto, cambia con los diferentes lugares y épocas, pero en un tiempo dado y en cualquier país, éste es el promedio general al cual se conforman el trabajo y los medios de producción.

En consecuencia ¿qué? Supóngase que admitimos que el valor de una mercancía es determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario para su producción. ¿Qué tiene esto que ver con la prueba de que, en la sociedad capitalista, el trabajo es explotado y que la clase propietaria vive del trabajo de la clase desposeída? ¿Qué tiene que ver eso con la prueba de que el obrero, como el siervo, trabaja sólo parte del tiempo para sí y parte para el patrón?

Pues todo.

El jornalero, en la sociedad capitalista, es un hombre libre. No pertenece a un amo, como en la esclavitud, ni está atado al suelo, como en la servidumbre. Ya se ha visto (Capítulo XIV) cómo fue "liberado" no sólo de su maestro, sino también de los medios de producción. Se

ha visto cómo éstos (tierras, herramientas, maquinaria, etc.) vinieron a ser propiedad de un grupito y no fueron distribuidos generalmente entre los trabajadores. Los que no son dueños de los medios de producción, sólo pueden ganarse la vida alquilándose —por jornales— a los que los tienen. Por supuesto que el obrero no se vende a sí mismo al capitalista (que haría de él así un esclavo), pero vende la única mercancía que posee, su capacidad para trabajar, su fuerza de trabajo.

"Para convertir el *dinero* en *capital* el poseedor de dinero tiene, pues, que encontrarse en el *mercado, entre las mercancías,* con el *obrero libre; libre* en un doble sentido, pues de una parte ha de poder disponer libremente de su fuerza de trabajo como de *su* propia mercancía y de otra parte, no ha de tener otras mercancías que ofrecer en venta; ha de hallarse, pues, suelto, escotero y libre de todos los objetos necesarios para realizar por cuenta propia su fuerza de trabajo."

¿A qué precio debe este obrero libre vender su mercancía, cuál es el valor de su fuerza de trabajo? El valor de su fuerza de trabajo como el de cualquiera otra mercancía, está determinado por la cantidad de trabajo necesario para producirla. O, en otras palabras, ¿el valor de la fuerza de trabajo del obrero es igual a todas las cosas que le son necesarias para vivir y, como la reserva de la fuerza de trabajo debe perpetuarse, para mantener una familia. Lo que comprende esta suma de cosas es diferente, en distintos lugares y tiempos. (Por ejemplo, difiere en los Estados Unidos y en China). Al obrero, se le pagan jornales por su fuerza de trabajo. Esos jornales siempre tienden a igualar una suma de dinero con que comprar las mercancías que el obrero requiere para reproducir su fuerza de trabajo en él y en sus hijos.

Marx expone todo esto así:

"El valor de la fuerza de trabajo, es el valor de los medios de vida necesarios para asegurar la subsistencia de su poseedor... Por tanto, la suma de víveres y me-

dios de vida habrá de ser por fuerza suficiente para mantener al individuo trabajador en su estado normal de vida y de trabajo. Las necesidades naturales, el alimento, el vestido, la calefacción, la vivienda, etc., varían con arreglo a las condiciones del clima, y a las demás condiciones naturales de cada país. Además, el volumen de las llamadas necesidades naturales, así como el modo de satisfacerlas, son de suyo un producto histórico que depende, por tanto, en gran parte, del nivel de cultura de un país y, sobre todo, entre otras cosas, de las condiciones, los hábitos y las exigencias con que se haya formado la clase de los obreros libres...

El poseedor de la fuerza de trabajo es un ser morbal... Habrán de reponerse por un número igual de fuerzas nuevas de trabajo las que retiran del mercado el desgaste y la muerte. La suma de los medios de vida necesarios para la producción de la fuerza de trabajo incluye, por tanto, los medios de vida de los sustitutos, es decir, de los hijos de los obreros, para que esta raza especial de poseedores de mercancías pueda perpetuarse en el mercado".

Esto significa simplemente que el obrero percibirá a cambio de su fuerza de trabajo, jornales que serán bastante para su subsistencia y la de sus familiares y algo más (en algunos países) para comprar un radio o un automóvil o una entrada al cine, de vez en cuando.

Nótese que en la cita de arriba, Marx se refiere a "esta raza especial de poseedores de mercancías". ¿Qué hay de especial en la mercancía del obrero, la fuerza de trabajo? Pues hay de peculiar que, a diferencia de cualquiera otra mercancía, *puede crear más valor que lo que vale ella* misma. Cuando el obrero se alquila a sí mismo, da su fuerza de trabajo no sólo por el tiempo que le toma producir el valor de sus propios jornales, sino por la duración de la jornada de trabajo. Si el día (jornada) de trabajo es de diez horas y el tiempo necesario para producir el valor de los jornales del trabajador es igual a seis horas, entonces quedan cuatro horas durante las cua-

les el obrero estará trabajando *no para sí mismo, sino para su patrono.* A las seis primeras horas, Marx las llama *tiempo necesario de trabajo* y a las cuatro horas *tiempo excedente de trabajo o plusvalía.* Del valor del producto total de las diez horas de labor, seis décimos equivalen a los jornales y cuatro décimos equivalen a la plusvalía, de la cual se apropia el patrono y con ello forma sus utilidades.

"El valor de la mercancía está determinado por la *cantidad total de trabajo* que contiene. Pero parte de esa cantidad de trabajo es realizada en un valor, un equivalente el cual ha sido pagado en forma de jornales; y parte ha sido realizada en un valor por el cual no se paga *ningún equivalente.* Parte de la labor contenido en la mercancía es labor retribuida; parte es labor no retribuida. Al vender, por consiguiente, la mercancía en *su valor,* que es la cristalización de la *cantidad total de trabajo* gastada en ella, el capitalista debe vender, necesariamente, con una ganancia. Vende no sólo lo que le cuesta un equivalente, sino también lo que no le cuesta nada, aunque ha costado el trabajo de su obrero. El costo de la mercancía para el capitalista y su costo verdadero son cosas distintas. Repito, por lo tanto, que las utilidades normales y promediales son hechas vendiendo mercancías no *por encima,* sino a *su verdadero valor*".

La teoría de Marx de la plusvalía aclara así, el misterio de cómo el trabajo es explotado en la sociedad capitalista. Sumariemos todo el proceso en forma de breves oraciones:

Al sistema capitalista le incumbe la producción de artículos para la venta, mercancías.

El valor de la mercancía es determinado por el tiempo de trabajo socialmente necesario invertido en su producción.

El obrero no posee los medios de producción. (Tierras, herramientas, fábricas, etc.)

Para vivir, el obrero tiene que vender la única mercancía que posee, su fuerza de trabajo.

El valor de su fuerza de trabajo, como el de todas las mercancías, es la cantidad de tiempo necesario para producirla; en este caso, la cantidad necesaria para que el obrero viva.

Los jornales que le son pagados, por consiguiente, serán iguales a sólo lo necesario para su manutención.

Pero esta cantidad, el obrero puede producirla, con una parte de su jornada de trabajo (menos del total).

Esto significa que sólo una parte del tiempo el obrero estará trabajando para sí mismo.

El resto del tiempo (de la jornada de trabajo) el obrero estará trabajando para el patrono.

La diferencia entre lo que el obrero recibe en jornales y el valor de la mercancía que produce es la plusvalía.

La plusvalía o valor excedente, es para el patrono o propietario de los medios de producción.

Es la fuente de las utilidades, intereses, rentas, las ganancias de la clase propietaria.

La plusvalía es la medida de la explotación del trabajo y del hombre en el sistema capitalista.

Karl Marx fue un agudo estudiante de la historia de los Estados Unidos y probablemente conocía los escritos y discursos de Abraham Lincoln. No sabemos si Lincoln tuvo oportunidad de leer cualquier de las obras de Marx. Pero sabemos que en algunos temas, su pensamiento era semejante. Una prueba de ello es esto de Lincoln: "Nada bueno ha sido o puede ser disfrutado por nosotros sin haber costado trabajo primero. Y, como la mayoría de las cosas son producidas por el trabajo, se infiere que tales cosas, de derecho, pertenecen a aquel cuyo trabajo lo produjo. Pero ha ocurrido, en todas las Edades del mundo, que algunos han trabajado y otros, sin trabajo alguno, han gozado de una gran proporción de los frutos. Esto es erróneo y no debe continuar. Asegurar a cada trabajador el producto total de su esfuerzo o tanto como sea posible, es un digno objetivo de cualquier buen Gobierno".

Eso es de Lincoln. Quien también afirmó que el obrero

hace el trabajo y que al compartir éste con el capital, es en cierto sentido robado. Y va más lejos aún. Lean las últimas frases de la cita anterior otra vez y verán que él quiere que se haga algo para cambiarlo. Lo mismo creyeron los utopistas. Lo mismo creyó Marx. Pero todos difirieron mucho sobre el método para hacerlo.

Los socialistas utópicos "al formular sus utopías se preocuparon muy poco sobre si las grandes fuerzas industriales en juego en la sociedad permitirían el cambio indicado". Pensaban que todo lo necesario era formular el plan de una sociedad ideal, interesar al poderoso o al rico o a ambos, en el proyecto, experimentarlo en pequeña escala y entonces confiar en la cordura del pueblo para ponerlo en existencia.

Así Robert Owen, famoso socialista inglés, escribió un libro cuya tesis puede ser deducida de su título, *Libro del Nuevo Mundo Moral*. ¿Proclamó que una revolución de la clase trabajadora traería el cambio a su nueva sociedad? No. Al final del volumen, escribió a Su Majestad el rey Guillermo IV de Inglaterra: "Este libro descubre los principios fundamentales de un *Nuevo Mundo Moral* y pone los nuevos fundamentos sobre los cuales reconstruir la sociedad y recrear el carácter de la raza humana... La sociedad ha emanado de errores básicos de la imaginación y todas las instituciones y arreglos y disposiciones sociales del hombre en todo el mundo se han basado en esos errores. Bajo vuestro reinado, Señor, con toda probabilidad, será efectuado el cambio de este sistema, con todas sus malas consecuencias, a otro fundado en verdades de profunda evidencia y que asegurará la felicidad de todos."

Y Charles Fourier, famoso socialista francés, también miraba, más allá de la clase trabajadora, hacia los hombres con dinero, para que ayudasen a inaugurar sus experimentos con un nuevo orden. "Una vez anunció públicamente que estaría en su casa diariamente a cierta hora, esperando al filántropo dispuesto a darle un millón de

francos para el fomento de una colonia basada en los principios fourierísticos. Durante doce años sucesivos, Fourier estuvo en su hogar todos los días, a las doce del día, puntualmente, aguardando al generoso extraño. ¡Pero nadie apareció!"

Los discípulos de Saint-Simon, otro socialista francés, despreciaban las proposiciones de Fourier, pero también creían que la colaboración con la burguesía era necesaria para traer el cambio social. En su órgano, *El Globo*, el 28 de noviembre de 1831 publicaron esta afirmación reveladora "Las clases trabajadoras no pueden levantarse a menos que las clases superiores les tiendan la mano. La iniciativa debe partir de las últimas".

Marx ridiculizó las proposiciones de los utopistas. Las creía fantásticas. En el *Manifiesto Comunista*, escrito conjuntamente en 1848 con Friedrich Engels, su amigo de toda la vida y colaborador (Engels publicó los volúmenes II y III de *El Capital*, inconclusos a la muerte de Marx), los dos autores expresaron su desaprobación de los socialistas utópicos. "Quieren mejorar la condición de cada miembro de la sociedad, aun de los más favorecidos. De aquí que apelen habitualmente a la sociedad en su conjunto, sin distinción de clases, más aún, con preferencia de la clase dirigente. Pues, ¿cómo puede el pueblo, cuando comprenda su sistema, no ver en éste el mejor plan posible de la mejor sociedad posible?

"Por esto rechazan toda acción política y especialmente revolucionaria; desean alcanzar todos sus fines por medios pacíficos y esforzarse por pequeños experimentos necesariamente condenados al fracaso y mediante el ejemplo en preparar el camino para el nuevo Evangelio social. . ."

"Ellos todavía sueñan con la realización experimental de sus Utopías Sociales, con fundar "falansterios" aislados (Fourier), con establecer colonias hogares, con organizar Pequeñas Icarias (Etienne Cabet, otro socialista francés), duodécimas ediciones de la Nueva Jerusalén y para reali-

zar estos castillos en el aire, se ven obligados a apelar a los sentimientos y a la bolsa de los burgueses".

Esta apelación a "los sentimientos y a la bolsa de los burgueses" irritó especialmente a Marx y a Engels. Porque para ellos, el cambio a la nueva sociedad vendría no por los esfuerzos de las clases dirigentes sino a través de la acción revolucionaria de la clase trabajadora. Escribiendo a Bebel, Liebknecht[2] y otros radicales alemanes, en septiembre de 1897, se expresan con perfecta claridad en este punto:

"Durante casi cuarenta años hemos insistido en que la lucha de clases es la fuerza motriz esencial de la historia y en particular que la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado es la máxima palanca de la Revolución social moderna; por ello nos es imposible colaborar con gentes que desean desterrar del movimiento esta lucha de clases. Cuando se constituyó la Internacional formulamos expresamente el grito de combate: la emancipación de la clase obrera debe ser obra de la clase obrera misma. Por ello no podemos colaborar con personas que dicen que los obreros son demasiado incultos para emanciparse por su cuenta y que deben ser libertados desde arriba por los burgueses y los pequeños burgueses filántropos."

¿Qué querían decir Marx y Engels cuando llamaban a la lucha de clases "la *fuerza motriz* esencial de la historia" y a la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado, "la *máxima* palanca de la revolución social moderna?" Las respuestas a estas preguntas las dará un examen de la manera cómo ellos miraban la Historia.

¿Cuál es vuestra filosofía de la Historia? ¿Creéis que los acontecimientos históricos son principalmente una cuestión de oportunidad, que son meramente accidentes sin una conexión entre sí? ¿O creéis que los cambios históricos se deben al poder de las ideas? ¿O creéis que los movi-

---

[2] Esta carta fue escrita solamente por Engels aunque contando con la aprobación y el respaldo de Marx, N. del R.).

mientos históricos tienen su origen en la influencia de los grandes hombres? Si se comparte cualquiera de estas filosofías, no se es marxista. La escuela de historiadores que Marx fundó y de la cual es el expositor más brillante, explica el movimiento de la Historia, los cambios habidos en la sociedad, como el resultado o la labor de las fuerzas económicas de la sociedad.

Para esta escuela, las cosas no son independientes entre sí, sino interdependientes. La Historia se nos muestra como una mezcla confusa de hechos y acontecimientos desordenados. Pero en realidad no es eso, pues está conformada a una serie definida de leyes que pueden ser descubiertas.

Engels explica las raíces de la filosofía de Marx en estos términos: "En este sistema, y he aquí su gran mérito, por primera vez todo el mundo, el natural, el histórico, el intelectual, está representado como un proceso, como algo en constante movimiento, cambio, transformación y desarrollo y se hace una tentativa para indicar las conexiones internas que hacen un todo continuo de todos sus movimientos y desarrollos. Desde este punto de vista, la Historia del género humano no aparece, ya, como un remolino de ideas absurdas... sino como el proceso de la misma evolución del hombre mismo".

La economía, la política, el derecho, la religión, la educación de cada civilización están ligadas. Cada una depende de las otras y es lo que es por causa de las otras. De todas estas fuerzas, la económica es la más importante, el factor básico. La piedra angular del arco son las relaciones que existen entre los hombres como productores. El modo de vida del hombre está determinado por la manera que hace su vida, por el modo de producción que prevalece dentro de cada sociedad en un momento dado.

Marx lo expone así: "He sido llevado por mis estudios a la conclusión de que las relaciones legales así como las formas de los Estados, ni podrían ser entendidas por sí mismas ni explicadas por el llamado progreso general de la mente humana, sino que están enraizadas en las con-

diciones materiales de la vida... En la producción social que los hombres realizan, ellos entran en relaciones definidas, las cuales corresponden a un estado definido de sus fuerzas materiales de producción. La suma total de estas relaciones de producción constituyen la estructura económica de la sociedad, el verdadero fundamento sobre el cual se levantan superestructuras legales y políticas y a las cuales corresponden las formas definitivas de la conciencia social. El modo de producción en la vida material determina el carácter general de los procesos sociales, políticos y espirituales de la vida. No es la conciencia del hombre lo que determina su existencia, sino al contrario, su existencia social lo que determina la conciencia".

Esta filosofía nos da un instrumento para el análisis e interpretación de la historia. La manera como los hombres ganan su vida —el modo de producción y el cambio— es la base de cada sociedad. "La forma en que la riqueza está distribuida y la sociedad dividida en clases... depende de lo que se produce, cómo se le produce y cómo se cambian los productos..." Igualmente, los conceptos del bien, de la justicia, de la educación, etc., —la serie de ideas que cada sociedad tiene— están adaptadas a la etapa particular de desarrollo económico que cada sociedad ha alcanzado. Ahora, ¿qué es lo que trae la revolución social y política? ¿Es simplemente un cambio en las ideas de los hombres? No, porque estas ideas dependen de un cambio que ocurre primero en lo económico, en el modo de producir y de intercambiar los frutos del trabajo.

Los hombres avanzan en la conquista de la Naturaleza. Se descubren o se inventan nuevos y mejores métodos de producir o de intercambiar los bienes materiales. Cuando estos cambios son fundamentales y de largo alcance surgen los conflictos sociales. Las relaciones derivadas del viejo modo de producción están solidificadas; y las viejas maneras de convivir están fijadas en el derecho, en la política, en la religión y en la educación. La clase en el Poder quiere retener su predominio y choca con la clase

en armonía con el nuevo modo de producción. La revolución es el resultado.

Esta manera de abordar la Historia, según los marxistas, hace posible comprender el de otra manera incomprensible mundo. Mirando los acontecimientos históricos desde el punto de vista de las relaciones de clases resultantes de la manera como los hombres ganan su vida, lo que ha sido ininteligible se hace inteligilble por primera vez. Con este concepto de la Historia, como instrumento, podemos entender la transición del feudalismo al capitalismo y del capitalismo al comunismo.

Debido a que estudiaron el pasado desde ese ángulo, Marx y Engels pudieron dar a la burguesía, su lugar propio en la Historia. No dijeron que el capitalismo y los capitalistas fuesen perversos, pues explicaron cómo el modo capitalista de producción surgió de condiciones anteriores; afirmaron con énfasis el carácter revolucionario de la burguesía en su período de desarrollo y lucha con el feudalismo.

"Hemos visto, pues, que los medios de producción y de cambio sobre cuya base se ha formado la burguesía fueron creados en la sociedad feudal. Al alcanzar un cierto grado de desarrollo estos medios de producción y de cambio, las condiciones en que la sociedad feudal producía y cambiaba, toda la organización feudal de la agricultura y la industria manufacturera, en una palabra, las relaciones feudales de propiedad cesaron de corresponder a las fuerzas productivas ya desarrolladas. Frenaban la producción en lugar de impulsarla. Se transformaron en otras tantas trabas. Era preciso romper las trabas y se rompieron.

"En su lugar se estableció la libre concurrencia con una constitución social y política adecuada a ella y con la dominación política y económica de la clase burguesa".

Así, la transición del feudalismo al capitalismo vino porque estaban presentes nuevas fuerzas productivas y una clase revolucionaria (la burguesía). Esto ha de ser, siem-

pre, verdad. El viejo orden no será reemplazado por la nueva sociedad porque los hombres lo deseen. No. Las nuevas fuerzas productivas han de estar presentes y, con ellas, una clase revolucionaria cuya función es comprender y dirigir.

Así fue con el cambio del feudalismo al capitalismo y, así será, dicen Marx y Engels, con el cambio del capitalismo al comunismo.

Pero una cosa es mirar a la sociedad del pasado y describir lo que ocurrió. Y otra es mirar a la sociedad del presente y describir lo que ha de *ocurrir*. ¿Qué pruebas ofrecieron Marx y Engels de que el capitalismo debe, como el feudalismo, pasar en la Historia? ¿Qué pruebas ofrecieron de que el capitalismo se romperá internamente, y de que las fuerzas de producción fueron bloqueadas e impedidas de desarrollarse y expandirse libremente, por las relaciones de la producción?

Marx y Engels, en 1848, analizaron la sociedad capitalista y señalaron ciertas características dentro del sistema de producción que, según razonaban, anunciaban su fin. Indicaron hacia:

La creciente concentración de la riqueza en manos de unos pocos.

El aplastamiento de muchos productores pequeños por unos cuantos grandes.

El aumento del uso de la maquinaria, desplazando más y más obreros, y creando un "ejército de reserva industrial".

La cada vez mayor miseria de las masas.

La repetición de rupturas periódicas en el sistema —crisis— cada una más devastadora que la última.

Y más importante: La contradicción fundamental en la sociedad capitalista, el hecho de que mientras la *producción* en sí cada vez está más *socializada*, el resultado del esfuerzo y trabajo colectivos, es la *apropiación, privada o individual*. El trabajo crea, el capital se apropia. Bajo el capitalismo, la creación por el trabajo ha venido

a ser un empeño conjunto, un proceso cooperativo con millares de obreros trabajando *juntos* (a menudo para producir una sola cosa, por ejemplo, un automóvil). Pero los productos, hechos socialmente, son apropiados no por los productores, sino por los dueños de los medios de producción, los capitalistas. Y he aquí el punto de fricción, el origen de la dificultad. Producción socializada contra apropiación capitalista.

Todo esto es sumarizado en un pasaje impresionante de *El Capital,* de Marx:

"Cada capitalista desplaza a otros muchos. Paralelamente con esta centralización del capital o expropiación de muchos capitalistas por unos pocos, se desarrolla en una escala cada vez mayor la forma cooperativa del proceso de trabajo... la transformación de los medios de trabajo en medios de trabajo utilizables sólo colectivamente... Conforme disminuye progresivamente el número de magnates capitalistas que usurpan y monopolizan este proceso de transformación, crece la masa de la miseria, de la opresión, del esclavizamiento, de la degeneración, de la explotación; pero crece también la rebeldía de la clase obrera, cada vez más numerosa y más disciplinada, más unida y más organizada por el mecanismo del mismo proceso capitalista de producción. El monopolio del capital se convierte en grillete del régimen de producción que ha crecido con él y bajo él. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan a un punto en que se hacen incompatibles con su envoltura capitalista. Esta salta hecha añicos. Ha sonado la hora final de la propiedad privada capitalista. Los expropiadores son expropiados".

Marx y Engels miraban hacia el día en que las fuerzas sociales de la producción no podrían ser contenidas por las limitaciones impuestas por la propiedad privada y la apropiación individual. Y anticiparon que el conflicto resultante conduciría al establecimiento de una nueva sociedad armoniosa, en la que la propiedad y el control de

los medios de producción serían transferidos de las manos de unos pocos apropiadores capitalistas, a las de muchos productores proletarios.

Pero ¿cómo se efectuaría este cambio? Por las acciones de los hombres. ¿Y quiénes serían los hombres que efectuarían el cambio? El proletariado. ¿Por qué? Porque es el que sufre más de las contradicciones del capitalismo y porque no está interesado en preservar un sistema basado en la propiedad privada, en el que no tiene justa participación. El paso del capitalismo al comunismo es inherente al mismo capitalismo y el instrumento de la transición es el proletariado.

Marx no era un revolucionario de butaca que se contenta con decirle al compañero lo que se debe hacer y cómo lo haría. No: vivía su filosofía. Y como su filosofía no era meramente una explicación del mundo, sino también un instrumento para cambiar el mundo, él, como sincero revolucionario, no podía estar por encima de la lucha, sino participando en ella. Como participó.

Cuando se dio cuenta de que el instrumento para abolir el capitalismo era el proletariado, naturalmente, dedicó su atención a la preparación y organización de la clase trabajadora para sus contiendas económicas y políticas. Fue el miembro más activo e influyente de la Asociación Internacional de Trabajadores (la Primera Internacional), fundada en Londres el 28 de septiembre de 1864. Dos meses después, en noviembre 29 de ese año, Marx escribió al Dr. Kugelmann, un amigo alemán: "La Asociación, o más bien su comité es importante porque los líderes de los *Trade-Unions* (Sindicatos) de Londres pertenecen a ella... Los líderes de los obreros parisienses también están conectados con el grupo".

Marx y Engels concedían una gran importancia a los (Sindicatos) Trade-Unions: "La organización de la clase trabajadora, como tal clase, mediante las Trade-Unions... es la verdadera clase de organización del proletariado en

la cual éste practica su diaria lucha con el capital y en la cual se entrena a sí mismo..."

¿Se entrena a sí mismo para qué? ¿Para la lucha por más altos jornales, menos horas de labor, mejores condiciones? Por supuesto. Mas también, para una lucha más importante, la lucha por la completa emancipación de la clase obrera, mediante la abolición de la propiedad privada. Desde que son de la propiedad privada de los medios de producción, de donde fluyen todos los males del capitalismo, el punto cardinal del programa de Marx y Engels era la abolición de la propiedad privada, base de la explotación. "El objetivo inmediato de los comunistas es la formación del proletariado en una clase, el derrocamiento de la supremacía burguesa, la conquista del poder político por el proletariado... La característica distintiva del comunismo no es la abolición de la propiedad en general, sino la abolición de la propiedad burguesa. Pero la propiedad privada burguesa moderna es la última y más completa expresión del sistema de producir y apropiar productos, basado en el antagonismo de clase o en la explotación de los *muchos por los pocos.*

"En este sentido, la teoría del comunismo puede ser resumida en la siguiente frase: "Abolición de la propiedad privada...

"En una palabra, nos acusáis de querer abolir vuestra propiedad, efectivamente, esa es lo que queremos.

"Se ha objetado que con la abolición de la propiedad privada cesaría toda actividad y sobrevendría una pereza general.

"Si así fuese, hace ya mucho tiempo que la sociedad burguesa habría sucumbido a manos de la holgazanería, puesto que en ella los que trabajan no adquieren y los que adquieren no trabajan."

Así, la propiedad privada, en la forma que existe en la sociedad capitalista —dando a la clase proletaria el derecho de explotar a las otras— va a ser abolida. Pero, ¿cómo? ¿Pidiendo a los dueños de propiedades que en-

treguen éstas? ¿Declarando inexistentes sus derechos de propiedad? No es ese el procedimiento, dicen Marx y Engels.

¿Cómo, entonces? ¿Cuál es el método propugnado?

La revolución.

Los comunistas consideran indigno ocultar sus ideas y propósitos. Proclaman abiertamente que sus objetivos sólo pueden ser alcanzados derrocando por la violencia todo el orden social existente. Las clases dominantes pueden temblar ante una Revolución Comunista. Los proletarios no tienen nada que perder en ella más que sus cadenas. Tienen, en cambio, un mundo que ganar.

"Os horrorizáis (la burguesía) de que queramos abolir la propiedad privada. Pero en vuestra sociedad actual la propiedad privada está abolida para las nueve décimas partes de sus miembros. Precisamente porque no existe para esas nueve décimas partes, existe para vosotros. Nos reprocháis, pues, el querer abolir una forma de propiedad que no puede existir sino a condición de que la inmensa mayoría de la sociedad sea privada de propiedad.

¡Proletarios de todos los países, uníos...!"

El retumbante reto a la clase directora, esta apelación a la revolución, fue publicado por primera vez en febrero de 1848. Es un hecho interesante que un mes *antes* de su publicación, fue dada una aprobación completa a la revolución por un gran americano, Abraham Lincoln, en un discurso pronunciado en la Cámara de Representantes de Washington el 12 de enero de 1848: "Cualquier pueblo y en cualquier parte, que se incline a ello y tenga el poder, posee el derecho a levantarse en armas, derribar el Gobierno y formar otro nuevo que le convenga mejor. Este es un valiosísimo y sacratísimo derecho, un derecho del que esperamos y creemos que ha de liberar al mundo".

¿Por qué Lincoln habló del derecho de "levantarse en armas" y derribar al existente Gobierno? ¿Por qué no lograr los cambios deseados dentro del marco del viejo régimen?

Posiblemente, porque pensaba que no podría hacerse. Posiblemente, porque creía, con Marx y Engels, que "el gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa".

Esto significa que, en la lucha entre los que tienen propiedad y los que no la tienen, los primeros encuentran, en el Gobierno, un arma importante contra los últimos. El poder estatal es utilizado en interés de la clase dirigente, lo que en nuestra sociedad equivale a los intereses de la clase capitalista.

Según los marxistas, ésta es la razón de que el Estado esté en el primer lugar. La sociedad moderna está dividida en opresores y oprimidos, la burguesía y el proletariado. Hay un conflicto entre ambos. La clase que dirige económicamente —la que posee los medios de producción— también dirige políticamente. Y "el poder político, hablando propiamente, es la violencia organizada de una clase para la opresión de otra".

Se nos hace creer que el Estado está por encima de la clase, que el Gobierno representa a todo el pueblo, los de arriba y los de abajo, los ricos y los pobres. Pero actualmente, desde que la sociedad económica presente se basa en la propiedad privada, cualquier ataque a la ciudadela del capitalismo o sea la propiedad privada, encontrará la resistencia del Estado, llevada a cualquier extremo de violencia si es necesario.

En efecto, mientras las clases existan, el Estado no puede estar sobre la clase, sino del lado de los dirigentes. Adam Smith lo expresó de la siguiente manera: "Cuando la Legislatura intenta regular las diferencias entre los maestros y sus obreros, sus consejeros son siempre los maestros".

Una gran autoridad más próxima a nuestros tiempos dio en términos inequívocos su opinión de que el Gobierno de los Estados Unidos es dominado por los controladores de nuestra vida económica. Fue el Presidente Wood-

row Wilson, quien en 1913 escribió: "Los hechos de la situación implican esto: que un número relativamente pequeño de hombres controlan las materias primas de esta nación; que un número relativamente pequeño de hombres controlan la energía hidráulica; que el mismo número de hombres controlan, principalmente, los ferrocarriles; que, mediante convenios concertados entre ellos mismos, controlan los precios y que el mismo grupo de hombres controla los mayores créditos del país... Los dueños del Gobierno de los Estados Unidos son los capitalistas y fabricantes combinados de los Estados Unidos".

Pero, aun concediendo que la maquinaria del Estado está bajo el control de la clase dirigente, ¿quiere esto decir que la única manera de que el proletariado se adueñe del control es el derrocamiento por la fuerza del Gobierno? ¿Por qué no recurre a las urnas? ¿Por qué no alcanza el Poder mediante los procedimientos democráticos? ¿Por qué el proletariado no se expresa sobre esto con votos?

Estas son preguntas importantes y la causa de enconada lucha entre los mismos obreros. Una respuesta muy común entre los revolucionarios es que se *debe* emplear la fuerza y la sangre *tiene que* correr, no porque ellos quieran usar la violencia, sino porque la clase dirigente no cedería sin ello. Hay un caso fuerte para este argumento. Marx, si hubiese vivido en 1932, habría podido utilizar en su apoyo, la siguiente noticia insertada en el *New York Herald-Tribune:*

BULGARIA, MONARQUIA, TIENE UNA CAPITAL COMUNISTA

Pero la arrolladora victoria roja, en el Consejo de Sofía, durará poco tiempo

---

Sofía, Bulgaria, septiembre 26.—La arrolladora victoria de los comunistas en las elecciones municipales

de ayer ha causado aquí gran sorpresa y mucha perturbación.

De los treinta y cinco puestos en el Consejo de la ciudad de Sofía, los comunistas ganaron veintidós contra diez el bloque aliado gubernamental y los demócratas, y tres el partido de Zankoff. Desde las elecciones parlamentarias, en 1931, los comunistas han duplicado, o más, sus votos, mientras que el bloque gubernamental ha perdido el 50 por ciento de sus partidarios.

Sofía es la primera capital europea, fuera de Rusia, que se pasa al comunismo y la anomalía es más impresionante si se recuerda que Bulgaria es una monarquía y que *la residencia del rey Boris está a sólo unos minutos de la Casa Consistorial.*

Por ésta y otras razones, una administración municipal comunista no será tolerada. Tan pronto como fueron conocidos los resultados de las elecciones, el Primer Ministro, Nicolás Mushanoff, anunció la intención de disolver el Consejo Municipal antes de que se reúna. Es también probable que el Partido Comunista sea declarado ilegal y prohibido en toda Bulgaria.

La victoria comunista fue debida a la desesperada situación económica, la cual impulsó a muchas personas que en modo alguno, están conectadas con el bolchevismo, a votar con los comunistas como protesta.

En este caso, los comunistas, según el diario conservador-republicano, obtuvieron la victoria. Sin embargo, se les iba a negar el derecho de tomar posesión y aun el derecho de existir en el futuro. ¿Qué tenía en mente el repórter del periódico cuando escribió "por ésta y otras razones"? ¿Qué otra cosa podía ser sino que el triunfo de los comunistas significaba que la propiedad privada de la clase dirigente estaba amenazada?

Marx y Engels pretendieron preparar a la clase trabajadora para los acontecimientos por venir. Para estar listos,

los obreros debían tener conciencia de clase, estar organizados como clase y comprender su misión en el desarrollo de la Historia. Debían estar apercibidos para expropiar a los expropiadores para abolir la propiedad privada y con ésta las clases y la dirigencia por una clase.

Marx y Engels sintieron que venía el hundimiento del capitalismo. Ese hundimiento, si los obreros no estaban listos, significaría el caos y, si estaban listos, el socialismo. "Entonces por primera vez, el hombre en cierto sentido, estará finalmente diferenciado del resto del reino animal y emergerá de las meras condiciones animales de existencia en condiciones realmente humanas... Sólo, desde ese momento, el hombre, más y más conscientemente, hará su propia historia; sólo, desde ese momento, las causas sociales puestas en movimiento por él tendrán, en lo principal y en una medida constantemente creciente, los resultados que él se proponga. Será la ascensión del hombre del reino de la necesidad al reino de la libertad".

CAPITULO XIX

"SI YO PUDIESE, ANEXARIA LOS PLANETAS..."

Por supuesto que todo esto era peligroso.

La teoría del valor-trabajo, como había sido expuesta por los economistas clásicos en los principios de la Revolución Industrial, había tenido un propósito útil. La burguesía, que entonces era la clase progresista, había hecho de ella un arma contra la clase de los terranientes, antiprogresista, pero, políticamente, poderosa, la cual gozaba, sin trabajar, de los frutos del trabajo de los otros. En manos de Ricardo, quien la usó junto con su teoría de la renta para atacar a los terratenientes, la teoría del valor-trabajo estaba bien.

Pero, en manos de *Marx*, decididamente no estaba bien. Marx había aceptado la teoría de los valores y la había llevado más lejos, a lo que él creía que era su lógica conclusión. El resultado, a los ojos de la burguesía, fue desastroso. Ahora, la suerte había cambiado completamente. ¡Lo que había sido su arma en *su* lucha contra *su* enemigo, se había convertido en un arma del proletariado contra *ella*!

La liberación estaba al llegar. Unos años después de que *El capital* apareció, los economistas presentaron una nueva, enteramente nueva, teoría de los valores. Tres hombres, en tres países diferentes, Stanley Jevons, en Inglaterra (1871); Karl Menger, en Austria (1871), y León Walras, en Suiza (1874), cada uno trabajando independientemente, expusieron este nuevo concepto, prác-

ticamente, al mismo tiempo. Como los economistas clásicos, y como Marx y Engels, pronto tuvieron sus discípulos, que explicaron y ampliaron sus doctrinas. Se hicieron correcciones, revisiones y adiciones, pero la idea central de su teoría sigue siendo hoy el pivote de la economía ortodoxa.

La explicación del valor dada por estos economistas es llamada teoría de la utilidad marginal. En la segunda página de su *Teoría de la Economía Política*, Jevons anuncia su ruptura con el pasado: "Repetidas reflexiones e investigaciones me han llevado a la nueva opinión de que el valor depende enteramente de la utilidad". Ahora, utilidad es realmente otra palabra para expresar la calidad de útil y expresa lo que siente un hombre que va a comprar una mercancía hacia ésta. Si la necesita intensamente, tiene gran utilidad para él; mientras más la necesite, más útil le es y, mientras menos la necesite, su utilidad es menor. Por lo tanto su utilidad mide el valor que él le concede y, por consiguiente, mide el precio que está dispuesto a pagar.

Es notable el rompimiento de esto con el pasado, con la escuela clásica no menos que con la marxista. Para éstas, el valor de una mercancía dependía del trabajo requerido para hacerla, pero Jevons dijo: "El trabajo, una vez efectuado, no tiene influencia en el futuro valor del artículo". Esto desplaza el énfasis en la teoría económica, de la producción al consumo, del departamento de costos al mercado. Es una teoría mucho más difícil de comprender porque, mientras es fácil pensar que un artículo necesita tanto o más cuanto trabajo para producirlo, no es fácil pensar qué utilidad pueda tener. El costo, en trabajo, es algo que se puede medir o sea, un objeto standard. Pero la utilidad difiere con los hombres y varía con la cantidad de satisfacción que cada uno espera obtener de la mercancía, una vez comprada, o sea, que es un *subjetivo* standard; algo que depende de cada sujeto individual!

Es fácil ver que personas distintas reciben distintas dosis de satisfacción de la misma mercancía. O, en otras palabras, la misma mercancía tiene diferentes cantidades de utilidad para diferentes personas. Pero la misma mercancía se vende al mismo precio, es decir, tiene el mismo valor. (Para la mayoría de los economistas modernos, el precio es el valor justo expresado en dinero, aunque para Marx esto no era verdad). Entonces, si la *utilidad* mide el valor, ¿cómo diferentes cantidades de utilidad pueden ser vendidas al mismo precio? He aquí donde surge la idea del "margen", que es importante comprender, porque, si se lee cualquier texto moderno de teoría económica, se encuentran centenares de referencias a la "utilidad marginal", la "productividad marginal", el "costo marginal", etc.

Supongamos que, por una razón u otra, sólo hay cien mil automóviles en el mercado. Habrá compradores en perspectiva que son tan ricos y necesitan tanto un automóvil que están dispuestos a pagar cualquier precio por el carro. Habrá otros que también necesitan un automóvil, pero quizá no son tan ricos, o que piensen que, si el automóvil es muy costoso, preferirán gastar su dinero en otra cosa. Después, vienen los que desean pagar una cantidad equitativa por el auto, pero han de ser cautelosos, porque no tienen mucho que invertir, además de que hay otras cosas que pueden adquirir con su limitada suma de dinero y las cuales les darían casi tanta satisfacción como el automóvil. Si éste les va a costar más que otras cosas que les gustarían tanto, de seguro que no lo compran. "Compramos tantas libras de té u otro artículo, que creemos que valen el precio que hemos de pagar, y de ahí no pasamos. Si el precio fuese más alto, compraríamos menos y, si fuese más bajo, compraríamos más, sólo, por esa variación de la utilidad que Jevons indicó. Así, la utilidad de nuestra compra final está acorde con el precio..." Y, así, se prosigue hasta que los dos lados se equilibren. En alguna parte, estará el comprador número

cien mil, que está dispuesto a pagar el precio al cual el fabricante del carro desea venderlo. Algunos compradores querrían pagar más. Y habría millares que comprarían el auto si costase algo menos. Pero hay sólo cien mil automóviles y, si el manufacturero necesita venderlos todos, ha de hacerlo a un precio que se adapte a la bolsa y los gustos del cien milésimo comprador. Le sería posible lograr un precio más alto si quisiera vender menos carros. Y podría vender más, si quisiera hacerlo a un precio más bajo. Pero, si dispone de sólo cien mil para la venta y desea venderlos todos, tiene que adaptarse a las posibilidades económicas del hombre que, sólo, tiene lo justo para comprar. Si comprueba que no hay cien mil compradores que paguen la cantidad que él pide, puede retirar algunos autos del mercado y vender menos; o, si quiere colocarlos todos, entonces tiene que rebajar el precio, con objeto de vender a todos los clientes con bolsas pequeñas o diferentes gustos. No puede vender el mismo carro, en un mercado de libre competencia, a un precio a un hombre y, a otro precio, a otro hombre.

Por supuesto que este cien milésimo comprador no es un hombre particular, sino cualquiera de los cien mil, de la misma manera que el auto que compra puede ser uno de los cien mil en venta. En la explicación teórica de la forma en que el mercado trabaja y de la forma en que el precio del mercado es fijado, él es el hombre que representa la demanda "marginal". Si el precio fuese más alto, él podría obtener, por su dinero, otras cosas que le producirían una satisfacción más grande. Si fuese más bajo, estarían, en el campo, un gran número de compradores y el surtido sería demasiado pequeño. El fabricante elevaría el precio hasta excluir del mercado a quienes estaban deseando pagar, sólo, el precio bajo y nada más.

Ahora, veamos las cosas desde el otro lado y expliquémoslas desde el de la demanda. Digamos que hay mil personas dispuestas a pagar mil dólares por un refrigerador y otras mil deseando dar setecientos cincuenta dólares.

pero ni un centavo más. Son dos mil compradores que pagan, por lo menos, 750 dólares. Y, así, descendemos en la escala, llegando a gentes que tienen muy poco dinero, hasta encontrar a cinco millones de personas que sólo podrían pagar cincuenta dólares. La cuestión es ¿cuántas podrían comprar el refrigerador y qué costaría éste? (Para simplificar las cosas suponemos que, sólo, hay una clase de refrigerador). Todo dependerá de si el fabricante del artefacto cree que vale la pena entregar cinco millones a ese precio. Si, aún con la producción en serie, un refrigerador le cuesta más de cincuenta dólares, por supuesto que no lo vale, o si el margen que deja es tan pequeño que resulta lo mismo, el manufacturero preferirá buscar algo en que pueda invertir su capital y le signifique más altas utilidades. Entonces, no se fabricará ninguno de los cinco millones de refrigeradores. El fabricante tiene un empleo marginal para su capital, como el consumidor lo tiene para su dinero. No lo pondrá a hacer refrigeradores, si él puede obtener mayores ganancias invirtiéndolo en otra cosa. Dedicará tanto de su capital, a construir refrigeradores, como sea necesario, pues, si dedica menos, estará perdiendo una buena oportunidad (y la existencia de esa oportunidad atraería más capital buscando utilidades) y, si dedica más, la industria se sobre-capitalizará y no pagará dividendos. Llega a la conclusión de que hay tres millones de personas deseando pagar 150 dólares por refrigerador y que este precio le da la ganancia apropiada. El no puede lograr más invirtiendo en otra cosa y, si lo hace, el precio bajará y las utilidades también, lo cual haría que el capital se alejase de esa industria.

Naturalmente que todo esto parece complicado ¡y lo es! Pero la idea general en que se apoya la "utilidad marginal" es realmente muy simple y se la puede ver expuesta cada día. La cantidad de satisfacción que se puede recibir de un artículo depende de la que ya se tiene. Mientras más se tenga, menos se puede obtener. Supongamos una novena infantil de base-ball, lista para comen-

zar a jugar, pero no tiene bate. No hay oportunidad mejor para tener uno. ¿Vacilarían los jugadores ante el precio? Todo lo contrario. Supongamos ahora que disponen de cuatro bates para empezar. La oportunidad es de adquirir el quinto. ¿Se precipitarían los muchachos a pagar el precio con la misma rapidez que antes? Seguramente que no. La utilidad marginal de los bates ha disminuido de tal modo que lo más probable es que los jugadores ni hagan una pausa para comprar el quinto bate.

Mientras más se tenga de una cosa, menos se quiere más cantidad de la misma cosa. Si se tienen diez trajes, es obvio que tener el undécimo significa, para uno, mucho menos que un segundo traje, cuando sólo se tiene uno. Jevons expone la misma idea, usando agua como ilustración: "El agua, por ejemplo, puede ser descrita como la más útil de todas las sustancias. Un litro de agua diario tiene la elevada utilidad de salvar a una persona de una dolorosa agonía. Varios galones por día pueden ser muy útiles para propósitos como cocinar y lavar pero, después de que se ha asegurado una cantidad adecuada para esos menesteres, toda cantidad adicional es indiferente. Todo lo que podemos decir es que el agua, hasta cierta cantidad, es indispensable; que cantidades adicionales tendrán varios grados de utilidad; pero que, más allá de cierto punto, la utilidad parece cesar... Los mismos artículos tienen una utilidad variable, según ya poseemos más o menos de ellos".

La idea de la utilidad marginal es usada para explicar la diferencia en el valor del pan y los brillantes. A primera vista, se podría pensar que el pan debería costar más que los diamantes, porque tiene mucha más utilidad. Pero el abastecimiento de pan es tan grande que una o dos hogazas extra apenas importan, mientras que la oferta de diamantes es tan pequeña, en relación con el número de personas opulentas que quieren comprar unos cuantos, que, por eso, alcanzan tan altos precios.

El argumento de que la utilidad *no corresponde* al va-

lor, pues de otra manera el hierro costaría más que el oro, confunde lamentablemente la importancia de la *totalidad* de los usos posibles de una mercancía o producto con el sujeto ordinario de evaluación, la *unidad* tomada separamente y vendida separadamente también. Los propósitos para los cuales la mercancía útil sirve, son concebidos, como todos los propósitos, tomándolos en conjunto... El mundo, dice Cairnes, iría mejor sin oro que sin hierro, es decir, mejor sin *ningún* oro que sin *ningún* hierro. Pero, si tomamos la utilidad en masa, seguramente, tomaríamos el valor de las cosas de la misma manera. Si hacemos eso, la supuesta oposición entre la utilidad y el valor, prontamente, se desvanece, ya que, si el mundo, en conjunto, tuviese que comprar todo el hierro en un solo lote *o no tener ninguno y comprar todo el oro* o no tener ninguno, indudablemente tendría que ofrecer más por el hierro que por el oro y, entonces, el valor de (todo) el hierro sería mayor que el de (todo) el oro.

"La confusión... entre la mercancía como un total y la unidad de la mercancía comprada y vendida, es más manifiesta en su comparación de *un* diamante con *carbón*. Los semejantes deben ser comparados con los de mercancía comprada y vendida es más manifiesta en su comparación de los diamantes como total".

Pero digan lo que digan los economistas —y sus controversias son interminables en esta y otras cuestiones— y cualquiera que sea la teoría triunfadora, por el momento, los capitalistas se dan cuenta de que, por la razón que sea, si ellos controlan el abastecimiento de un artículo, también controlarán el precio. El valor de una mercancía puede descender porque cuesta menos tiempo producirla o porque la cantidad ha aumentado y, por lo tanto, la utilidad marginal es menor, pero no hay duda de que la manipulación del abastecimiento u oferta implica el poder de fijar precios. Y éste afecta las utilidades.

Si cinco mil mercancías pueden ser producidas al costo de 10 dólares por unidad y vendidas a 11 dólares la uni-

dad, la ganancia total es de cinco mil dólares o el 10 por ciento sobre el capital invertido. Si sólo son producidas cuatro mil, el costo de producción sube a $10.50 y el precio de venta a $12.50, la utilidad total es de ocho mil dólares, o sea, el 19 por ciento. La empresa que puede controlar la oferta la regulará para obtener la mayor utilidad. No le importará la producción de más artículos para satisfacer una demanda más amplia a un precio más bajo, al menos que, al hacerlo, incremente las utilidades. La economía de la producción en masa podía hacer posible manufacturar cien mil unidades a siete dólares cada una y el mercado podría absorberlas a ocho dólares por pieza. ¡Pero esto, sólo, significaría una ganancia del 14 por ciento!

Recuérdese cómo los comerciantes holandeses en el siglo XVI cortaron la producción de especias para mantener los precios. Aquellos primitivos monopolios desaparecieron, pero veremos qué nuevos monopolios, mucho mayores y más poderosos, surgieron en el mundo moderno cuando la producción de artículos fue tal que hubo el peligro de que los precios cayeran hasta el punto de no haber utilidades.

Los fabricantes de Inglaterra habían hecho algo bueno en la arrancada que tuvieron en la Revolución Industrial. En la primera mitad del siglo XIX, el problema inglés no fue tanto el de vender los artículos manufactureros como de producir con suficiente rapidez para cumplir las órdenes que venían de todo el mundo conocido. Pero, ya, en el último cuarto del mismo siglo, ocurrió un cambio importante. La política de comercio libre de Inglaterra nunca se había "impuesto" a los Estados Unidos, donde una tarifa proteccionista estaba en vigor casi desde el nacimiento de la nación. Después de la Guerra Civil, las murallas arancelarias fueron elevadas más aún. En Rusia, una tarifa proteccionista general entró en efecto en 1877; en Alemania, dos años después; y en Francia, en 1881. Ahora, los manufactureros ingleses ya no tenían despejado

el campo y sus artículos encontraban dificultades para saltar las barreras arancelarias. Ahora, los mejores clientes de Inglaterra no necesitaban los productos industriales de ésta. Tenían los propios y se abastecían a sí mismos. Detrás de sus murallas aduaneras, las "industrias niñas", rápidamente, se convertían en "industrias gigantes".

Y no figuradamente, sino literalmente. De 1870 en adelante es el período de los trusts en los Estados Unidos y de los "carteles" en Alemania. La competencia fue reemplazada por el monopolio. Los pequeños fueron expulsados de los negocios por los grandes. Unas veces fueron aplastados, otras se fundieron para formar negocios aún más grandes. Por dondequiera, había crecimiento, amalgama, concentración, industrias gigantescas formándose, industrias gigantescas en marcha hacia el monopolio.

El reemplazo gradual de la competencia por el monopolio no fue una imposición venida desde el exterior, sino producto de un desarrollo de la competencia en sí. El monopolio surgió dentro de la competencia, una prueba *de la verdad de que cada sistema o acontecimiento u otra* cosa lleva *dentro* de sí las semillas de la propia transformación. *El monopolio no era un invasor de afuera que* atacase y venciese a la competencia. Era un producto natural de la misma competencia.

Ya se conoce la historia de la revolución en los medios de transporte y comunicación después de la Guerra de Secesión de los Estados Unidos. Se construyeron más y mejores ferrocarriles; mayores y mejores buques surcaron los ríos y los mares; fue mejorado el telégrafo y su uso se generalizó. Con medios de comunicación y transporte rápidos, regulares y baratos, fue a un tiempo, posible y económico, traer los productos, juntarlos y concentrarlos en una localidad; con el tremendo progreso de la tecnología, con más y más patentes de maquinaria eficiente en empleo, fue posible llegar a la producción en masa o en serie y a una mayor división del trabajo. El momento estaba preparado para la producción en gran escala, la

cual resultaría al disminuir el costo por unidad, al tiempo que se aceleraba. Fue, al fin, posible que la Combinación entrase en el campo de batalla, y alcanzase la victoria.

Se hizo lo que era posible.

Todo negocio es una lucha. Pregúntesele a quien tenga uno. Pero, en el deporte de los puños, un refrán dice que "un hombre bueno y grande batirá a un hombre bueno y pequeño". Y, en la realidad de los negocios, esto es igualmente cierto. Dos empresas compiten en ciertas actividades. Una da un golpe a la otra, rebajando el precio de sus artículos. La otra actúa rebajándolos más. El pugilato sigue. Los golpes, en la forma de nuevas reducciones de precios, van y vienen. Pronto los precios están por debajo del costo de producción. ¿Quién ganará la contienda? Es obvio que la Firma que pueda producir al costo más bajo tendrá la ventaja. Es obvio también que, mientras mayor sea la escala de producción, más bajo será el costo de producción. Esto significa que la empresa grande tiene una ventaja inicial. Pero es el poder de resistir el que cuenta. Y el poder de resistir o permanecer, en la pelea, se mide por las reservas de capital, las cuales determinan qué tiempo se puede luchar. La empresa con la mayor cantidad de capital es el hombre grande. La rebaja de precios la lesiona, pero, al mismo tiempo, causa enorme daño al antagonista, el hombre pequeño, que, dentro de poco estará liquidado. Marx, quien probablemente nunca vio un match de boxeo, sin embargo, tuvo un asiento de ring junto a la perenne lucha del negocio con el negocio. Habló de ella en estos términos: "La batalla de la competencia es librada por el abaratamiento de las mercancías. Y la baratura de éstas depende... de la productividad del trabajo y éste, otra vez, en la escala de la producción. Por consiguiente, los capitales mayores baten a los más pequeños... La competencia... siempre termina en la ruina de muchos pequeños capitalistas, cuyos capitales, parcialmente, pasan a manos de sus vencedores o, parcialmente, desaparecen".

La última frase indica que hay una diferencia entre las corrientes peleas de boxeo y las de negocio contra negocio. En las primeras, el que pierde es k.o., y el que triunfa deja el ring buscando nuevos y provechosos combates. En las últimas, el vencedor hace lo mismo, pero, antes de abandonar el cuadrilátero, se porta como un caníbal. Engulle al vencido y entonces avanza Más Grande que Nunca, Listo para Enfrentarse con todos los que Vengan.

Mientras más grande sea, más difícil es derrotarle. Otros peleadores lo intentan y pierden. El Hombre Grande se convierte en campeón. Nadie puede ponérsele enfrente, al menos por el momento.

De la libre competencia se formaron los trusts. A veces, la lucha fue limpia. A menudo, fue sucia (aun desde el punto de vista del mundo de los negocios, que ha aprendido a considerar corrientes los golpes bajos). Pero, limpia o sucia, la pelea fue dura y enconada. Los hombres que *llevaban los negocios que perdieron, con frecuencia,* se arruinaron, sin poder luchar otra vez. Hubo casos en que se volvieron locos; los hubo en que se suicidaron.

Pero una autoridad en la cuestión, John D. Rockefeller, Jr., el hijo del gran constructor de trusts, pensaba que el resultado valía el costo. En una charla, con los estudiantes de la Brown University, sobre el tema de los trusts, dijo: "La rosa American Beauty puede ser producida en todo su esplendor y fragancia, sólo, con el sacrificio de los botones tempranos que crecen en torno a ella".

La primera American Beauty, en el campo de los trusts, fue el petróleo. En 1904, la Standard Oil Company controlaba más del 86 por ciento del petróleo refinado de los *Estados Unidos. Y lo que ocurrió con el petróleo ocurrió* también con el acero, el azúcar, el whisky, el carbón y otros productos. Dondequiera se formaron trusts que pretendían sacar el orden monopolístico del caos de la competencia.

Eran gigantescos. Eran eficientes. Eran poderosos. Y, porque eran todo esto, pudieron reducir costos, mediante

economías en la producción, en la venta y en la administración. Hicieron cuanto pudieron para eliminar la competencia derrochadora. Intentaron obtener el control sobre la producción de mercancías para poder fijar la producción y los precios. Lograron una cosa, o ambas, lo cual les significó grandes utilidades. Pero estaban interesados en ganancias mayores, según los estudiantes del movimiento de los trusts: ."Un trust es cualquier forma de organización industrial, en la producción o distribución de cualquier mercancía, que posee suficiente control sobre el abastecimiento de ésta para modificar el precio en ventaja propia".

El trust podía "modificar el precio en ventaja propia", igual que otras organizaciones en gran escala. El trust era americano. Los "pools", las combinaciones, las asociaciones, los "cárteles", fueron otras formas de monopolio que se hicieron corrientes también, tanto en los Estados Unidos como en el extranjero. El "cártel" fue más común en Alemania. "El término 'cártel' designa una asociación basada en un convenio contractual entre empresarios en el mismo campo de negocios, los cuales, aunque reteniendo su independencia legal, se asocian con la finalidad de ejercer una influencia monopolística en el mercado".

Esto, simplemente, significa que los diversos grandes productores, en vez de hacerse la guerra hasta el fin, mediante la reducción de precios, se combinan en una sola compañía, permaneciendo como organizaciones separadas, pero sin competir entre sí; por el contrario, acuerdan la división del mercado y los precios.

El caso específico del Cártel Carbonero del Ruhr muestra cómo era el procedimiento: "Se formó un sindicato o compañía central de ventas... cuyas acciones fueron tomadas por las empresas separadas. Este sindicato fue el único agente para la venta del carbón. Se aseguró las estadísticas de las diferentes compañías carboneras. Nombró un Comité Ejecutivo que hizo ciertos arreglos para fijar un precio uniforme y el pago. Los propietarios de

las minas vendieron todo su carbón y coke al sindicato... Se establecieron penalidades para las rupturas de contratos y convenios y se hizo cumplir una política común. El sindicato nombraría una comisión para determinar la proporción del rendimiento permitida a cada mina... Fijaría un precio mínimo de venta, para vender en los distritos en que hubiese competencia. En los que no la hubiera, vendería el combustible por encima o por debajo, de ese precio, según la demanda y la producción disponible".

En Inglaterra, también existió la tendencia, en los grupos en competencia, de formar asociaciones para eliminarla. Dejemos que los testigos que comparecieron ante el Comité de los Trusts digan la propia historia: "Nuestra asociación fue formada con el propósito de regular el tráfico y evitar una competencia innecesaria...

"Nuestra asociación se formó con el propósito de ponerse de acuerdo sobre los precios y ha sido el medio de impedir las reducciones, muy considerables, antes de que se organizase, con el resultado de que la mayoría de las Firmas no hacían ganancias o las hacían muy pequeñas...

"La competencia era tan severa... que no se podía hacer *nada fuera del comercio*. Los *manufactureros* estaban produciendo más de lo que realmente requerían y sólo estaban preocupados con degollarse unos a otros".

Después de escuchar a los testigos, el comité llegó a esta importante conclusión: "Hemos comprobado que, actualmente (1919), existe en una importante rama de la industria del Reino Unido una creciente tendencia a la formación de Asociaciones Comerciales y Combinaciones, teniendo como propósito la restricción de la competencia y el control de los precios".

Esta última línea lo dice todo: "restricción de la competencia y control de los precios". La práctica estaba muy lejos de la teoría tradicional de los economistas clásicos, la teoría de que la competencia entre los productores y vendedores de todas las mercancías mantendrían los precios iguales al costo de producción (incluyendo un tipo

razonable de utilidad) ; la teoría de que con cada individuo buscando su propio interés, el abastecimiento de un artículo se ajustaría por sí mismo a la demanda y al precio justo.

Con el desarrollo del monopolio, la oferta y la demanda no se ajustaron por sí mismas, sino fueron ajustadas; y los precios no se hicieron a través de la competencia en el mercado libre, pues el mercado no fue libre más tiempo y los precios fueron fijados.

Además del monopolio que cayó sobre la industria, hubo otro, igualmente importante, si no más: el bancario. Marx previó esto cuando dijo que "con la producción capitalista en gran escala, una nueva fuerza entra en el juego, el sistema de crédito. No sólo es éste en sí una nueva y potente arma en la batalla de la competencia. Con hilos invisibles mueve el dinero disponible, esparcido en grandes o pequeñas cantidades en la superficie de la sociedad, hacia las manos de capitalistas individuales o asociados. Es la máquina específica para la centralización de los capitales".

La industria actuaba principalmente al crédito y los financieros que tenían el control del sistema de crédito estaban en el poder. Cuando los industriales, grandes o pequeños, monopolistas u otra cosa, necesitaban dinero para expandir sus negocios, tenían que dirigirse, sombrero en mano, a los banqueros. Cuando un grupo de hombres quería iniciar un negocio y decidía emitir acciones para obtener el dinero, también, iban sombrero en mano, a los banqueros, que tenían la misión de colocar o poner a flote los Valores. Dondequiera se necesitaba dinero y el de la nación estaba en las bóvedas de la banca o en lugares a los que ésta sólo tenía acceso.

Mientras más dinero pudiesen controlar los banqueros, mayor era su poder. Un Trust del Dinero se desarrolló en todo gran país industrial. La Era del monopolio en la industria era la Era del monopolio bancario también. Que esto era verdad en 1911, lo prueban estas palabras de

Woodrow Wilson, entonces gobernador de Nueva Jersey: "El gran monopolio en los Estados Unidos es el monopolio del dinero. Mientras exista, nuestra vieja variedad y libertad y energía individual de desarrollo no pueden existir. Una gran nación industrial es controlada por su sistema de crédito. El nuestro está concentrado. El crecimiento de la nación, por lo tanto, y todas nuestras actividades, están en las manos de unos cuantos hombres".

Con mucha frecuencia ocurrió que estos pocos hombres, los financieros, fueron los mismos que encabezaban los monopolios industriales. Había juntas directivas entrelazadas de banqueros e industriales (interlocking directorates), lo cual significaba que los hombres importantes del mundo de la banca estaban también en las juntas de directores de los grandes trusts o corporaciones gigantescas en los cuales estaban "interesados" y eran socios, es decir, en los cuales sus bancos habían invertido grandes sumas.

Pero no tenían que estar estrechamente relacionados. Era suficiente que los banqueros manejasen los hilos de la bolsa, lo que les daba el poder de dictar la política a las Firmas industriales. Esto fue demostrado de manera clara por la carta enviada en 1901, por uno de los Cuatro Grandes bancos de Berlín, a la junta de directores de un sindicato alemán de cemento: "Sabemos... que en la próxima reunión general de su compañía... puede pedirse que se tomen medidas que aparentemente producirán alteraciones en sus compromisos, las cuales nosotros no podemos suscribir. Profundamente lamentamos que, por esta razón, nos veamos obligados a retirar desde ahora el crédito que les habíamos concedido. Si la reunión general a que nos referimos no decide algo inaceptable para nosotros y si recibimos garantías satisfactorias sobre esta cuestión para el futuro, no objetaremos el negociar con Uds. la apertura de nuevos créditos".

Si los financieros podían hablar de esta manera abrupta a un gran sindicato industrial, imagínese qué medida de

control podían ejercer y ejercían sobre los peces pequeños del mundo industrial.

La situación fue bien descrita por el magistrado de la Corte Suprema Louis D. Brandeis, en un libro que escribió en 1912, acertadamente titulado "El Dinero de los Otros", en el que dice: "El elemento dominante en nuestra oligarquía financiera (la norteamericana) es el banquero inversionista. Los bancos asociados, las compañías de crédito (trust Companies) y las compañías de seguros son sus instrumentos. Los ferrocarriles controlados, los servicios públicos y las corporaciones industriales son sus súbditos. Aunque, en realidad, son intermediarios, creadores de capital industrial estos banqueros son como los amos del mundo americano de los negocios, de modo que, prácticamente, ninguna gran empresa puede tener éxito sin su participación o aprobación. Estos banqueros son, desde luego, hombres capaces que poseen grandes fortunas pero el factor más poderoso de su control de los negocios no es la posesión de habilidades extraordinarias o de enorme riqueza. La llave de su poder es el Consorcio, concentración intensiva y muy amplia".

Después de 1870, el capitalismo de viejo estilo se hizo capitalismo de nuevo estilo; el capitalismo de libre competencia se hizo capitalismo de monopolios. Fue este un cambio de tremenda importancia.

La industria de monopolio con producción en gran escala trajo con ella un desarrollo de las fuerzas productivas, mayor que nunca. El poder de los industriales para producir artículos creció con más rapidez que el poder de sus compatriotas trabajadores para consumirlos. (Esto significa, por supuesto, consumo *con ganancia,* pues el pueblo siempre usa artículos, pero no siempre paga por ellos).

Los monopolistas estaban en posición, en su país, para regular que la oferta se adaptase a la demanda y así lo hicieron. Esto fue una práctica de negocios inteligente y produjo grandes utilidades. Pero dejó ociosa buena parte de sus plantas y centros de producción, una condición para

ganar jugosas utilidades que siempre tiende a dar a los capitanes de industria, un dolor de cabeza. No quieren fabricar sólo para vender en el país. Además quieren utilizar sus fábricas todo el tiempo, para producir cuanto sea posible, lo cual significa que han de vender artículos fuera del territorio nacional. Por ello, *tenían* que encontrar mercados extranjeros que absorbiesen los excedentes de sus manufacturas.

¿Dónde encontrarlos? Podían intentar lanzar sus artículos al mercado a precios inferiores al costo (dumping) en otros países ricos, tal y como Inglaterra hizo durante años. Pero, cada vez más, chocaron con las altas murallas arancelarias detrás de las cuales sus competidores habían podido apoderarse del mercado de ese otro país. Conozcamos de esta queja de Jules Ferry, Primer Ministro de Francia en 1885: "De lo que nuestras grandes industrias carecen... de lo que carecen más y más, es de mercados. ¿Por qué? Porque Alemania se protege a sí misma con barreras arancelarias porque, más allá del océano, los Estados Unidos de América se han hecho proteccionistas y proteccionistas en grado extremo".

Naciones como Alemania y los Estados Unidos, ya, no eran un mercado libre y abierto para los artículos de otras y ellas mismas estaban compitiendo por los mercados del mundo. Esta era una seria situación: dentro de las grandes naciones industriales, la capacidad para producir había rebasadò la capacidad par consumir. Todas tenían un excedente de artículos manufacturados para los cuales no encontraban mercados exteriores.

¿Dónde encontrarlos?

Había una respuesta: en las colonias.

Estamos tan acostumbrados a ver todo el mapa de Africa coloreado en varios tonos, para mostrar las propiedades territoriales de diferentes naciones europeas, que fácilmente olvidamos que no siempre fue así. Hace menos de setenta años que, prácticamente, toda Africa pertenecía a los pueblos que la habitaban. Fue en la Era del capita-

lismo monopolista cuando el excedente de las manufacturas se presentó como un problema a los capitanes de industria de todas partes. Quienes pensaron que habían encontrado la solución al problema en las colonias se pusieron en movimiento. Fue, entonces, cuando el mapa africano cambió.

David Livingstone, famoso misionero-explorador, se perdió, en el corazón del continente negro. James Gordon Bennet, propietario del *New York Herald*, envió a Henry Morton Stanley, a Africa, para encontrarlo. ¡Qué misión! Y milagro de milagros, Stanley dio con Livingstone y no sólo esto, sino que hizo otras exploraciones. Más tarde, pronunció una serie de conferencias sobre sus proezas. Podemos tener la certidumbre de que interesó a sus audiencias y, también, que nunca habló a un público más atento que los comerciantes en algodón de Manchester y los fabricantes de hierro de Birmingham, quienes le oyeron decir: "Hay cuarenta millones de personas detrás de la entrada del Congo y los tejedores de algodón de Manchester esperan vestirlos. Las fundiciones de Birmingham brillan con el rojo metal que se convertirá en piezas para ellas y en los dijes que adornarán sus oscuros pechos. Y los ministros de Cristo están listos para traer a esos pobres e ignorantes paganos a la grey cristiana".

Stanley estaba sugiriendo, a los preocupados capitanes de industria, una manera de resolver su dilema de qué hacer con las manufacturas sobrantes. La respuesta era clara: enviarlas a las colonias.

Los capitanes de industrias de otros países industriales encontraron la misma respuesta al mismo problema y al mismo tiempo. Después de 1870, Inglaterra, Francia, Bélgica, Italia y Alemania se unieron a la arrebatiña por colonias, como mercado para su producción excedente. El turno de los EE.UU. llegó en 1898. En ese año, el senador Albert J. Beveridge, republicano, dijo a un grupo de líderes de negocios de Boston: "Las fábricas americanas están produciendo más que lo que el pueblo americano

puede consumir; en este momento el suelo americano está rindiendo más de lo que el país necesita. El destino ha escrito lo que debe ser para nosotros nuestra política: el comercio del mundo debe ser y será nuestro. Y lo tendremos como nuestra madre (Inglaterra) nos ha enseñado que debemos tenerlo. Estableceremos centros comerciales en todo el mundo, como puntos distribuidores de los productos americanos. Cubriremos el océano con nuestra Marina mercante. Construiremos una armada a la altura de nuestra grandeza. Grandes colonias que se gobernarán a sí mismas, izando nuestra bandera y comerciando con nosotros, se desarrollan en torno a nuestras avanzadas de comercio".

Además de ser mercados para los artículos excedentes, las colonias servirían para otro propósito útil. La producción en masa y en gran escala necesita vastos abastecimientos de materias primas. Caucho, petróleo, nitratos, azúcar, algodón, alimentos tropicales, minerales y otros muchos, eran las materias primas necesarias para los monopolios capitalistas de todas partes del mundo. Los capitanes de industria no querían estar dependiendo de otros países en las materias primas que tan esenciales les eran. Querían, por el contrario, poseer o controlar las fuentes de que procedían. Una de las más recientes aventuras imperiales, la de Italia en Etiopía, tuvo esa causa, según el *New York Times* del 8 de agosto de 1935.

ITALIA CULTIVARA ALGODON EN ETIOPIA

Cree que las cosechas de ese producto y de café compensarán sus gastos.—Se menciona las grandes importaciones

---

ROMA, agosto 7.—Las esperanzas primarias de Italia, de utilidades en Etiopía, se basan en el des-

arrollo de productos que afectarían su comercio con Norte y Sur Américas, algodón y café.

Cualquiera que pueda ser el resultado de sus expectaciones de ganar oro, hierro, platino, cobre y otros minerales, Italia tiene razón para creer que el algodón y el café la compensarán por los millones de liras gastados en el Africa Oriental.

Las importaciones de algodón italianas representan un promedio de 740 millones de liras anuales, pagadas en su mayor parte a los EE. UU. Y las de café, unos 185 millones de liras. Es decir, un total de mil millones de liras, que representan el 13.5 por ciento del total de las importaciones del país.

Así, el deseo de controlar las fuentes de materias primas fue un segundo factor constructor del imperialismo. El primero fue la necesidad de encontrar un mercado para los artículos excedentes. Pero había otro excedente o plusvalía que también buscaba un mercado apropiado y el cual fue la tercera y quizá más importante causa del imperialismo. Fue el sobrante de capital.

La industria de monopolios trajo grandes utilidades a sus propietarios. Superutilidades. Más dinero que el que los dueños sabían qué hacer con él. Parece increíble, pero en algunos casos, las ganancias fueron tan grandes que los organizadores de trusts no podían posiblemente gastar todo el dinero, aunque lo hubiesen intentado. Pero no lo pretendieron y ahorraron ese dinero. Como lo hicieron otros, millones de pequeños accionistas, que colocaron sus fondos en bancos, compañías de seguros, casas de inversión, etc. El resultado fue una sobre-acumulación de capital.

Parece algo divertido esto. ¿Cómo podía haber demasiado dinero? ¿No podía encontrarse manera para el empleo útil del capital? Seguramente que había caminos que construir, hospitales que erigir, viejas casas de inqui-

linato que derribar y barriadas de viviendas decentes que fabricar para ocupar su lugar. Seguramente que había cien y un negocios en que el dinero pudiera invertirse.

Los había. Las zonas rurales necesitaban mejores caminos, los obreros necesitaban casas decentes y los pequeños negocios clamaban por expansión. Y, sin embargo, los economistas hablaban de "capital" excedente. Y, sin duda alguna, millones de dólares (y de francos y de libras y de marcos) eran exportados a otros países.

¿Por qué?

Pues porque el capital no pregunta "¿Qué se necesita?" En absoluto. Lo que pregunta es "¿Cuánto puedo ganar con mi dinero?" La respuesta a esta segunda pregunta determina donde el capital excedente, ahorrado, será invertido. Lenin, discípulo de Marx y líder de la Revolución Rusa, explicó esto en su libro *"Imperialismo Fase Superior del Capitalismo"*, publicado en 1916: "Sin decir, ya, que si el capitalismo pudiese fomentar la agricultura, que hoy está muy detrás de la industria en todas partes y si pudiese elevar el nivel de vida de las masas... no se hablaría de sobrante de capital... Pero, entonces, el capitalismo no sería capitalismo... Mientras el capitalismo siga siendo capitalismo, nunca se usará el capital excedente con el propósito de elevar el nivel de vida de las masas, porque esto significaría una disminución en las utilidades de los capitalistas: en vez de ello, será utilizado para aumentar las ganancias exportando capital al extranjero, a países retrasados. En estos países retrasados las utilidades son, usualmente, elevadas, pues el capital es escaso, el precio de la tierra relativamente bajo, los jornales también bajos y las materias primas baratas".

Eso es lo que aconteció. El capital sobrante, que tenía que encontrar una salida, la encontró en los países retrasados, en las colonias. Lugares que necesitaban ferrocarriles, sistemas de electricidad y gas, caminos, etc., regiones ricas en recursos naturales, donde se obtenían concesiones de minas y plantaciones, zonas coloniales en que el capital

excedente tenía oportunidades para inversiones fructíferas.[1]

No fue eso todo. Aparte de las utilidades obtenidas directamente de la inversión, se concertaron empréstitos de manera que una gran parte de éstos eran gastados en el país prestatario. Así, cuando Inglaterra hizo, a la Argentina, préstamos para la construcción de ferrocarriles, la mayor parte de los railes, material rodante, etc., fue comprado en Inglaterra, con buena ganancia para los manufactureros ingleses. La exportación de capital sobrante condujo, aquí, a la exportación semejante de artículos también sobrantes. El inversionista y el fabricante encontraron, de interés conjunto, colaborar en la política de controlar o apoderarse de las zonas coloniales. Este fue un aspecto de esa alianza entre las finanzas y la industria que caracteriza la sociedad económica moderna, hasta el punto de que ha sido llamada la Edad del capital financiero. Esto significa que las finanzas, el control de vastas sumas de capital, más la industria, que utiliza ese capital con propósitos de hacer utilidades, es la fuerza dominante en el mundo de hoy.

La alianza de la industria y las finanzas, buscando ganancias en los mercados para los productos y el capital, fue la fuente principal del imperialismo. J. A. Hobson, cuando en 1902 publicó su estudio pionero sobre este tema, pensó así: "El imperialismo es el esfuerzo de los grandes controladores de la industria para ensanchar el

---

Nota de la Redacción: Una razón también importante para el desarrollo del imperialismo era la de lograr que los trabajadores de los países capitalistas elevaran su poder adquisitivo para con ello observar la producción capitalista en lo interno evitando las crisis y depresiones. Esto se lograba distribuyendo la masa de plusvalía de forma tal que su parte más onerosa, de peores salarios, fuera para los trabajadores no especializados, que dentro del proceso productivo hacían las labores más primitivas en colonias y países dependientes. Pudiendo así los capitalistas pagar altos salarios y tecnificar la producción en las fases últimas de la elaboración de los productos que se llevaba a cabo en casa propia.

canal para el torrente de su riqueza sobrante, buscando mercados extranjeros e inversiones extranjeras para que reciban los artículos y el capital que ellos no pueden vender o consumir en su país".

Ese es el *porqué* del imperialismo. *Cómo* los controladores de la industria "ensanchan el canal para el torrente de su riqueza sobrante" es otra historia que muchos probablemente conocen. Ha habido muchas maneras, siendo los últimos ejemplos los de "la misión civilizadora de Italia en Abisinia" y de la "penetración" del Japón en China. En otros tiempos, en el último cuarto del siglo XIX, particularmente en Africa, el procedimiento era más simple. "En casi todos los casos los primeros pasos para la partición e incorporación de territorio africano a Estados Europeos fueron dados por comerciantes o compañías capitalistas (en la etapa de la primitiva acumulación capital N.R.), trabajando en cooperación con explotadores y soldados de fortuna o a través de sus propios agentes. El método habitual era que el explorador o agente penetrase alguna distancia tierra adentro, desde la costa, para inducir a los jefes o reyes indígenas, mediante donativos en telas o acohol, a firmar titulados tratados con las compañías.

Según esos convenios, los gobernantes africanos, cuya firma consistía en una marca o patente única, cedían el total de su territorio a la compañía por acciones, a cambio de unas cuantas yardas de tela o de unas cuantas botellas de ginebra. Casi todas las posesiones centroafricanas de los Estados Europeos descansan sobre tales títulos legales. En menos de veinte años, toda el Africa Central fue repartida e incorporada a los Imperios de Inglaterra, Francia, Alemania, Bélgica, Portugal e Italia".

Algunas veces, esos astutos explotadores-traficantes-capitalistas, honradamente, creían que, al robar el país a sus habitantes, realizaban una misión dada por Dios, en bien de los nativos. Cecil Rhodes, uno de los más grandes de los constructores de imperios, así lo pensaba. De cualquier-

modo, esto fue lo que dijo: "Sostengo que somos la primera raza del mundo y que, mientras mayor sea la parte del mundo que habitemos, mejor será para la raza humana... Si hay Dios, creo que a El le gustaría que yo pintase con el rojo británico tanta parte del mapa de Africa como fuese posible".

En los territorios conquistados, los nativos eran, con frecuencia muy peculiares. No parecían comprender lo que el hombre blanco estaba haciendo para su bien. Se mostraban confusos ante el hecho de que un grupo de blancos —los misioneros— les predicasen una cosa, y que otro grupo de blancos —los capitalistas— les hicieran otra. Algunas veces, en su ignorancia, se rebelaban y, entonces, infortunadamente, era necesario darles una lección. Poco después, grandes y brillantes buques de la madre patria entraban en sus puertos, llenos de tropas que llevaban rifles, bombas y ametralladoras —las armas "espirituales" de la civilización— y la lección era dada.

Y dada con la ayuda del poderío militar del Gobierno metropolitano. Este, siempre dispuesto "para proteger las vidas y propiedades" de sus súbditos, cooperaban en otras formas también. Por ejemplo, para ayudar a pagar el costo de la administración y construir hospitales, escuelas, buenos caminos, etc. para la colonia, el Gobierno instituía un impuesto que los nativos tenían que pagar en dinero. Pero los indígenas no tenían dinero. Mas, había un medio para que lo ganasen y pudiesen pagar el impuesto: trabajar en las plantaciones o en las minas de los amos blancos. Era cierto que la paga era miserablemente exigua; era cierto también que los indígenas podían alimentarse a sí mismos, sin trabajar en minas o plantaciones. Pero el impuesto había que pagarlo, lo cual significaba que había que trabajar. ¿Qué pasaba si no trabajaban? Un observador de las condiciones de nada en las colonias del Africa Occidental Francesa, en 1935, nos informó de uno de los remedios para los que no pagaban: "Una aldea del Sudán meridional, no podía pagar los impuestos: se

envió a los guardias nativos, los que tomaron a todas las mujeres y niños del villorrio, los colocaron en un terreno que estaba en el centro, quemaron las chozas y dijeron a los hombres que volverían a tener a sus familias cuando pagasen los impuestos".

Es imposible hablar generalmente del trato a los pueblos coloniales, porque variaba de tiempo en tiempo y de lugar en lugar. Pero las atrocidades fueron generales: ninguna nación imperialista tiene limpias las manos. Mr. Leonard Woolf, que estudió mucho la cuestión, escribió: "Así como en la sociedad nacional de Europa habían aparecido, en la pasada centuria, clases definidas claramente, capitalistas y obreros, explotadores y explotados, también, en la sociedad internacional, aparecieron clases definidas claramente, las Potencias imperialistas del Occidente y las razas oprimidas de Africa y del Oriente, la una dirigiendo y explotando, la otra dirigida y explotada".

Entiéndase que un país no tiene que convertirse en colonia para ser dirigido y explotado. Allí, donde los países retrasados no fueron directamente "imperializados", fueron entonces encajados en "esferas de influencia", por ejemplo, China, en la que todas las Potencias mayores tenían ciertos intereses reconocidos. O Sur América, que es muy bien "compartida" por Inglaterra y los Estados Unidos. Estas dos naciones, sin tomar posesión, exactamente, de ninguna de las repúblicas sudamericanas, estuvieron siempre dispuestas a suministrarles capital, usado como un látigo para obtener por tratado ciertos derechos a ganar dinero o concesiones formales. Y, en tales casos, se hizo muy claro que había cruceros, aviones y batallones listos para hacer cumplir la reclamación, la concesión o el monopolio de comercio exclusivo.

No fue un accidente que los Gobiernos fuesen en ayuda de sus fabricantes y banqueros, en su búsqueda por mercados para los artículos y el capital. Un observador de los asuntos británicos, en 1921, lo encontró inevitable: "El comercio británico, en este otoño de 1921, está bajo

el supremo control de los grandes consorcios, gobernado y dirigido por el gran capital y los *trusts* bancarios, cuyo poder... es tan grande que, en todos los casos, les da el control de las palancas que ponen el comercio en movimiento. Más que esto, su poder de aconsejar al Gobierno que el día es tal que... el Gobierno (compuesto actualmente por miembros de las clases adineradas) no puede actuar excepto de acuerdo con el consejo del *trust*".

Eso era en Inglaterra. Para el Presidente Taft, en los Estados Unidos, el camino de la justicia era recto, indudablemente, pero no era estrecho: Había, en él, espacio para la intervención en nombre de "nuestros capitalistas": "Mientras nuestra política exterior no debe apartarse el grueso de un pelo del recto camino de la justicia, bien puede incluirse una intervención activa para asegurar nuestras mercancías y a nuestros capitalistas una oportunidad para inversiones provechosas".

Una vez embarcados en la aventura de la intervención, en nombre de "nuestros capitalistas", los Gobiernos se encontraron en una larga jornada. El Capital, como trapecista famoso, "vuela por aire con gran facilidad" y es un gran trabajo seguirlo y ver que esté seguro. Al Mayor General Smedley D. Butler, le fue confiada parte de esa labor. Su descripción es pintoresca. Está en desacuerdo con el Presidente Taft en que puede mantenerse en el camino de la justicia, mientras se interviene en favor de los Grandes Negocios: "Pasé treinta y tres años y cuatro meses en el servicio activo, como miembro de la más ágil fuerza militar de nuestro país (los Estados Unidos), la Infantería de Marina. Presté servicios ese período, pasé la mayor parte de mi tiempo como matarife a sueldo de los Grandes Negocios, de Wall Street y de los banqueros. En breve: fui un "racketeer" del capitalismo...

"Así ayudé a hacer de México, y especialmente de Tampico, lugares seguros y tranquilos para los intereses petroleros norteamericanos, en 1914. Yo ayudé a hacer que Haití y Cuba fuesen un lugar decente para que los

muchachos del National City Bank pudiesen cobrar sus *rentas... Yo ayudé a purificar a* Nicaragua para la casa internacional de la banca de Brown Brothers, en 1909-12. Yo iluminé e hice respetable la República Dominicana para los intereses azucareros norteamericanos en 1916. Yo ayudé a hacer de Honduras un país "serio" para las compañías fruteras norteamericanas en 1903. Y en China, en 1927, ayudé a que la Standard Oil se desenvolviese sin ser molestada".

"Durante esos años, yo tenía, usando una expresión callejera, un "racket" magnífico. Recibí muchos honores, medallas, ascensos. Recordando aquello, creo que pudiera haberle hecho a Al Capone algunas sugerencias. Lo mejor que *él* podía hacer era operar su "racket" en tres distritos de una ciudad. Nosotros, los infantes de Marina, operábamos en tres *continentes*".

Podemos inferir de las experiencias del general Butler que el imperialismo, iniciado a fines del siglo XIX, está y vive todavía entre nosotros y en forma intensificada. Y es fácil ver por qué esto tiene que ser así. El monopolio en la industria, no está decreciendo, sino aumentando en fuerza y número. Y, con él, como hemos visto, ya el imperialismo.

En un brillante estudio de la *Moderna corporación y la propiedad privada*, por dos expertos en la materia, encontramos algunos hechos y cifras sorprendentes sobre el tamaño, riqueza y control de las actuales gigantescas corporaciones de los Estados Unidos. Hay, en esta nación, unas trescientas mil corporaciones no bancarias. Pero, de ese número, unas doscientas, controlan la mitad de la riqueza corporativa. Quince de ellas tienen activos superiores a los mil millones de dólares. Y una, la American Telephone and Telegraph Company, "controla más riqueza que la contenida dentro de los límites de veintiún Estados de la Unión".

Pero, quizá, la mejor manera de comprender hasta qué punto los monopolios imperan, es seguir a los autores del

estudio mencionado antes, en su exposición de cómo los ciudadanos son afectados en su vida diaria por algunas de las 200 corporaciones mayores. "Estas grandes compañías forman la verdadera armazón de la industria americana. El individuo entra en contacto con ellas casi constantemente... está de continuo aceptando sus servicios. Si viaja a alguna distancia, es seguro que lo hará en uno de los grandes sistemas ferroviarios. La locomotora que lo arrastra, probablemente, ha sido construida por la American Locomotive Company o la Baldwin Locomotive Works y el carro en que toma asiento ha sido fabricado por la American Car and Foundry Company o una de sus subsidiarias... Los railes, es casi seguro que han sido suministrados por una de las once empresas del acero en lista, y el carbón debe proceder de una de las cuatro grandes compañías carboneras, si es que no viene de una mina propiedad del mismo ferrocarril. Tal vez, el viaje sea en automóvil. Entonces el carro ha sido manufacturado por la Ford, la General Motors, la Studebaker o la Chrysler, con gomas producto de Firestone, Goodrich, Goodyear o United States Rubber Company...

"Acaso el individuo permanezca en su propio hogar, en relativo aislamiento privado. ¿Qué significan para él las doscientas corporaciones mayores?" Su electricidad y su gas, probablemente, le son suministrados por una de estas compañías de servicios público, el aluminio de sus utensilios de cocina, por la Aluminium Company of America: su refrigerador eléctrico puede ser producto de la General Motor Company o de una de las empresas fabricantes de equipos eléctricos, la General Electric y la Westinghouse. Probablemente, la Crane Company se encargó de sus instalaciones de plomería y la American Radiator and Standard Sanitary Corporation de su equipo de calefacción. El individuo compra, por lo menos, parte de sus víveres a la Great Atlantic and Pacific Tea Company y obtiene algunas de sus drogas, directa o indirectamente, de la United Drug Company. Las latas que contienen.

sus alimentos pueden haber sido hechas por la American Can Company; su azúcar ha sido refinada por una de las principales compañías; su carne seguramente ha sido preparada por Swift, Armour o Wilson; y sus galleticas y bizcochos por la National Biscuit Company.

"Si el individuo busca diversión a través de la radio, ha de usar un receptor construido bajo licencia de la Radio Corporation of America. Si va al cine, le exhibirán una película de la Paramount, Fox o Warner Brothers (hecha con Eastman Kodak film), en un teatro controlado también por uno de esos grupos productores. No importa a cuál anuncio de cigarrillos haya sucumbido: fumará una de las muchas marcas que le ofrecen las "cuatro grandes" compañías tabacaleras. Y, probablemente, comprará la cajetilla en la tienda que la United Cigar tiene en la esquina de su casa".

En todas partes y en ninguna parte, está el monopolio. La historia es la misma en las otras grandes naciones industriales del mundo. ¿Y qué pasa cuando estos diversos gigantes, en control de sus mercados nacionales, se reunen en el mercado internacional? ¡Fuegos artificiales! Una competencia larga, dura, encarnizada... Y, después, convenios, asociaciones, carteles, hechos sobre una base internacional. El monopolio, "partición capitalista del mundo, no por malicia personal, sino porque el propio grado de concentración de capital que se ha alcanzado lo fuerza a adoptar ese método para obtener utilidades. Y la participación, claro está, es proporcional al capital y proporcional a la fuerza... Pero la fuerza varía con el grado de desarrollo económico y político".

Después que las combinaciones internacionales han dividido el mercado mundial, parecería que la competencia debiera cesar y comenzar un período de paz duradera. Pero no ocurre eso, porque las relaciones de fuerza están continuamente cambiando. Algunas empresas se hacen mayores y más poderosas, mientras que otras declinan. Lo que fue equitativo o justo en un momento, no lo es en

otro. Hay descontento en el grupo más fuerte y, a esto, sigue una lucha por una cuota más grande. Lo cual a menudo desemboca en la guerra.

Lo mismo es cierto para el control político de las colonias. Hace setenta años, había aún un lote de regiones "libres" no agregadas o anexadas a naciones imperialistas. Hoy, ya, no es así. Si hay una re-división, las Potencias que "no tienen" han de apoderarse de lo que quieren, quitándoselo a las Potencias que "tienen". Alemania, Italia y Japón quieren hoy colonias. Italia y Japón están apoderándose de lo que pueden, Alemania está armándose, como preliminar para agarrar lo que venga. El imperialismo conduce a la guerra.[2]

Pero la guerra no resuelve nada de manera permanente. Las hostilidades que no pueden ser impedidas mediante negociaciones en torno a una mesa, no terminan por el hecho de que la negociación sea efectuada con los argumentos de los altos explosivos, gases venenosos, hombres inválidos y cuerpos mutilados. No. El capitalismo de monopolio debe tener una salida para los productos y el capital excedente y las hostilidades proseguirán mientras aquel continúe. La cacería de mercados ha de seguir.

Cecil Rhodes, imperialista prominente, lo sintió intensamente. La adquisición de nuevos mercados fue parte de su ser; la anexión de nuevos territorios era como la sangre de su vida. El impulso imperialista está bien ilustrado por la declaración que hizo una vez a un amigo: "El mundo está casi todo, parcelado y lo que queda está siendo dividido, conquistado y colonizado. Pensemos en esas estrellas que vemos cada noche sobre nuestras cabezas, en esos vastos mundos que nunca alcanzaremos. Si yo pudiese, anexaría los planetas. Con frecuencia pienso

---

[2] El Sr. Leo Huberman escribió esta obra antes de la última guerra mundial. (N. R.).

en ello. Y me entristece verlos tan claros y, sin embargo, tan lejanos".

Rhodes murió demasiado pronto. ¡Qué lástima! Porque, en un laboratorio del desierto de Nuevo México, el profesor R. H. Goddard ha estado experimentando con un buque-cohete, para hacer un vuelo a la Luna. Y, en la espesura de una montaña en Gales (Inglaterra), la Sociedad Inter-Planetaria Británica trabaja en perfeccionar otro cohete capaz de llegar a los planetas. ¡Si Rhodes hubiera vivido!

Sin embargo, puede haber consuelo para su alma en el pensamiento de que su espíritu sobrevive más fuerte que antes. Cuando el Hombre Lunar, el Selenita, salude al primer pasajero del primer buque-cohete, ese pasajero, indudablemente, le contestará con una pregunta susurrada al oído: "¿Le gustaría tomar un préstamo para arreglar sus viejos canales y construir otros nuevos? Pues firme aquí y mi banco se encargará de los detalles... Gracias..."

CAPITULO XX

EL ESLABON MAS DEBIL

"Durante cada crisis comercial, se destruye, sistemáticamente, no sólo una parte considerable de productos elaborados, sino incluso de las mismas fuerzas productivas ya creadas. Durante las crisis, una epidemia social, que en cualquier época anterior hubiera parecido absurda, se extiende sobre la sociedad: la epidemia de la superproducción. La sociedad se encuentra súbitamente retrotraída a un estado de barbarie momentánea; diríase que el hambre, que una guerra devastadora mundial la han privado de todos sus medios de subsistencia; la industria y el comercio parecen aniquilados. Y todo eso, ¿por qué? Porque la sociedad posee demasiada civilización, demasiados medios de vida, demasiada industria, demasiado comercio".

Esto no fue escrito ayer. Lo fue, en el *Manifiesto comunista*, escrito por Marx y Engels hace casi cien años, en 1848.[1] Y no fue una audaz profecía, sino una descripción de lo que acontecía a la sociedad capitalista cada unos cuantos años, por entonces. Y que ha continuado aconteciendo es sabido de todos los que tenían más de diez años en 1929. La cita tiene un sonido familiar, porque nosotros estamos viviendo en la más grande crisis económica que el mundo jamás haya conocido.

Ha habido crisis en todos los períodos de la Historia. Pero hubo una marcada diferencia entre las que ocurrie-

---

[1] El Sr. Huberman escribió este libro antes de 1948.

ron antes de que el capitalismo se desarrollase y las que han ocurrido desde entonces. Antes del siglo XVIII, el tipo de crisis más común era debido a las malas cosechas, a una guerra, a algún acontecimiento anormal. Lo caracterizaba una escasez de alimentos y otros artículos de primera necesidad, que causaba el alza de los precios. Pero las crisis que conocemos, las que vinieron con la llegada del sistema capitalista, no son debidas a acontecimientos anormales —parecen ser uña y carne de nuestro sistema económico pues no están marcadas por una penuria, sino por una sobre-abundancia. Son crisis en las que los precios no aumentan, sino bajan.

No ignoramos las otras características de las crisis y de la depresión, desempleo, tanto del trabajo como del capital; baja de las utilidades y una disminución general de la actividad industrial, tanto en producción como en tráfico. La paradoja de la pobreza dentro de la abundancia es visible por doquier. ¿Hay falta de materias primas? Nada de eso. Los cultivadores de algodón están ansiosos por vender sus cosechas. ¿Hay falta de capital en equipos? Tampoco. Los propietarios de las fábricas no desean otra cosa que ver los husos y telares de sus silenciosos talleres en actividad de nuevo: ¿Hay falta de brazos? Menos aún. Los obreros textiles desempleados anhelan volver al taller para tejer las telas de algodón de que carecen.

No: las materias primas, el capital en equipos y el trabajo necesario para la producción están disponibles. Y, sin embargo, no hay producción. ¿Por qué?

Los economistas no están de acuerdo sobre la respuesta.

Pero, en un hecho, están de acuerdo. Y, a menos que se comprenda este hecho desde el principio, las causas de la crisis serán un libro cerrado para ustedes.

El importantísimo hecho es sencillamente éste: en el sistema capitalista, las mercancías son producidas no para el uso, sino para el intercambio con utilidad. En nuestra

sociedad, los minerales son extraídos de la tierra, las cosechas son recolectadas, se da trabajo a los hombres, las ruedas de la industria son puestas en movimiento, y los artículos comprados y vendidos, sólo cuando los propietarios de los medios de producción —la clase capitalista— pueden ver una oportunidad de hacer ganancias. Esto fue expresado por Walter Lippmann en su columna del *Herald-Tribune* el 13 de julio de 1934: "De nada sirve hablar sobre la recuperación en las presentes condiciones, a menos que los capitalistas, grandes y pequeños, comiencen a invertir en empresas, con el propósito de obtener una utilidad. No lo harán para ganar un Aguila Azul. Ni lo harán tampoco por patriotismo, ni como acto de servicio público. Lo harán al ver una ocasión de hacer dinero. Este es el sistema capitalista. Esta es la manera como trabaja."

Según el profesor F. A. Von Hayek, Mr. Lippmann tiene razón: "En la moderna economía de intercambio, el empresario no produce con vistas a satisfacer cierta demanda —aunque esta frase sea usada a veces— sino sobre la base de un cálculo de utilidad."

El profesor Von Hayek es uno de los primeros economistas en existencia. No tiene mucho en común con los economistas que ven la sociedad desde el punto de vista de la clase trabajadora. Pero, en el hecho trascendental de que es sólo la ganancia lo que pone en movimiento las ruedas, le encontramos de acuerdo con Friedrich Engels. He aquí parte de una carta que éste escribió en 1865: "Se ha producido demasiado poco... Pero *¿por qué* se ha producido demasiado poco? No es porque los límites de la producción estén agotados, no, sino porque los límites de la producción están determinados por el número de estómagos hambrientos, por el número de *bolsas* que pueden comprar y pagar. A los vientres sin dinero, a los obreros que no se les puede usar para hacer ganancias, y por lo tanto no se les puede comprar, se les deja que se mueran de hambre."

En los escritos de Thorstein Veblen, uno de los más originales economistas americanos, encontramos la misma erdad expresada en su famoso estilo ácido: "El lugar del hombre de negocios en la economía de la Naturaleza es "hacer dinero", no producir artículos... El logro más alto en los negocios es acercarse lo más posible a recibir algo por nada... Debe notarse que no hay empresa de negocios cuyo fin principal no sea hacer ventas provechosas o gangas provechosas, lo que es lo mismo que decir ventas provechosas... Las utilidades del negocio provienen del producto de la industria y la industria es controlada, acelerada y retardada con vistas a las ganancias de negocios."

Otra evidencia de que, bajo el capitalismo, los artículos son producidos no para el uso, sino para la ganancia. Esta cita es de *Ciclos de negocios*, por Wesley C. Mitchell, un sobresaliente estudio por un sobresaliente economista americano: "Donde la economía del negocio prevalece, los recursos naturales no se desarrollan, el equipo mecánico no se utiliza, la pericia del trabajador no se ejerce y los descubrimientos científicos no se aplican, a menos que las condiciones sean tales que prometan una utilidad en dinero a los que dirijan la producción."

Esto es, entonces, un desfile de expertos de diferente complexión económica, que prestan todos el mismo testimonio: que, en el sistema capitalista, la producción no tiene lugar, no se efectúa, a menos que prometa una ganancia. Sin embargo, si a los mismos testigos les fuese preguntado por qué, periódicamente, no cumple esa promesa, no habría semejante unanimidad de opinión. Los economistas están de acuerdo en lo que hace funcionar el sistema, pero, de modo enfático, no convienen en lo que no le hace funcionar. El sistema falla —esto es, las utilidades caen— en un período de crisis. ¿Cuáles son las causas de las rupturas? ¿Cuáles son las causas de las crisis? Examinemos algunas de las respuestas de los economistas.

Hay algunos que, aún hoy, después de más de una centuria de crisis sucediéndose unas a otras casi regularmente, todavía se adhieren a la creencia de que las causas deben ser halladas no dentro del sistema, sino fuera de éste. De esta escuela, el profesor Mitchell dice: "Algunos economistas desesperarán para encontrar una teoría que explique todas las crisis de la misma manera. Para estos hombres, una crisis es un acontecimiento 'anormal' producido por alguna 'causa perturbadora', como la introducción de una invención revolucionaria, revisiones de tarifas, cambios monetarios, malas cosechas, cambios de las modas y así. Este criterio conduce a la conclusión de que cada crisis tiene su propia causa especial, la cual debe ser buscada entre los acontecimientos del año o de dos años anteriores".

Para otro grupo, la causa especial de las crisis es física. W. Stanley Jevons anunció, en 1875, que las manchas del Sol, el hambre en la India y las crisis en Inglaterra ocurrieron en el mismo tiempo. ¿Qué tenía una cosa que ver con las otras? Pues obsérvese atentamente. La radiación solar afecta al tiempo; el tiempo afecta a las cosechas; las cosechas, buenas o malas, afectan los ingresos del agricultor; los ingresos del agricultor afectan la extensión de la demanda de artículos manufacturados. ¡Pues a echarle la culpa al sol!

O, si se prefiere, culpar al planeta Venus. Así lo dice Mr. Henry L. Moore, autor de la teoría de los "cielos regenerados" de ocho años. Pero ¿por qué Venus? Pues porque cada ocho años Venus se coloca entre el Sol y la Tierra y es fácil imaginar que, con Venus en medio, mucha de la radiación de Apolo (el Sol) no llega jamás a nuestro planeta.

Esto en cuanto a las causas físicas de las crisis. El profesor A. C. Pigou, economista de Cambridge, es el líder de una escuela que atribuye los auges y depresiones a motivos sicológicos, errores de optimismo y pesimismo por parte de los capitanes de industria. En las "variaciones

de las expectaciones de los hombres de negocios", el profesor Pigou encuentra la causa raíz de las alzas y bajas de la industria. Cuando las cosas van bien, los hombres de negocios son optimistas sobre las probabilidades de aumentar sus ganancias. Quieren expandir la producción. Piden préstamos de dinero a los bancos y lo invierten liberalmente en equipo industrial, bien ampliando sus plantas o bien comprando nueva maquinaria, etc. "Cuando éstas (expectaciones) son buenas, llevan a los hombres de negocios a aumentar los préstamos, en parte de los bancos, así haciendo subir directamente el tipo de interés e indirectamente, poniendo más poder adquisitivo en circulación y elevando los precios". Entonces, sin embargo, los artículos producidos en esta ola de optimismo tienen que pasar por la prueba del mercado. ¿Se venderán a los nuevos altos precios? No se venden. En un caso después de otro, se ve que el optimismo era injustificado y, de ese modo, un profundo pesimismo y una honda desconfianza se adueñan del mundo de los negocios y la producción comienza a retardarse. "La actividad que se desarrolla en la industria, bajo la influencia de un error de optimismo, materializa finalmente en la forma de mercancías buscando un mercado. Mientras están en el proceso de ser producidas... continúa la actividad excepcional. *(Entonces se comprueba que el optimismo fue* demasiado grande. Es decir, el optimismo no sobrevive a la prueba del mercado). Cuando esta prueba ha sido aplicada a un número de cosas, la confianza se tambalea. El hecho de que ha habido errores de optimismo y se ha exagerado sobre las utilidades en perspectiva, es descubierto y reconocido ampliamente... Como consecuencia, el flujo de la actividad de los negocios queda contenido".

En este punto, "el exceso optimista" cede el lugar al "exceso pesimista". La producción se demora considerablemente, la inversión, en la industria, prácticamente cesa y cualesquiera artículos que son vendidos proceden de los stocks de antes. Más tarde la demanda aumenta otra vez,

aumentan también las ganancias, los hombres de negocios se reaniman y nuevamente el "exceso optimista" renace.

La gran importancia que Pigou y la escuela sicológica conceden a las preocupaciones de los hombres de negocios, como responsables de los auges y las depresiones, es expuesta en la siguiente cita: "Aunque no investigamos, por el momento, cómo estas variables preocupaciones se producen, llegamos a la conclusión definitiva que ellas, y no otra cosa, constituyen las causas inmediatas y directas, o los antecedentes, de las fluctuaciones industriales."

Para otra escuela de economistas, hay una gran verdad en el proverbio de que "el dinero es la raíz de todo mal". Creen que nuestro sistema monetario es defectuoso y quieren que sea regulado. El profesor J. M. Keynes, uno de los principales exponentes de la "regulación del dinero", una escuela más, escribe: "El desempleo, la vida precaria del obrero, el desengaño de la ilusión, la súbita pérdida de los ahorros, las excesivas ganancias inesperadas para ciertos individuos, como el especulador y el explotador, todo procede, en gran medida, de la inestabilidad del standard de valores."

Las palabras claves de esta cita son las últimas: "la inestabilidad de los valores promedio". No se necesita mucha prueba para convencernos de que nuestro dinero es inestable. Lo sabemos por experiencia. Los compradores en las tiendas no ignoran que un dólar comprará tantas libras de mantequilla un mes y más o menos otro. Y, con frecuencia, escuchamos comentarios como éste: "Sí, pero el dólar vale ahora más (o menos) que antes." O este otro: "La primera vez que estuve en París, me dieron 25 francos por dólar y este año, sólo 17".

Nuestras cartillas de economía nos dicen que "el dinero es un medio de intercambio". Los expertos en la regulación de la moneda sostienen que es un medio malo, porque no es estable. A diferencia de otras medidas, no es fijo. Una docena significa doce y no quince un día y

ocho al siguiente. Pero el valor de nuestra unidad monetaria varía. *Eso es malo y debiera ser remediado, afirman* los economistas. Lo que demandan es control del crédito y del capital circulante (currency), lo cual establecería una relación estable entre la cantidad de artículos producidos y la cantidad de dinero en los bolsillos de los consumidores.

Por ejemplo, con el crecimiento de la industria y la expansión de la producción, el rendimiento de artículos aumenta. A menos que el dinero en circulación también aumente para mantener el paso con mayor cantidad de artículos, los precios caerán. Se puede ver por qué. Supongamos que hay 500 camisas en el mercado y que los consumidores tienen 500 dólares para comprarlas. Cada camisa se venderá por un dólar. Supongamos ahora que los fabricantes mejoran su maquinaria y producen mil camisas. Entonces (y en otras cosas el cálculo sería igual) a menos que se ponga otros 500 dólares en las manos de los consumidores, el precio de las camisas descenderá a cincuenta centavos cada una.

Los economistas monetarios arguyen que las crisis son los efectos de la subida y la bajada del nivel general de precios, debido al aumento o disminución del volumen de dinero en circulación. Cuando los negocios son buenos, el dinero circula más de prisa y los bancos emiten cantidades cada vez mayores de créditos. Es cierto que cargan tipos de interés más altos, pero eso no es suficiente para detener a los manufactureros, que ven cómo los negocios se expanden y quieren hacer toda la ganancia que puedan mientras las cosas vayan bien. Es así como la prosperidad conduce el auge.

Cuando eso ocurre, los controladores del crédito —los bancos— se asustan y comienzan a sentir que la estructura del crédito se está haciendo cargante. "Los valores están por las nubes", exclaman. E inician un retroceso, suspenden la concesión de nuevos préstamos y piden que se les pague los ya hechos. Pero esto es algo que los fa-

bricantes —o muchos de ellos— no pueden hacer, porque tienen invertidos esos préstamos en sus negocios y no han ganado bastante todavía para reembolsar a los prestatarios. Cuando no pueden pagar, están en bancarrota. Sus plantas se cierran, sus empleados son destituidos y la zozobra se propaga en círculos cada vez más amplios, porque las órdenes a los productores de materias primas cesan y los obreros que se quedan sin trabajo dejan de ser consumidores efectivos de productos y artículos. La disminución de la producción, el cese de la demanda, y la paralela ruptura de los precios, propagan la depresión a todo el campo de la economía nacional, como una enfermedad contagiosa. La gente teme invertir y los bancos temen prestar. Y, por ello, el dinero se acumula en sus arcas, en vez de ser utilizado en financiar la industria y el comercio.

Los economistas monetarios creen que esos préstamos tan cargantes no tendrían lugar si los hombres de negocios no pensaran que los precios iban a estar subiendo continuamente. Los manufactureros toman préstamos a altos tipos sólo porque se figuran que el esperado aumento de los precios será bastante para pagar el interés y proveer más altas utilidades. Si los precios permanecieran estables, ellos no se empeñarían en una expansión, violenta e injustificada, de la producción. Para remediar el mal, esos economistas proponen que la unidad monetaria sea "estandarizada", de modo que se mantenga en línea con el alza y la baja del rendimiento de productos. El profesor Irving Fisher, de la Universidad de Yale, ha ideado un plan para un "dólar compensado", del que dice que realizaría el truco, pues compraría la misma cantidad de artículos ayer, hoy y mañana.

Fisher y Keynes arguyen que es tonto y peligroso, para el hombre, continuar empleando un sistema monetario imperfecto, cuando puede inventarse uno perfecto. Dice el profesor Keynes: "La mejor manera de curar esta dolencia mortal del individualismo (movimiento de precios

que resultan en auges y depresiones) es asegurar (mediante el control del crédito y del circulante) que nunca existirá ninguna ilusión confiada en que los precios generalmente van a bajar o van a subir...

"No podemos por más tiempo dejarlo (el standard de valor) en la categoría de eso cuyas características distintivas son poseídas en diferentes grados por el tiempo, la natalidad y la Constitución, cuestiones que son resueltas por causas naturales o son resultantes de la acción separada de muchos individuos actuando de modo independiente o que requieren una Revolución para cambiarlas."

Otros economistas, sin embargo, no están convencidos de que manipular el dinero circulante, para que se corresponda con el rendimiento productivo, es una cosa buena. He aquí la opinión discrepante del profesor Hayek: "Las razones comúnmente presentadas como prueba de que la cantidad del dinero circulante variaría según la producción aumentase o disminuyese carecen, totalmente, de fundamento. Parece más bien que la caída de precios... que, necesariamente, sigue cuando la cantidad de dinero continúa siendo la misma y la producción aumenta, no es enteramente inofensiva, pero en realidad es el único medio de evitar desviaciones de la producción."

Mucho más popular que cualquiera de estas teorías de las causas de las crisis es la ofrecida por Mr. John A. Hobson. El argumento de éste es que, durante los períodos de prosperidad, los ingresos del capital aumentan mucho más que los jornales de los obreros. El rico se hace más rico, con un ritmo increíble. Sus ingresos crecen. No importa cuánto gasten en sí mismos, siempre tienen dinero sobrante. Y, lo que no pueden gastar, lo ahorran. Sus grandes sumas de dinero las invierten en la industria y el resultado es un tremendo incremento en los equipos para fabricar artículos, en capacidad productiva. Los equipos nuevos y mejores hacen su tarea y los artículos salen de las fábricas al mercado. Pero los trabajadores no reciben jornales suficientes para comprar la creciente pro-

ducción. Por ello, los artículos se quedan sin vender, se amontonan en los almacenes y las tiendas y los precios bajan desastrosamente. La producción ya no es lucrativa y es cortada o reducida. El resultado es el desempleo, la depresión y una merma en los ingresos del rico. El ahorro excesivo cesa.

Entonces, lentamente, los consumidores se ajustan a la pila de artículos acumulados, las industrias que siguen funcionando encuentran que no pueden seguir por más tiempo sin nuevos y mejorados equipos y, así, gradualmente, la producción aumenta y el ciclo completo de prosperidad, auge, crisis, depresión, queda efectuado una vez más.

Las personas que se preocupan por la misma existencia de extremos de riqueza y pobreza hallan el análisis de Mr. Hobson especialmente adaptado a su gusto. Pues lo mismo si se piensa que es la teoría del "sobre-ahorro" o, desde otro ángulo, la teoría del "sub-consumo", siempre se trata de la desigual distribución de la riqueza como la causa esencial de las crisis.

Helo aquí expuesto con las palabras de Mr. Hobson: "Esos excedentes, hasta donde no son tomados por los impuestos, forman el factor irracional o ruinoso de nuestro sistema económico. Como ingreso, no tienen justificación, ni moral ni económica. Su baja utilidad, con propósitos de consumo o disfrute, lleva a su acumulación como ahorros para inversiones en exceso de los requerimientos y posibles usos del sistema económico, como un total... Este excedente no ganado... es la causa directa de la paralización industrial, del colapso de los precios y del desempleo, clasificado todo bajo el término de depresión del comercio. La aplicación de ese excedente, para ampliar el poder adquisitivo y de consumo de los obreros y de la comunidad, remediará estos desajustes crónicos aumentando el poder combinado de consumo para mantener el paso con cada incremento del poder productivo. Aumentar la proporción del ingreso general

que recibe el jornalero, bien mediante más altos salarios, bien mediante servicios sociales, es la condición esencial para el mantenimiento de los empleos en aquellas industrias que son más propensas a los períodos de depresión y desempleo."

Mr. Hobson expone su caso de modo convincente. Y, porque son muchos los preocupados por las evidencias de trastornos por doquier, queremos creer que su argumentación en pro de más *altos jornales* y *mejores servicios* sociales es la más correcta y acertada. Pero no debemos dejar que nuestros deseos nos hagan aceptarla completamente. Recuérdese que el propósito de la producción en el sistema capitalista es hacer ganancias. Mr. Hobson dice que las crisis vienen porque los capitalistas invierten demasiado, que el obrero no gana bastante para comprar los artículos producidos por una industria sobre-capitalizada y que, por lo tanto, las utilidades fallan.

Pero el profesor Hayek sostiene que esto no es verdad. Y dice que las ganancias bajan porque los capitalistas no invierten bastante. Propugna no la expansión de los servicios sociales, sino su reducción; no el aumento de jornales, sino su disminución: "Ciertas clases de acción del Estado, al causar un cambio en la demanda de los artículos de los productores hacia los artículos de los consumidores, puede causar un continuado encogimiento de la estructura capitalista de la producción y, por consiguiente, un *prolongado estancamiento*... *La concesión* de crédito a los consumidores, por la cual recientemente se ha abogado como cura para la depresión, tendría en realidad un efecto contrario; un aumento relativo de la demanda de artículos de los consumidores, sólo, podría empeorar las cosas".

Es imposible en unas cuantas páginas hacer justicia a la complicada teoría del profesor Hayek. Pero, para nuestra finalidad, es suficiente indicar que Hobson y Hayek encuentran causas exactamente opuestas de la caída de

las utilidades en una crisis; y por ello, para curar el mal de la baja de las ganancias, ofrecen remedios en contraste.

Lo interesante es que los dos tienen razón y los dos están equivocados. Hobson acierta al argüir que más altos jornales y más servicios sociales desarrollados proveerían un mercado necesario para el creciente suministro de artículos y yerra al afirmar que ese aumento de jornales significa la disminución de las utilidades inmediatas de la producción. Hayek está en lo justo al sostener que jornales inferiores y servicios sociales restringidos elevarían las ganancias inmediatas de la producción y se equivoca al creer que bajar los jornales significa destruir el mercado para una creciente oferta de artículos y mercancías. Hobson se interesa en restaurar el mercado (y así su beneficio) aumentando el poder adquisitivo de las masas; Hayek se interesa en restaurar los beneficios, disminuyendo ese poder adquisitivo, es decir, haciendo rebajas de jornales.

Según los discípulos de Karl Marx, es el dilema del capitalismo, que *no puede hacer ambas cosas.* Por lo tanto, dicen, las crisis son inevitables bajo el capitalismo. Donde todos los economistas ven esto o aquello como la causa de las crisis, pero sugieren que adoptándose el remedio que particularmente sugieren todo irá bien, Marx afirma que no hay salida dentro del sistema capitalista. Para deshacerse de las crisis, escribió, hay que deshacerse del capitalismo.

El análisis por Marx de las crisis, es inherente a toda su teoría. La de la producción capitalista y la que explica la ruptura de la producción capitalista, son sólo una, con las mismas raíçes.

El propósito esencial de la producción, en el sistema capitalista, es hacer ganancias. Marx pudo probar que hay *una tendencia decreciente de la cuota de ganancia.* Pero esto no es un "paso así". Sino algo que tenía que ser. La estructura del sistema productivo capitalista lo hizo inevitable. Veamos por qué. (Sería conveniente, en

este punto, releer cuidadosamente las páginas del capítulo 18 en que se expone la teoría laboral de Marx sobre los valores).

Marx divide el capital en dos partes, el constante y el variable. Capital constante es el que se gasta en planta, maquinaria, herramientas, materias primas, etc. Capital variable es el que se gasta en comprar poder del trabajo, o sea, en jornales. El capital constante toma este nombre del hecho de que, en el proceso de producción, su valor queda constante y, en el producto final, su valor original es transferido, ni más ni menos. El capital variable toma su nombre del hecho de que, en el proceso de producción, su valor varía y, en el producto final, se transfiere más que su valor original. El capital constante es estéril, porque no crea ningún nuevo valor en el proceso productivo; el capital variable es fecundo, pues sólo él crea un nuevo valor en el proceso productivo. Es el capital variable el cual crea más valor que en lo que en sí vale, o sea plusvalía. Y es el capital variable (fuerza de trabajo viva) de donde se derivan las utilidades.

Así, en la manufactura, el capital del capitalista es dividido de esta manera: C (capital total) $=$ c (capital constante) $+$ v (capital variable).

Ahora ¿cuánto de C será dedicado a c y cuánto a v? No cabe duda, dice Marx y, en este punto, todos convendrán con él, que con el desarrollo del capitalismo, una parte siempre creciente del capital, C, es dedicada a capital constante, c. Es sabido que más y mejor maquinaria es introducida de continuo en la industria moderna. Esta maquinaria es realmente milagrosa, pero cuesta dinero, mucho dinero. Y desplaza brazos. Lo cual, sencillamente, significa que incrementa la proporción de capital variable, v, con respecto al capital total, C, es cada vez menor; inversamente, la proporción de capital constante, c, con respecto al capital total, C, es cada vez mayor.

El hecho de que, relativamente, el capital constante aumenta mientras el capital variable disminuye, es de

tremenda importancia. Porque es *v* y sólo *v*, la fuente de la plusvalía, o utilidad. Esto significa que al disminuir *v*, se marca la tendencia a que baje la cuota de ganancia. Como la proporción del capital constante al capital total se hace más elevada, según Marx "la misma cuota de plusvalía, sin necesidad de que varíe el grado de explotación del trabajo, se traduce en una cuota descendiente de ganancia..."

Si además, partimos del supuesto de que este cambio gradual en cuanto a la composición del capital no se opera simplemente en ramas aisladas de la producción, sino que más o menos se da en todas ellas... llegaremos necesariamente a la conclusión de que este incremento gradual del capital constante en proporción al variable tiene como resultado un *descenso gradual de la cuota general de ganancia,* siempre y cuando que permanezca invariable la cuota de plusvalía.

Una baja en la cuota de ganancia es algo serio. Es una amenaza al gran objetivo del capitalista, que es obtener la mayor cantidad de ganancia posible. Pero hay una salida, temporalmente, para los capitalistas. Encuentran que pueden aumentar su cantidad de utilidades, aunque la cuota de ganancia esté descendiendo. He aquí un ejemplo (la plusvalía es representada por *s* y, presumiéndose que la cuota de plusvalía es la misma en cada caso, 100 por ciento):

C	*c*	*v*	*s*
$1,500	$1,000	$ 500	500
$4,000	$3,000	$1,000	1,000

Ya que la plusvalía *s*, es creada sólo por el capital variable *v*, la cuota de plusvalía es siempre la relación de *s* a *v*, o sea *s v*. Pero aunque las utilidades vienen, solamente, de la cantidad gastada en jornales, *v*, el capitalista calcula su ganancia como una ganancia sobre el ca-

pital total invertido, C. Por consiguiente, él estima su cuota de ganancia como la relación de s a C, o $s|C$.[1]

Así en el ejemplo de arriba, en el primer caso, el tipo de utilidad es de $500|$1,500 ó 33 1|3 por ciento; y, en el segundo caso, es de $1,000|$4,000 sólo del 25 por ciento. Pero, aunque el *tipo* de utilidad ha bajado, la *cantidad* de la utilidad ha aumentado, de $500 a $1,000.

Obsérvese, sin embargo, lo que fue necesario para hacer esto posible. El capital variable, único del que pueden venir ganancias, tuvo que ser *duplicado* y porque la técnica moderna de producción requiere una cantidad continuamente creciente de capital constante en comparación con el variable, mientras v (variable) era duplicado, c (constante) *tenía que ser triplicado*. Ahí está el problema. Con objeto de aumentar la cantidad de utilidad, los capitalistas se ven obligados a acumular más y más capital. No hay donde escoger. Si se suspende la acumulación de capital, entonces la cuantía de la ganancia (así como la cuota) desciende.

Todo capitalista individual lo sabe. La competencia en el mercado le ha enseñado que debe ahorrar su dinero y colocar cantidades cada vez mayores en el negocio o perder la lucha. Debe acumular, siempre acumular, de modo que su capital total pueda ser incrementado lo suficientemente para contrarrestar la caída del tipo de utilidad.

Las personas bien intencionadas, que han abogado por el pago de altos jornales a los obreros, han soslayado este punto. El capitalista, no obstante, sabe que mientras más pague a sus asalariados menos *utilidades tiene* —lo cual significa que la acumulación que es esencial para él, para continuar ganando, es demorada, no acelerada. Esto, des

---

[1] En forma simple: $\frac{v}{C}$ decrece.

mientras $\frac{c}{C}$ aumenta.

de su punto de vista, no debe ocurrir, porque, cuando la acumulación cesa, cesa la utilidad.

El resuelve esa parte del dilema pagando los jornales más bajos que sea posible. Lo cual le deja libre para proseguir la necesaria política de siempre creciente acumulación. Pero ésta, a su vez, significa que una cantidad siempre creciente de mercancías es lanzada al mercado. Y, aquí, tropieza con la otra hoja de las tijeras de la contradicción económica: la falta de poder adquisitivo de los obreros para absorber la producción. Pues jornales bajos implican que las mercancías no pueden ser compradas ni pagadas.

El análisis de Marx desemboca en esto: los capitalistas deben mantener sus ganancias pagando jornales bajos, pero, al hacerlo, destruyen el poder adquisitivo del cual depende la realización de la utilidad. Los jornales bajos hacen posible las altas ganancias, pero, al mismo tiempo, hacen imposible las utilidades, porque reducen la demanda de los productos y artículos.

Insoluble contradicción.

Hace noventa años, Thomas Carlyle puso el dedo en la crisis que confrontaba el sistema capitalista: "¿Para qué sirve que ustedes tejan camisas? Un millón de ellas están sin vender. Y, muy cerca, hay un millón de diligentes espaldas desnudas que ni pueden ponérselas. Las camisas son útiles para cubrir espaldas humanas; que no lo hagan, es una insoportable burla. ¡Ustedes han caído muy detrás de este lado del problema!"

Si era cierto esto en los tiempos en que Carlyle escribió que "Ustedes han caído muy detrás de este lado del problema", es mucho más cierto hoy, cuando estamos en medio de la más grande crisis de la historia del mundo.

Dondequiera, los pueblos luchan con el problema. En la Unión Soviética, intentan resolverlo por el método marxista de reemplazar el capitalismo. En otros lugares del mundo lo intentan, remendando y controlando el capitalismo.

CAPITULO XXI

RUSIA TIENE UN PLAN

Diecisiete años antes de que terminase el siglo XIX, murió Karl Marx.

Diecisiete años después de comenzar el siglo XX, Karl Marx vivió de nuevo.

Lo que había sido teoría con Marx, fue puesto en práctica por sus discípulos, Lenin y otros bolcheviques[1] rusos, al adueñarse del Poder en su país, en 1917. Antes de esa fecha, las enseñanzas de Marx habían sido conocidas por un pequeño grupo de devotos seguidores; después tuvieron el reflector del mundo enfocado sobre ellas. Antes de esa fecha, los comunistas sólo podían prometer que su teoría, de ser realizada, crearía un nuevo mundo mejor; después, los comunistas pudieron señalar a una sexta parte de la superficie de la Tierra y decir: "Aquí está. Miren. Funciona..."

En primer lugar, ¿cómo fue posible para los bolcheviques adueñarse del Poder? ¿Qué condiciones existieron para que la revolución fuese un éxito? Pues, en cuanto a las revoluciones, de un hecho podemos estar ciertos. Y

[1] Bolchevique (mayoritario) fue la denominación popular que recibió el Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia. Bajo la dirección de Lenin, el Partido ganó el cariño y el respeto de las masas por expresar su verdadero interés manteniéndose fiel a los principios y a la práctica revolucionaria. Por el contrario el pueblo llamó mencheviques (minoritarios) a los socialistas que lo traicionaron apartándose de este espíritu y de esta práctica revolucionaria.—*N. de la R.*

es que llevar adelante una revolución triunfante no es labor fácil para nadie, en ninguna parte y en ningún tiempo. No. La Revolución es un arte y Lenin, líder de los bolcheviques, proclamó con énfasis esa importante verdad.

Para poder triunfar, la insurrección debe apoyarse no en un complot, en un partido, sino en la clase más avanzada. Esto, en primer lugar... la insurrección debe apoyarse en aquel *momento de viraje* en la historia de la revolución ascendente en que la actividad de la vanguardia del pueblo sea mayor, en que mayores sean las *vacilaciones en las filas de los enemigos y en las filas de los amigos débiles, a medias, incluso de la revolución*... Pero si estas condiciones están dadas, negarse a considerar la insurrección como *un arte* equivale a traicionar el marxismo y a traicionar la revolución.

Esto fue escrito un mes antes de que los bolcheviques se hicieran dueños del Poder. Hubo muchos, entre los propios seguidores de Lenin, quienes convinieron con éste que las condiciones que él enumeró debían existir antes que una revolución pudiera tener éxito. Pero muchos de ellos no estaban de acuerdo con él en cuál era el *momento exacto* en que esas necesarias condiciones existían. Y en esto se vio el genio de Lenin, quien sintió el momento en que las condiciones estaban realmente maduras, cuando actuar era triunfar y demorarse fracasar.

En la misma víspera del asalto al Poder, Lenin tuvo que reunir todas sus energías para convencer a sus partidarios de que había llegado el momento de la acción. En los días del 7 al 14 de octubre, terminó su artículo titulado "*¿Se sostendrán los bolcheviques en el Poder?*" en el que analizó, uno por uno, los diversos argumentos que se presentaban contra la acción revolucionaria, aquí y allá. He aquí su respuesta a una de esas objeciones: "El quinto argumento consiste en decir que los bolcheviques no podrán sostenerse en el poder, pues "la situación es extraordinariamente complicada".

"¡Altísima sabiduría!" Ellos estarían dispuestos tal vez a avenirse a la revolución pero sin esta "situación extraordinariamente complicada".

"Semejantes revoluciones no existen y los suspiros por tales revoluciones no son más que lamentaciones reaccionarias de intelectuales burgueses. Aunque la revolución comience en una situación que, al parecer, no sea muy complicada, ella misma al desarrollarse, crea *siempre* una situación *extraordinariamente complicada.* Porque una verdadera revolución, una situación profunda, "popular", según expresión de Marx, es un proceso increíblemente complicado y doloroso de agonía de un orden social caduco y de alumbramiento de un orden social nuevo, de un nuevo régimen de vida de decenas de millones de hombres. La revolución es la lucha de clase y la guerra civil en sus formas más agudas, más penosas, más encaminadas. En la historia no ha habido ni una sola gran revolución que se haya desarrollado sin guerra civil y sólo el hombre metido en su caparazón puede pensar que una guerra civil es posible sin una "situación extraordinariamente complicada".

"Sin situaciones extraordinariamente complicadas no hubieran estallado jamás revoluciones. Y quien teme a los lobos que no se interne en el bosque".

Así escribía un revolucionario que sabía lo que estaba por delante y el que había calculado el costo, pero no estaba asustado; un revolucionario que pensaba que el objetivo de un Estado socialista, controlado por la clase trabajadora y para ésta, bien valía el terrible precio que había que pagar. Y, porque Lenin conocía el arte de la revolución, triunfó.

Fue una suerte que tan magnífico repórter como John Reed fuese un testigo presencial de la mayoría de los acontecimientos que preludiaron lo que los comunistas llaman una nueva civilización. En su *Diez días que estremecieron al mundo* nos da una descripción inolvidable de aquellos agitados momentos. He aquí parte de su na-

rración de una junta del Congreso de los Soviets, en Petrogrado, en noviembre de 1917: "Ahora Lenin, asiendo el borde de la plataforma de lectura, dejaba sus pequeños ojos pestañeantes viajar sobre la muchedumbre, mientras permanecía expectante, al parecer olvidado de la ovación que recibía, la que duró varios minutos. Cuando terminó, dijo sencillamente: "¡Ahora procederemos a construir el orden socialista!"

Eso fue en 1917. Quince años después de que Lenin tan dramáticamente anunció el principio de la construcción "del orden socialista", Walter Duranty, corresponsal del *New York Times*, escribió que la armazón estaba concluida, en estos términos: "El año 1932 puede decirse que marca la terminación de la armazón del orden socialista, objetivo de la revolución".

"La estructura está lejos de haber sido completada, pero la armazón de acero que sostendrá el edificio acabado del socialismo, ya puede ser vista destacándose rígidamente contra el cielo del Este. Finanzas, industrias, transportes, salubridad pública y recreo, arte y ciencia, comercio, agricultura, cada rama de la vida nacional está adaptada al arbitrario modelo del esfuerzo colectivo para el beneficio colectivo, en vez del esfuerzo individual para la ganancia individual".

Mr. Duranty, en su última frase, ha puesto el dedo sobre la parte esencial del programa soviético. Las palabras llaves son "colectivas", en vez de "individuales". Podía esperarse que uno de los primeros pasos, que los seguidores de Karl Marx darían al construir el orden socialista, sería la abolición de la propiedad privada de los medios de producción. Y es, exactamente lo que ocurrió. En la URSS, la tierra, las fábricas, las minas, los talleres, la maquinaria, los bancos, los ferrocarriles, etc., ya no son propiedad de particulares. Prácticamente, todos estos medios de distribución y producción están en manos del Gobierno o de los organismos nombrados o aprobados por el Gobierno y bajo su control.

Eso es fundamental.

Para comprender su verdadera significación debemos contrastarlo con la sociedad capitalista. Significa, según los rusos, que un hombre no puede ya explotar a otro. *A* no puede lucrar con la labor de *B*. Significa también que ya no es posible para alguien subir por la escalera de la acumulación de dinero sobre las espaldas de "sus" obreros. Y significa asimismo que ya no es posible para un fabricante de automóviles anunciar un día en los periódicos que todo el que realmente quiera trabajar puede tener un empleo y al día siguiente cerrar sus plantas y dejar desempleados a 75 mil obreros. Y no puede hacer eso porque las plantas ya no son *suyas*, sino que pertenecen a todo el pueblo colectivamente. Todo ello significa, dicen los rusos, que las divisiones de clases han sido eliminadas; que los extremos de propietario y trabajador, capitalista y proletario, rico y pobre, han desaparecido. Los "expropiadores han sido expropiados".

En un cablegrama especial al *New York Times*, el 22 de abril de 1936, el corresponsal en Moscú, Harold Denny, informa de este orgulloso alarde de los comunistas:

RUSIA ACLAMA EL FIN DE LAS CLASES SOCIALES

El primero de los objetivos soviéticos ha sido logrado, dice Andreieff a la juventud comunista.

Lo próximo, es el objetivo de la producción

La industria privada sólo producirá este año 1.5 por ciento de los artículos de la URSS.

Por Harold Denny

Moscú, abril 21.—El Estado Soviético ha alcanzado el primer objetivo de su marcha hacia el comunismo.

> Andrei Andreieff, secretario del comité central del partido comunista de la URSS, dijo a la Liga de Jóvenes Comunistas (Konsomol) en conferencia aquí, que los medios de producción del país están ya casi completamente socializados y las divisiones de clases han sido eliminadas.
>
> De todos los artículos producidos en la URSS este año, un 98.5 por ciento lo han sido por el Estado, dejando 1.5 por ciento solamente a los pequeños gremios de artesanos manuales, como sastres, costureras, zapateros, etc., no socializados. Aunque Andreieff no lo dijo, estos gremios también están saliendo rápidamente del negocio, expulsados por los impuestos prohibitivos que se les ha fijado.
>
> Con la socialización de la industria y la casi completa colectivización de la agricultura, sólo hay en Rusia una clase: la de los trabajadores, declaró Andreieff.

¡Sólo un 1.5 por ciento de industria no socializada queda en la Unión Soviética! Y eso no es industria capitalista en el sentido corriente del vocablo porque en ella los productores trabajan para sí mismos sin alquilar a otras personas para hacer la labor. Todo el resto del aparato productivo del país es propiedad colectiva y es administrado por el Gobierno.

Ahora las grandes cuestiones económicas que afronta el Gobierno de la URSS, en su capacidad de propietario de los medios de producción, son, ¿qué se producirá?, ¿cómo será producido? y ¿quién recibirá lo que se produzca? Estas son decisiones que han de ser hechas para toda la nación en conjunto. En los países capitalistas, cada capitalista antes de invertir su capital en una empresa, tiene que tomar decisiones semejantes. ¿Pondrá su dinero en una fábrica de automóviles o en la construcción de un ferrocarril o en fabricar telas? ¿Y cuánto

fabricará y cuánto pagará a sus obreros? El resultado de miles y millones de tales decisiones pequeñas hace la totalidad de la producción. Pero no hay garantía de que las partes particulares se acoplen y por experiencia sabemos que cada unos cuantos años hay una ruptura cuando las partes no se ajustan.

El Gobierno de un Estado socialista está en la posición de un Estado capitalista, pero multiplicada por mil, porque es el único propietario del capital y tiene que hacer *todas* las decisiones. El Gobierno socialista pretende unir las diferentes partes, las mil y una actividades económicas, variadas y complicadas, juntarlas armoniosamente y ajustarlas de manera que el conjunto trabaje suavemente. Con objeto de realizar esto bien.

Rusia, tiene un plan.

"La más significativa, socialmente, de todas las tendencias del comunismo soviético, es el deliberado planeamiento de toda la producción, distribución e intercambio de la nación, no para absorber las ganancias de unos pocos, sino para aumentar el consumo de toda la comunidad..."

"Una vez que la propiedad privada con su afán de lucro con motivo de producir para el mercado de competencia es abandonada, hay que dar instrucciones específicas sobre lo que cada establecimiento ha de producir. Es esta necesidad lo que hace indispensable, en un Estado colectivista, alguna clase de Plan General".

Se oye hablar, de vez en cuando, del Plan Quinquenal de Rusia. Cuando terminaron con éste, iniciaron un Segundo Plan Quinquenal. Y así continuará una vez y otra, mientras Rusia esté socializada. Pues como Sidney y Beatrice Webb indican en la cita anterior, un Estado colectivista *ha de tener* un Plan. La economía socialista es, por necesidad, economía planificada.

Como Rusia es el único país en el mundo que tiene una economía planificada, para comprender cómo funciona esa economía debemos examinar el modelo ruso.

¿Qué incluye un plan? Cuando se hace un plan, cuando cualquiera prepara un plan, hay en éste dos partes, un *por* y un *cómo*, un objetivo y un método. La finalidad es una parte de nuestro plan y la manera de alcanzarla, la otra.

Esto es cierto en el planeamiento socialista. Tiene un objetivo y un método. Pero es importante notar, desde el principio, que el objetivo del plan socialista es enteramente diferente de las finalidades buscadas en los países capitalistas. Esto es bien expuesto por los Webb en su excelente estudio del *Comunismo soviético* (de la URSS): *¿Una nueva civilización?* "En una sociedad capitalista, el propósito de hasta las mayores empresas privadas es la utilidad pecuniaria que han de ganar los propietarios o los accionistas... En la URSS, con lo que es llamado la Dictadura del Proletariado, el objetivo planeado es completamente distinto. No hay propietarios ni accionistas que beneficiar y no existe la consideración de la utilidad pecuniaria. Lo único que se busca es la máxima seguridad y bienestar, a la larga, de toda la comunidad".

Bien, y bueno. Es el amplio objetivo general. Pero tiene que hacérsele concreto y adoptarse políticas específicas de acuerdo con esa finalidad. Mas la política debe basarse en la posibilidad. Y ésta debe ser graduada y calculada sólo disponiéndose de una descripción completa y segura del país.

Esa es la tarea de la Comisión Estatal de Planificación (Gosplan).

Su primera misión es precisar el quién, el qué, el dónde y el cómo de todo en la URSS. ¿Cuál es el tamaño de la fuerza laboral? ¿Cuál es la condición del plan colectivo? ¿Cuáles son los recursos naturales? ¿Qué se ha hecho? ¿Qué puede hacerse? ¿Qué hay disponible? ¿Qué se necesita?

Hechos. Cifras. Estadísticas. Montañas de todo esto.

De cada institución en el vasto territorio de la URSS, de cada fábrica, granja, taller, mina, hospital, escuela, instituto de investigación, gremio, sociedad cooperativa, grupo teatral, de todo esto, y dondequiera, de las esquinas más remotas de esta tremenda área, vienen las respuestas a estas preguntas: ¿Qué hicieron ustedes el año pasado? ¿Qué están ustedes haciendo este año? ¿Qué esperan ustedes hacer el año entrante? ¿Qué ayuda necesitan? ¿Qué ayuda pueden dar ustedes? y cien más.

Toda esta información afluye a las oficinas del Gosplan, donde es reunida, organizada y dirigida por los expertos. "Todo el personal del Gosplan de la URSS llega ahora a unos dos mil expertos estadísticos y técnicos científicos de varias clases, con otros tantos oficinistas subordinados, que constituyen ciertamente la mejor equipada y más extensa máquina permanente de investigación estadística del mundo".

Cuando estos expertos han concluido su labor de clasificar, arreglar y comprobar los datos coleccionados, tienen una descripción de las Cosas Como Son. Pero eso es parte solamente de su tarea. Ahora deben dedicarse a la cuestión de las Cosas Como Pueden Ser. En este punto los planificadores han de entrevistarse con los jefes del Gobierno. "Las conclusiones de la Comisión Estatal de Planificación y sus proyectos están sujetos a la aprobación del Gobierno pues la función de planificar fue separada de la función de dirigir y ésta no fue subordinada a aquélla".

Planear, por supuesto, nada tiene que ver con la necesidad de hacer las decisiones de política que el plan ha de realizar. La política es determinada por los jefes del Gobierno y la labor de los planeadores es plantear la manera más eficiente de llevar a la práctica esa política sobre la base del material que se haya reunido. De las discusiones entre el Gosplan y los líderes, sale el primer borrador del Plan.

Pero sólo el primer borrador, el cual no es todavía el Plan. Pues en una economía planeada socialista, el plan de un Trust de los Cerebros no es en sí bastante. Debe ser sometido a todo el pueblo. Ese es el próximo paso. He aquí cómo I. Maiski, embajador de Rusia en Inglaterra, describe esta segunda fase de la preparación del Plan: "Las cifras de control son sometidas para su lectura y comentario a los diversos Comisariados del Pueblo y a otros cuerpos centrales relacionados con la economía nacional, por ejemplo, el Comisariado del Pueblo de la Industria Pesada, el de la Industria Ligera, el de Comercio, el de Transportes, el de Comercio Exterior, etc. Cada autoridad central refiere las diversas partes de su Plan al cuerpo que está inmediatamente bajo su autoridad, de modo que finalmente la parte apropiada del Plan llega a la fábrica o granja individual. En cada fase, las cifras de control son sujetas a un escrutinio y una consideración muy minuciosos. Cuando llegan a la última parada en la jornada, desde la Comisión Planificadora del Estado, la fábrica o la granja individual, todos los obreros y campesinos inteligentes toman una parte activa en la discusión y consideración del Plan, haciendo proposiciones y sugestiones. Después las cifras de control vuelven por el mismo camino hasta que regresan en forma modificada o suplementada a la Comisión Estatal de Planificación".

Los obreros de la fábrica y los campesinos de la granja expresan sus opiniones sobre los méritos y defectos del Plan. Este es un cuadro del cual los rusos están justamente orgullosos. Con frecuencia ocurre que los obreros y campesinos están en desacuerdo con las cifras de control para el trabajo que ellos hacen. A menudo, someten un contraplan en el que presentan sus propias cifras, para mostrar que ellos pueden *aumentar* la producción que se espera de ellos. En esta discusión y debate sobre el Plan provisional por millones de ciudadanos soviéticos, los rusos ven la verdadera democracia. El plan de trabajo que va a realizarse, y los objetivos que han de ser alcanzados,

no les es impuesto desde arriba. Obreros y campesinos tienen voz en él. ¿Con qué resultado? Un observador competente da la respuesta: "Dondequiera que uno va, al menos en las regiones de Rusia que yo vi, se encuentra obreros diciendo orgullosamente ésta es *nuestra* fábrica, éste es *nuestro* hospital, ésta es *nuestra* casa de descanso, no significando que ellos individualmente son dueños del lugar en cuestión, sino que está funcionando y produciendo directamente para su beneficio y que ellos están conscientes de eso y conscientes, además, de que eran responsables de ver que tenían la máxima eficiencia".

La tercera fase de preparación del Plan es el examen final de las cifras ya devueltas a la Comisión. El Gosplan y los jefes del Gobierno estudian las sugestiones y enmiendas, hacen los cambios necesarios y, entonces el Plan está listo. En su forma final es enviado otra vez a los obreros y campesinos y toda la nación dedica sus energías a completar la obra. La acción colectiva por el bien colectivo se convierte en realidad.

Pero, ¿qué es el bien colectivo? ¿Qué políticas creen los jefes del Gobierno que son esenciales primero? Ciertos objetivos generales surgen inmediatamente. La mayoría de los habitantes de la URSS eran analfabetos, sin educación. Por ello, un programa universal de educación debe ser parte del Plan. Se ofrece educación gratis para todos, con manutención también gratis para los estudiantes mientras asistan a los cursos universitarios. La mayoría de los habitantes de la URSS saben poco o nada sobre la salud y la higiene. Por lo cual una campaña para elevar el nivel de vida, ayudada por hospitales, centros de maternidad, creches, etc., con médicos, enfermeros y maestros competentes, debe ser parte del Plan. Casas de descanso para los obreros, parques, museos, clubes y servicios semejantes, deben ser otra sección del Plan. Institutos y laboratorios de investigación científica también deben estar incluidos en el Plan. Estas, y una serie de otras necesidades obvias,

son igualmente atendidas en el Plan. Pero, ¿qué respuesta se da a preguntas como éstas?

1.—¿Sería mejor política concentrarse en producir artículos para que el pueblo coma, use y disfrute ahora? ¿O sería más conveniente prestar atención especial a la construcción de fábricas, plantas eléctricas, ferrocarriles, etc., lo cual significaría que el pueblo tendría menos ahora, pero más en el futuro? Desarrollar la producción de artículos de consumo significa el bienestar de hoy; desarrollar la capacidad de producción significa el bienestar de mañana. ¿Qué es lo más conveniente?

2.—¿Sería mejor política concentrarse en la producción de aquellos artículos que se pueden fabricar mejor en el país e importar aquellos que en éste sean malos o deficientes? ¿O sería más sensato abastecer todo el consumo con lo que se produzca dentro de las fronteras nacionales?

Las respuestas soviéticas a estas preguntas fueron determinadas en gran medida por el hecho de que como país socialista teme al peligro de ataque por el mundo capitalista. Esta no es una idea pesimista... Ya ocurrió. De 1918 a 1920, una media docena de naciones capitalistas, una de ellas los Estados Unidos, pretendieron derrocar el régimen bolchevique por la fuerza armada. Y los rusos tienen la certidumbre de que volverá a ocurrir, especialmente si logran construir el socialismo. Porque entonces los capitalistas de todo el mundo temerían más que nunca que la clase trabajadora de su país particular siga el ejemplo de la rusa y los derribe del Poder.

Por esta y otras razones, por ejemplo, el hecho de que una comunidad agrícola no puede tener un nivel de vida tan alto como una comunidad industrializada, los rusos se han consagrado a la tarea de la industrialización.

No fue fácil. La decisión fue, en efecto, un sacrificio del presente confort por el bien del futuro. Representa asignar una parte enorme de los recursos a capital para equipos de artículos, los cuales no darían inmediatamente

al pueblo casas para vivir, cosas para comer y telas para vestir. Un país tiene cierta cantidad de trabajo y de capital para usarlos en un año, por ejemplo. Puede poner todos sus obreros a hacer ladrillos y construir casas, a cultivar trigo y fabricar pan, a cultivar algodón y fabricar telas y habrá para todos. *Pero nunca habrá más que lo que hay ahora.* Si quieren que haya más, tendrán que dedicar a parte de sus obreros a fabricar maquinaria, colocar railes, construir manufacturas, en resumen, producir medios de producción de bienes materiales. Esto permitirá el año próximo, o los siguientes, disponer de más pan, más telas, más casas. La proporción en que se decida invertir para el futuro determinará la cantidad de lo que se tendrá para comer y usar en el presente. Rusia comprobó que podía tener más carbón para calentar las casas o más carbón para alimentar los altos hornos, que fabricarían más acero, con el cual hacer maquinarias y herramientas para construir telares automáticos que producirían telas rápida y abundantemente. Pero no era posible que tuviese ambas cosas. Y prefirió la última. Los medios de producción fueron desarrollados a expensas de los artículos de consumo. Este era el camino de la industrialización. No era un camino fácil.

En la entrevista que concedió a Roy Howard, de la Prensa Scripps-Howard, el 1º de marzo de 1936, José Stalin sugirió que, aunque la senda de la industrialización era dura, sin embargo estaba encaminada hacia el objetivo soviético. "Si usted va a construir una casa, usted debe economizar y hacer sacrificios. Esto es más verdad aun si lo que usted va a construir es una nueva sociedad..."

"Es necesario, para nosotros, temporalmente, limitar ciertas de nuestras demandas para acumular los recursos necesarios. Hemos hecho este sacrificio con la finalidad objetiva de desarrollar la verdadera libertad en el mejor sentido del vocablo".

¿Cuáles fueron algunos de los "sacrificios" que siguie-

ron cuando Rusia decidió cortar la producción para el consumo inmediato y ampliar la producción de bienes de capital? Por un motivo, significó que no había bastante trabajo ni capital para producir suficientes cosas para el presente. Hubo una escasez aguda de todos los artículos de consumo en Rusia, un hecho que como bien se sabe, no pasó inadvertido para los visitantes poco amistosos de la Unión Soviética. Era más fácil conseguir un tractor que una tetera o un polín de ferrocarril que una manta. Por desgracia, los rusos no podían hacer té con un tractor, ni abrigarse con un polín. Por ello tuvieron que estrecharse los cinturones hasta el límite y en algunos casos les quedaban holgados, para poder pagar todos los tractores y fábricas y locomotoras y plantas eléctricas que estaban construyendo.

Ahora, sin embargo, según el *New York Times* del 27 de marzo de 1936, hay signos de buenos tiempos próximos para los ciudadanos soviéticos. "Este año, por primera vez desde la Revolución, se señala que se pone más énfasis en la producción de artículos para el consumidor que en los medios de la producción, a los cuales estuvo todo subordinado en las primeras fases de la construcción de la economía socialista.

"El plan de este año provee para un aumento de 23 por ciento en artículos para el consumidor y un aumento del 22 por ciento en los medios de producción".

Un hecho debe estar claro. El pasado énfasis sobre los artículos para producción en vez de sobre los artículos para el consumidor, no es inherente a la planificación nacional. No sería necesario, por ejemplo, en los Estados Unidos, si éstos adoptasen la planificación nacional socializada. Pero fue parte esencial del Plan Soviético, por las condiciones peculiares de la URSS. En los Estados Unidos somos ricos en capital de medios de producción y por consiguiente su fabricación con febril premura y con grandes sacrificios no sería parte de ningún Plan que pudiera desarrollarse en Norte América.

Rusia, sin embargo, era pobre en ferrocarriles, maquinarias, fábricas y plantas de todas clases. Lo poco que tenía antes de la Primera Guerra Mundial fue casi destruido durante ésta, la guerra civil y el período de intervención. Después de la Revolución, Rusia tuvo que comenzar, prácticamente desde el principio, desde los escombros. Y tuvo también que recorrer un largo camino antes de ponerse al nivel de países como Italia, Suecia y Australia. Nivelarse con Inglaterra, Alemania y los Estados Unidos parecía, en realidad, casi un imposible. Pero los rusos decidieron que Rusia lo lograría y además rápidamente. Todavía no lo han conseguido, desde luego, pero observadores imparciales en todas partes convienen en que va bien. Este era el criterio de un sobresaliente economista de Cambridge, quien dijo, allá por 1932 (o sea hace mucho, mucho tiempo, con la velocidad con que Rusia se mueve): "Lo que se proponen hacer es algo tan estupendo que sería acogido con desdén y risas por todo el mundo capitalista. Según las normas del éxito del mundo capitalista, los objetivos rusos ciertamente parecen un loco sueño utópico. Una nación rica, como la Inglaterra anterior a la Primera Guerra Mundial, invertía como nuevo capital el 14 por ciento de su ingreso nacional antes de estallar aquel conflicto. Bajo su Plan Quinquenal, Rusia proyectaba invertir (anualmente, sobre el promedio en cinco años) el 30 por ciento de su ingreso nacional por año, un estupendo ingreso para un país relativamente pobre. El aumento anual de la producción mundial, considerada "normal" para el mundo capitalista, fue estimado en un 3 por ciento. En los seis años entre 1907 y 1913, este tipo de incremento anual fue en Inglaterra de menos del 1½ por ciento. En los cuatro años de auge de 1925 a 1929, no fue más del 9 por ciento en naciones en rápida expansión, como Polonia y Francia y de menos de 4 por ciento en Inglaterra y los Estados Unidos. El Plan Quinquenal estipuló un aumento anual en la producción de una industria de Estado en gran escala, a razón de más del 20

por ciento y de todas las industrias (grandes y pequeñas) del 17 al 18 por ciento".

Todo esto es más notable si se tiene en cuenta que durante el período de industrialización, los préstamos y créditos de otros países no se lograba de la manera habitual. Prácticamente, cada nación del mundo en el camino de la industrialización, ha sido ayudada por el capital extranjero con el cual ha podido comprar acero, máquinas, etc., mientras comenzaba a construir sus plantas propias para la producción de esas cosas. En la industrialización de los Estados Unidos, el capital inglés tuvo mucho que ver. En Sudamérica, hubo préstamos ingleses, alemanes y americanos. El capital excedente, como ya lo vimos en el Capítulo XIX, busca lugares donde invertir; es decir, en todas partes menos en Rusia. Para los perversos bolcheviques, los capitalistas no tenían ayuda ni dinero Cuando los rusos se las arreglaron, finalmente, para romper el boicoteo y concertar algunos créditos muy necesitados, las condiciones fueron muy duras ¡y cómo!

¿De qué manera, entonces, fueron pagados los materiales del extranjero? ¿Cuál fue la fuente de acumulación de capital que tan penosamente se necesitaba para la construcción de la industria de la URSS? La pregunta es importante y la respuesta no lo es menos.

Parte del dinero vino de la misma industria soviética.

En la sociedad capitalista, la acumulación es individual (aquí lo "individual" también incluye grupos, es decir, fondos de reserva de corporaciones, bancos, etc.), mientras que en la sociedad socialista, la acumulación, como la producción, es social. Una cierta parte de la producción neta de cada industria es transferida a las instituciones financieras centrales, las cuales tienen así un solo control unificado sobre todos los recursos disponibles para la expansión. En el Plan de la URSS no hay lugar para el "cortador de cupones", tan corriente en la sociedad capitalista, el rentista vitalicio que es mantenido por las utilidades de la industria. En la Unión Soviética, el Estado

colecta las ganancias de las actividades económicas y encauza esos fondos hacia los canales donde serán más útiles, según el Plan.

"Una parte del desarrollo de cada industria es automática y la paga la porción de utilidades retenida por cada industria; pero el resto de las utilidades que obtenga la industria en cuestión es movilizado y puede ser usado (junto con otros fondos centralmente acumulados) para un desarrollo, conscientemente dirigido, de todo el sistema de producción y distribución. Este control del fomento económico es uno de los más importantes aspectos de la organización de planificación central".

Hay, por supuesto, una cantidad pequeña de ahorro individual, pero como la mayoría de los ahorros provienen de las utilidades y no hay utilidades en el sentido individual, *el ahorro en la URSS es una función de la comunidad*, no un garrote capitalista.

Esta fue una fuente de acumulación de capital. Otra manera importante de obtener dinero para el necesario abastecimiento industrial fue a través del comercio exterior.

Los automóviles, tractores, locomotoras y máquinas para fabricar máquinas, tan necesarios para que Rusia llegase a ser autosuficiente, podían ser obtenidos en el extranjero en trueque por trigo, petróleo, minerales, maderas y pieles. La industrialización intensiva no significaba que Rusia fuese a dejar de cultivar trigo o dejar de perforar la tierra en busca de petróleo y minerales o derribar árboles maderables o de cazar animales de pieles preciosas. Por el contrario, extendió esas actividades y se les hizo mejoras en gran escala. Los métodos del siglo XIX fueron reemplazados por las últimas técnicas del siglo XX. La mecanización y el procedimiento científico introducidos en la industria fueron aplicados también a la agricultura y a la minería. En toda la línea de producción ésta se aumentó con nuevas energías. Y fue a través de la exportación de los

productos "naturales" de Rusia, como se hizo posible la importación de la que necesitaba la industria.

Esto significó que hubo que controlar el comercio exterior y hacerlo parte del Plan General. Y así se hizo.

El Gosplan decide absoluta y totalmente lo que ha de venir de los países extranjeros a Rusia y lo que ha de ir de ésta hacia aquéllos. Si las granjas colectivas tuviesen que comprar maquinaria agrícola en los Estados Unidos; si la industria eléctrica tuviese que adquirir equipos en Alemania; si los telares tuviesen que comprar husos en Inglaterra, en la forma que les gustase, sin referencias al conjunto, entonces todo se lo llevaría el diablo. El Gosplan tiene un plan de producción y el comercio exterior es parte integrante de ese plan. No se le puede dejar a una serie de grupos individuales, cada uno comprando lo que necesita y vendiendo lo que puede sin importarle los requerimientos de la economía nacional. Además, así como el control de los bancos, los ferrocarriles y los medios de producción en general son estipulados en el Plan, así lo es el monopolio estatal del comercio exterior.

Es un detalle interesante que Babeuf, en sus planes para un Estado comunista formulados en los días de la Revolución Francesa, vio la necesidad del monopolio por el Estado del comercio exterior: "Todo comercio particular con países extranjeros queda prohibido; las mercancías que entren en la nación por esa vía serán confiscadas en beneficio de la comunidad nacional... La República adquirirá para la comunidad nacional los objeto de los cuales tengan necesidad, intercambiando sus productos excedentes por los de otras naciones".

Sin embargo, aun con su monopolio de comercio extranjero como parte fundamental de su economía socialista planificada, el Gobierno de la URSS no controlará la calidad y cantidad de sus importaciones y exportaciones. Ni las controlará mientras tenga que hacer negocios con los sistemas económicos sin planes de los países extranjeros. Pues aunque los rusos pueden controlar lo que

acontece en su mundo, no pueden controlar lo que pasa en el resto del mundo. Esto les fue probado durante el curso del Plan Quinquenal.

El Gosplan había decidido hacer ciertas compras de maquinarias en el extranjero. Había dado las órdenes para que se hicieran a los precios de esos momentos y había asignado por un número de años cierta parte de la producción nacional de exportación para pagar esa maquinaria. Muy bien. Había firmado los contratos de los que necesitaba y provisto para los medios de pago. Todo parecía color de rosa.

Pero mientras los contratos estaban en vigor, cayó sobre los países capitalistas del mundo la crisis de 1929. Lo cual significó que los precios de los artículos que Rusia exportaba descendieron catastróficamente. Supongamos que el Gosplan había contratado pagar diez millones de dólares por la maquinaria ordenada; y supongamos que el Gosplan había decidido exportar en cambio:

Dos millones de bushels de trigo, a un dólar por bushel	$ 2.000,000
Un millón de pieles, a tres dólares cada una	3.000,000
Dos y medio millones de barriles de petróleo, a dos dólares cada uno	5.000,000
Total	$10.000,000

De repente, por motivo de la crisis, el trigo descendió 50 centavos el bushel; las gentes dejaron de comprar pieles, a menos que fuesen a precio de regalo; y el petróleo cayó a precios insólitos, de tan bajos.

¿Qué iba a hacer el Gobierno soviético? Necesitaba la maquinaria y tenía que pagarla con exportaciones. (Aun cuando no hubiera habido contratos a los altos precios anteriores, los precios industriales no cayeron tan rápidamente o tanto como los productos que Rusia tenía que vender). La solución era exportar el doble de lo que se

había planeado. Había que decir al pueblo ruso: "Han de apretarse los cinturones otra vez. Esos capitalistas han enredado de tal modo las cosas, que los precios mundiales se han hundido y sólo dan la mitad que antes por el trigo. Por eso tendremos que exportar el doble para afrontar los mismos compromisos".

Eso es lo que ocurrió. La Unión Soviética habiendo planeado contra la crisis en su propio país se encontró sufriendo los efectos de la crisis en los países capitalistas. De esa manera, una crisis fuera de Rusia, era un factor externo del desequilibrio del plan.

Mucho más importantes son los trastornos que pueden ocurrir debido a factores internos, algunos controlables y otros más allá de todo control. Porque el planeamiento deliberado de todas las actividades económicas significa que cada parte está articulada a las demás y la avería en un diente de una rueda necesariamente afecta a las otras ruedas. Supongamos que la contraparte rusa del gorgojo destruye la mayor parte de la cosecha de algodón. Esto tendrá una repercusión inmediata en las plantas textiles y afectará al comercio exterior si el Plan comprende la exportación algodonera y también la relación de precios y jornales si no hay tantos artículos de algodón en el mercado como se había anticipado. Los economistas soviéticos han aprendido por experiencia, que "como consecuencia de la estrecha interconexión entre todos los elementos de la economía nacional, una ruptura en la línea o una retirada del Plan en un sector afecta a numerosos otros sectores, no importa lo bien que estén trabajando. Cada seria desviación del Plan en un lugar requiere que se tomen medidas coordinantes en otros".

Ese es el peligro. Ahora, el remedio: los planificadores deben disponer de una reserva que amortigüe el golpe cuando venga. Y deben tener en cuenta los accidentes; reunir estadísticas que mostrarán el punto más alto y el más bajo de acontecimientos pasados; y deben ser capaces, basándose en esa información, de imaginar lo que

probablemente acontecerá. Pero eso no es bastante. Deben estar apercibidos en caso de que lo esperado no ocurra, para tomar "medidas de coordinación".

Muy fáciles de tomar... en el papel. Pero la coordinación es en realidad difícil y los rusos han pagado un alto precio por la falta de ella, una y otra vez. Los Webbs ofrecen un ejemplo: "Después de anunciar mucho la apertura de la fábrica (de automóviles, en Gorki) el 1º de Mayo de 1932, la empresa obstinadamente ni se movió. Los grandes edificios copiados de los de Ford, en Detroit, estaban llenos de maquinaria costosa. Decenas de miles de obreros habían sido reclutados y ya estaban en las nóminas. Pero el transportador rehusó moverse. La base sobre la cual estaba instalado se hundió en varios lugares debido a inseguridad de los cimientos... Y aunque el transportador se hubiera movido, no había un abasto completo de la variada serie de piezas destinadas al ensamblaje, una por una, según la gran cadena fuese pasando".

Este es un primer ejemplo de deficiencia, de falta de dirección y de coordinación. Pero ¿es justo inculpar de ello a la planificación nacional? ¿No debe ser atribuido mejor a la inexperiencia de los rusos en la industria? Los Webbs dicen que la lección fue aprendida a su debido tiempo y que las nuevas fábricas de Rusia ahora funcionan apropiadamente en el primer día de operación. Si en los Estados Unidos se estableciera la planificación nacional, puede asumirse que no habría falta de habilidad coordinadora. Que ya existe, y en gran escala, lo evidencia la declaración por los editores de la revista *Fortune*, de que sólo dos de las compañías del acero pertenecientes a la U. S. Steel Corporation "pueden fabricar tanto acero como Inglaterra y Alemania juntas en 1934". Obviamente esto no podría hacerse si en la U. S. Steel Corporation no hubiese una capacidad de coordinación igual al problema más difícil de la industria y de su organización. No puede argüirse, entonces, que la planificación nacional sea

imposible, porque reunir todas las partes de la economía del país es un trabajo demasiado grande.

Pero hay otros argumentos. Uno está dirigido contra la palabra "socializado" en la frase "planeamiento nacional socializado" y el otro contra las palabras "planeamiento nacional".

Se alega que el socialismo no podría funcionar, porque faltando el motivo de la utilidad, la gente no tendría incentivo para hacer lo mejor, extremando sus capacidades o ensayar nuevos métodos o correr riesgos. Y que, como resultado, la vida económica se estancaría.

Los rusos contestan que eso es absurdo. Señalan el hecho de que en la sociedad capitalista, la mayor parte del trabajo es realizada por personas que no están en posición de hacer ganancias, por ejemplo, los que laboran día tras día por jornales solamente. La mayoría trabaja sólo porque tiene que ganarse la vida. Esto es aplicable dondequiera, lo mismo en Rusia que en el mundo capitalista. Además, en Rusia, la presión social, la estimación social y el honor en el cual se mantiene a los buenos obreros, todo contribuye a inducir al trabajador a trabajar lo mejor posible. Los socialistas sostienen que sus incentivos son mucho más productivos que los incentivos bajo el capitalismo. Los rusos presentan, con justificable orgullo, los obreros que trabajan voluntariamente y sin ganar nada para ayudar en cualquier punto débil del frente económico. En 1919, Lenin fue impresionado por los "subbotniks" que hicieron esto: "Los subbotniks comunistas tienen enorme importancia histórica. La productividad del trabajo es, en último análisis, el primer y más importante factor en el triunfo del nuevo orden social. El capitalismo ha creado un grado de productividad del trabajo desconocido para la servidumbre. El capitalismo puede ser finalmente derribado y será finalmente derribado por el hecho de que el socialismo creará una nueva y más alta productividad del trabajo. Esta es una cuestión muy difícil que llevará largo tiempo... El comunismo significa

una productividad del trabajo más elevada comparada con la del capitalismo, en lo que concierne a la técnica progresiva de los obreros, voluntarios, conscientes y unidos".

La "competencia socialista" es otra manera de aumentar la productividad del trabajo. Grupos de obreros rivalizan entre sí en amistosa emulación para incrementar la producción. Cuando la competencia ha terminado, el grupo victorioso hace lo que ningún otro triunfador jamás ha hecho: se pone a ayudar al derrotado, a mostrarle cómo podrá ser el ganador la próxima vez. ¡La gente trabajará cuando no haya utilidades en dinero! De cualquier modo, dicen los rusos, no hay razón en una economía socialista planificada para que los buenos esfuerzos no sean premiados con gratificaciones, primas, días de asueto, etc. Estos son corrientes en la vida económica soviética.

El periódico *Manchester Guardian*, por lo menos, está convencido de que los rusos tienen éxito en su política de hacer que el pueblo trabaje sin el incentivo del lucro: El 20 de Febrero de 1936, en un editorial expresó: "Un mundo escéptico tiene que admitir que la propiedad colectiva sobrevive, que ha creado una nueva clase de patriotismo y nuevos incentivos para trabajar... Esto puede no ser el Socialismo de los padres o de los profetas, pero funciona".

Al otro argumento, que en la ausencia de la competencia no hay incentivo para experimentar, correr riesgos o ensayar nuevos métodos, los rusos replican, sencillamente: "Miren la realidad". Y sostienen que en ningún país del mundo se gasta más dinero y más esfuerzo en experimentar en todos los campos y órdenes. Y sostienen también, que *porque* ellos tienen el control completo de la vida económica de su nación, pueden permitirse todas las probabilidades con nuevas ideas y métodos, cosa que las industrias en competencia en los países capitalistas a menudo no se atreven a hacer. Son respaldados, en sus argumentos sobre esto, por la siguiente declaración definitiva de

los Webbs: "Lejos de mostrar falta de iniciativa en las cuestiones grandes o pequeñas, lejos de toda negativa a incurrir en riesgos con los nuevos adelantos, el comunismo soviético ha probado ser, en todos los campos, casi locamente iniciador... A todo observador de la URSS le impresiona lo que parece un deseo excesivo de cambios y de espíritu de aventura en la industria, en la ciencia y en varias formas del arte y en las instituciones sociales, comparado con otras naciones, aun los Estados Unidos".

Las objeciones de los economistas de la planificación nacional suelen ser diferentes. Arguyen que donde hay planificación nacional no hay mercado libre; que la falta de éste hace imposible un sistema de precios; que la ausencia del sistema de precios es el adiós a la economía nacional, porque lo arbitrario y lo caótico y de aquí que ésta sea anti-económica. Se gastarán los recursos en algunas cosas necesitadas menos urgentemente que otras, porque se carece de precios que guíen la política de inversiones. Bajo el capitalismo, el mercado de precios dirige a la larga, los canales de producción. Los precios suben cuando se requiere más de algo y bajan cuando se requiere menos. Lo que aparentemente significa que las cosas son fabricadas o no, de acuerdo con las necesidades del pueblo. Faltando ese sistema de precios, los economistas preguntan: ¿Cómo va a decirse dónde invertir capital para satisfacer las necesidades del pueblo?

Los planificadores nacionales contestan estas críticas negando, primero, que el sistema de precios haga lo que se dice que hace. Los precios no se mueven, alegan, de acuerdo con lo que todo el pueblo necesita, sino más bien de acuerdo con lo que algunos pueden pagar. La función del sistema de precios, insisten, es meramente satisfacer las necesidades solamente de aquellas personas que disponen de dinero para pagar lo que quieran.

La próxima respuesta de los planificadores nacionales es que el mercado de precios —el uso de recursos más racional— es considerablemente trastornado bajo el capi-

talismo, de cualquier modo, por sus precios artificiales y controlados, causados por altas tarifas, subsidios, monopolios, etc. Así el capitalismo puro, donde todo trabaja suave y perfectamente bajo el mecanismo de los precios, nunca existe en la vida real, sino sólo en los libros de los economistas burgueses. Si funcionase tan bien, nunca habría crisis.

En el lado positivo, los planificadores nacionales arguyen que tienen una manera de hacer que la oferta satisfaga a la demanda. El Gosplan recibe mensualmente, semanalmente, aun diariamente, informes de todo el país (Rusia), lo cual registra la relación entre lo que el pueblo necesita y lo que está recibiendo. Supongamos que el Plan pide la producción de dos millones de pares de zapatos y de medio millón de nuevas casas. Supongamos también que se tengan numerosas quejas de que no hay suficientes zapatos, al tiempo que se sabe que el pueblo no se preocupa demasiado por las nuevas casas. El Plan tiene una serie de cosas que "dar", pero no es preciso adherirse a ello rígidamente. Pues, entonces, trabajo y capital (recursos) son trasladados de la construcción de casas al sector de la fabricación de zapatos, no todo inmediatamente, por supuesto, pero siempre, al menos, con tanta rapidez como en la sociedad capitalista.

No obstante, hay un punto real en la cuestión que los críticos capitalistas plantean. Y es: ¿qué factor hará decidirse al Gosplan para introducir cortadores eléctricos de carbón o telares automáticos cuando no disponga de suficiente capital para ambos? La autoridad central *debe* decidir el problema de distribuir recursos limitados entre distintos propósitos en competencia. Los rusos tienen que admitir esto. Pero replican que si no puede tenerse la planificación nacional socialista y el mercado libre, y que aún si la falta del mercado libre de precios no significa el uso más económico y racional de los recursos, le da a uno, una serie de otras cosas. Colocan la seguridad y la igualdad, y la falta de explotación, para muchos, por

encima de la adquisición de utilidades, aunque sean enormes, para unos pocos. Creen que una distribución más justa de la riqueza es mejor que las "dos naciones" (ricos y pobres); y prefieren así una vida segura, sana y bien ordenada, bajo un sistema planificado, a las crisis y los auges de la economía sin plan.

El derrumbamiento que ocurrió en 1929 con frecuencia es mencionado como una crisis mundial. Se nos ha dicho que la parálisis de la producción, con su séquito de desempleo y miseria de las masas, infectó todas las partes de la Tierra. Los rusos afirman, sin embargo, que esto no es verdad. La crisis barrió como una gigantesca ola, todos los países menos uno: la Unión Soviética, contra cuyas fronteras se deshizo para retroceder después. Los rusos estaban seguros detrás de su dique de una economía socialista planificada.

Mientras se escribía este Capítulo, llegaron noticias de haber sido terminada la nueva Constitución de la URSS, la cual no entró en vigor inmediatamente. Primero tenía que ser sometida a todo el pueblo, a través de la Unión Soviética, para ser discutida, criticada y enmendada. He aquí algunas de las más importantes disposiciones del proyecto inicial:

"Artículo 1.—La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas es un Estado socialista de obreros y campesinos.

"Artículo 4.—El fundamento económico de la URSS consiste en la propiedad socialista de los instrumentos y medios de producción, firmemente establecida como resultado de la liquidación del sistema capitalista de economía, la abolición de la propiedad privada de los instrumentos y medios de producción y la abolición de la explotación del hombre por el hombre.

"Artículo 11.—La vida económica de la URSS está determinada y dirigida por el plan nacional económico del Estado, con los propósitos de aumentar la riqueza pública, un incremento sostenido del nivel material y cultural de

los trabajadores, el fortalecimiento de la independencia de la URSS y de su capacidad defensiva.

"Artículo 118.—Los ciudadanos de la URSS tienen el derecho a trabajar, el derecho a tener trabajo garantizado y al pago de su labor de acuerdo con su cantidad y calidad.

"El derecho al trabajo es asegurado por la organización socialista de economía nacional, el crecimiento sostenido de las fuerzas productivas de la sociedad soviética, la ausencia de crisis económicas y la abolición del desempleo".

CAPITULO XXII

¿RENUNCIARAN AL AZUCAR?

El Mundo Occidental estaba afrontando la paradoja de la pobreza dentro de la abundancia.

¿Qué hacer? Porque algo tenía que hacerse para sacar el orden del caos creado por el derrumbe del capitalismo. Este derrumbe fue completo: la estructura del crédito, destruida; la industria, paralizada; millones de desempleados; los campesinos arruinados; la pobreza en medio de la abundancia. Por supuesto, había que hacer algo. El viejo orden se basaba en el *laissez-faire;* pero el viejo orden se había hundido. Eran necesarios los cambios y, en vez del *laissez-faire*, la regulación y el control organizados. La vida económica, dejada a sí misma, había terminado en un desastre y no podía seguir por más tiempo, dejada a sí misma, sino tomada de la mano y guiada.

¡Debemos planificar!

Frente a la paradoja de la pobreza de muchos dentro de la abundancia de pocos, el Mundo Occidental, como lo hizo Rusia, se volvió hacia la planificación. Pero había una diferencia.

En la Unión Soviética, hay producción para el consumo para las masas. En los países capitalistas la producción es para hacer utilidades. En la Unión Soviética, ha sido abolida la propiedad privada sobre los medios de producción; en los países capitalistas, esa misma propiedad es sagrada. En la Unión Soviética, la planificación lo abarca todo y comprende cada esfera de la actividad económica en los países capitalistas, se planifica parcialmente, es una

esfera, independiente de las otras. En la Unión Soviética, los planes están concebidos por consumidores y para consumidores; en los países capitalistas, son ideados por productores y para beneficio de los productores capitalistas.

Frente a la paradoja de la pobreza dentro de la abundancia, los países capitalistas inventaron un plan para abordar el problema. Ese plan consistió en *abolir la abundancia.*

Estos fueron los titulares de los periódicos: "Destruidas las plantaciones de algodón", "Matan miles de pequeños cerdos", "Reducidas las siembras de trigo", "Las plantaciones de azúcar restringen la producción"... Todo esto fue realizado según el plan. La Administración de Ajustes Agrícolas (de los E. U.) hizo contratos con miles de productores de algodón, trigo, maíz, cerdos, tabaco, azúcar, etc., en todo el territorio norteamericano. Se concertó pagar a estos productores si reducían su producción, es decir si se acoplaban al plan para *abolir la abundancia.*

En otros países se puso en efecto "planes" semejantes para destruir o restringir. El 3 de julio de 1936, el *New York Times* publicó esta información de nuestro vecino del Sur:

El Brasil DESTRUYE el 30 por ciento de su cosecha de café

Los productores recibirán 5 mil reis por cada uno de los 6.600,000 sacos confiscados por el Gobierno

---

RIO DE JANEIRO, Julio 2.—Estimando en 22 millones de sacos la cosecha de café de 1936-37, más los cuatro o cinco millones de sacos excedentes de la cosecha del año pasado, el Departamento Nacional de Café ha establecido una cuota de 30 por ciento, para ser des-

truida. Está pagando a los cosecheros cinco mil reis por cada saco destruido.

Al otro lado del océano, en Europa, la misma historia. Esta, de Inglaterra, fue noticia de primera página de la Prensa:

LOS INGLESES cortan la producción A LA MANERA de los EU.; ley para CONTENER LA PRODUCCION textil, para que suban los PRECIOS

Por Charles A. Selden

LONDRES, Febrero 4.—Con la aprobación, esta noche, en la Cámara de los Comunes, en segunda lectura, de la ley para eliminar los husos (textiles) superfluos, Inglaterra comienza ahora a seguir la política del Presidente Roosevelt de reducir la producción, por leyes, para que mejoren los precios.

Ha habido otras tentativas en esta nación para suprimir los excedentes, en las industrias carbonera y marítima, por ejemplo, pero los esfuerzos anteriores en ese sentido no tenían detrás fuerza estatutaria. Esta es la que ahora provee la Ley de los Husos de Algodón, la que establece una junta de Gobierno con derecho a comprar y poner fuera de servicio los husos que estén en exceso de lo que parece necesario para los mejores intereses de la industria algodonera en general.

Según estimados iniciales, unos diez millones de husos, o sea la cuarta parte de los que están en uso, serán eliminados.

> La mayoría de los fabricantes del Lancashire son partidarios de la ley, a la que se oponen los obreros y los diputados laboristas, alegando que no dispone nada en favor de los que están en peligro de perder sus puestos, al entrar la ley en vigencia.

¿Pero por qué?

¿Cuál es la finalidad de todos estos planes para abolir la abundancia?

El capitalismo "liberal" de *laissez-faire* se derrumbó y se hicieron tentativas para planificar. El propósito del capitalismo planificado de los monopolios es el mismo: obtener utilidades. En una economía de abundancia, donde la producción excede al consumo,[1] esto sólo puede hacerse mediante la restricción del abastecimiento. La producción de más artículos para el consumo haría bajar los precios y por tanto las ganancias. La restricción de la producción, por otra parte, aumenta los precios y, así, incrementa las ganancias. El planeamiento capitalista es *la planificación de la escasez para obtener mayores utilidades.*

Por ser esto verdad, está justificada esta censura del New Deal[2] (Nuevo Trato) por Stolberg y Vinton: "Nada hay, de lo que el New Deal ha hecho hasta ahora, que no hubiera sido hecho mejor por un terremoto. Un sismo de primera magnitud, desde la costa del Atlántico a la del Pacífico, habría restablecido la escasez mucho más efectivamente y puesto a todos los supervivientes a trabajar, por la mayor gloria de los Grandes Negocios, con mucha más rapidez y mucho menos ruido que el "New Deal".

---

[1] Por consumo se entiende aquí dentro del sistema capitalista la "capacidad económica" de los trabajadores.

[2] Política Económica del Presidente de los E. . Franklyn Delano Roosevelt a partir de 1935.

La planificación capitalista tiene otra característica que la distingue: es una planificación a pedazos.

Mientras la NRA (Nueva Administración de Recuperación Económica) funcionaba en Washington, circuló una divertida —e instructiva— historia acerca de Oscar Ameringer, el astuto editor del *The American Guardian*. Era un observador interesado por el trabajo matutino en la oficina de uno de los funcionarios importantes de la NRA. Allí, veía una corriente interminable de industriales que llegaban hablando cada uno del colapso de los negocios. Y escuchaba los "planes" de cada uno para revivir el cadáver. Después de escucharlos en silencio por varias horas, no pudo contenerse por más tiempo. De un salto, se puso en pie y le gritó al funcionario: "El paciente tiene viruelas y se las están tratando grano por grano..."

Mr. Ameringer nunca se dio cuenta de que era necesaria una planificación completa, que abarcase toda la economía nacional. En vez de eso, vio que había un "plan para ayudar a la industria naviera", un "plan para ayudar a los agricultores", un "plan para aumentar el poder adquisitivo de los obreros". No había nada en los Estados Unidos —ni en ningún otro país— que se asemejase siquiera remotamente al Plan Ruso, que, conscientemente, intenta ajustar las mil y una actividades económicas de la nación en un solo conjunto compacto y orgánico.

Esto es posible en Rusia, solamente, porque la propiedad privada sobre los medios de producción ha sido abolida. Donde una autoridad planificadora no tiene derecho a hacer esto, o aquello, porque, al hacerlo, pisaría los pies al Sr. Propietario, la planificación completa es imposible. Toda decisión hecha por el Gospan en la Unión Soviética es efectiva, porque es realizada en nombre de una organización total de la actividad del país, la economía nacional soviética, la cual no tiene competidores ni rivales. En cambio, una decisión hecha en un país capitalista, por una autoridad planificadora, es inefectiva, porque favorece sólo a un grupo de propietarios, digamos los

importadores de azúcares cubanos, a los que se opone otro grupo de propietarios, los productores de azúcar *americano.* Y, desde que la autoridad estatal no tiene poderes para obligar a que la obedezcan, tiene que balancearse como pueda dando ahora una tajada a uno, después al otro.

Mrs. Bárbara Wooton, en su *Plan o No Plan,* muestra lo que ocurre cuando los medios de producción siguen siendo propiedad privada: "Mientras los instrumentos de producción y sus productos sean propiedad de personas privadas interesadas en los resultados financieros de la operación de esos instrumentos y en la venta de sus productos, las decisiones económicas mayores deben ser hechas Firma por Firma, o industria por industria, de acuerdo con el criterio que tengan aquellas personas del curso *más ventajoso* de tales medidas para su propia industria o Firma... La producción de acero será planificada para hacer un paraíso de las siderurgias; la de cerveza, para que el paraíso esté en sus fábricas; la de películas, para que haya en la Tierra un Cielo para los artistas y el resultado final puede ser descrito como una comunidad más planificada en su contra que la misma planificación".

Si la propiedad privada se coloca en el camino de la planificación central cuando ésta es del interés de los capitalistas ¡cuánto más falaz es impedir la acción planificadora alegando el interés de *toda* la nación! Tómese como ejemplo la cuestión de eliminar los barrios miserables. Todo el mundo está de acuerdo con que esas aglomeraciones de tugurios deben ser barridas. Y, entonces, ¿por qué no lo son? ¿Qué es lo que está en el camino de esa obvia necesidad pública? La respuesta es simple. La propiedad privada, la ganancia individual. Hay algunos propietarios que hacen dinero con las rentas que les pagan las casas en esas barriadas sórdidas. Y hay otros cuyas rentas caerían si se construyesen nuevos y mejores edificios para que los ocuparan los residentes de esas barriadas. De tal manera, la eliminación de los barrios de

miseria y hambre está bloqueada. O, si se emprende, avanza muy lentamente, se suspende, se vuelve a comenzar y nunca se termina. Así, el beneficio de la comunidad es perjudicado por los intereses de la propiedad privada.

¡De qué modo tan diferente eso mismo se realiza en la economía planificada de la sociedad socialista! Los planificadores tienen, *ante* ellos, una mapa de la ciudad. Una sección está sombreada: es la del barrio o los barrios en que el pueblo vive en condiciones de miseria e insalubridad. ¿Qué va a hacerse? Pues a remover esas zonas. Con un lápiz se las marca. ¡Y abajo todas! La obra empieza inmediatamente. Donde la propiedad privada no es obstáculo, puede actuarse tan pronto como se siente la necesidad de hacerlo y los planes están concluidos.

Donde la propiedad privada está por medio, su interés está en primer lugar y el interés nacional puede esperar o irse al diablo. Esto fue deplorado por el *London Times* en un editorial publicado el 28 de agosto de 1935. El diario estaba preocupado por el hecho de que la industria manufacturera estaba mudándose del Norte de Inglaterra, donde sobraban desempleados en busca de trabajo, hacia el Sur, donde las "bellezas rurales" serían arruinadas por la intrusión de nuevas fábricas "en el campo, en la granja y en el bosque". He aquí el lamento del *Times*: "No hay una dirección unificadora para fijar dónde está el interés nacional, fundamental, aunque oscuro, cuando lugares y centros industriales y poblaciones enteras son dejadas económicamente desoladas, mientras otros lugares y otras poblaciones son enriquecidos y aumentados por la nueva industrialización...

"Si el genio inventivo hiciera posible el desarrollo de una nueva industria capaz de emplear un gran número de hombres y que no esté atada a una localidad por las condiciones de producción, entonces sería socialmente ventajoso para la industria encontrar su residencia en las zonas deprimidas. *Las ventajas sociales, sin embargo, posiblemente,*

no cuenten nada para quienes, en realidad, deciden dónde la industria debe ser establecida".

Ahí está la cuestión. En cada frente, lo que es bueno para la comunidad puede ser dañino para los intereses de la propiedad privada. Para algunas gentes, eso no importa y arguyen que las ventajas de la propiedad privada y el control de los medios de producción contrapesan las desventajas. Señalan el asombroso éxito del capitalismo en los últimos 150 años, produciendo enormes cantidades de artículos variados y estableciendo (especialmente en los Estados Unidos) un alto nivel de vida, sin precedente, para la masa de la población. En la siguiente declaración, parte de su "Plataforma para la Industria Americana", la Asociación Nacional de Fabricantes iza su bandera en el asta de la propiedad privada: "La propiedad privada y el control de los elementos de la producción y distribución son reconocidos como esenciales para la preservación de la libertad y el progreso individuales. La propiedad o control de esos elementos por el Gobierno, para una economía planificada, crearía una sociedad estática, una autocracia...

"La planificación económica nacional, por el Gobierno, pretende equilibrar la producción y el consumo, centralizando las decisiones en manos de unos cuantos. El progreso económico y social ha hecho los más grandes adelantos donde la empresa ha sido dirigida por un número infinito de juicios y decisiones individuales, utilizando, así, la habilidad, la inteligencia y el conocimiento de todo el pueblo. Ningún grupo pequeño de hombres puede poseer la sabiduría, la perspicacia y el discernimiento requerido para planear, dirigir y estimular, con éxito, las actividades de todo el pueblo..."

Esta última frase, viniendo, como viene, de los fabricantes que dentro de sus respectivas industrias son reconocidos como quizá los más grandes planificadores del mundo, es ciertamente, una sorpresa. Son los "capitanes de industria" los que han realizado milagros de organi-

zación y planeamiento en negocios que, tomados separadamente, tienen más recursos capitales que muchos negocios del mundo, negocios cuyas ramificaciones se extienden por todo el Globo. Aquí tenemos a los principales expertos en planear, en la primera nación capitalista, arguyendo en contra de hacer para toda la industria de su patria, lo que tan diestramente hacen para la propia industria.

¿Por qué los capitalistas se oponen a la economía nacional planificada? Pues porque se dan cuenta de que una economía nacional planificada significa, de manera inevitable, la abolición de la propiedad privada, *su* propiedad privada. Esto es lo que Mr. G. D. H. Cole sugiere en su libro *Sobre los principios de la planificación económica*: "Un gran número de capitalistas consideran a sus compañeros, que abogan por un sistema planificado, como peligrosamente heréticos. La mayoría de los líderes del capitalismo defienden con vigor una economía sin planes, porque consideran que es, cualesquiera que sean sus faltas, el único sostén de confianza de los derechos de propiedad".

Y Stolberg y Vinton exponen el mismo punto en su cáustico estilo: "Para descansar seguros en su control antisocial de la industria, con objeto de estar libres para hacer decisiones contra el resto de nosotros, en su propio beneficio, la Gran Propiedad no puede posiblemente arbitrar su control de la sociedad... Los Weir, los Teagles y los Sloan se dan cuenta de que deben sabotear hasta los esfuerzos más confusos para la planificación económico-social. A pesar de toda su brutalidad social y su ignorancia económica sienten —y no se equivocan— que la planificación auténtica significa la construcción socialista, no la recuperación capitalista".

Quizá, otra explicación de la oposición capitalista a la planificación nacional sea que éste debe, necesariamente, hacer de la cuestión de la distribución de los ingresos un tema de discusión. En la teoría capitalista, la distribu-

ción de los ingresos, no importa su desigualdad, está justificada como una "ley natural". De esto, nos dio la seguridad uno de los primeros economistas americanos, el profesor John Bates Clark. En el prefacio a su famoso libro *La distribución de la riqueza*, el profesor Clark escribió: "Es el propósito de esta obra mostrar que la distribución del ingreso de la sociedad es controlado por *una ley natural y que esta ley, si funciona sin fricciones*, daría, a cada agente de producción, la cantidad de riqueza que ese agente crea..."

"La libre competencia tiende a dar, al trabajo, lo que el trabajo crea; a los capitalistas, lo que el capital crea y, a los empresarios, lo que la función coordinadora crea... A cada agente, una participación distinguible en la producción, a cada uno su premio correspondiente... Tal es la ley natural de la distribución".

Con la acusación de que la distribución del ingreso es toscamente injusta, los capitalistas podían encogerse de hombros y decir: "*¿Y por qué cogerla con nosotros?* Cada uno coge lo que gana. Es una ley natural". Pero, en una economía nacional planificada, la cuestión de la distribución del ingreso no es tan ligeramente descartada. Se convierte en un tema agudo, no determinado por fuerzas impersonales, sino una importante tarea de la autoridad coordinadora central. En los países democráticos, donde la autoridad sería influida por el sentimiento de la masa popular, no hay duda de que la ancha brecha que hay actualmente en la distribución del ingreso sería considerablemente atenuada. Para las masas, más ingreso y, para los capitalistas, menos, según el plan.

Por estas razones, no debe extrañar que los líderes de la oposición a cualquier cambio de clase pasen a ser los capitalistas.

En ciertos países, ellos no pueden ayudarse a sí mismos. El hundimiento de la vida económica es de tales proporciones y la marcha adelante de la clase trabajadora es tan amenazadora que los capitalistas ven la necesidad de

una autoridad central coordinadora, pero quieren asegurarse que es *su* autoridad, actuando por *sus* intereses. Y esto sólo puede lograrse aplastando las fuerzas militantes de la clase trabajadora. De aquí que los capitalistas recurran al fascismo.

En Rusia, la revolución de la clase trabajadora ha tenido éxito. Pero la desilusión, el hambre y la miseria que siguieron a la desastrosa Primera Guerra Mundial, ganó muchos reclutas para los cuadros revolucionarios por doquier. Viendo las oportunidades para mejorar su posición decreciendo rápidamente, las clases medias también se mostraron descontentas. El orden establecido, aunque no ha sido derrocado, está definitivamente tambaleándose.

Esto fue particularmente cierto en Italia y Alemania. Los capitalistas de estas dos naciones fueron afrontados por una clase trabajadora revolucionaria que amenazaba su poder. Por eso dieron dinero y ayuda a los Camisas Negras de Mussolini y a los Camisas Pardas de Hitler, a cambio de favores futuros. El mayor favor habría de ser el aplastamiento del movimiento organizado de la clase trabajadora. Los dos líderes, el italiano y el alemán cumplieron. Porque el fascismo que cayó sobre Italia y el nacional socialismo (nazismo) que cayó sobre Alemania fueron dos movimientos contrarrevolucionarios. El orden establecido —poder capitalista y privilegio— estaba asegurado.

La obra fue difícil. La propaganda que iba a dejar a un lado la masa socialista tenía que ser hábil. Y lo fue. Los cuadros del Partido Obrero Nacional Socialista Alemán fueron engañados, con frases de corte socialista, para enganchar a los descontentos. Por ejemplo, en el famoso programa nazi de 25 puntos, se incluyó estos tres:

Punto 11 —Abolición de los ingresos no ganados por el trabajo.

Punto 12 —Confiscación implacable de todas las ganancias producto de la guerra.

Punto 13 —Demandar la nacionalización de todos los negocios que hasta el presente hayan estado formando compañías (trusts).

Esa fue la promesa. ¿Fue cumplida? Véase la respuesta dada por el corresponsal en Berlín de *The Economist*, de Londres, el 1º de febrero de 1936: "La tranquilidad relativa del año pasado, sin embargo, fue conseguida por una actitud de magistral inactividad hacia el programa del Partido, la continuación vigorosa del cual habría precipitado peligrosos conflictos entre los intereses opuestos que apoyan al partido nazi... El tema de Socialismo contra Capitalismo, que una vez atrajo al Partido a numerosos pobres, ha degenerado en un mero cambio de palabras de reclamo de escasa significación. Por otra parte, se afirma que el Socialismo está en marcha (esta semana se aseguró oficialmente que ya ha reemplazado al Capitalismo), pero, al mismo tiempo, se declara que el capital privado, tanto en tierras como en la industria, no sólo debe quedar intacto, sino que debe hacer utilidades".

Puede decirse, en defensa del régimen Nazi, que tres años en el Poder es demasiado poco tiempo para poner en vigor las radicales promesas de su programa. Es un argumento legítimo. Pero la tendencia es inequívoca. Tres años en el Poder han sido suficientes para que los Nazis destruyesen los gremios, se apoderasen de sus fondos y sumiesen a sus líderes en la cárcel. Esos tres años de Poder alcanzaron para que los Nazis redujeran los jornales y cortaran los servicios sociales, en resumen, para distribuir el ingreso nacional de acuerdo con los deseos del Gran Negocio.

De Italia viene una historia muy semejante. He aquí uno de los últimos pronunciamientos de Mussolini sobre la gloria del Fascismo. Hubo antes otros muy parecidos: "En esta economía, los obreros han venido a ser colaboradores del capital, con iguales derechos e iguales deberes".

Estas son las palabras: ¿Cuál es la realidad? Búsquese, en el *Europa por dentro,* de John Günther, una pista: "Es indudable que uno puede reunir una aparentemente impresionante lista de fuerzas anti-capitalistas en el Estado Corporativo. Ningún patrono puede despedir a un obrero sin el consentimiento del Gobierno. Ningún capitalista puede emprender una actividad independiente, relativamente secundaria, como ampliar su fábrica, sin la aprobación del Estado. Los jornales son determinados por el Gobierno... El propietario de una manufactura no puede liquidar su negocio sin permiso del Estado; el Gobierno controla sus fuentes de crédito y se apodera de una gran parte de sus ingresos, mediante impuestos draconianos.

"Por otra parte, las desventajas del trabajo, bajo el Fascismo, son infinitamente más severas. Los obreros han perdido el derecho al contrato; sus gremios han sido disueltos; sus jornales pueden ser (y lo han sido) reducidos sin compasión, por decreto; sobre todo, han perdido el derecho a la huelga. Además, el capitalista, aunque haya sufrido inconveniencias, mantiene su privilegio fundamental, que es el de obtener utilidades. El Fascismo, tal como Mussolini lo impuso, no era probablemente un *artificio deliberado* para apuntalar la estructura capitalista, pero ha tenido este efecto. La restricción de la movilidad del capitalismo fue realmente una prima que los capitalistas estaban deseando pagar, para lograr plena seguridad y protección contra las demandas del trabajo. El colorido y ritmo de la revolución Fascista, en contraste con la de Rusia, es retroactivo".

Mussolini fanfarronea con frases como la de "iguales derechos e iguales deberes", pero la descripción de Mr. Günther de los actuales acontecimientos en Italia es muy diferente. Algunos privilegios capitalistas han sido aminorados, pero el derecho fundamental a las ganancias privadas, permanece lo mismo. Frente a esto el trabajador ya

no tiene derecho a la huelga, sus gremios no existen y sus jornales han sido rebajados.

Sin embargo, es obvio que algo significativo está ocurriéndole, tanto en Italia como en Alemania, al capital y al trabajo. En las dos naciones, una fuerte autoridad estatal dicta a los capitalistas, de manera singular. Aunque la propiedad privada no ha sido abolida y la industria todavía tiene la utilidad como motivo central, es cierto que, a los capitalistas individuales, en cierto sentido, se les ha cortado las alas. ¿Y con qué finalidad han sido restringidos los privilegios capitalistas? ¿Qué está detrás de la ayuda a la agricultura, de la campaña para la auto suficiencia, del rígido control de las importaciones, del subsidio a las exportaciones y del control de los recursos bancarios que se efectúa en los dos países fascistas? La respuesta es breve y horrible: LA GUERRA.

Es obvio para todos que el rearme, la preparación para la guerra, es el motivo impulsor detrás de la febril actividad de la autoridad del Estado. No lo niegan los líderes de ambos gobiernos fascistas. Por el contrario, hacen, de ello, una abierta jactancia.

Tanto Mussolini como Hitler, son reconocidamente admiradores de la guerra. Escuchad a Mussolini hablar de ella: "Por encima de todo, el fascismo no cree en la posibilidad ni en la utilidad de la paz perpetua... Sólo la guerra puede llevar a su más alta tensión toda la energía humana y poner el sello de la nobleza a los pueblos que tienen el coraje de afrontarla... Así, la doctrina que se funda en el dañino postulado de la paz, es hostil al fascismo".

Pero esto no es más que palabras y ya hemos aprendido a desconfiar de las palabras de ese origen. ¿Qué muestra la realidad? La cita anterior data de 1933. En 1935 y 1936, los ejércitos fascistas estaban invadiendo Etiopía. Esta promesa fue cumplida.

Ahora escuchamos a Hitler hablando del mismo tema:

"En la guerra eterna, la Humanidad ha llegado a ser grande. En la paz eterna, la Humanidad será arruinada".

En los momentos en que se escribía lo anterior, los ejércitos nazis no estaban en marcha, pero, que lo estarían antes de mucho tiempo, es evidente para todos. Alemania ofrece el pavoroso espectáculo de una nación forzada a adaptarse a todos los esfuerzos, a soportar penosos sacrificios, a dirigir cada actividad hacia el rearme y, a esto, ha de seguir la guerra. El corresponsal del *New York Times* lo sintetiza en un despacho a su periódico, el 22 de marzo de 1936: "Fundamentalmente, la situación económica de Alemania gira en torno a la cuestión de cómo financiar el rearme".

El fascismo significa la guerra.

Y significa la guerra no meramente porque a los líderes de ambas naciones fascistas les guste luchar, sino porque la economía fascista es economía capitalista, con la misma necesidad de expansión y la misma ofensiva hacia los mercados, que son las características del capitalismo en su período imperial.

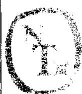
Cuando la economía capitalista se hunde y la clase trabajadora marcha hacia el Poder, entonces, los capitalistas se vuelven al fascismo, como salida. Pero el fascismo no puede resolver su problema, porque desde un punto de vista económico, en su sistema, nada fundamental ha cambiado. En la economía fascista, como en la economía capitalista, la propiedad privada de los medios de producción y la utilidad como objetivo principal, son básicos.

Hay una moraleja, para los capitalistas, en la historia de Arthur Morgan, de cómo, en las Indias Orientales, capturan a los monos: "Toman un coco y hacen, en la corteza, un agujero lo bastante grande, nada más, para que la mano vacía del mono pase a través. Colocan, en el interior, unos terrones de azúcar. Después, atan el coco a un árbol. El mono desliza su mano dentro del coco, agarra el azúcar e inmediatamente pretende retirar la

mano. Pero el agujero no es lo suficiente grande para que el puño cerrado del simio, con los terrones, pueda salir. Y, como la gula del animal no tiene límites, prefiere morir, con la mano presa en el coco, a renunciar al azúcar".

Se terminó de imprimir este libro el día 28 de enero de 1983, en los talleres de la Editorial Libros de México, S. A., Av. Coyoacán 1035, Col. Del Valle, Deleg. Benito Juárez, 03100 México, D. F. Se tiraron 5 000 ejemplares.

Este libro tiene un doble propósito. Es una tentativa para explicar la historia con la teoría económica y la teoría económica con la historia. Esta paridad es importante y necesaria. La enseñanza de la historia sufre cuando se presta poca atención a su aspecto económico; la teoría económica es monótona cuando se la separa de su fondo histórico. La "ciencia triste" seguirá siéndolo mientras se la enseñe y se la estudie en un vacío histórico.



EDITORIAL NUESTRO TIEMPO